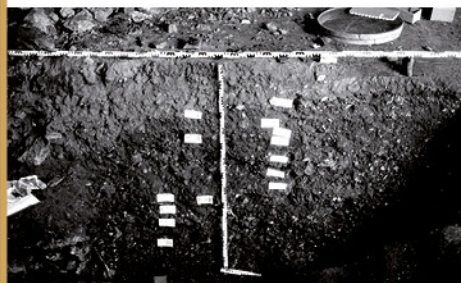


El poblamiento prehistórico en el valle del Sella



**CINCUENTA AÑOS DEL DESCUBRIMIENTO
DE LA CUEVA DE TITO BUSTILLO Y
60 DE LAS PRIMERAS INTERVENCIONES
DEL PROFESOR FRANCISCO JORDÁ
EN LAS CUEVAS DE EL CIERRO Y
COVA ROSA (RIBADESELLA, ASTURIAS)**

**Esteban Álvarez-Fernández y
Jesús F. Jordá Pardo (eds.)**





EN 1968 SE DESCUBRIERON LAS PINTURAS Y GRABADOS RUPESTRES PALEOLÍTICOS DE LA CUEVA DEL POZU’L RAMU, ACTUALMENTE CONOCIDA COMO CUEVA DE TITO BUSTILLO Y, POR OTRO LADO, DIEZ AÑOS ANTES COMENZARON LOS TRABAJOS DE INVESTIGACIÓN DEL PROFESOR FRANCISCO JORDÁ CERDA EN LOS YACIMIENTOS PALEOLÍTICOS RIOSELLANOS DE COVA ROSA Y EL CIERRO. CON MOTIVO DE ESTAS DOS EFEMÉRIDES –50 AÑOS DEL DESCUBRIMIENTO DEL ARTE DE LA CUEVA DE TITO BUSTILLO Y 60 DEL COMIENZO DE LOS TRABAJOS DE FRANCISCO JORDÁ EN LAS CUEVAS CITADAS–, ÍNTIMAMENTE RELACIONADAS CON LA PREHISTORIA DEL VALLE DEL SELLA, SE PRESENTA ESTE LIBRO QUE PRETENDE SER UNA SÍNTESIS DIVULGATIVA DEL ESTADO ACTUAL DEL CONOCIMIENTO QUE SE TIENE SOBRE EL POBLAMIENTO HUMANO PREHISTÓRICO EN EL VALLE DEL SELLA Y ÁREAS ALEDAÑAS, DESDE LOS PRIMEROS POBLADORES DEL PALEOLÍTICO INFERIOR Y MEDIO HASTA LAS SOCIEDADES COMPLEJAS DE LA EDAD DEL HIERRO.



Ediciones Universidad
Salamanca



Editorial

ISBN: 978-84-944337-3-3



Esteban Álvarez-Fernández

DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA,
HISTORIA ANTIGUA Y ARQUEOLOGÍA,
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.
SALAMANCA.

Jesús F. Jordá Pardo

DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA
Y ARQUEOLOGÍA, UNIVERSIDAD
NACIONAL DE EDUCACIÓN A
DISTANCIA - UNED. MADRID.

David Álvarez-Alonso

DEPARTAMENTO PREHISTORIA,
HISTORIA ANTIGUA Y ARQUEOLOGÍA,
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE
MADRID – UCM. MADRID.

Pablo Arias Cabal

INSTITUTO INTERNACIONAL DE
INVESTIGACIONES PREHISTÓRICAS
DE CANTABRIA, UNIVERSIDAD DE
CANTABRIA. SANTANDER.

Julián Bécares Pérez

DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA,
HISTORIA ANTIGUA Y ARQUEOLOGÍA,
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.
SALAMANCA.

Rafael Bolado del Castillo

INSTITUTO INTERNACIONAL DE
INVESTIGACIONES PREHISTÓRICAS
DE CANTABRIA, UNIVERSIDAD DE
CANTABRIA. SANTANDER.

Miriam Cubas Morera

SOCIEDAD DE CIENCIAS ARANZADI.
DONOSTIA-SAN SEBASTIÁN.

Fructuoso Díaz

FUNDACIÓN MUNICIPAL DE CULTURA,
AYUNTAMIENTO DE SIERO, SIERO
(ASTURIAS).

Mikel A. Fano

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS
HUMANAS, UNIVERSIDAD DE LA RIOJA.
LOGROÑO.

José Antonio López Saez

CSIC, MADRID

Manuel Mallo Viesca

Sergio Martín-Jarque

DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA,
HISTORIA ANTIGUA Y ARQUEOLOGÍA,
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.
SALAMANCA.

Alberto Martínez Villa

CENTRO ECOMUSEO DE LA FAUNA
GLACIAL DE ONÍS, CENTRO DE
INVESTIGACIONES Y ESTUDIOS
ARQUEOLÓGICOS, PREHISTÓRICOS Y
PALEONTOLÓGICOS DEL CUATERNARIO
CANTÁBRICO. AVÍN (ONÍS).

Mario Menéndez Fernández

DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA
Y ARQUEOLOGÍA, UNIVERSIDAD
NACIONAL DE EDUCACIÓN A
DISTANCIA - UNED. MADRID.

Sara Nuñez de la Fuente

INSTITUTO INTERNACIONAL DE
INVESTIGACIONES PREHISTÓRICAS
DE CANTABRIA, UNIVERSIDAD DE
CANTABRIA. SANTANDER.

Rodrigo Portero

DEPARTAMENTO DE PREHISTORIA,
HISTORIA ANTIGUA Y ARQUEOLOGÍA,
UNIVERSIDAD DE SALAMANCA.
SALAMANCA.

Obras publicadas:

Ribadesella ayer (1987)

Las huellas de los dinosaurios en el entorno de Ribadesella (1988)

Somos (2 tomos). Facsímil (1989-1990)

Ribadesella, apuntes para una historia (1991)

Vídeo de Ribadesella (1992)

Iglesias, capillas y advocaciones del concejo de Ribadesella (1993)

El diputado Agustín Argüelles (1994)

Baños de mar en Ribadesella (1995)

La elite riosellana en el antiguo régimen (1996)

Una visión sociológica del concejo de Ribadesella (1996)

Jesús Delgado, fotógrafo y testigo de su época (1997)

Calles y plazas de Ribadesella (1998)

De Puerto Rico a Madrid (1998)

Todos a bordo (1999). Colaboración

De fiestas y tradiciones (2000)

Estampas riosellanas (2001)

Los pintores riosellanos hermanos Uría Aza (2002)

El arte prehistórico desde los inicios del siglo XXI (2003)

Ribadesella en guerra. Retrato del concejo durante la Guerra de la Independencia (1808-1813) (2004)

Nordeste. Tomo I (2005)

Nordeste. Tomo II (2006)

Los brazos de la niebla (2006)

El Paleolítico Inferior y Medio en el valle del Sella (2007)

Con sabor a guindas, destilando recuerdos (2007). Colaboración

Ribadesella en sus manos (2008)

El Sella, ayer y hoy (2009)

Conoce Tito Bustillo (2010). Colaboración

Ribadesella en el Camino de Santiago (2011)

Agustín Argüelles. Permanecerá en la memoria (2012)

Ribadesella 1920 (2013). Colaboración

Mis memorias. Manuscrito de un emigrante (2014)

La Atalaya. Semanario de información local (2015)

Ciento y pico tertulias y un garabato (2016)

Luces y sombras del tren del oriente (2017)

El color de la tormenta (2017)

El poblamiento
prehistórico
en el valle del Sella

© de los textos:

Esteban Álvarez-Fernández y Jesús F. Jordá Pardo [Introducción]

Jesús F. Jordá Pardo [Capítulo 1: El marco geológico del poblamiento humano prehistórico del valle del Sella durante el Cuaternario]

Fructuoso Díaz García y Manuel Mallo Viesca [Capítulo 2: Los primeros años de la cueva de Tito Bustillo (1968-1984)]

Rodrigo Portero, Sergio Martín-Jarque y Julián Bécares [Capítulo 3: Las intervenciones de D. Francisco Jordá Cerdá en los yacimientos prehistóricos riosellanos]

David Álvarez-Alonso y Mario Menéndez [Capítulo 4: El Paleolítico inferior y medio en el valle del Sella]

Esteban Álvarez-Fernández [Capítulo 5: El Paleolítico superior y las industrias de transición al Mesolítico en el valle del Sella]

Pablo Arias Cabal, Rafael Bolado del Castillo, Miriam Cubas Morera, Miguel Ángel Fano, Sara Núñez de la Fuente y José Antonio López Sáez [Capítulo 6: El Mesolítico y la Prehistoria reciente en el valle del Sella]

Alberto Martínez-Villa y Mario Menéndez [Capítulo 7: El Arte paleolítico en el valle del Sella]

Edita: Asociación Cultural Amigos de Ribadesella

Imprime: Imprenta Mundo

Diseño y maquetación: Delallama Editorial

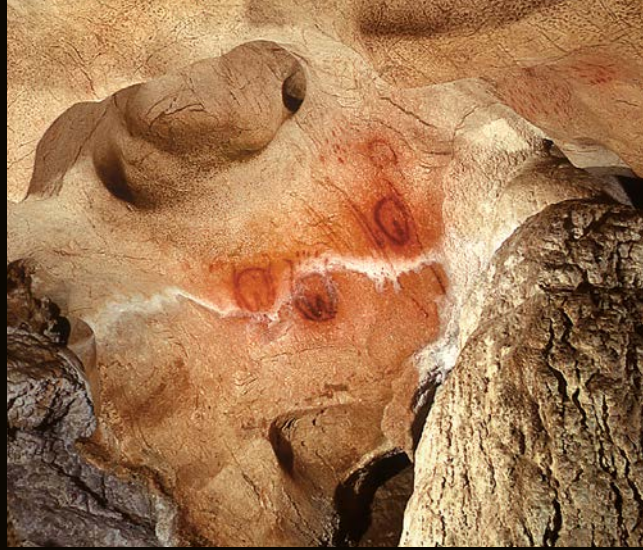
Depósito Legal: AS 02451-2018

ISBN: 978-84-944337-3-3

Ediciones Universidad de Salamanca y Editorial UNED avalan la calidad científica de esta obra.

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El poblamiento prehistórico en el valle del Sella



**CINCUENTA AÑOS DEL DESCUBRIMIENTO
DE LA CUEVA DE TITO BUSTILLO Y
60 DE LAS PRIMERAS INTERVENCIONES
DEL PROFESOR FRANCISCO JORDÁ
EN LAS CUEVAS DE EL CIERRO Y
COVA ROSA (RIBADESELLA, ASTURIAS)**

**Esteban Álvarez-Fernández y
Jesús F. Jordá Pardo (eds.)**

**Asociación Cultural Amigos de Ribadesella
Ribadesella, 2018**

Índice

Introducción.....	7
CAPÍTULO 1: El marco geológico del poblamiento humano prehistórico del valle del Sella durante el Cuaternario	11
CAPÍTULO 2: Los primeros años de la cueva de Tito Bustillo (1968-1984).....	37
CAPÍTULO 3: Las intervenciones de D. Francisco Jordá Cerdá en los yacimientos prehistóricos riosellanos	63
CAPÍTULO 4: El Paleolítico inferior y medio en el valle del Sella	75
CAPÍTULO 5: El Paleolítico superior y las industrias de transición al Mesolítico en el valle del Sella.....	95
CAPÍTULO 6: El Mesolítico y la Prehistoria reciente en el valle del Sella	123
CAPÍTULO 7: El Arte paleolítico en el valle del Sella.....	147
Bibliografía.....	183

Introducción

ESTEBAN ÁLVAREZ-FERNÁNDEZ

JESÚS F. JORDÁ PARDO

El 11 de abril de este año 2018 se cumplió el 50 aniversario de la exploración por parte del Grupo de Montaña Torreblanca del complejo kárstico del Pozu'l Ramu y del consecuente hallazgo de los grabados y pinturas rupestres paleolíticas (Camarín de las Vulvas y Panel Principal) de la que finalmente recibiría el nombre de cueva de Tito Bustillo. A finales del mismo año del descubrimiento, 1968, se dio a conocer el primer trabajo científico sobre la cueva, centrado en sus representaciones gráficas, realizado por Manuel Mallo Viesca y Manuel Pérez Pérez y publicado en la revista *Zephyrus*, de la Universidad de Salamanca, cuyo director era Francisco Jordá Cerdá. Las primeras excavaciones arqueológicas, realizadas y dirigidas por Miguel A. García Guinea, tanto en lo que hoy se denomina Área de Estancia y Área de las Pinturas, se llevaron a cabo en el mes de febrero de 1970. En el mes de abril de ese mismo año la cueva fue declarada Monumento Histórico Artístico. Desde estos primeros años, hasta la actualidad, las investigaciones prehistóricas en la cueva han continuado de forma más o menos constante, fundamentalmente gracias a la labor de los profesores J. Alfonso Moure Romanillo y Rodrigo de Balbín Behrmann. Los trabajos de estos investigadores y las aportaciones de algunos otros, tanto españolas como extranjeras, han hecho que Tito Bustillo sea conocida en todo el mundo.

En este año 2018, además de conmemorar el cincuenta aniversario del descubrimiento de la cueva de Tito Bustillo y sus representaciones gráficas, se cumplen diez de su inclusión en la Lista del Patrimonio Mundial de la Humanidad por el Comité del Patrimonio Mundial de la UNESCO,

junto con la cueva de Altamira y otros 16 sitios más con Arte Rupestre Paleolítico de la Cornisa Cantábrica, entre los que se encuentran otras cavidades asturianas (La Peña de Candamo, La Covaciella, Llonín y El Pindal).

Por otro lado, en 2018 también se cumplen 60 años de las primeras intervenciones del profesor Francisco Jordá Cerdá en los yacimientos arqueológicos de otras cuevas rioesellanas, como son los trabajos de prospección y cribado de tierras en Cova Rosa (Sardéu) entre 1957 y 1959 y el descubrimiento en 1958 de la cueva de El Cierro (Fresnu), en compañía de Antonio Álvarez Alonso "Antón", capataz del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial de Asturias, del que Francisco Jordá era director. Dos años antes, al finalizar las excavaciones de la cueva de La Lloseta (Ardines), ambos habían realizado el descubrimiento de las manifestaciones artísticas de la cercana cueva de Les Pedroses (El Carme) gracias a las indicaciones de José Ruisánchez Rodrigo "Pepín", vecino de El Carme, cuya documentación realizaron posteriormente junto con Manuel Mallo Viesca, amigo y colaborador inseparable de Francisco Jordá, y del topógrafo Celestino Cuervo López.

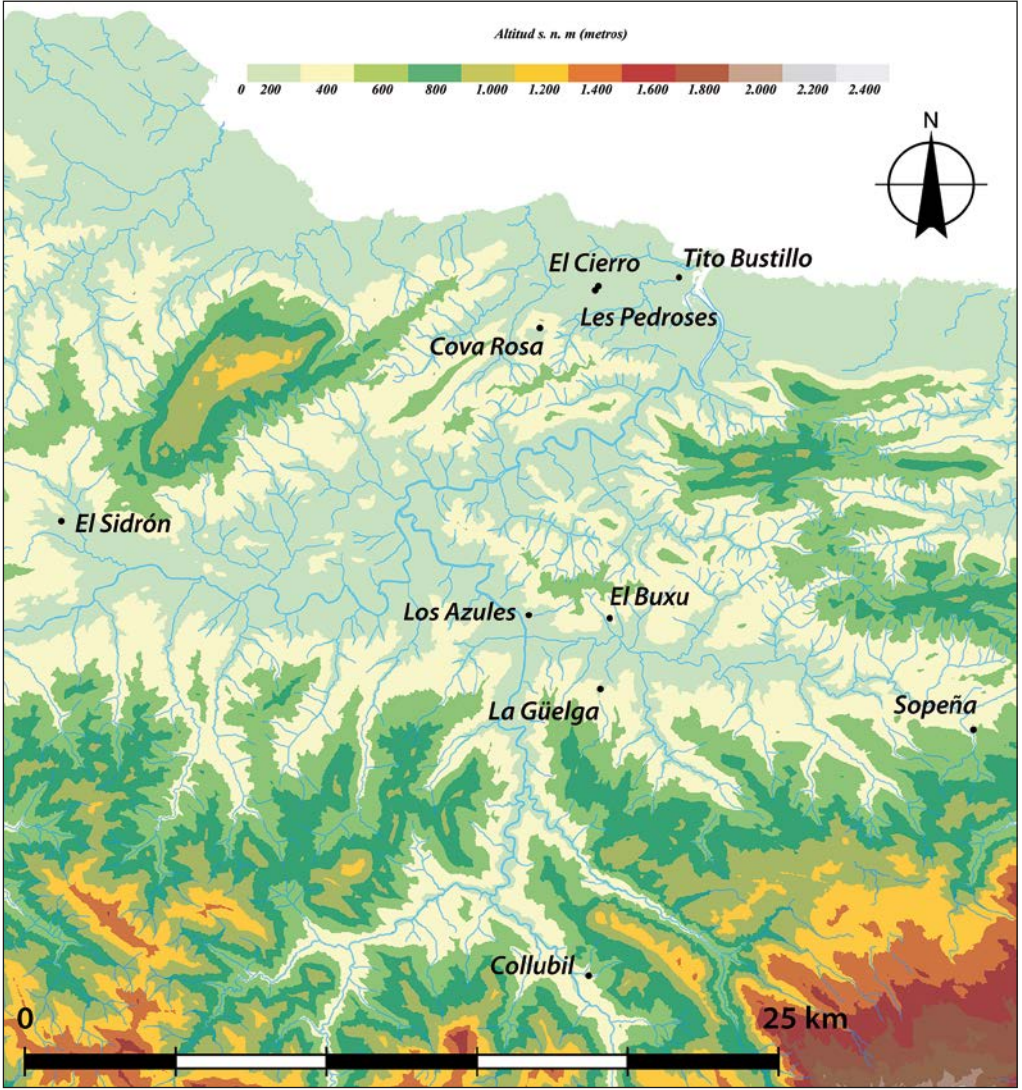
La coincidencia de estas dos conmemoraciones en el año 2018, relacionadas íntimamente ambas con la Prehistoria del concejo de Ribadesella, junto con la aparición de los primeros resultados de las investigaciones prehistóricas que estamos desarrollando actualmente en algunas de las citadas cuevas rioesellanas al frente de un amplio equipo de especialistas y estudiantes, nos hizo pensar en la posibilidad de publicar un libro de divulgación científica sobre la Prehistoria del va-

lle del Sella, en el que además participasen otros investigadores que durante años han trabajado intensamente en yacimientos del valle y del entorno inmediato, idea que plasmamos en una propuesta en ese sentido a la junta directiva de la Asociación Cultural Amigos de Ribadesella, propuesta que fue inmediatamente acogida con entusiasmo por los responsables de la Asociación.

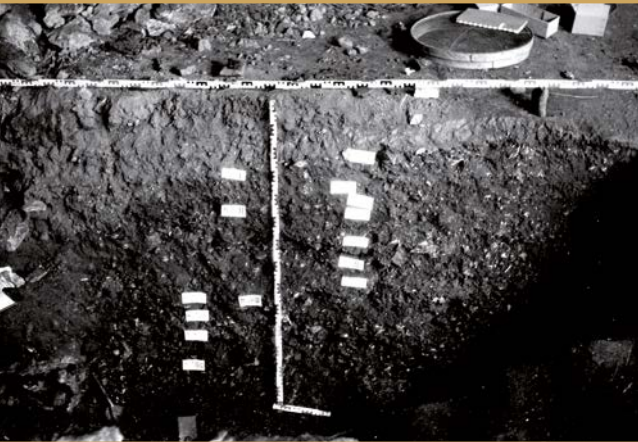
El resultado de esta colaboración es el libro que el lector tiene entre las manos, el cual pretende ser una síntesis que recoge el estado actual sobre los conocimientos de la Prehistoria en el valle del Sella y áreas aledañas. Así, tras esta Introducción se describen el marco geológico donde se desarrolló la vida humana en la Prehistoria en el contexto geográfico considerado, los primeros pasos dados por los geólogos en el estudio del Cuaternario de la zona y el registro geoarqueológico de algunos de los yacimientos del valle. Siguen dos capítulos de corte historiográfico. El primero es un amplio y documentado texto dedicado a la historia del descubrimiento y de la investigación en la cueva del Pozu'l Ramu, actualmente conocida como cueva de Tito Bustillo, ilustrado con fotografías y gráficos de la época; uno de cuyos firmantes fue protagonista activo de los hechos que se narran. El segundo está centrado en las intervenciones del profesor Francisco Jordá Cerdá en los yacimientos kársticos riosellanos, ya fuera en una primera época como director del Servicio de Investigaciones Arqueológicas y del Museo Arqueológico Provincial de Oviedo –ambos dependientes de la Diputación Provincial de Asturias– y posteriormente como catedrático de la Universidad de Salamanca, primero de Arqueología, Epigrafía y Numismática y, finalmente, de Prehistoria. Tras estos capítulos, se entra en materia con uno dedicado al poblamiento prehistórico más antiguo del valle del Sella y áreas aledañas, en el que se abordan los sitios arqueológicos del Paleolítico inferior y medio, prestando especial atención a las cuevas de El Sidrón, en el valle del Piloña, y a la cueva de La Güelga, en el valle del Güeña, ambos afluentes del Sella que drenan la zona desde el oeste y desde el este. Continúa el libro con un capítulo dedicado al poblamiento de la zona durante el Pleistoceno superior final, que se centra en los resultados de nuestras recientes investiga-

ciones en los viejos yacimientos excavados por Francisco Jordá y otros investigadores ilustres. A este capítulo sigue otro que trata el poblamiento humano del Mesolítico, ya en el comienzo del periodo Holoceno, y de las siguientes etapas de la Prehistoria reciente: Neolítico, Calcolítico, Edad del Bronce y Edad del Hierro. Finaliza la obra con un capítulo dedicado al estudio de las manifestaciones gráficas paleolíticas del valle del Sella, tanto rupestres –grabados y pinturas en paredes rocosas de cuevas–, como muebles (objetos grabados y tallados fácilmente trasportables), haciendo especial mención a las grafías de la cueva de Tito Bustillo y a la secuencia cronológica del Arte rupestre paleolítico. Como editores científicos del libro, creemos haber cumplido con el objetivo que nos marcamos en nuestra propuesta a la Asociación Cultural Amigos de Ribadesella, ofreciendo al lector una visión actualizada del poblamiento prehistórico del valle del Sella.

No podemos terminar estas líneas sin expresar nuestro agradecimiento a todos los autores, sin cuya colaboración desinteresada no habríamos podido abordar esta obra; a J. Alfonso Moure Romanillo y Luis Teira Mayolini por sus enriquecedoras aportaciones; a la Asociación Cultural Amigos de Ribadesella que acogió como suya la publicación de este libro y que nos dio carta blanca en la organización del mismo; a las editoriales de la Universidad de Salamanca y de la UNED por el apoyo institucional prestado a esta publicación; a la Editorial Delallama por su agilidad y saber hacer en la gestión editorial del libro; así como a la Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias y sus responsables y técnicos de Patrimonio Histórico y Cultural, por la confianza depositada en nosotros y en nuestro trabajo; al Ayuntamiento de Ribadesella, a su alcaldesa y a su corporación, por el apoyo que nos ha prestado durante nuestras recientes investigaciones en las cuevas de El Cierro y Cova Rosa; y al hotel El Carne cuyos propietarios, la familia Ruisánchez, nos proporcionaron un grato lugar donde trabajar y descansar en nuestras campañas de investigación de los pasados años, algunas de las cuales estuvieron intensamente movidas por la imprevisible y siempre agradable lluvia asturiana. Todos ellos han contribuido de alguna manera a que este libro salga a la luz. Muchas gracias.



Mapa de localización de los principales yacimientos prehistóricos del valle del Sella (cortesía de J. Rojo).



CAPÍTULO 1

El marco geológico del poblamiento humano prehistórico del valle del Sella durante el Cuaternario

JESÚS F. JORDÁ PARDO

1. El Cuaternario, ese desconocido tan cercano

La Historia de la Tierra se divide en tres grandes unidades de tiempo, los eontemas o eones Arcaico (4.600-2.500 millones de años, en adelante Ma), Proterozoico (2.500-542 Ma) y Fanerozoico. El Fanerozoico, que comienza hace 542 Ma, está dividido en tres eratemas o eras: Paleozoico (542-251 Ma), Mesozoico (251-65,5 Ma) y Cenozoico (65,5 Ma - presente). El Cenozoico se divide a su vez en tres sistemas/periodos: Paleógeno (65,5-23,03 Ma), Neógeno (23,03-2,588 Ma) y Cuaternario (2,588 Ma - presente). El Cuaternario es, por tanto, la unidad cronoestratigráfica más reciente y corta de la Historia de la Tierra (ocupa sólo un 0,046 %), con categoría de sistema/periodo, que constituye el techo de la secuencia geológica y que contiene depósitos y materiales actuales (Gibbard y Head 2009; Zazo 2008; Cohen y Gibbard 2011; Silva et al. 2017) [Figura 1]. Una mayor información sobre el periodo Cuaternario se puede obtener en las publicaciones de Jordá Pardo (2012, 2013, 2014a) y Silva et al. (2017).

El Cuaternario se caracteriza por dos aspectos fundamentales. Por un lado, es un periodo de tiempo en el que se sucedieron numerosas variaciones climáticas, con alternancias de épocas frías y secas (glaciales) con otras cálidas y húmedas (interglaciales), con los consiguientes cambios en la extensión de las tierras emergidas y en la distribución de los sistemas morfogénéticos, los paisajes vegetales y las faunas marinas y con-

tinental. La diversa información paleoclimática proporcionada por los testigos de los sondeos realizados en los hielos de Groenlandia, unida a la obtenida de los sondeos de sedimentos de los fondos oceánicos, han permitido establecer para el Cuaternario una detallada sucesión de episodios paleoclimáticos de temperaturas moderadas separados por otros de temperaturas frías, basada en las variaciones de los isótopos del oxígeno. Son los denominados Estadios Isotópicos del Oxígeno o Estadios Isotópicos Marinos, que se denominan con las siglas OIS o MIS respecti-

Figura 1. Porción de la escala cronoestratigráfica que corresponde a la era Cenozoica y que cubre los últimos 66 millones de años de la Historia de la Tierra, al final de los cuales se encuentra el sistema/periodo Cuaternario, que comprende los últimos 2,588 millones de años (fuente: International Commission on Stratigraphy <http://www.stratigraphy.org/>).

Eonolema / Eon	Eratema / Era	Serie / Época	Piso / Edad	GSSP	Edad (Ma)
Fanerozoico	Cenozoico	Cuaternario	Holoceno		actualidad
			Superior	0.0117	
		Pleistoceno	Medio	0.126	
			Calabriense	0.781	
			Gelasienne	1.806	
		Plioceno	Piacenziense	2.588	
			Zancliense	3.600	
		Neógeno	Mioceno	Messiniense	5.333
				Tortoniense	7.246
				Serravalliense	11.62
	Langhiense			13.82	
	Burdigaliense			15.97	
	Aquitaniense			20.44	
	Chattiensense			23.03	
	Rupeliense			28.1	
	Priaboniense			33.9	
	Bartoniense			38.0	
	Paleógeno	Eoceno	Luteciense	41.3	
			Ypresiense	47.8	
			Thanetiense	56.0	
Selandiense			59.2		
Daniense			61.6		
			66.0		

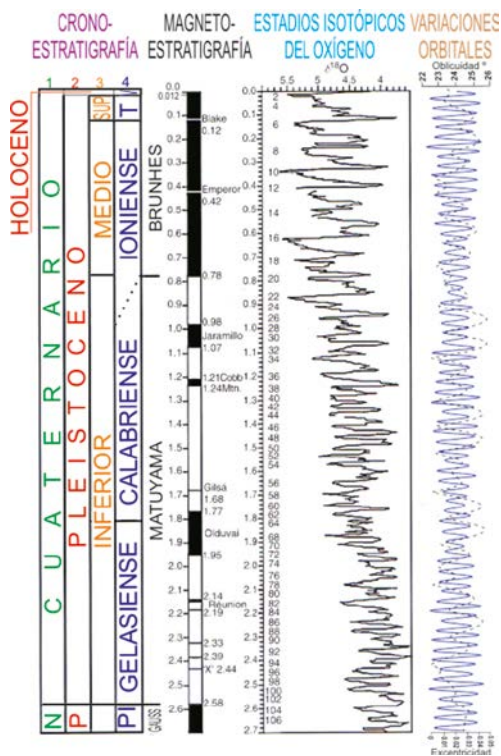


Figura 2. Tabla cronoestratigráfica del Cuaternario, con indicación de la escalas cronoestratigráfica (1: sistemas; 2: series; 3: subseries; 4: pisos marinos; N: Neógeno; P: Plioceno; Pi: Piacencianse; T: Taranteinense; V: Versiliense), magnetoestratigráfica (cronos, subcronos y excursiones magnéticas), paleoclimática (estadios isotópicos del oxígeno; aparecen numerados los pares que corresponden a estadios fríos) y las variaciones de los parámetros orbitales de la Tierra (línea azul: oblicuidad en grados; línea negra discontinua: excentricidad) (Jordá Pardo 2014a).

vamente seguidas de un número, impar para los episodios templados o cálidos y par para los momentos fríos, siendo el 1 el que corresponde al momento más reciente en el que nos encontramos. Más información sobre la paleoclimatología del Cuaternario y los Estadios Isotópicos del Oxígeno puede encontrarse en Jordá Pardo (2014a, 2014b) y Silva et al. (2017).

Por otro lado, es el periodo de la Historia de la Tierra en el que tiene lugar la culminación de la evolución humana, que si bien se inició en momentos anteriores del Cenozoico, durante el Cuaternario dio lugar en África al género *Homo* hace 1,9 Ma y a la aparición sobre la superficie de la Tierra de diferentes especies de este género,

que en territorio de la Península Ibérica fueron, según los restos paleoantropológicos recuperados (Rosas 2012), *Homo antecessor*, *Homo heidelbergensis*, *Homo neanderthalensis* o neandertales y *Homo sapiens*, la especie humana actual.

El límite inferior del Cuaternario ha sido fijado por la *International Union for Geological Sciences* en 2,588 Ma y su definición física o estratotipo se localiza en el monte de San Nicola, en la costa S de Sicilia (Italia), en un depósito que coincide con la base del piso Gelasiano situada un metro por encima del límite entre los cronos Gauss (+) y Matuyama (-), momento que es contemporáneo del inicio del OIS 103. El Cuaternario se divide en dos series de diferente duración cada una: el Pleistoceno, que se extiende entre 2,588 Ma y 11.784 años calibrados antes del presente, y el Holoceno, que cubre desde ese año hasta el momento actual [Figura 2]. En la actualidad, la comunidad científica se encuentra debatiendo la posibilidad de incorporar una nueva serie temporal que englobaría los depósitos que presentan una fuerte influencia antrópica, el llamado Antropoceno, para cuyo comienzo se ha propuesto el periodo comprendido entre 1945 y 1952 en relación con los primeros ensayos nucleares (Cearreta 2015, 2016).

Por su parte, el Pleistoceno se divide en tres subseries: inferior, medio y superior. El Pleistoceno inferior alcanza hasta los 0,781 Ma, justo en el límite entre el cron Matuyama, de polaridad inversa, y el cron Brunhes, de polaridad normal. Con una duración menor, el Pleistoceno medio llega hasta la base del interglacial Eemiano o inicio del OIS 5 e que está datada en 0,128 Ma. Finalmente, el Pleistoceno superior comprende desde 0,128 Ma hasta el primer gran calentamiento climático posterior a la última glaciación situado hace 11.784 años cal BP.

Además, el Pleistoceno superior se ha dividido internamente en dos fases climáticas con significado cronológico: el Penúltimo Interglacial, que se extiende entre 130/128 miles de años (en adelante ka) y 118/115 ka antes del presente, que coincide con el OIS 5e, equivalente al interglacial Riss/Würm y al Eemiano; y el Último Pleniglacial, que comprende desde 118/115 ka hasta 11.784 años antes del presente, coincide con la glaciación Würm e incluye desde el OIS 5d hasta el OIS 2.

Durante el final del Pleistoceno superior (final del OIS 3 y OIS 2), entre 21,8 ka antes del presente, se suceden alternancias de periodos fríos

y cálidos de menor duración reciben el nombre de *Greenland Stadials* (GS 2 y GS 1) para los estadios fríos y de *Greenland Interstadials* (GI 2 y GI 1) para los interestadios templados. El último estadio frío del Pleistoceno es el GS 1 o *Younger Dryas* (Dryas reciente) que acaba hace 11.784 años antes del presente, momento a partir del cual da comienzo el Holoceno u OIS 1, última división temporal de la Historia de la Tierra en el que nos encontramos actualmente.

El Holoceno coincide con el OIS 1 y su límite inferior ha sido definido y ratificado por la IUGS en 2008. Este límite se ha establecido en el sondeo en el casquete de hielo de Groenlandia denominado NGRIP a una profundidad de 1.492,45 m, en un momento en el que se observa un exceso en los valores de deuterio al que siguen cambios en la composición isotópica del oxígeno (^{18}O), en la concentración de polvo, en los valores de algunos elementos químicos y en el espesor de las capas de hielo. La edad de este límite es de 11.784 años contados en capas de hielo con relación al año 2000, y coincide con el final del último episodio frío del Pleistoceno superior conocido como Dryas reciente.

Las divisiones del Holoceno se han establecido en función de las estratigrafías polínicas realizadas en el N de Europa y Francia y que presentan un marcado significado climático [Figura 3]. La escala del Holoceno se compone de los siguientes periodos o cronozonas cuyos límites han sido datados por radiocarbono: Preboreal, desde hace 11.784 años hasta 10.200 años antes del presente; Boreal, entre 10.200 y 8.800 años antes del presente; Atlántico, entre 8.800 y 5.700 años antes del presente, Subboreal, entre 5.700 y 2.500 años antes del presente; y Subatlántico, entre 2.500 años antes del presente y el momento actual.

Los periodos Boreal y Atlántico se suelen agrupar en lo que se denomina Óptimo Climático Holoceno, mientras que el Subboreal y el Subatlántico se reúnen en un periodo más amplio llamado Neoglaciación. Por otro lado, al igual que en el Pleistoceno, también se han establecido en

el Holoceno tres divisiones mayores con carácter informal: Holoceno inferior, Holoceno medio y Holoceno superior. El Holoceno inferior llegaría hasta el evento frío acontecido hace 8.200 años antes del presente o evento 8.2, comprendiendo el Preboreal, el Boreal y la parte más baja del Atlántico. El límite entre el Holoceno medio y el superior estaría ligeramente por debajo del límite entre el Subboreal y el Subatlántico.

Será durante el Pleistoceno medio y superior y los comienzos del Holoceno cuando tenga lugar la ocupación antrópica del valle del Sella y áreas aledañas.

2. A hombros de gigantes: aportaciones de los geólogos al conocimiento del registro de las cuevas prehistóricas asturianas

Los trabajos de investigación en los yacimientos asturianos y, más concretamente, en los yacimientos kársticos de la zona de la desembocadura del Sella, comenzaron con los estudios pioneros

Figura 3. Tabla cronoestratigráfica del Holoceno que incluye las curvas de alta resolución que muestran las variaciones de la temperatura holocenas de la superficie del agua del mar de Alborán, la cronoestratigrafía isotópica (OIS) y paleoclimática (GS y GI), las cronozonas basadas en registros polínicos, las fases climáticas y las divisiones informales, con la nomenclatura utilizada en el texto (Jordá Pardo 2013).

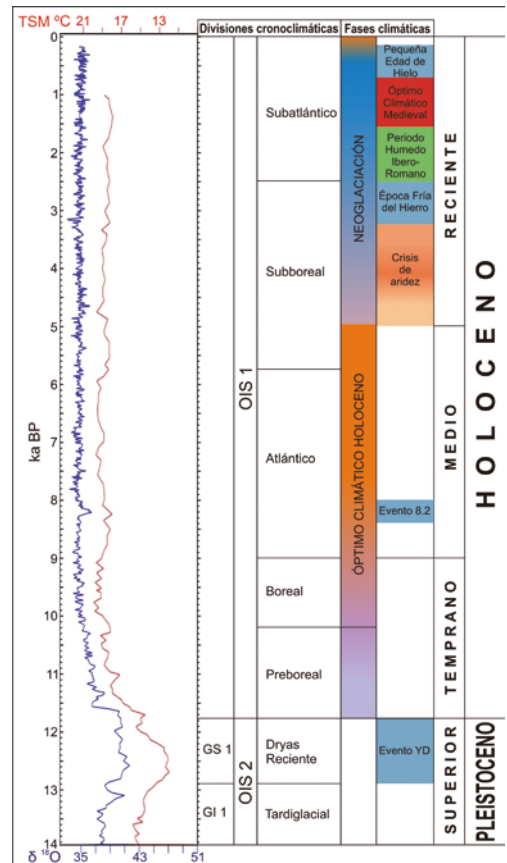




Figura 4. Eduardo Hernández-Pacheco en la cueva de La Peña de Candamo, hacia 1917 (foto: Museo Nacional de Ciencias Naturales).



Figura 5. Hugo Obermaier y el Conde de la Vega del Sella durante las excavaciones en la cueva de La Paloma (Soto de las Regueras) hacia 1914-1915 (foto: Museo Nacional de Ciencias Naturales).

del geólogo Eduardo Hernández-Pacheco (1872-1965) [Figura 4] y de los prehistoriadores y paleontólogos Ricardo Duque de Estrada y Martínez de Morentín (1870-1941), más conocido como Conde de la Vega del Sella, Hugo Obermaier (1877-1946) [Figura 5] y Paul Wernert (1889-1972), quienes llevaron a cabo en los primeros años del siglo XX intervenciones arqueológicas en cuevas y abrigos rocosos desde el oeste al este de Asturias, tales como La Paloma (Soto de Las Regueras, Las Regueras), El Conde (Tuñón, Santo Adriano), La Peña de Candamo (San Román, Candamo), cueva del Río o de Ardines (Ardines, Ribadesella), La Cueva (Ardines, Ribadesella), Cueto de la Mina (Posada de Llanes, Llanes), La Riera (Posada de Llanes, Llanes), Balmori (Barro, Llanes), Penical (Nueva de Llanes, Llanes) y Mazaculos o La Franca (La Franca, Rivadedeva) (Hernández-Pacheco 1959; Obermaier 1925; Rasilla 1991; Díaz García y Polledo González 2014). En estos trabajos los citados investigadores aplicaron el método estratigráfico y fruto de ellos fueron la interpretación geológica de los yacimientos, los primeros intentos de interpretación paleoclimática a partir de la naturaleza y contenido de sus depó-

sitos e incluso la realización de generalizaciones paleoclimáticas y paleogeográficas para la región cantábrica (Hernández-Pacheco et al. 1957).

Especial mención, por su situación a orillas del Sella en la margen izquierda de la ría de Ribadesella, merecen los trabajos inéditos realizados por Eduardo Hernández-Pacheco en la cueva del Río o de Ardines [Figura 6A], cavidad que posteriormente fue estudiada por el prehistoriador Francisco Jordá Cerdá (1914-2004) [Figura 7], quien en los años 50 del siglo XX fuera director del Servicio de Investigaciones Arqueológicas y del Museo Arqueológico Provincial de Oviedo, ambos dependientes de la Diputación Provincial de Asturias. Francisco Jordá Cerdá publicó dicha cueva con la denominación de La Lloseta (Jordá Cerdá 1958). Años más tarde sería de nuevo identificada como cueva del Río por Manuel Mallo Viesca, Teresa Chapa Brunet y Manuel Hoyos Gómez (1944-1999) [Figura 6B] y los materiales de las excavaciones del insigne geólogo extremeño serían publicados junto con una interpretación geológica de su relleno (Mallo et al. 1979-1980).

De igual modo, resulta reseñable el descubrimiento en 1916 de la cueva de El Buxu (Cardes,

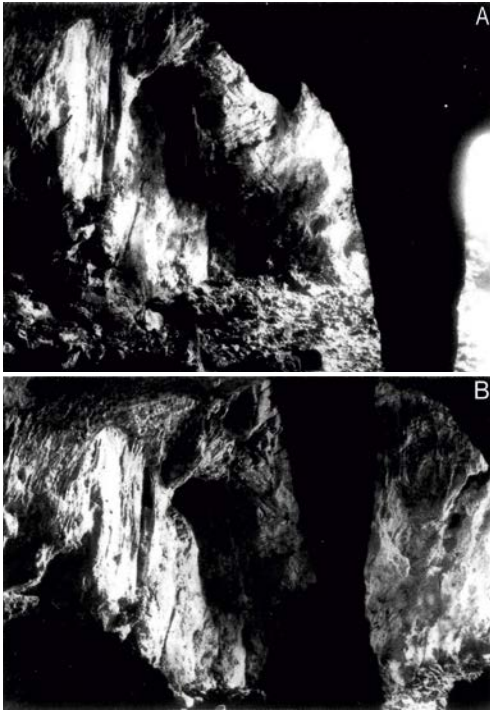


Figura 6. A) Fotografía tomada por Eduardo Hernández-Pacheco en la cueva del Río en 1915. B) Fotografía tomada por Manuel Mallo Viesca en la cueva de La Lloseta en 1975. Obsérvese la coincidencia (Mallo et al. 1979-1980).



Figura 7. Francisco Jordá Cerdá en su despacho de su domicilio en la calle Colón de Oviedo, hacia 1960 (foto: Archivo FIC).

Cangas de Onís) realizado por Cesáreo Cardín, ayudante del Conde de la Vega del Sella, el cual, junto con Hugo Obermaier y el dibujante Francisco Benítez Mellado (1904-1962), publicó en 1918 sus manifestaciones artísticas en una monografía (Obermaier y Conde de la Vega del Sella 1918). Posteriormente, Hugo Obermaier incluyó El Buxu en su libro *El Hombre Fósil* (Obermaier 1925) y años más tarde, el abate Henri Breuil (1877-1961) también lo incluyó en *Quatre cents siècles d'art pariétal* (Breuil 1952). Sus representaciones artísticas fueron estudiadas en 1952 por Eduardo Ripoll Perelló en su tesis doctoral (inédita) y posteriormente las investigaron Francisco Jordá Cerdá (1978) y Magín Berenguer (1991, 1994). En 1954 se realizaron las obras de adecuación del acceso a la cueva que destruyeron gran parte del yacimiento arqueológico de la entra-

da. El yacimiento arqueológico fue excavado en 1970 por Emilio Olávarri y posteriormente por Mario Menéndez entre 1985 y 1990 (Menéndez 1990), el cual además estudió su arte rupestre. Recientemente, con motivo del centenario del descubrimiento de la cueva se ha publicado una completa monografía (Menéndez et al. 2016).

Después de un largo periodo de inactividad investigadora, los estudios geológicos sobre los yacimientos pleistocenos asturianos se retomaron en la década de 1950 mediante la colaboración entre Francisco Jordá Cerdá y el geólogo y profesor de la Universidad de Oviedo Noel Llopis Lladó (1911-1968) [Figura 8]. Un buen ejemplo de la colabora-



Figura 8. Noel Llopis Lladó en traje académico durante su permanencia en la Universidad de Oviedo en los años sesenta del siglo pasado (foto: ICOG, <http://www.icog.es/asturias/2018/02/tal-dia-hoy-60-anos-nos-dejo-fundador-noel-llopis-llado/>).

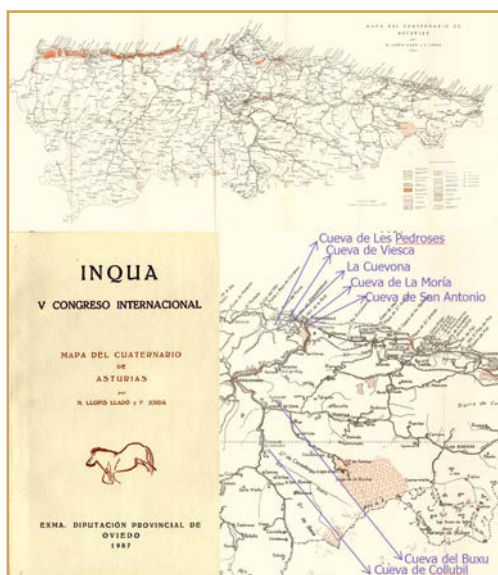


Figura 9. Mapa del Cuaternario de Asturias (Llopis Lladó y Jordá 1957): portada, mapa y detalle de la zona del valle del Sella donde hemos señalado las cuevas prehistóricas plasmadas en el mapa.

ción entre estos dos investigadores es el *Mapa del Cuaternario de Asturias* (Llopis Lladó y Jordá 1957) publicado con motivo del V Congreso Internacional del INQUA de 1957, en el que señalan las cuevas prehistóricas del valle del Sella conocidas en aquel momento [Figura 9]. Además, en la guía de la excursión nº 2, *El Cuaternario de la región cantábrica* (Hernández-Pacheco et al. 1957) realizada con motivo del citado congreso, aparecen citadas varias de las cuevas prehistóricas riosellanas (Les Pedroses, La Lloseta, La Cuevona) [Figura 10]. Fruto de esta colaboración es la interpretación que ambos investigadores hacen sobre la posición estratigráfica de los concheros asturrienses, a los que sitúan en momentos previos a la sedimentación de los niveles del Paleolítico superior y relacionan con el Paleolítico inferior (Jordá Cerdá 1958, 1959; Llopis Lladó 1953a, 1953b), hipótesis que se verá refutada por investigaciones posteriores (Clark 1972).

En esa época, Francisco Jordá Cerdá intervino en Cova Rosa, donde realizó trabajos de prospección y cribado de tierras entre 1957 y

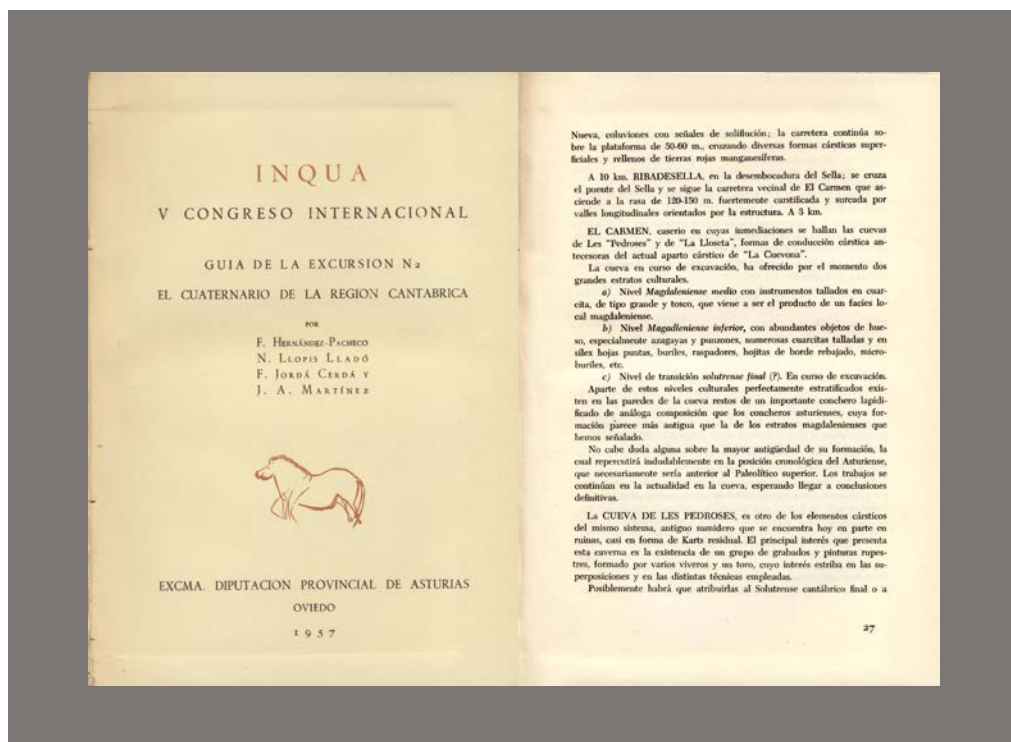


Figura 10. Portada y página relativa a las cuevas prehistóricas de Ribadesella en la guía de la excursión nº 2, *El Cuaternario de la región cantábrica* (Hernández-Pacheco et al. 1957).

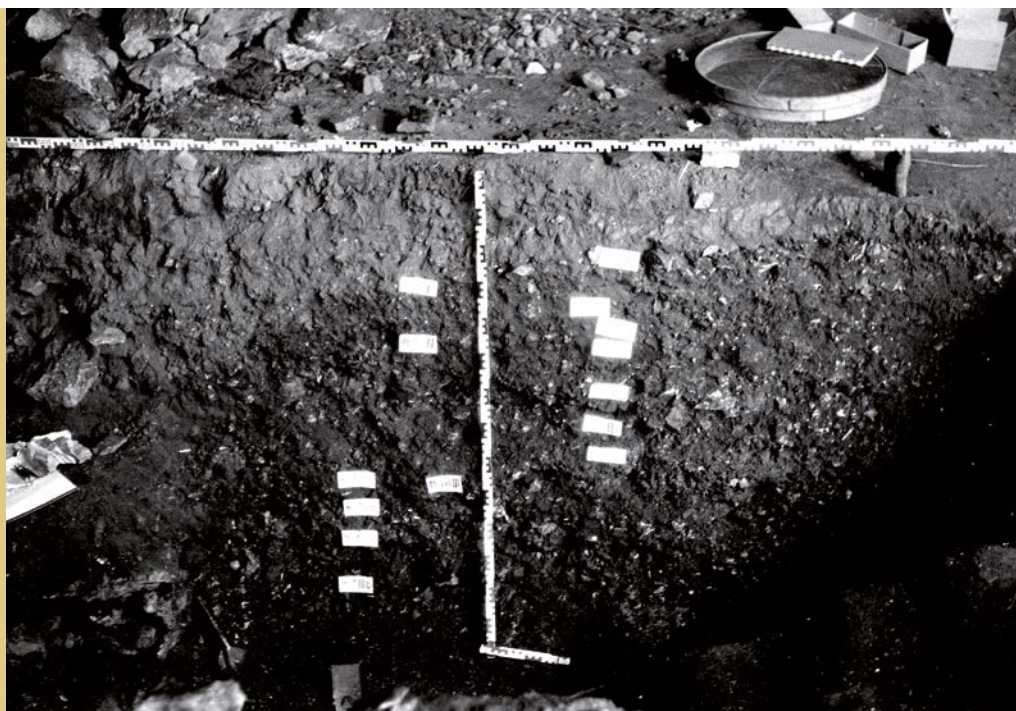


Figura 11. Fotografía de la excavación de Francisco Jordá Cerdá en Cova Rosa, campaña de 1964 (foto: Archivo FIC).

1959 para posteriormente excavarla en 1964 [Figura 11]. En 1958 descubrió la vecina cueva de El Cierro en compañía del capataz del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial de Asturias, Antonio Álvarez Alonso “Antón” [Figura 12], durante la realización de varias campañas de investigación en el macizo kárstico de Ardines (Jordá Cerdá 1976, 1977), que dieron lugar al reconocimiento de varios yacimientos ya conocidos y al descubrimiento de otros nuevos (Díaz García y Polledo González 2014; Jordá Cerdá y Mallo 2014). Entre junio y julio de 1959, a lo largo de quince días, trabajaron en su entrada principal, en una zona de derrumbe del techo, donde llevaron a cabo un amplio sondeo. Posteriormente, en julio de 1964 realizó un nuevo sondeo y, años más tarde, junto con Alejandro Gómez Fuentes, llevó a cabo nuevas campañas de excavaciones en Cova Rosa (1975 a 1979) y en El Cierro (1977 a 1979), al frente de un amplio equipo interdisciplinar, cuyos resultados solamente se plasmaron en una pequeña monografía sobre Cova Rosa (Jordá Cerdá et al. 1982).

Tras el prematuro fallecimiento de Noel Llopis Lladó y el traslado de Francisco Jordá Cerdá a la Universidad de Salamanca, los trabajos de investigación geológica en los yacimientos pleistocenos de la zona del Sella se interrumpieron hasta que, en el comienzo de la década de los setenta



Figura 12. De izquierda a derecha, Antonio Álvarez Alonso “Antón”, Francisco Jordá Cerdá y Manuel Mallo Viesca, protagonistas del descubrimiento y estudio de la cueva de Les Pedroses, en el exterior de la cueva del Conde en una visita en el año 1965 (foto: Manuel Mallo Viesca).

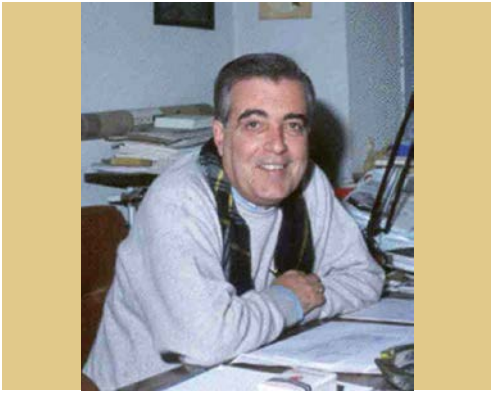


Figura 13. Manuel Hoyos Gómez en su despacho del Museo Nacional de Ciencias Naturales hacia la década de los 90 del siglo pasado (foto: Comité Español del Programa Internacional de Correlación Geológica: <https://www.ugr.es/~mlamolda/PICG/inf99.html>)

del siglo pasado, el joven geólogo Manuel Hoyos Gómez (1944-1999) [Figura 13] comenzó sus estudios sobre los aspectos geomorfológicos, sedimentológicos y paleoclimáticos de los yacimientos kársticos de Asturias durante el Pleistoceno y el Holoceno que darían lugar a su tesis doctoral (Hoyos 1979). Manuel Hoyos Gómez estableció una secuencia crono-climática articulada en seis fases de sedimentación con distinto significado climático, (Würm III-IV, Würm IV Asturias II, Würm IV Asturias III, Würm IV Asturias IV y Würm IV Asturias V) [Figura 14] en función de las variaciones de temperatura y humedad detectadas a partir del estudio de los procesos sedimentarios y postsedimentarios identificados en los depósitos de cinco yacimientos kársticos del centro y este de Asturias, La Paloma y Sofoxó (Las Regueras), Las Caldas (Oviedo), Cova Rosa

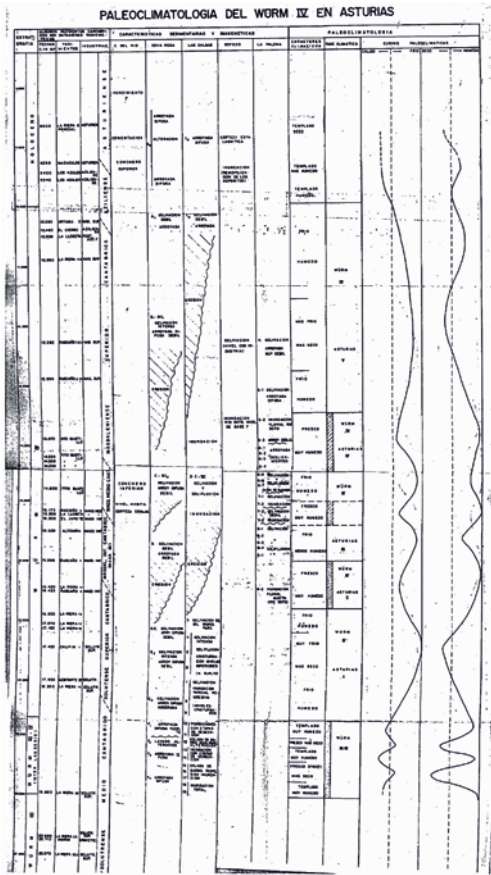


Figura 14. Cuadro sintético de la paleoclimatología del Würm IV en Asturias (Hoyos 1979).

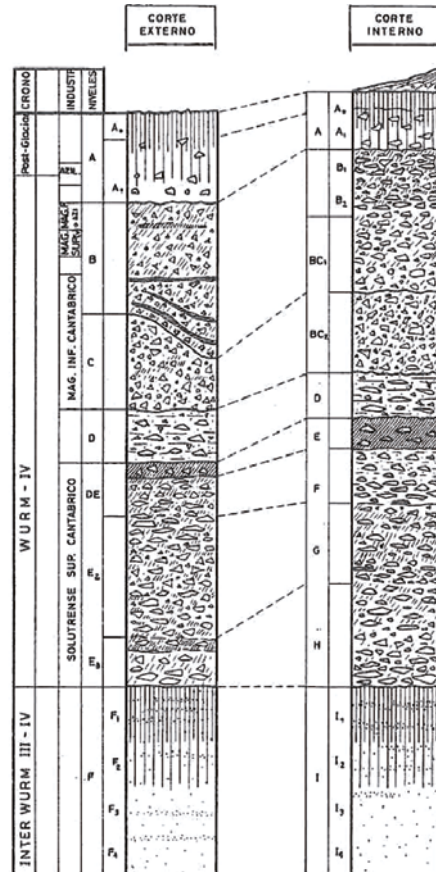


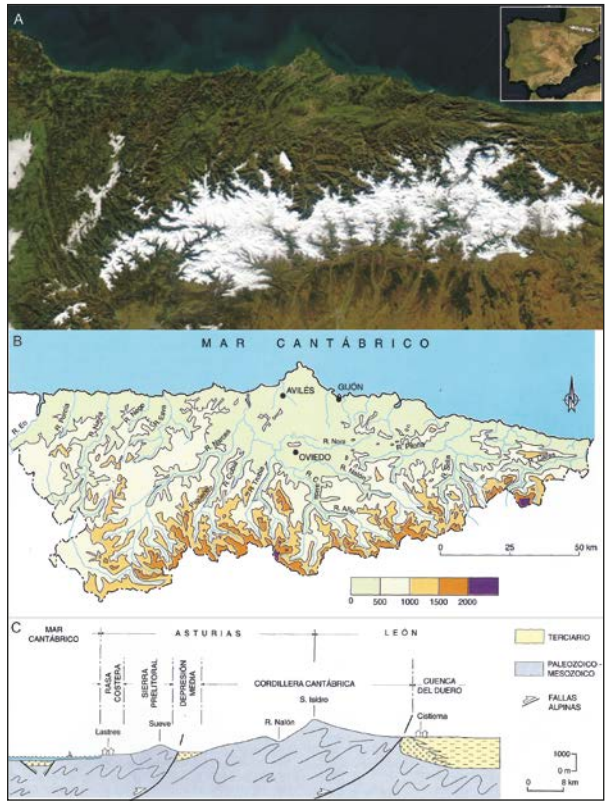
Figura 15. Secuencias litoestratigráficas de los cortes estudiados de Cova Rosa por Hoyos Gómez (1979).

Figura 16. A) Foto satélite de Asturias (fuente NASA). B) Esquema orográfico e hidrográfico de Asturias. C) Sección geológica transversal simplificada de Asturias en la que se indican los principales rasgos del relieve (B) (Fariás y Marquinez 1995).

(Sardéu, Ribadesella) y La Lloseta o cueva del Río (Ardines, Ribadesella), secuencia que posteriormente ampliaría con la inclusión de otros yacimientos de Asturias, Cantabria y País Vasco (Hoyos 1972-1973, 1979, 1980, 1981a, 1981b, 1987, 1989; Hoyos y Herrero 1989). Manuel Hoyos Gómez participó como geólogo en las excavaciones en Cova Rosa y El Cierro que se llevaron a cabo simultáneamente en los años setenta del siglo XX. De la primera, contamos con las descripciones litoestratigráficas, resultados analíticos, cartografía y dibujos de su tesis doctoral [Figura 15] (Hoyos 1979), mientras que de la segunda, solo disponemos de anotaciones y dibujos de su libreta de campo. Lamentablemente, el también prematuro fallecimiento en 1999 de este geólogo sevillano (Rasilla y Sánchez-Moral 2003) le impidió completar sus estudios sobre estos y otros yacimientos asturianos de la cuenca del Sella, como Tito Bustillo (Ribadesella), Los Azules, El Buxu y La Güelga (Cangas de Onís) y El Sidrón (Infiesto), algunos de los cuales han sido estudiados con metodología geoarqueológica en los últimos años por otros investigadores (Cañaveras et al. 2018; Jordá Pardo et al. 2013; 2018; Kehl et al. 2018).

3. Asturias, un territorio geológico de contrastes

Situado en el norte de la Península Ibérica, desde el punto de vista geográfico, el territorio de Asturias se encuentra en el extremo occidental de la región cantábrica, estrecha franja de terreno ocupada por las montañas del mismo nombre y comprendida entre el borde norte de la Meseta por el sur y el mar Cantábrico por el norte [Figura 16A]. De oriente a occidente, la región cantábrica se divide en tres sectores geográficos: los montes vascos, la montaña santanderina y el macizo asturiano. Los dos primeros presentan ciertas similitudes, mientras que el tercero, ofrece



marcadas diferencias con los anteriores. Las altitudes máximas de la región cantábrica se encuentran precisamente en el extremo oriental del macizo asturiano, más concretamente en el macizo central o de Los Urrieles situado en los Picos de Europa, donde se alcanzan altitudes superiores a los 2.500 m (Torrecerréu, 2.648 m). Por tanto, el desnivel que presenta esta región en la vertiente norte de la zona asturiana supera en muchos casos los 2.000 m, mientras que en su vertiente sur los desniveles son menores, marcados por la cota de la Meseta [Figura 16C]. Toda la región está dominada en su vertiente septentrional por un relieve escalonado, desde las altas cumbres y las sierras prelitorales, hasta las rasas costeras y el dominio litoral, que pueden agruparse en tres grandes tipos de unidades fisiográficas: las montañas, los valles fluviales y la superficie de la rasa costera. Los principales valles fluviales de Asturias corresponden a los ríos Eo y Navia en el occidente, Nalón y su afluente el Narcea, en la zona central y suroccidental y Sella y sus afluentes el Piloña y el Güeña, en la zona oriental [Figura 16B]. En general, la red fluvial asturiana corre de sur a nor-

te, condicionada por el relieve de la Cordillera Cantábrica, con algunos tramos fluviales de direcciones con tendencia este-oeste.

Geológicamente, el territorio de Asturias se extiende sobre dos unidades geológicas principales de la Península Ibérica relacionadas respectivamente con las orogénias Varisca y Alpina, el Macizo Ibérico y la Cordillera Cantábrica, cuyas características estratigráficas, petrológicas paleontológicas y estructurales pueden consultarse en diferentes obras de síntesis que hemos manejado en este trabajo (Aramburu y Bastida 1995; Gibbons y Moreno 2002; Vera 2004).

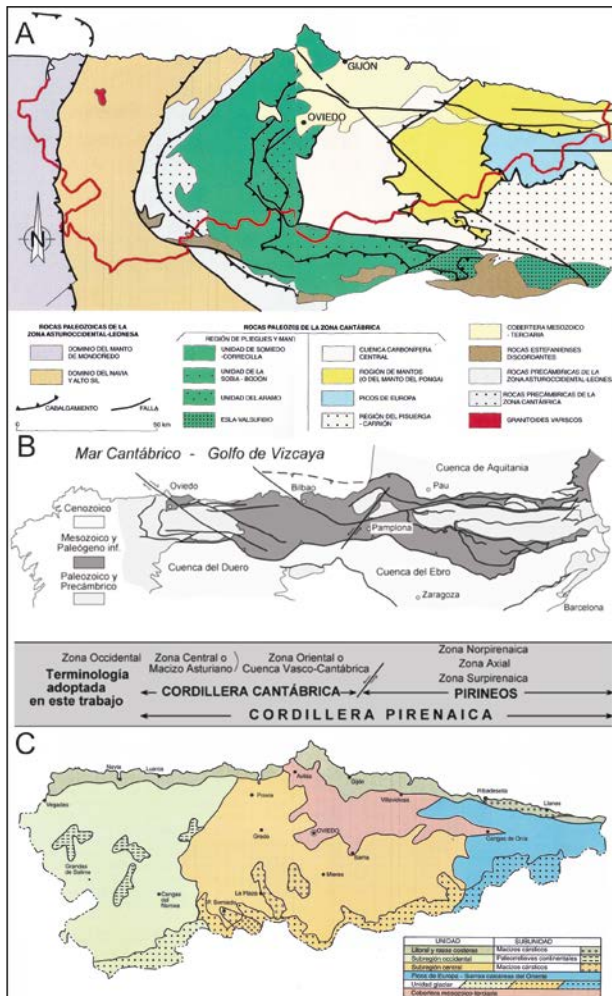
La unidad más antigua corresponde al extremo norte del Macizo Ibérico, caracterizado por rocas precámbricas y paleozoicas prepérmicas deformadas durante la orogenia Varisca (tam-

bién llamada Hercínica) [Figura 17A], agrupadas en la Zona Asturoccidental-leonesa, cuyo extremo oriental se extiende por el occidente asturiano, y en la Zona Cantábrica (Lotze 1945), que ocupa el centro y oriente asturianos. La Zona Cantábrica corresponde al borde externo del Macizo Ibérico y está situada en el núcleo del llamado Arco Astúrico o Ibero-Armoricano. De oeste a este se divide en varias regiones con diferentes características geológicas (Julivert 1971; Bastida 2004): región de Pliegues y Mantos, Cuenca Carbonífera Central, región del Manto del Ponga, Picos de Europa y, fuera ya del territorio asturiano, región del Pisuerga-Carrión [Figura 18].

La unidad más reciente forma parte del segmento occidental de la Cordillera Pirenaica, que desde la falla de Pamplona hacia el oeste recibe

el nombre de Cordillera Cantábrica (Barnolas y Pujalte 2004) [Figura 17B]. Dentro de esta, el territorio de Asturias se extiende por su porción central conocida como Macizo Asturiano (Rat 1988), que enlaza por el este con la Cuenca Vasco-Cantábrica y por el oeste con su zona occidental desarrollada sobre materiales del Macizo Ibérico en las montañas de Galicia (Barnolas y Pujalte 2004).

El Macizo Asturiano se encuentra mayoritariamente formado por los materiales precámbricos y paleozoicos ya citados de las zonas Asturoccidental-leonesa y Cantábrica del Macizo Ibérico deformados de nuevo durante la orogenia Alpina, a los que hay que añadir los materiales sedimentarios de la cobertera post-varisca igualmente deformados en el ciclo alpino. Un primer grupo lo constituyen los sedimentos depositados durante el Pérmico y el Mesozoico que afloran en una estrecha franja



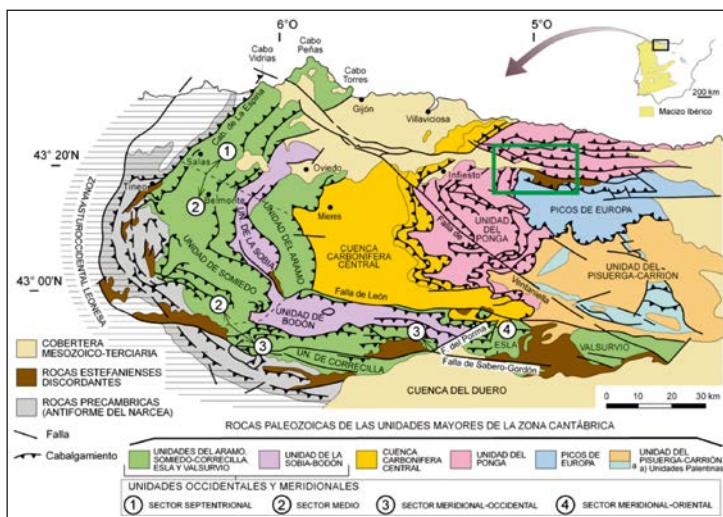


Figura 18. Esquema geológico de la Zona Cantábrica con indicación de la zona del valle de Sella (Bastida 2004, a partir de Julivert 1971).

de dirección E-O que corre desde Avilés al oeste hasta Ribadesella y Benia de Onís al este, con sendos retazos aislados en la costa oriental y en la zona de los Picos de Europa (García-Ramos y Gutiérrez Claverol 1995). Sobre estos materiales mesozoicos se disponen depósitos de la primera parte del Cenozoico en unas cuencas sedimentarias generadas por los movimientos compresivos y distensivos de las etapas tardías del ciclo alpino que las aíslan del mar y confieren un carácter endorreico a la sedimentación –como es el caso de la cuenca Oviedo-Cangas de Onís–, salvo en la zona de Colombres donde si se produce sedimentación marina (García-Ramos y Gutiérrez Claverol 1995). Finalmente, sobre todos estos conjuntos de rocas (precámbricas, paleozoicas, mesozoicas y cenozoicas) y estructuras (variscas y alpinas) se disponen los depósitos del Cuaternario que ofrecen una gran variedad de facies sedimentarias: glaciares y periglaciares, de ladera y fluviales, lacustres y palustres, kársticas y litorales.

En cuanto a las litologías dominantes, en el occidente de Asturias (Zona Asturoccidental-leonesa) afloran mayoritariamente materiales silíceos (pizarras, areniscas, cuarcitas) de edad precámbrica, cámbrica, ordovícica y silúrica, entre las que destacan por su extensión, las Pizarras del Narcea, y por los relieves que configura, la Cuarcita de Barrios, mientras que las rocas carbonatadas están representadas por las Calizas

de Vegadeo del Cámbrico (Bastida y Aller 1995). Además, en el occidente asturiano existen pequeños afloramientos de rocas ígneas emplazadas durante la orogenia Varisca, como son el granito de Boal, las granodioritas y gabrodioritas de Salave y Porcía los gneises de Pola de Allande, a los que hay que unir en la zona central y oriental las intrusiones calcoalcalinas de Salas-Belmonte y de Infiesto (Suárez 1995). Por su parte, en el centro y este asturiano (Zona Cantábrica) se caracterizan por una mayor presencia, junto con las rocas silíceas predevónicas,

de rocas carbonatadas de edad devónica y carbonífera, como son la conocida desde antiguo como Caliza de Montaña, que se corresponde con las actuales calizas de las formaciones Barcaliente y Valdeteja, y las calizas de la Formación Escalada y de la Formación Picos de Europa, todas ellas del Carbonífero (Bastida y Aller 1995). Discordantes sobre los materiales precámbricos y paleozoicos se encuentran los depósitos de la cobertera post-varisca de las cuencas sedimentarias de Oviedo-Cangas de Onís y Gijón-Villaviciosa, del Pérmico y del Mesozoico con conglomerados, areniscas, lutitas, margas, calizas y dolomías, estas tres últimas predominantes en el Jurásico y Cretácico entre las que se puede mencionar las calizas y margas de la Formación Rodiles del Jurásico inferior y medio y las calizas de la Formación Oviedo del Cretácico superior (García-Ramos y Gutiérrez Claverol 1995). Los materiales cenozoicos de carácter continental corresponden básicamente a conglomerados, areniscas, limolitas, margas y calizas. Discordantes sobre todos estos grupos de materiales se encuentran los depósitos de cantos, gravas, arenas, limos y arcillas del Cuaternario [Figura 19A].

Desde la óptica de la Geomorfología, la región cantábrica corresponde a la unidad geomorfológica denominada Cordillera Cantábrica-Astúrica, articulada en dos unidades de relieve principales, la Cordillera Cantábrica y los Montes Galaico-Leoneses, compartimentadas en maci-

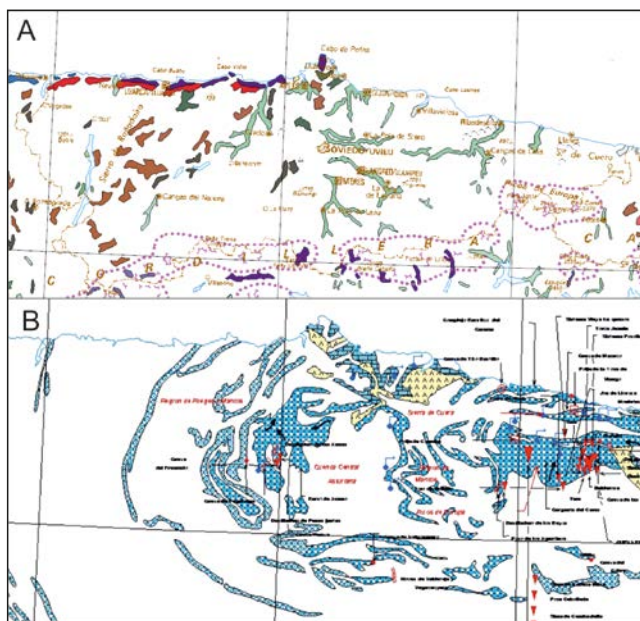


Figura 19. A) Porción correspondiente a Asturias del Mapa del Cuaternario de España a escala 1:1.000.000 (Pérez-González et al. 1989). B) Porción correspondiente a Asturias del Mapa del Karst de España a escala 1:1.000.000 (Ayala 1986).

zos, valles y cuencas (Martín Serrano 1994). La Cordillera Cantábrica conecta por su extremo suroccidental con los Montes Galaico-Leoneses, mientras que hacia el este llega hasta los Picos de Europa, por donde enlaza con las montañas de Cantabria. En el territorio de Asturias, esta unidad geomorfológica está constituida por una serie de alineaciones montañosas y sierras de dirección este-oeste, surcadas por cursos fluviales que discurren en su mayoría de sur a norte, con algunos tramos de dirección este oeste. Esta red fluvial, que en sus cursos altos discurre muy encajada, da lugar a estrechos valles en sus tramos medios, que se abren progresivamente hacia el mar, para formar valles abiertos en las zonas de desembocadura y, en algunos casos, ensenadas, estuarios y rías. En general, son muy notables las diferencias entre los relieves occidentales y los del centro y oriente de Asturias. Las principales divisiones geomorfológicas del territorio asturiano son, de oeste a este, las siguientes: las sierras occidentales con los macizos de Oscos-Degaña, Allande y Tineo sobre los materiales de la Zona Asturoccidental-leonesa, y las sierras centrales y meridionales, el reborde litoral, el escalón intermedio, la depresión longitudinal o sur-

co prelitoral, la cuenca central, las sierras surorientales, las sierras planas y los Picos de Europa, en la Zona Cantábrica (Martínez García 1981; Martín Serrano 1994).

En las sierras occidentales se observa la existencia de restos de una antigua penillanura de arrasamiento continental desarrollada durante el Mesozoico que equivaldría a la penillanura gallega y del occidente de la Meseta y que en el oeste asturiano se sitúa entre los 800 y 600 m de altitud con buenos ejemplos en el macizo de Allande. Las sierras alcanzan cotas en torno a 1.000 m en el macizo de Tineo, 1.200 m en el de Allande y Oscos y 1.900 m en el de Degaña, con sucesiones de sierras alineadas según las direcciones estructurales variscas, con predominio de las alineaciones norte-sur que condicionarán el desarrollo de la red fluvial. Las sierras centrales y meridionales están limitadas al oeste por el Narcea y al este por el

Nalón y son potentes alineaciones de rocas silíceas y calizas que alcanzan cotas superiores a los 2.000 m. Más hacia el este y al sur de la depresión longitudinal se encuentra la cuenca central, coincidente con la Cuenca Carbonífera central, caracterizada por la presencia de materiales rocosos poco resistentes que dan lugar a suaves relieves con elevaciones en las sierras calizas entre 1.000 y 2.000 m. Las sierras surorientales se extienden entre la divisoria sur de la cordillera, la cuenca central, la depresión intermedia y los Picos de Europa, y se caracterizan por presentar estrechas y afiladas sierras con cotas entre 600 a 2.100 m que limitan valles fuertemente encajados. En el oriente asturiano, los Picos de Europa, están formados por una serie de macizos montañosos de fuertes relieves y profundos encajamientos fluviales, desarrollados sobre los materiales carbonatados carboníferos, donde se alcanzan las cotas más altas de la cordillera, superiores a los 2.500 m, como son los picos Torrecerréu (2.648 m) y Naranjo de Bulnes (2.559 m). Constituyen un potente macizo calcáreo, de paisaje escarpado, producto del glaciarrismo y la karstificación, elevado entre las depresiones del Cares y la Liébana. Al sur se divide en

tres macizos diferentes, el Cornión u occidental, Los Urrieles o macizo central y Ándara u oriental (Martínez García 1981), mientras que en su zona norte presenta un relieve mucho menos elevado. Las sierras planas se extienden entre el mar Cantábrico y la depresión longitudinal, desde la vertiente occidental del Suevo hasta el río Deva, y configuran una serie de alineaciones montañosas de dirección este-oeste y cumbres planas, con cotas que varían desde los 1.200 m en el Cuera y el Suevo hasta los 200 m en La Borbolla, que corresponden a antiguas superficies de erosión marina emergidas durante la orogenia Alpina. La depresión longitudinal es una estrecha franja deprimida de 80 km de longitud desde el río Narcea al oeste de Oviedo hasta Corao y Benia al este del Sella, desarrollada sobre los materiales de la cobertera sedimentaria mesozoica y cenozoica de la cuenca de Oviedo-Cangas de Onís, con suaves relieves cuyas altitudes oscilan entre los 400 y los 250 m. Está atravesada por los ríos Nalón y Sella y sus respectivos afluentes. El reborde litoral está caracterizado por la superficie de abrasión marina de la rasa costera que recorre toda la costa con cotas inferiores a 110 m y enlaza de forma brusca con el escalón intermedio de la zona central de Asturias situado sobre 400 m de altitud.

De manera simplificada Farías y Marquín (1995) establecen cinco regiones geomorfológicas: litoral y rasas costeras, subregión occidental, subregión central, cobertera mesozoico-terciaria y Picos de Europa y sierras calcáreas del oriente [Figura 17C]. Además, sobre los Picos de Europa y las subregiones occidental y central se

desarrolla la denominada unidad glaciaria, sobre la subregión occidental existe una subunidad de paleorrelieves continentales equivalentes a la superficie de erosión finicretácica antes citada, y sobre la subregión central y extremo oriental de las rasas costeras y litoral se desarrollan macizos kársticos.

Los principales rasgos geomorfológicos que definen el territorio asturiano corresponden a las formas y depósitos glaciares y periglaciares en las zonas altas de las montañas, las superficies de arrasamiento en las sierras del interior, los valles fluviales con depósitos en terrazas y llanuras aluviales de variada entidad entre las altas cumbre y la costa, las laderas de los valles con o sin depósitos, las superficies escalonadas de la rasa costera que configuran una estrecha franja subhorizontal paralela a la costa, las formas litorales que incluyen rías, estuarios, ensenadas, playas, superficies de abrasión marina y acantilados y las formas y depósitos kársticos desarrollados mayoritariamente en el centro y oriente de Asturias sobre rocas carbonatadas (Jordá Pardo et al. 2014) [Figura 19B].

4. El valle del Sella en la Prehistoria: una tierra generosa

4.1. El valle del Sella y sus terrazas fluviales

El valle del Sella se extiende desde las altas cumbre de la Cordillera Cantábrica hasta los acantilados litorales que jalonan su desembocadura en el mar Cantábrico mediante un estuario [Figura 20]. Nace en Fuentes del Infierno (Puerto del Pontón, León) a la cota de 1600 m snm y tiene un recorrido de 73 km y su cuenca tiene una extensión de 1.246 km² (Fernández-Irigoyen 2007). Bordeando la cuenca del Sella se encuentran una serie de relieves entre los que podemos señalar los Picos de Europa al sur y su-reste, con los macizos de Cornión y de Los Urrieles, la sierra del Suevo al oeste, con dirección NE-SO, y las estribaciones occidentales de sierra del Cuera al este, la cual corre paralela a la costa, separada de



Figura 20. Mapa topográfico del oriente de Asturias que incluye el valle del Sella y sus afluentes (fuente: IBERPIX).



Figura 21. Mapa orográfico del oriente de Asturias que incluye el valle del Sella y sus afluentes (fuente: IBERPIX).

la zona litoral por la rasa costera. La orografía que presenta toda esta zona es muy variada, con fuertes relieves, altas cumbres y potentes desniveles al norte y al sur (Sueve y Cuera por un lado, Picos de Europa por otra), separados por una zona deprimida de suave orografía correspondiente a la depresión longitudinal, por la que discurren los ríos Piloña y Güeña [Figura 21]. El río Sella atraviesa de sur a norte los citados relieves y la depresión, dando lugar en el sur a un profundo cañón encajado en las rocas calizas paleozoicas de Picos de Europa, el desfiladero de Los Beyos, en lo que sería su curso alto, al que sigue, en su curso medio, un valle amplio y abierto entre Caño

–al sur de Cangas de Onís– y Arriondas, seguido de un nuevo encajamiento pero con un amplio valle meandriforme y de mayor amplitud en su curso bajo entre Arriondas y Llóvio, que termina en la zona de estuario del río hasta llegar a su desembocadura entre el cerro Atalaya y la punta del Arenal, en la misma Ribadesella.

El río Sella y sus afluentes, a lo largo de su encajamiento desarrollado durante el Cuaternario, han ido dejando en sus márgenes depósitos fluviales constituidos por cantos rodados, gravas, arenas, limos y arcillas que constituyen las llamadas terrazas fluviales, las cuales se han ido quedando escalonadas en ambas márgenes de los ríos como consecuencia de las etapas de estabilidad y de incisión de los ríos. En la valle del Sella se han identificado varias series de terrazas encuadradas en el siguiente esquema [Figura 22]: llanura aluvial (T+2 m), terrazas bajas (T+4 m; T+6 m; T+8 m; T+10 m; T+12 m), terrazas medias (T+17 m; T+20 m; T+27/30 m; T+40/50 m) y terrazas altas (T+60/65 m; T+75/80 m; T+110 m), siendo atribuida la llanura aluvial al Holoceno, las terrazas bajas al Pleistoceno superior, las medias al Pleistoceno medio y las altas al Pleistoceno inferior y Plioceno (Fernández-Irigoyen 2007; Fernández-Irigoyen y Ruiz-Fernández 2008). En el curso alto del río las terrazas apenas tienen desarrollo y solo aparecen las situadas por debajo de +10 m además de la llanura de inundación, en el curso medio destacan por su extensión las terrazas T+27/30 m, T+40/50 m y T+60/65 m, mientras que en el curso bajo aparecen terrazas por debajo de +27/30 m entre las que destaca por

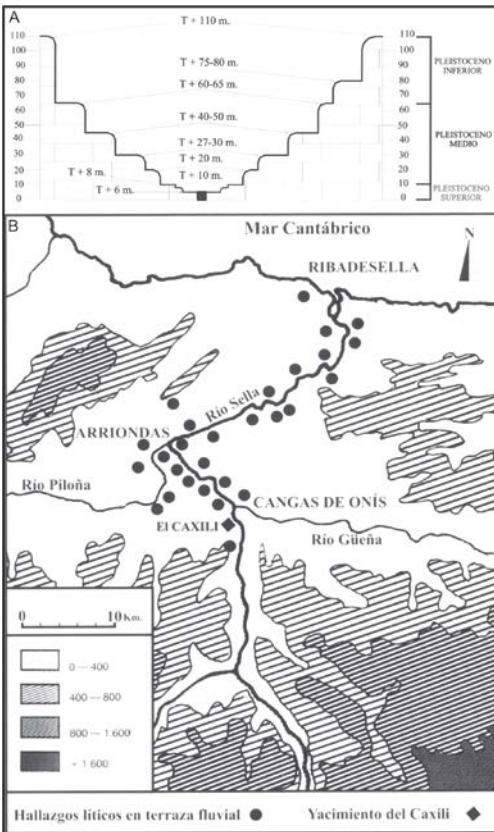


Figura 22. A) Esquema de las terrazas fluviales del Sella con indicación de sus cotas relativas y su cronología propuesta. B) Mapa del valle del Sella con los hallazgos líticos correspondientes al Paleolítico inferior y medio (Fernández Irigoyen 2007).

su extensión la T+20 m. Tanto en el curso medio como en el bajo, las llanuras de inundación aparecen con notable extensión.

Básicamente, los depósitos de las terrazas y llanuras de inundación están formados por acumulaciones de bloques, cantos, gravas y arenas fluviales con tramos de limos y arcillas, mientras que en su tramo bajo, los depósitos predominantes en la llanura de inundación son limos y arcillas. Estas superficies casi horizontales asociadas a las márgenes de los ríos también han sido lugares de especial atracción para los grupos humanos prehistóricos, dado que esos entornos fluviales podían ser utilizados como lugares de habitación al aire libre y en ellos podían encontrar materias primas líticas para tallar sus instrumentos, como pueden ser cantos rodados de cuarcita, a la vez que eran excelentes lugares para la caza, la pesca o para la recolección de vegetales. Las terrazas del Sella y sus afluentes Güeña y Piloña, en su curso medio y bajo han sido prospectadas arqueológicamente por Javier Fernández Irigoyen y en ellas se han detectado numerosos lugares con presencia de restos tecnológicos líticos del Paleolítico inferior y medio, entre los que cabe señalar el yacimiento de Caxili en San Juan de Parres (Parres) (Fernández-Irigoyen 2007; Fernández-Irigoyen y Ruiz-Fernández 2008). Para este autor las terrazas entre las cotas relativas de +27/30 m y +110 m soportarían las ocupaciones del Paleolítico inferior, mientras que en las comprendidas entre +20 m y +10 m estarían las del Paleolítico medio y en la de +8 m e inferiores las del Paleolítico superior.

4.2. Las cavidades kársticas del valle del Sella

Por otra parte, la cuenca fluvial del Sella se extiende por diferentes litologías que son surcadas por el propio Sella, que presenta un trazado aproximado de sur a norte, y por sus afluentes, como el Ponga y el Dobra en su curso alto, y, de manera destacada, el río Güeña, que procedente del E, confluye con él en Cangas de Onís, y el río Piloña, que procede del oeste se le une en Arriendas. Todos estos ríos, a lo largo de su recorrido atraviesan diferentes litologías, tanto de la Zona Cantábrica (regiones del Manto del Ponga, Picos de Europa y Pisuerga-Carrión) (Bastida 2004) [Figura 18] del Macizo Asturiano, como de la depresión longitudinal, entre las cuales, las que presentan un mayor interés para el pobla-

miento humano prehistórico son las rocas carbonatas, fundamentalmente calizas y dolomías, que por ser susceptibles de disolverse, dan lugar a importantes desarrollos de cavidades kársticas, susceptibles de ser ocupadas por los grupos humanos prehistóricos, tanto en su zona exterior, como lugar de habitación bajo la protección de las entradas a las cuevas o en abrigos rocosos, como en su zonas interiores, las cuales ofrecen además un enorme potencial para que estos grupos desarrollen sus manifestaciones gráficas en sus paredes.

Entre las litologías de la Zona Cantábrica del Macizo Asturiano de interés para el poblamiento humano prehistórico podemos destacar, por un lado, las rocas carbonatadas de la Formación Barcaliente (Caliza de Montaña) del Carbonífero superior pre-Estefaniense (Namuriense), integrada por calizas (micritas, microesparitas y dolomicritas) grises y negras, fétidas, frecuentemente dolomitizadas y en ocasiones con alguna intercalación margosa, con estratificación masiva a tableada y una potencia entre 140 y 300 m (Navarro et al. 1986), y por otro, las rocas carbonatadas de la formación Calizas de la Escalada del Carbonífero (Moscoviense) (Navarro et al. 1986), que son unas calizas micríticas y bioclásticas con intraclastos algales de tamaño canto, muy recristalizadas, acompañadas por margas y lutitas [Figura 23]. En ambos casos, estas rocas se encuentran afectadas por pliegues y fallas de la orogenia Varisca y posteriormente por fallas y fracturas de la orogenia Alpina. En cuanto a los materiales con potencial kárstico de la depresión longitudinal susceptibles de ser utilizados por los grupos humanos prehistóricos podemos señalar los conglomerados carbonatados de la Formación Posada [Figura 23], del Paleógeno, en los que se desarrolla la cueva de El Sidrón (Infiesto) (Martínez García 2014).

Los yacimientos kársticos, desarrollados en cuevas y abrigos rocosos, están bien representados en el territorio del Sella y zonas costeras límítrofes. En este contexto geológico existen numerosas cavidades con restos paleontológicos y arqueológicos cuya cronología comprende el final del Pleistoceno medio, el Pleistoceno superior y los comienzos del Holoceno. Son reseñables las cuevas de El Sidrón, en el valle del Piloña, Cova Rosa, El Cierro, Tito Bustillo, Los Azules y Collubil, en el valle del Sella, El Buxu y La Güelga, en el valle del Güeña, mientras que en

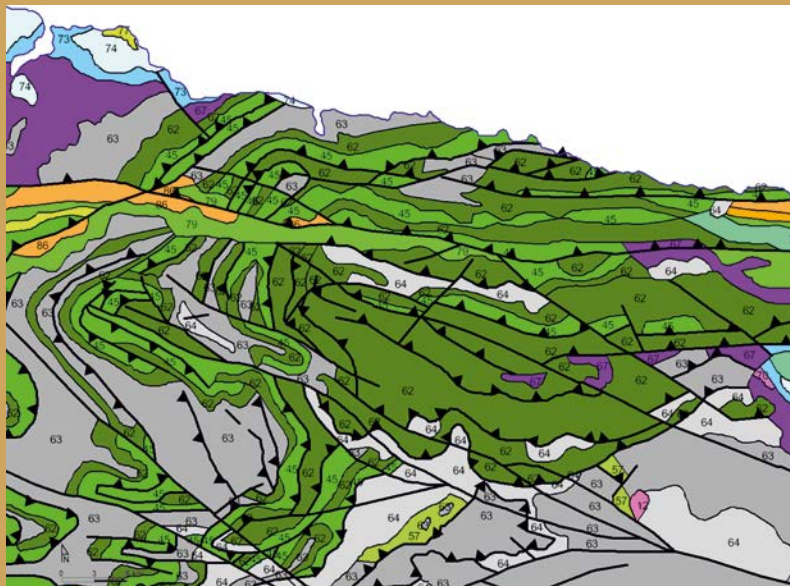


Figura 23. Porción correspondiente al extremo oriental Asturias del Mapa Geológico de España a escala 1:1.000.000 (fuente: GEODE). Leyenda: 12, granitoides; 45, areniscas, pizarras, cuarcitas, conglomerados o calizas (Cámbrico-Ordovícico inferior); 57, pizarras, esquistos, areniscas, calizas, ampelitas y liditas (Silúrico-Devónico); 62, calizas y dolomías (Carbonífero inferior y medio); 63, pizarras, areniscas, conglomerados, carbón y calizas (Carbonífero superior); 64, conglomerados, areniscas, lutitas y carbón (Carbonífero superior); 70, arcillas versicolores y yesos (Triásico); 73, dolomías, calizas y calizas nodulosas (Jurásico inferior); 74, caliza, margas y radiolaritas, rocas volcánicas (Jurásico medio y superior); 77, margas y margocalizas, margas arcillosas, calizas arenosas, areniscas, arenas y margas (Cretácico inferior); 79, margas y arcillas, margocalizas y calizas margosas (Cretácico superior); 86, conglomerados, areniscas, arenas arcillas, margas y yesos (Paleógeno).

la costa oriental se encuentran Cueto de la Mina, La Riera, El Alloru, Balmori, Mazaculos y en los Picos de Europa, Coimbre y Llonín, entre otras. Como ya hemos visto, la geología de estos yacimientos fue estudiada por Manuel Hoyos Gómez el cual estableció una secuencia cronoclimática en función de las variaciones de temperatura y humedad detectadas a partir del estudio de los procesos sedimentarios y postsedimentarios identificados en de los depósitos de cinco yacimientos kársticos del centro y este de Asturias, de los que cuales dos, Cova Rosa y La Lloseta o cueva del Río se encuentran en el territorio del Sella (Hoyos 1979, 1981b). Para ello diferenció los distintos procesos sedimentarios responsables del emplazamiento de los depósitos y los asoció a diferentes características climáticas, al igual que los procesos postsedimentarios. Entre los procesos sedimentarios ligados a condiciones climáticas frías con grados de humedad varia-

ble destacan la gelifracción, la soliflucción fría, la arroyada difusa, la disolución, las removilizaciones y los aportes eólicos, mientras que los procesos postsedimentarios de clima frío se encuentran la gelifracción secundaria, la soliflucción, la crioturbaición y la disolución. Los procesos sedimentarios de clima templado (desde húmedo a seco) son las coladas de barro, el coluvionamiento, la actividad fluvial, la arroyada, los aportes eólicos, la disolución y la formación de coladas estalagmíticas, mientras que los postsedimentarios son la formación de suelos de alteración y las concreciones calcáreas.

Esta secuencia comprende los últimos momentos del Pleistoceno superior (OIS 2), incluyendo el interestadio templado Würm III-IV y la totalidad del estadio frío Würm IV de la cronología alpina, y los momentos iniciales del Holoceno (OIS 1), aproximadamente entre 20 y 8 ka antes del presente. La secuencia se articula en seis fa-

ses de sedimentación con distinto significado climático (Hoyos 1979, 1981b) [Figura 14]. La primera fase denominada Würm III-IV corresponde a un clima templado húmedo sin indicadores de clima frío, con predominio de los procesos de arroyada difusa, inundación fluvial y reactivación kárstica así como fenómenos de alteración al final de la misma. La segunda fase, Würm IV Asturias I, supone una ruptura con las condiciones climáticas anteriores, pasando estas a ser paulatinamente más frías, con una mayor humedad al comienzo y al final y una poca seca en su parte media que corresponde al momento más frío de toda la secuencia. En esta fase predominan los procesos de gelifracción, junto con la arroyada difusa y la inundación fluvial probablemente debida al deshielo estacional. En la tercera fase, Würm IV Asturias III, siguen las condiciones climáticas frías, sin los rigores de la anterior, con tres subfases: una primera fría y ligeramente húmeda con gelifracción y soliflucción, otra fresca y muy húmeda procesos de inundación, erosión y formación de espeleotemas, y una última fría y húmeda con procesos de gelifracción. La cuarta fase, Würm IV Asturias IV, corresponde a un clima fresco y húmedo con procesos de inundación, desbordamientos y erosión. En la fase quinta, Würm IV Asturias V, retornan las condiciones frías con un mínimo de temperatura en su parte media y mayor humedad al inicio y final, con funcionamiento de procesos de gelifracción y arroyada difusa. Finalmente, en la fase sexta, ya en el Holoceno, se observan unas condiciones más templadas y húmedas con inundaciones y aportes de arroyada difusa, que pasan a ser más secas al final de la secuencia con desarrollo de procesos de alteración.

En los últimos años y hasta el momento presente han ido apareciendo nuevas publicaciones sobre yacimientos arqueológicos kársticos en la cuenca del Sella y sus afluentes (Piloña y Güeña), con un marcado carácter geoarqueológico, como son los desarrollados en las cuevas de El Sidrón (Infiesto), La Güelga y El Buxu (Cangas de Onís) y El Cierro (Ribadesella).

4.3. La rasa costera y la línea de costa

El reborde litoral de Asturias está caracterizado por la existencia de una serie de superficies planas suavemente inclinadas hacia el mar y que se encuentran formando secuencias escalonadas desde cotas inferiores a 110 m hasta pocos metros sobre el nivel del mar. Estas superficies se conocen como rasas y corresponden a antiguas superficies de erosión marinas. Normalmente aparecen cubiertas por sedimentos detríticos, en algunos casos de carácter continental, y generalmente de carácter marino (Flor y Flor-Blanco, 2014). Las superficies más altas enlazan de forma brusca con el escalón intermedio de la zona central de Asturias situado sobre 400 m de altitud. La formación de las superficies o terrazas marinas está en estrecha relación con la situación de la línea de costa en cada momento, condicionada tanto por los movimientos eustáticos como por los correspondientes reajustes isostáticos, teniendo en cuenta además, los posibles movimientos tectónicos que han terminado de definir el aspecto actual de la rasa, su altura y el desnivel existente de una punta a otra de Asturias. En cuanto a la adscripción cronológica de estos niveles marinos, en general, los situados a +80/85 m y +50/60 m son atribuidos al Pleistoceno inferior, los que se encuentran a +35/40 m, +24/32 m y +15/20 m se asocian al Pleistoceno medio, los situados a +5/6 m y +2/2,5 m se atribuyen al Pleistoceno superior (concretamente el nivel a +2/2,5 m se atribuye al último interglacial) y por último el nivel a +1,5 m

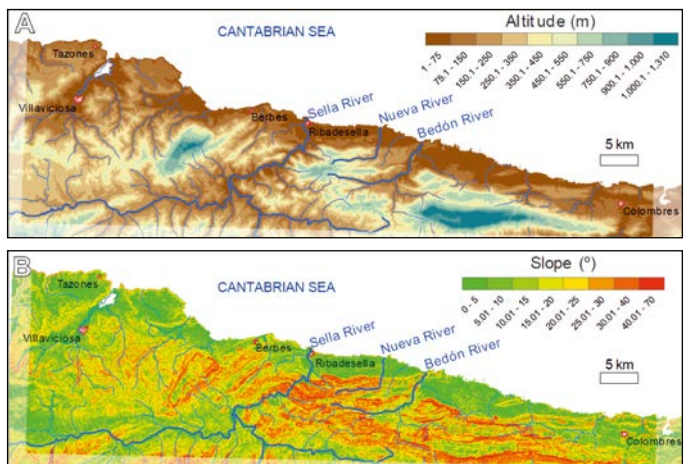


Figura 24. A) Modelo digital de elevaciones de noroccidente de Asturias. B) Modelo digital de pendientes del noroccidente de Asturias (Dominguez-Cuesta et al. 2015).

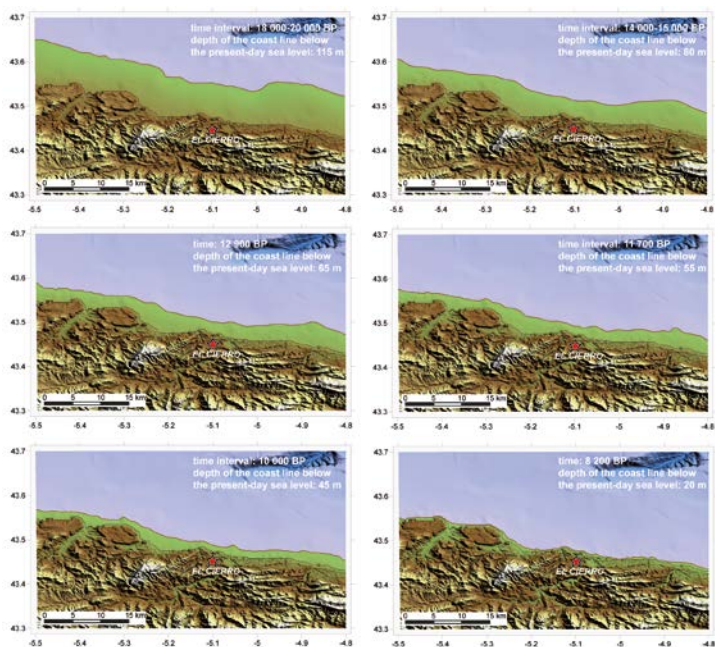


Figura 25. Secuencia de mapas que muestran la evolución paleogeográfica de la costa asturiana entre la ría de Villaviciosa y la desembocadura del río San Miguel durante el Pleistoceno superior final y el Holoceno (mapas realizados por Adolfo Maestro). Se observa la disminución progresiva de la franja costera emergida por la transgresión que siguió al Último Máximo Glacial, que pasa de tener una anchura entre la línea de costa actual y la pleistocena de 11 y 7 km hace 20.000 años antes del presente, a apenas 1 km hace 8.200 años en el comienzo del Holoceno.

al Holoceno, que da paso a la plataforma de abrsión actual (Flor 1983, 2000; Flor y Peón 2004).

En la zona considerada en este trabajo, que no solo cubre el territorio bañado por el Sella y sus afluentes, sino también la franja costera bañada por el mar Cantábrico, la rasa se encuentra bien desarrollada, sobre todo desde Tazones al oeste hasta Colombres, al este. El estudio mediante la aplicación de un Sistema de Información Geográfica realizado por Domínguez-Cuesta et al. (2015), muestra la existencia de una estrecha franja costera de baja pendiente a cotas inferiores a 150 m, que configura un corredor natural a lo largo de la costa [Figura 24]. Este corredor fue de vital importancia durante la Prehistoria, pues sirvió para el tránsito de los diferentes pobladores de unos valles a otro, permitiendo que existiera una movilidad muy grande en la franja costera.

Los máximos descensos del nivel del mar en los dos últimos máximos glaciares condujeron a la aparición de una amplia franja emergida de hasta 20 km en los máximos regresivos, prácticamente hasta el límite de la plataforma continen-

tal en la cornisa cantábrica. Esta superficie emergida constituyó un amplio corredor litoral que desapareció durante el Eemiense, para volver a aflorar, ligeramente más estrecho durante el último periodo glacial. Con el Tardiglacial, esa franja emergida iría disminuyendo progresivamente hasta alcanzar el estado actual durante el Holoceno [Figura 25]. Probablemente, el mayor descenso del nivel del mar tuvo lugar hace 140.000 años durante el OIS 6 o penúltima etapa glacial, donde se pudieron alcanzar descensos próximos a los 150 m. Durante la etapa siguiente, OIS 5 o interglacial Eemiense, entre 128 y 115 ka se produjo un notable ascenso del nivel del mar que llegó a superar el actual dejando testimonios colgados, a +2/2,5 m en incluso a +5 m en las costas cantábricas.

Con el final del Eemiense hace 115 ka se entra de nuevo en un ciclo regresivo en el que el nivel del mar va descendiendo con pequeñas pulsaciones positivas hasta alcanzar de nuevo un mínimo, próximo a los 120 m por debajo del nivel actual, durante el último pleniglacial que comprende desde el OIS 4 hasta el OIS 2 y que coincide con la glaciación Würm de la secuencia alpina clásica. A partir del final de este periodo y del inicio del Tardiglacial (GI 1, 14.700-12.900 años antes del presente) se inicia la última deglaciación que produce un ascenso lento y progresivo del nivel del mar, con la consiguiente invasión por las aguas marinas de las franjas litorales emergidas en todas las costas de Iberia, ascenso que prosigue durante el Holoceno hasta que se alcanza el nivel del mar actual.

Los ecosistemas de esta franja costera fluctuante serán una importante fuente de recursos marinos para las poblaciones humanas que habitaron la zona del valle del Sella y áreas circundantes en la Prehistoria, que realizarán marisqueo de moluscos, crustáceos y equinodermos,

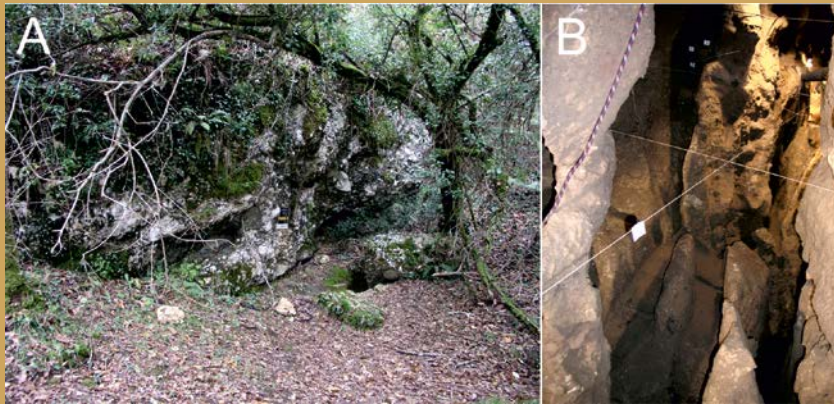


Figura 26. A) Entrada de la cueva de El Sidrón. B) Galería del Osario durante la campaña de excavación de 2012 (fotos autori).

y pesarán diferentes especies ictiológicas en estuarios, marismas, playas y acantilados. Por otra parte, la transgresión marina producida durante el Holoceno, que ha dejado cubiertas por las aguas todas esas áreas emergidas durante el Pleistoceno, también ha podido dejar sumergidos los asentamientos humanos que, cabe esperar, se desarrollaron en ese corredor emergido.

En la zona próxima a la costa y aprovechando el corredor litoral, se encuentran también numerosos yacimientos pleistocenos como son las cuevas y abrigos rocosos de Cueto de la Mina, La Riera, El Alloru, Balmori, Mazaculos, etc., todos ellos con secuencias arqueosedimentarias que registran diferentes momentos del Paleolítico superior y del Mesolítico.

5. Algunas cuevas habitadas en la Prehistoria del valle del Sella

Para finalizar, y como muestra significativa de los yacimientos arqueológicos en cavidades kársticas de la cuenca del Sella y sus afluentes (Piloña y Güeña), haremos una pequeña síntesis descriptiva de las características geoarqueológicas de los emplazados en las cuevas de El Sidrón (Infiesto), La Güelga y El Buxu (Cangas de Onís) y El Cierro (Ribadesella).

La cueva de **El Sidrón** (Borines, Infiesto) se encuentra situada en la cuenca del Piloña, desarrollada en los conglomerados carbonatados de la Formación Posada del Palógeno. Se trata de una cavidad de desarrollo moderado, unos tres kilómetros de galerías distribuidas en varios niveles y un desarrollo vertical muy escaso, que, sin em-

bargo, presenta un notable interés geomorfológico por la naturaleza de su roquedo, calizas de edad cretácica y conglomerados terciarios, dado que en Asturias, las cavidades de mayor desarrollo subterráneo aparecen en calizas carboníferas. A ello, se une la complejidad del sistema, abastecido por casi una docena de sumideros y organizado en tres niveles, los dos superiores fósiles. Una de las galerías de la cueva, la Galería del Osario, contiene un importante yacimiento paleoantropológico. En el exterior, el relieve es rico en dolinas, lapiaces, valles ciegos, sumideros, surgencias y otras formas características del modelado kárstico externo. En la cueva de El Sidrón se han estudiado con metodología geoarqueológica los depósitos que rellenan las diferentes salas prestando especial atención a los de la galería del Osario [Figura 26], donde se ha recuperado una importante colección de restos paleoantropológicos que ha permitido reconstruir trece individuos de la especie *Homo neanderthalensis* (Rasilla et al. 2011, 2014). Los resultados del estudio indican que la sedimentación de los citados rellenos han tenido su origen en procesos fluviales subterráneos de muy variada energía, desde depósitos de llanura de inundación, hasta depósitos de canal, junto con coladas de barro y depósitos de encharcamiento (Cañaveras et al. 2018). Los resultados obtenidos mediante diferentes sistemas de datación ofrecen, de forma ponderada, para los restos antropológicos y los sedimentos que los contienen, una edad en

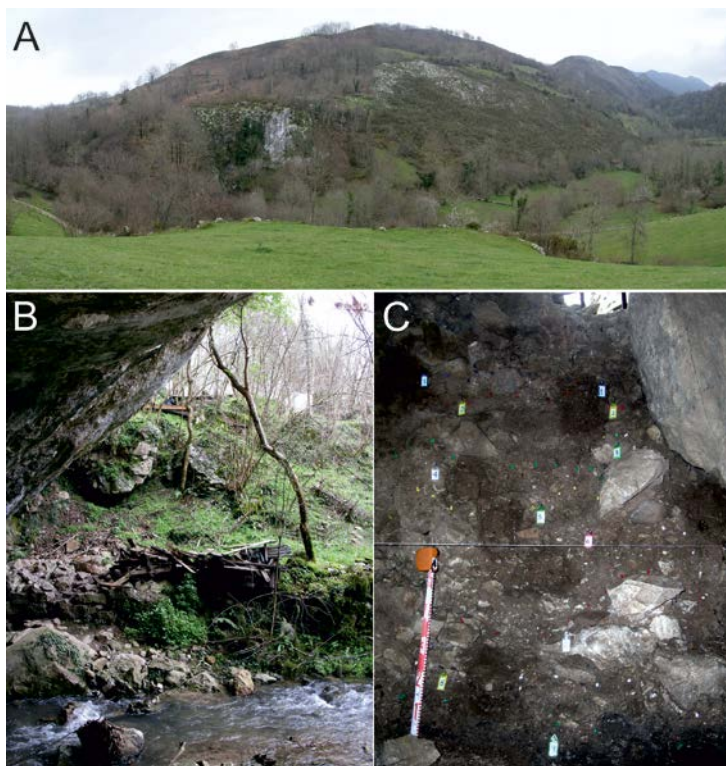


Figura 27. A) Valle ciego y farallón rocoso en el que se encuentra la cueva de La Güelga. B) Entrada a la cueva de La Güelga. C) Corte estratigráfico de los depósitos del interior de la cavidad superior que contienen la secuencia con materiales musterienses, chatelperronienses y auriñacienses (fotos autor).

torno a 49.000 años de antigüedad. Respecto a la edad del resto de los depósitos, se han obtenido edades que los sitúan en 47.000 y 28.000 años antes del presente (Rasilla et al. 2011, 2014, Cañaveras et al. 2018).

La cueva de **La Güelga** (Narciandi, Cangas de Onís) se desarrolla en las calizas de la Formación Barcaliente (Caliza de Montaña) del Carbonífero superior (Navarro et al. 1986). La cavidad se abre al pie de un farallón de fuerte relieve, a la cota 182 m sobre el nivel del mar, en el fondo de un valle ciego por el que se sume el arroyo de la Güelga o de la Brava, que genera un complejo kárstico subterráneo, que vuelve a surgir al exterior en la localidad de Cabiellas con el nombre de arroyo de las Entradas, el cual desemboca en el río Güeña, afluente izquierdo del río Sella. La zona de la entrada de la cueva de La Güelga se caracteriza por presentar una morfología de abrigo rocoso de grandes dimensiones en el que el río se ha ido encajando a lo largo del Cuaternario.

Sucesivas etapas de encajamiento fluvial han dado lugar a otras tantas fases de karstificación, que han quedado marcadas en las paredes del farallón y del abrigo con evidencias significativas tales como antiguos sumideros, galerías subterráneas colgadas y hasta siete niveles de terrazas y socaves escalonados labrados en las calizas en los momentos de estabilización del arroyo [Figura 27]. De todos ellos cabe destacar la terraza a +9 m, desarrollada sobre un caos de grandes bloques de caliza desprendidos del farallón y que está cubierta por un depósito cuyo techo, que constituye el suelo actual, se encuentra a +11 m. A esta altura se abre una antigua boca de la cueva por donde circuló el arroyo, cavidad actualmente colmada por sedimentos que se conectan con los situa-

dos en el exterior encima de la terraza. La cavidad (zona D interior) contiene una secuencia formada hasta el momento por 9 niveles, mientras que sobre la propia terraza (zona D exterior) se ha excavado una secuencia formada por cuatro niveles. Estos dos grupos de depósitos contienen restos paleontológicos y arqueológicos atribuidos a ocupaciones humanas de la segunda mitad del Pleistoceno superior (Menéndez et al. 2009), con ocupaciones del Paleolítico medio en la base (Musteriense) fechadas en torno a 55.000-45.000 años antes del presente (Jordá Pardo et al. 2013), mientras que a techo aparecen evidencias de ocupaciones del inicio del Paleolítico superior (Auriñaciense) (Quesada y Menéndez 2009) que se sitúan entre los 41.000 y los 36.000 años del presente (Kelh et al. 2018), mediando entre ambas ocupaciones un vacío ocupacional de unos 4.000 años. Además, por encima de los niveles auriñacienses se documentaron evidencias tecnológicas del Chatelperroniense (Quesada

y Menéndez 2009), en un depósito que ha sufrido un proceso de transporte desde su ubicación original (Kelh et al. 2018). Las dataciones obtenidas a partir de huesos asociados a esos restos chatelperronienses ofrecen unas fechas situadas entre ambas ocupaciones, entre 45.000 y 41.000 años (Kelh et al. 2018), que correspondería a una ocupación esporádica de la cueva.

La cueva de **El Buxu** se abre al pie del escarpado farallón rocoso de la Peña del Sedu (293 m snm), limitado por fallas y generado por el encajamiento fluvial en las calizas negras y fétidas de la Formación Barcaliente del Carbonífero inferior-superior (Navarro et al. 1986). La boca de la cavidad está a 15,5 m por encima del arroyo Entrepeñas, un pequeño tributario del río Güeña, y a una cota de 177 m sobre el nivel del mar. Se trata de una cavidad kárstica senil afectada por una intensa erosión en la ladera del farallón rocoso que produjo el desmantelamiento de su galería más exterior y configuró el acceso actual. Para entrar a la cueva hay que atravesar la antigua entrada N y un corto túnel que termina en una repisa rocosa donde se encuentra la entrada actual [Figura 28]. Este espacio exterior es el resto de la antigua galería desmantelada que en la actualidad presenta una morfología de abrigo rocoso con una pequeña visera que cubre una estrecha franja donde descansan grandes bloques desprendidos del techo así como depósitos detríticos cementados. La entrada original de la cueva era un estrecho agujero que daba acceso a una galería perpendicular a la repisa, parcialmente rellena por depósitos detríticos y químicos que contienen un yacimiento arqueológico del Pleistoceno superior final. En la repisa exterior, debajo de grandes bloques desprendidos de la visera, se encuentran depósitos de brecha blanquecina cementada por carbonatos que contiene frag-

mentos de huesos de macromamíferos, sobre los que se encuentra una gruesa costra estalagmítica a la que sigue un depósito de clastos angulosos de caliza con matriz arcillosa que también contiene restos óseos de mamíferos. Termina la secuencia con una costra estalagmítica con materiales detríticos. Todos estos depósitos se encuentran fuertemente erosionados, por lo que actualmente solo se observan sus restos adheridos a la pared. Los depósitos arqueológicos del interior se distribuyen por la galería de acceso y la primera sala y están constituidos por una secuencia sedimentaria formada por materiales fangosos de carácter silicatado con cantos angulosos de caliza autóctonos que contienen restos arqueológicos y costras estalagmíticas, una intercadala y otra a techo de la secuencia. En los niveles detríticos inferiores han aparecido restos tecnológicos que indican ocupaciones humanas durante el Solutrense superior; mientras que en el superior los materiales sugieren una ocupación en los inicios del Magdaleniense. La formación de los depósitos arqueológicos de El Buxu se explica por

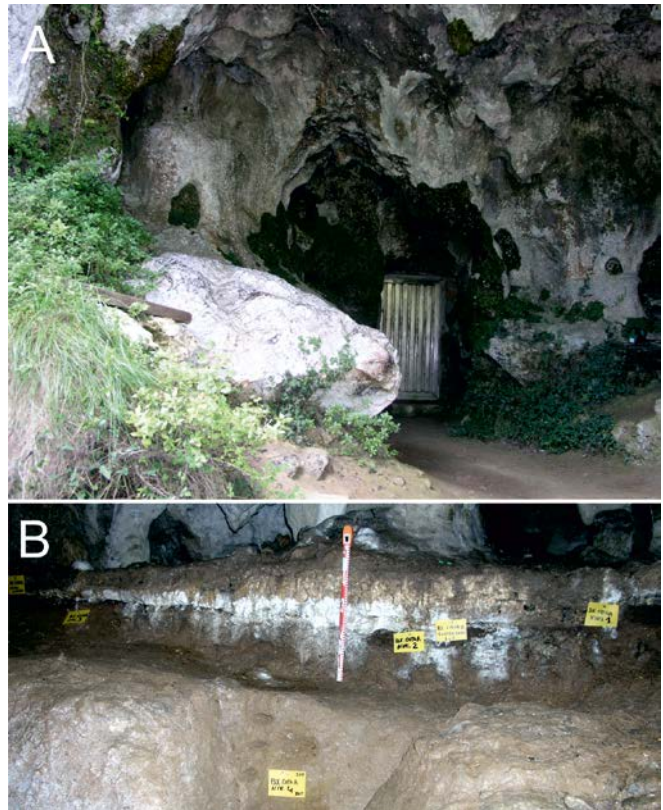


Figura 28. A) Entrada de la cueva de El Buxu. B) Corte estratigráfico de los depósitos de la galería de entrada que contiene la secuencia solutrense (fotos autor).

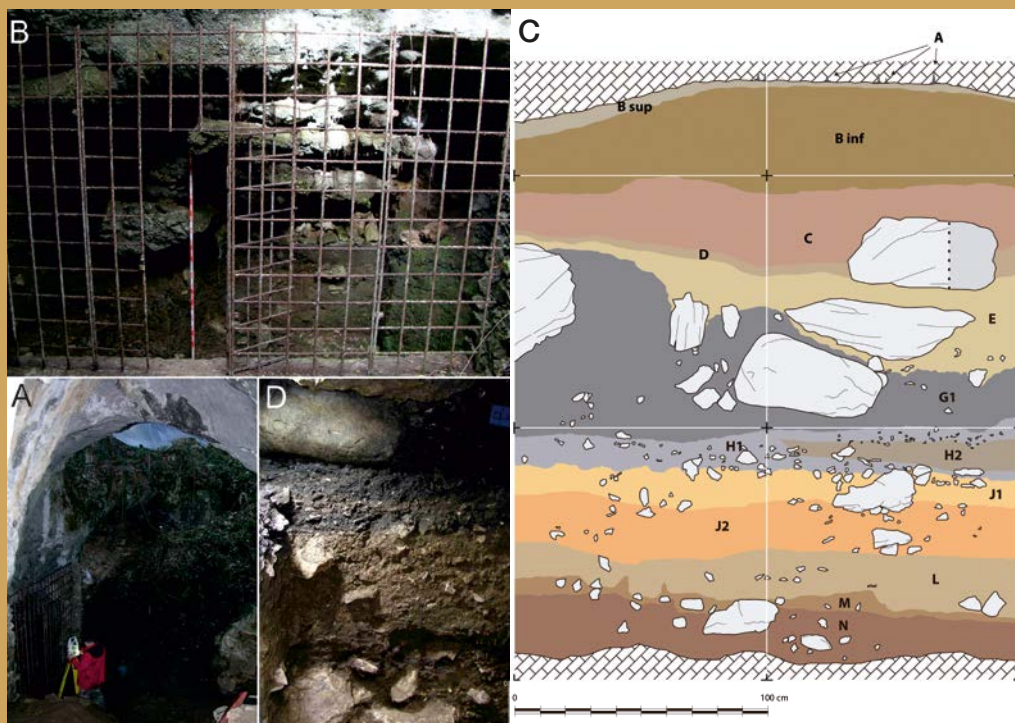


Figura 29. A) Interior de la gran sala de la cueva de El Cierro que contiene el yacimiento. B) Sección de los depósitos del yacimiento protegidos tras una reja. C) Dibujo de la sección estratigráfica del yacimiento (dibujo Luis Teira). D) Tramo inferior del corte estratigráfico que de abajo a arriba contiene los niveles del Paleolítico medio final seguidos por los aurinienses, gravetienses, solutrenses y magdalenienses (fotos autor).

la combinación de diferentes procesos geológicos, como las coladas de barro, la gelifración y la precipitación química, en un contexto cronológico correspondiente al Último Máximo Glacial (Jordá Pardo 2016). En cuanto a la edad de estos depósitos y procesos sedimentarios, hasta el momento contamos con una fecha de radiocarbono (Menéndez 1999) para los niveles solutrenses que ofrece una edad entre 21.000 y 19.000 años antes del presente, que debe considerarse como *terminus ante quem* de las ocupaciones solutrenses. Ese momento corresponde a un momento muy frío del principio del Último Máximo Glacial bien representado por otros yacimientos en Asturias oriental (Jordá Pardo et al. 2014).

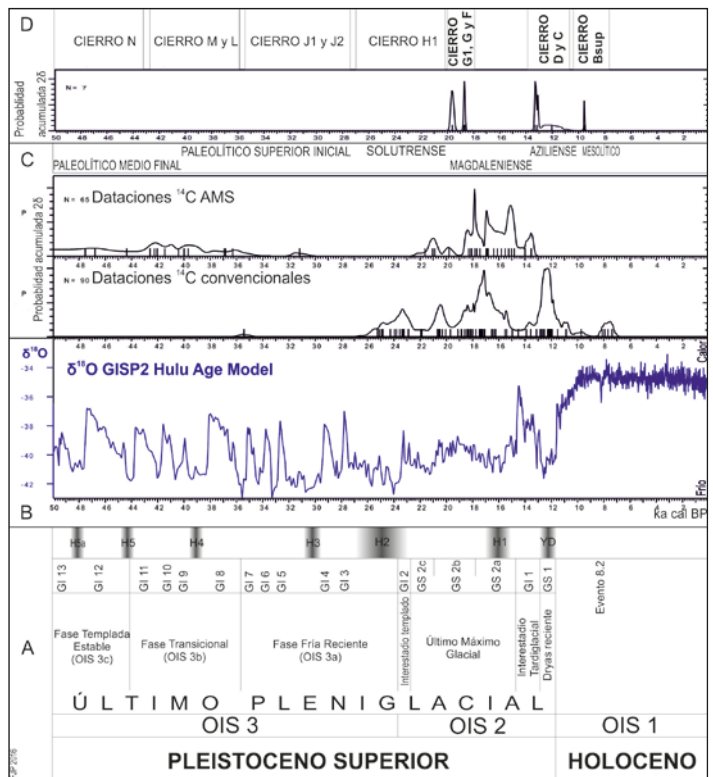
La cueva de **El Cierro** (Fresnu, Ribadesella) está situada en la margen oeste del río Sella, a

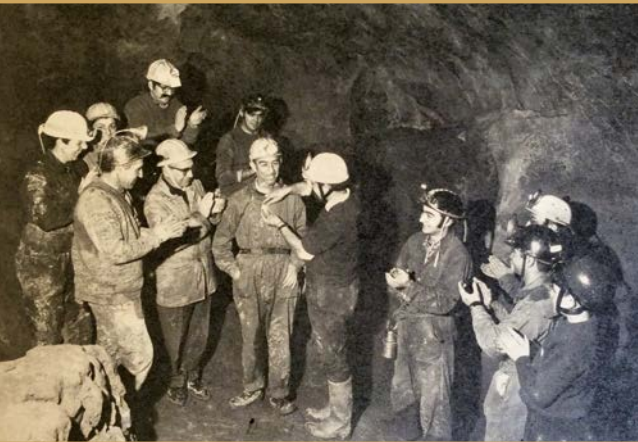
83 m sobre el nivel del mar, a 3,1 km en línea recta de la línea de su desembocadura y a 2,1 km de la costa actual. En sus proximidades se encuentran otros importantes yacimientos arqueológicos, como la cercana cueva de Les Pedroses y las cuevas de Tito Bustillo (originalmente conocida como Pozu'l Ramu), La Lloseta o cueva del Río, La Cuevona de Ardines y Cova Rosa, situadas a escasos kilómetros, todos ellos en la margen oeste del Sella. El Cierro es una cavidad kárstica desarrollada en la formación Calizas de la Escalada del Carbonífero, que en su zona más exterior contiene un importante registro sedimentario, arqueológico y paleontológico del Pleistoceno superior y Holoceno inferior, con abundantes evidencias tecnológicas y restos faunísticos. El registro arqueológico arranca con un nivel que

podría corresponder al Paleolítico medio final (Musteriense), sigue con una completa secuencia del Paleolítico superior de la que se cuenta con un nivel del Magdaleniense inferior claramente identificado y datado, y termina con unos niveles datados en el Aziliense/transición al Mesolítico y en el Mesolítico que configuran dos concheros [Figura 29]. La secuencia estratigráfica se compone de catorce niveles agrupados en dos unidades litoestratigráficas con características sedimentarias muy distintas, una inferior, siliciclástica y otra superior biogénica (Jordá Pardo et al. 2018). Entre los procesos que han dado lugar a los materiales de la unidad inferior se detectan flujos plásticos del tipo de coladas de barro en la base, que pasan a flujos laminares de escasa energía (arroyada difusa), con aportes de pequeños clastos por gelifracción y caídas gravitacionales de grandes bloques. Durante la sedimentación de esta unidad existieron momentos con presencia humana en la cueva que dejaron evidencias de ocupaciones con una intensidad creciente hacia el techo. El origen de la unidad superior está ligado a los aportes antrópicos de conchas de moluscos, caparazones de equinodermos y otros crustáceos y huesos de vertebrados, que configuran dos concheros superpuestos que se encuentran cementados por carbonatos. Cronoestratigráficamente, tanto las características sedimentológicas y de contenido arqueológico, como las dataciones radiocarbónicas publicadas permiten situar los tramos inferior y medio de la unidad inferior de El Cierro en los estadios finales del OIS 3c y OIS 2, hasta el GS 2c, con ocupaciones humanas del Paleolítico medio final, del Auriñaciense, del Gravetiense y del Solutrense. El tramo de tiempo que cubren estas ocupaciones se extiende entre 47.000 y 8.000 años antes del presente. Para

el tramo superior de la unidad inferior, con ocupaciones del Magdaleniense inferior, se dispone de varias dataciones radiocarbónicas que la sitúan en el episodio templado GS 2b del estadio frío GS 2. En cuanto a la unidad superior, el conchero inferior, con una ocupación probablemente aziliense, las fechas radiocarbónicas disponibles lo sitúan con claridad al final del Tardiglacial o GI 1, y podría extenderse durante el GS 1 (Dryas reciente) en los momentos finales del Pleistoceno superior. El conchero superior, con una ocupación del Mesolítico, se sitúa en la cronozona Boreal, ya dentro del Holoceno [Figura 30] (Jordá Pardo et al. 2018).

Figura 30. Cronoestratigrafía de los depósitos del Pleistoceno superior final de Asturias a partir de las curvas de probabilidad acumulada de las fechas radiocarbónicas (AMS y convencionales) obtenidas en niveles arqueológicos de yacimientos karsticos asturianos. Se comparan con la curva de alta resolución de variaciones de los isótopos del oxígeno GISP2 Hulu Age Model (Grootes et al. 1993; Meese et al. 1994; Wang et al. 2001) (Jordá Pardo et al. 2018).





CAPÍTULO 2

Los primeros años de la cueva de Tito Bustillo (1968-1984)

FRUCTUOSO DÍAZ GARCÍA

MANUEL MALLO VIESCA

1. Ciencia y turismo. El macizo de Ardines antes del descubrimiento del Pozu'l Ramu

La existencia de cuevas en la desembocadura del Sella, y en concreto en el macizo calcáreo que se interpone entre la ría y la playa de Santa Marina, conocido como de Ardines, se hizo pública en 1869-1870. El hallazgo de La Cueva fue recogido en la prensa europea, que alabó sus bellezas y destacó su valor para el turismo: "(...) l'une des plus admirables du globe, au dire des touristes qui l'ont visitée. Ainsi, Rivadesella, par l'effet du hasard, est peu-être destinée á devenir un grand objet de curiosité. Le voyage est très facile; des frégates de 1re classe peuvent aisement mouiller dans ce port. A cinq lieues de cette grotte se trouve le fameux sanctuaire de Covadonga, ou l'on se rend par une excellente route á travers les plus belles vallées; de tout côté, l'oeil aperçoit de gigantesques montagnes d'oú descendeat la Sella et ses affluents"¹. La prensa especializada española, más atenta a sus valores científicos, se hizo eco de los infructuosos trabajos realizados en ella por Juan de Dios de la Rada y Delgado y Arturo Malibrán, que se corresponden con la segunda excavación arqueológica en cueva registrada en Asturias (Garraida 1870; Polledo 2012:54; Díaz y Fernández de Córdoba 2014:35-37). La Cueva (o cueva de Ribadesella) fue desde entonces uno de los atractivos turísticos de la zona: "se descubre ante nuestra vista una fantástica cueva verde, grande como una catedral y maravillosa y espantable como una visión del Apocalipsis", decía uno de sus visitantesⁱⁱ (Canella 1900:468). Pero también mantuvo su atractivo para los investigadores del pasado primitivo y entre los años 1874 y 1881 el gijonés Justo del Castillo y Quintana volvió a excavar en el yacimiento (Polledo 2012:54).

Aquellos trabajos no tuvieron ninguna continuidad; sin embargo, en la segunda década

del siglo XX la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (CIPP) de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas (JAE) realizó en Ardines varias campañas de excavación y otros estudios geológicos; el grupo formado por Eduardo Hernández-Pacheco, el Conde de la Vega del Sella, Hugo Obermaier y Paul Wernert, exploró en este mogote calcáreo, entre 1912 y 1916, las cuevas de La Cueva, Cueva Viesca (o del Tenis) y la del Río (también conocida por Ardines, La Moría o la Lloseta). En La Cueva fue recuperada industria lítica y ósea atribuida al Magdaleniense inferior y abundante fauna; en la de Viesca los hallazgos son similares, aunque los conservados son escasos y han sido atribuidos al Magdaleniense superior, y en la del Río también se identificó un nivel magdaleniense y otro asturiense; en las memorias de la JAE para el año 1912-1913 se habla de la existencia de una secuencia cultural más amplia en la zona: "El Sr. Hernández-Pacheco ha explorado en el verano diversas cuevas de la comarca de Rivadesella (Asturias), obteniendo restos de industria y arte y abundante fauna fósil del paleolítico, y en una de las cavernas cerámica y útiles neolíticos, hallazgos que manifiestan la abundante población prehistórica de la región" (Hernández-Pacheco 1915, 1919:26, 1923; Junta 1914:258-262, 1915:229-236; Moure y Cano 1976; Mallo, Chapa y Hoyos 1980; Rasilla y Santamaría 2007; Polledo 2012:56-62) [Figura 1].

Pasaron casi cuarenta años hasta que la Cueva del Río fue redescubierta en 1955, rebautizada incorrectamente como de La Lloseta y excavado su nivel magdaleniense en el verano de 1956 por Francisco Jordá, que era a la sazón el responsable del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial (Jordá 1958:18-19; González 1971); en el verano de 1957 los participantes en el V Congreso Internacional para

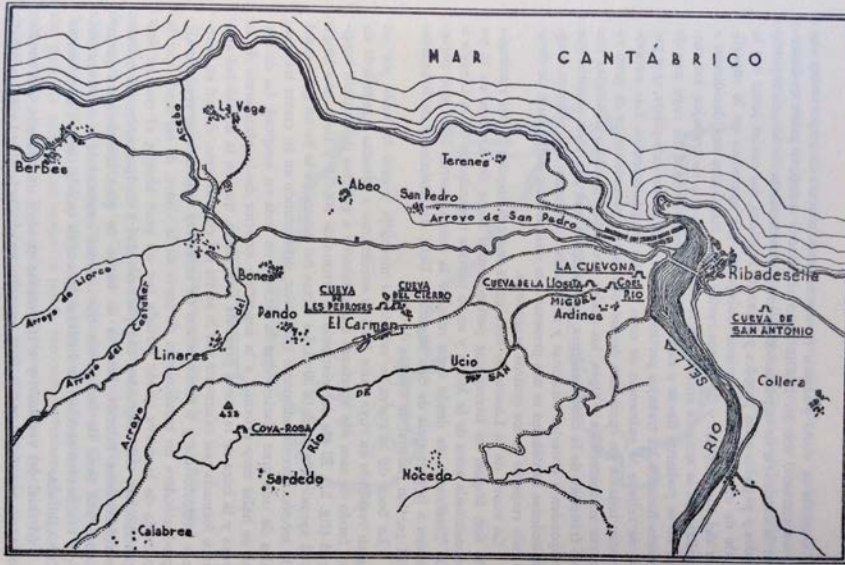


Fig. 1.ª —Mapa de la región al oeste de Ribadesella con la situación de la cueva de la Lloseta y de otras cuevas prehistóricas recientemente descubiertas o ya conocidas. (Escala 1:50.000).

Figura 1. Mapa de yacimientos paleolíticos de la desembocadura del Sella (Jordá 1958).

el Estudio del Cuaternario visitaron Ardines (Hernández et al 1957); y en 1959 el diario ovense Región daba cuenta del hallazgo de pinturas rupestres en La Lloseta, noticia que pasó desapercibida y no fue contrastada hasta junio de 1968, durante el transcurso de un campamento de espeleología (Llano 1959).

Desde luego en aquel largo periodo estéril para la investigación Ardines no perdió su valor turístico; La Cueva fue uno de los atractivos para quien viajaba por placer al oriente de Asturiasⁱⁱⁱ; en agosto de 1939, el Patronato de Turismo de la Diputación Provincial de Oviedo solicitó al Conde de la Vega del Sella su asesoramiento para la apertura en La Cueva de un Museo de Prehistoria, “donde, sin desvirtuar la riqueza rupestre, puesto que en ella no la hay, se diese una sensación exacta de los periodos prehistóricos, incluso, el hogar primitivo”; el artista Víctor Hevia hizo “dibujos de prospección” en la gruta con la finalidad de instalar este equipamiento; en 1940 se planteó también la instalación de iluminación eléctrica (Fernández Buelta 1962); ninguno de aquellos planes para las cuevas de Ardines se materializó, pero de nuevo en 1961 el Ayuntamiento de Ribadesella contempló la posibilidad de convertir La Cueva en un au-

ditorium para el verano de 1962^{iv}; y en este mismo año el Instituto de Estudios Asturianos propuso a la Diputación la instalación de un parque-museo prehistórico en la Cueva del Río-La Lloseta^v que no llegó a desarrollarse (Martínez Álvarez 1962). Meses antes del descubrimiento de las pinturas prehistóricas del Ramu, Magín Berenguer incluía entre las bellezas de la Asturias turística La Cueva y la Cueva del Río (Berenguer 1967:157).

Y es que a partir de los años 60 el oriente de Asturias comenzó a experimentar, a menor escala que en las costas del Mediterráneo y las islas, el ímpetu del turismo de masas que pasó de seis millones de visitantes a 24 millones en aquellos años; este turismo para veraneantes playeros fue uno de los principales agentes del fuerte crecimiento de la economía española en aquella década, lo que provocó que desde 1962 la política turística se convirtiese en una política de Estado; por señalar un dato significativo, la participación del turismo en el PIB español pasó del 2,3 por 100 en 1950 al 8,4 por 100 veinte años más tarde (Vallejo 2002:209; Moreno 2007:225-236).

Así que no es ninguna sorpresa que las villas costeras asturianas se ofrecieran al visitante con bellas y atractivas palabras como las que se podían leer en un folleto turístico editado el mis-

mo año del descubrimiento de Tito Bustillo: “un puente de 300 m une el núcleo con el barrio de la playa en el que proliferan villas particulares de descanso y magníficos hoteles que hacen juego a los muchos y buenos establecimientos que en la villa existen: Cafeterías, restaurantes y bares de todo tipo dan a Ribadesella un sello de gran ciudad, que señala con un marchamo peculiar su vida social. Y entre el casco urbano y la playa de Santa Marina, amplísima, limpia y cuidada, la ría que se une al mar en un beso profundo de dos kilómetros, recostada en una vega riquísima, que enmarcan altos picachos como para demostrar que allí, donde Ribadesella reposa, está representada toda Asturias con la aspereza de los riscos y la dulcedumbre de los valles (...) Si a ello agregamos las interesantes cuevas prehistóricas de La Cuevaona en la misma villa y las del Cierro y Les Pedroses, a cuatro kilómetros, y sobre todo, la recién descubierta por el espeleólogo asturiano Bustillo, asombro de técnicos y profanos, por sus innumerables pinturas que se calculan en unos doce mil años, puede comprenderse que aquí existen atractivos para todos los gustos” (Siete villas 1968).

Con todo, no debe de extrañar la incorporación del patrimonio arqueológico a la oferta turística nacional o local, pues desde su desarrollo como industria en la España del primer tercio del siglo XX la arqueología ha formado parte del catálogo de atractivos ofrecidos al viajero (Díaz-Andreu 2014). En 1957 la Diputación editó casi 23.000 ejemplares de un folleto de propaganda de las cuevas prehistóricas asturianas y en estos años se encargaba de señalizar las cuevas, reparar el firme de los accesos, instalar o reformar las instalaciones eléctricas de cuevas como la de El Pindal y facilitar la construcción de bares en sus inmediaciones^{vi}; en 1960, Francisco Jordá intentaba convencer al periodista que le entrevistaba y a los lectores del diario *La Nueva España* de Oviedo, de la importancia turística y económica del arte rupestre: “mire –dice el señor Jordá–, las cuevas de Altamira han dejado un ingreso de un millón y medio de pesetas por tasas de visita el año pasado (...)”; en 1965 Candamo era todavía, como desde hacía décadas, la cueva más visitada de Asturias, y la que más beneficios proporcionaba a sus propietarios, la Sociedad Fomento de Candamo, formada por los vecinos del pueblo; desde el verano habían subido el precio de la entrada de 5 a 25 pesetas y los beneficios se reinver-

tían en la conservación del alumbrado público, las fuentes y los caminos^{vii}. De modo que lo que ocurrió con el nuevo hallazgo en Ardines no fue más que la aplicación a gran escala de unas prácticas arraigadas de antiguo en la administración provincial asturiana.

2. El descubrimiento del Pozu'l Ramu y su monumentalización

La espeleología, al igual que el alpinismo, el esquí y otros deportes practicados en la naturaleza, se convirtió en algo habitual en la Asturias de los años 60; en 1962 nace la Federación Asturiana de Montañismo, que pronto contará con una vocalía de espeleología y en 1964 se constituyó el Comité Regional de Exploraciones Subterráneas (Aller 2007:39-56; Polledo 2011:50). En 1962 el Centro Mierense contaba ya con un equipo de espeleología y en 1965 la prensa daba amplia noticia de la existencia de una cueva en El Condado de Laviana; en el último trimestre de 1966, por ejemplo, un equipo de la Universidad Laboral de Córdoba fue subvencionado por la Diputación Provincial para hacer prospecciones subterráneas en el concejo de Lena; y unos meses antes del descubrimiento del Pozu'l Ramu en Ardines otro de la Universidad de Manchester solicitó permiso para realizar exploraciones científicas en las cuevas de Cangas de Onís^{viii}; también la Universidad de Lancaster realizó campañas en Asturias. En 1966 se dio noticia del hallazgo de la cueva de Las Caldas; en 1967 llegó a la prensa el hallazgo de restos de fauna cuaternaria en una cueva de Andrín en Llanes; en febrero de 1968 la Agrupación Moscona de Espeleología y Montaña descubrió un nuevo yacimiento en cueva en Las Regueras; ese mismo año también fueron localizadas la de Fresnedo en Teverga, con arte rupestre postpaleolítico (Mallo y Pérez 1971); en 1970 fueron descubiertas la cueva de La Güelga en Cangas de Onís y en 1971 tuvo lugar el descubrimiento de la de Llonín, en Peñamellera Alta (Quintanal 1991:15) y la de Coimbre y en 1972 la de Los Azules en Cangas de Onís^{ix}.

Uno de los grupos que en Asturias practicaba de forma organizada esta actividad era el Torreblanca; nació en 1963 como agrupación de Boys Scouts en la parroquia de San Juan de Oviedo; comenzaron yendo al Aramo o a Peña Ubiña, para luego, aprovechando periodos vacacionales trasladarse a los Picos de Europa u or-



Figura 2. Los descubridores del Ramu, al pie de la sima (foto: Vélez, *Memoria Digital de Asturias*).

ganizar campamentos de montaña; pronto pasaron a practicar la escalada y la espeleología por toda Asturias junto al Grupo Universitario de Montaña, que tenía una sección que practicaba la exploración subterránea, o el Grupo Polifemo. En octubre de 1967 se constituyeron oficialmente como Grupo de Montaña Torreblanca, incorporándose a la Federación de Montañismo y al Grupo de Exploraciones Subterráneas Asturiano (GESA) de la misma Federación, presidido por José Manuel Suárez Díaz-Estébanez.

Tuvieron noticia de la existencia del Pozu'l Ramu de Ardines a través del riosellano Adolfo Inda, que estudiaba en Oviedo; la sima era conocida y utilizada por los vecinos, pero nunca había sido explorada; Adolfo les presentó a Jesús Fernández Malvárez, aficionado también a las cuevas y vecino de Ribadesella. La exploraron por primera vez el 18 de marzo, pero “decidieron volver con más tiempo para explorarla por completo”. Adolfo, Jesús y otros ocho miembros

del Torreblanca se reúnen en la Semana Santa de 1968 en Ribadesella para explorar cuevas. Sus nombres son bien conocidos: Ruperto Álvarez Romero, Celestino (Tito) Fernández Bustillo, Eloísa Fernández Bustillo, Pilar González Salas, Amparo Izquierdo Vallina, Fernando López Marcos, María Pía Posada Miranda y Elías Pedro Ramos Cabrero; el miércoles prueban el material y el jueves 11 de abril de 1968 los diez descienden a la cueva y la exploran; el primero que observa la existencia de pinturas es Adolfo Inda, que encuentra las representaciones del Camarín de las vulvas y poco después Tito Bustillo descubre el panel principal; al día siguiente lo hacen de nuevo, pero con cámaras fotográficas para tomar pruebas de su hallazgo (Fernández Malvárez 1968:60-61; Berenguer 1969b:138; 1972:98; García Guinea 1975:6-7; García 2008; Polledo 2011:50-51; Martínez 2013; Álvarez 2017; Funes 2018: 19-29). La noticia saltó muy pronto a los periódicos regionales y la prensa nacional se hizo rápida-

mente eco del asunto^x. Los descubridores dieron también cuenta del hallazgo al Grupo de Exploraciones Subterráneas y a las autoridades regionales [Figura 2].

La arqueología en Asturias en aquellos años estaba atrapada en medio de una maraña burocrática formada por la Comisión Asesora de Cultura, Educación, Bibliotecas y Museos de la Diputación Provincial, en la que era su secretario José María Fernández Buelta, arqueólogo circunstancial en el Oviedo de la Postguerra; el Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación, dirigido entre 1962 y 1969 por Carlos María de Luis, discípulo de Francisco Jordá, quien había abandonado Asturias en 1962 para ocupar la cátedra de arqueología de la Universidad de Salamanca (Díaz 2014); luego estaba la Inspección Provincial de Monumentos, creada en 1958 y al cargo de la que se encontraba desde 1959 Magín Berenguer Alonso; también lidiaba en esta materia en algunas ocasiones el Instituto de Estudios Asturianos; el Museo Arqueológico Provincial de Oviedo, dirigido por Matilde Escortell desde enero de 1969; el Delegado de Excavaciones Arqueológicas del Distrito Universitario de Oviedo, el profesor de Historia del Arte Carlos Cid Priego; el Patronato de las Cuevas y Yacimientos Prehistóricos y Protohistóricos de Asturias, cuya creación fue aprobada por la Diputación en 1965, concretada legalmente dos años más tarde y su primera reunión tuvo lugar un mes después del descubrimiento de Tito Bustillo; y finalmente la Fundación Pública para Instalaciones y Servicios en Cuevas y Yacimientos Prehistóricos y Protohistóricos en la Provincia, constituida por la Diputación en el primer semestre de 1970 para “atender las instalaciones y conservación de Cuevas y Yacimientos, resolviendo la financiación de tales actividades” (Díaz y Martínez 2012).

De todos los aquí mencionados la figura más importante y la que había acumulado responsabilidades sobre los monumentos asturianos desde 1950 fue Magín Berenguer. Nacido en 1918, fue alumno destacado de la Escuela de Artes y Oficios de Oviedo durante los años de la República; su primera exposición de pintura la celebró en mayo de 1936; en 1938 ganó el premio del concurso de carteles destinados a la promoción del turismo en Oviedo y ese mismo año era secretario de la oficina de turismo de la capital; obtuvo el cargo de Inspector de Rentas Provinciales de la

Diputación, puesto que también había ocupado su padre. En 1950 fue relevado de sus responsabilidades como Inspector por la Presidencia de la Diputación y encargado de los servicios para el Catálogo Artístico; comenzó con la reproducción de las pinturas prerrománicas que realizó junto al arqueólogo alemán Helmut Schlunk y a partir de 1954 hizo lo mismo con las pinturas rupestres de la mano de Francisco Jordá. En abril de 1959 el Ministerio de Educación Nacional le nombró Inspector Provincial de Monumentos y la Diputación Oficial del Instituto de Estudios Asturianos; tras el hallazgo del Ramu fue nombrado vocal delegado ejecutivo del Patronato de Cuevas y su consagración institucional se completó en noviembre de 1969 con su nombramiento como Consejero Provincial de Bellas Artes (Magín 1970)^{xi}.

Contaba Asturias con un importante e ineficiente tinglado administrativo y un funcionario con grandes dotes artísticas y experiencia acumulada en estas materias durante casi dos décadas, pero no había ningún especialista universitario en la materia (Jordá llevaba seis años en Salamanca). Sin embargo, no faltaban en la región buenos conocedores de la arqueología regional, como el profesor José Manuel González y Fernández-Valles (Blas 2002), incansable prospector, y su colaborador Manuel Mallo Viesca, miembro y asesor arqueológico del GESA, que sumaba varios años de experiencia en las labores espeleológicas y arqueológicas y disfrutaba de excelentes relaciones con Francisco Jordá (Mallo 1962, Fernández y Mallo 1965, Diego, Mallo y Diego 1967, Jordá y Mallo 1972)^{xii}.

Por ello, cuando tiene lugar el descubrimiento y se procede a su peritación y exploración por parte de las autoridades competentes, tanto Berenguer como Mallo coinciden en el Ramu. El primero en su condición de Inspector y principal gestor del patrimonio monumental de la región y, al parecer, director de la Escuela asturiana de Espeleología del Comité noroeste español; el segundo, como responsable del control arqueológico de las exploraciones subterráneas en Asturias y como miembro del equipo de espeleólogos sin el que los técnicos, políticos y periodistas no habrían podido bajar a contemplar, inspeccionar o estudiar la cueva. Sabemos que el 21 de abril Magín Berenguer visita la cueva y redacta un informe que presenta de forma inmediata al Presidente de la Diputación^{xiii}; además de descri-

bir la cueva y las pinturas, afirma lo siguiente:

El grupo de pintura artística descubierto es un conjunto muy importante. Pertenece –a mi juicio– al Magdaleniense. Está compuesto en su mayor parte por figuras de gran tamaño que no se formulan frecuentemente en otras pinturas prehistóricas de la provincia. La riqueza cromática puede ser también otra de las excelencias de estas formulaciones: las tintas empleadas –negro, rojo y ocre– a veces se funden produciendo nuevos matices.

La exquisita sensibilidad, sutileza de línea y buen sentido del dibujo, confieren la categoría de bellísima creación a estas pinturas de Torreblanca.

La autenticidad está fuera de la más ligera duda por cuanto que, aparte de que están dentro de la más fiel línea de la Escuela Prehistórica Cantábrica, quedan las concreaciones (sic) calizas que cubren, a veces, gran parte de las formulaciones.

Además de todo ello está la gran belleza natural de la caverna, con los juegos de estalactitas y estalagmitas, las grandes dimensiones, el tajo con el manantial interior, etc., elementos muy a tener en cuenta a la hora de que esta caverna sea visitada por el gran público.

Por todo ello, incidiendo en el encabezamiento de este informe, solicito respetuosamente de la Corporación Provincial, un acuerdo por el que pida la declaración de Monumento Provincial a favor de la cueva de Torreblanca sita en Ardines, Ribadesella, y otros acuerdos por los que se felicite al Grupo Torreblanca por el descubrimiento de estas pinturas y al Grupo de Exploraciones Subterráneas Asturiano (G.E.S.A.) por la campaña de estudios que viene coordinando en la provincia. Asimismo me permito solicitar de la Excelentísima Diputación una subvención para G.E.S.A. a fin de que todos los Grupos dependientes de ella puedan disponer de material adecuado para llevar a cabo su útil labor en favor de la provincia^{xiv}.



Figura 3. Tito Bustillo descendiendo a la cueva (*Asturias Semanal*, 30 de agosto de 1969). Archivo de Manuel Mallo Viesca.

Solo unos días después del descubrimiento, el 1 de mayo, Tito Bustillo fallece en un accidente de montaña en el concejo de Quirós^{xv} [Figura 3]. La cueva, que iba a ser bautizada con el nombre de Torreblanca recibe el de Tito Bustillo en homenaje a su memoria; así lo decidió la Diputación Provincial en sesión de 30 de mayo de 1968, tras solicitarlo sus compañeros y el Patronato de Cuevas. GESA es la encargada de realizar la topografía de la cueva y de la contigua de La Lloseta, en la que localizan pinturas rupestres y descubren su comunicación con el Ramu; también toman fotografías y buscan la primitiva entrada^{xvi}.

La cueva no contó con un sistema de guardería y cierre desde el primer momento, y seis meses después del descubrimiento Berenguer informa al Patronato de Cuevas que “procede también con toda urgencia el nombramiento de un Guarda, pues durante todo el verano último la curiosidad de la gente (a veces temible) fue motivo de constante vigilancia en evitación de desmanes. A pesar de ello no se pudo evitar que a altas horas de la noche penetraran en el interior de la cueva desaprensivos que, incluso, se sabe que llevaron algún material. Por estos Servicios, y en colaboración con el Ayuntamiento de Ribadesella, se trató de evitar la entrada clandestina con un cierre de estacas y alambre de espino, pero me temo que esto no sea suficiente. Así pues, procede que, con la misma urgencia que un nombramiento de Guarda, se instale una verja y una puerta de hierro que cierre con seguridad el acceso”^{xvii}.

3. La Altamira de Asturias: la explotación turística masiva de un yacimiento arqueológico

En abril de 1969 el Patronato de Cuevas preparaba el acondicionamiento de la cueva y buscaba “un acceso cómodo”. Pedro Colmenero González, Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos y especialista en obras hidráulicas, tras haber realizado estudios sobre el terreno concreta dos soluciones: “La solución A es eliminar los materiales de derrumbe que se encuentran en lo que se estima sería la entrada primitiva de la Cueva. Esto supondría unos quince días de trabajo, posiblemente retardados por hallarse el yacimiento o conchero en dicha entrada y ser preciso un examen detenido de los materiales excavados. La solución B es más cómoda de acceso y más próxima a Ribadesella por utilizarse la carretera de La Piconera, amplia y que permite al extremo oriental de la cueva construir un túnel artificial de 145 metros de largo por 2,50 metros de alto y 2 de ancho; este túnel conduciría al final de la Cueva y a su misma altura sin sensible desnivel”. Se acuerda proceder según la primera solución, acometiendo con rapidez “las obras de excavación en lo que supone la entrada primitiva de la Cueva, excavación que deberá realizarse con gran cuidado y con la asistencia técnica precisa para que se aproveche al máximo todos los materiales que se extraigan de la zona del yacimiento o conchero (...) Se autoriza a don Magín Berenguer para realizar gestiones en el Ayuntamiento de Ribadesella y con los propietarios de las fincas en las que se verterán los materiales de deshecho, a fin de obtener las autorizaciones precisas para el Patronato. Se acuerda que el obrero especialista adscrito al Museo don José Antonio Álvarez Alonso, quede destacado como responsable directo de los trabajos a efectuar por obreros que se puedan solicitar a Sedes”. Esta opción A es la que permitió abrir la cueva en agosto de 1969.

Tras recibir en julio la autorización de la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio para la realización de las obras, en septiembre de 1969 el Patronato da los primeros pasos para acometer las obras definitivas en la cueva, es decir, la construcción de un túnel de acceso desde la carretera de La Piconera (la solución B de Colmenero) y de “urbanización, ornato y construcciones precisas para disponer de salas de espera, sala para reuniones, taquillas, servicios higiénicos, bar, porche o galería cubierta, aparcamientos, etc.”

El concurso para la contratación de las obras de construcción de la galería tuvo lugar en noviembre. Para abaratar el coste de la apertura del acceso, en diciembre se autorizó al constructor el uso de palas excavadoras; se procedió también a la expropiación de los terrenos para las obras y los futuros aparcamientos [Figura 4]. Los trabajos de perforación del túnel de acceso a Tito Bustillo comenzaron en los primeros días de enero de 1970 y en tres meses se habían avanzado 70 metros; también se procedió a hacer mejoras en la carretera, a partir del proyecto técnico redactado por los Ingenieros Pedro Colmenero González y José Luis Páramo Fabeiro, y a la expropiación de terrenos; se aprobó el proyecto del arquitecto Juan Vallauré Fernández-Peña de urbanización de la nueva entrada y la construcción de cafetería, sala de espera, venta de objetos y publicaciones, taquilla de entradas, sala de personal, sala de mandos eléctricos, servicios higiénicos para

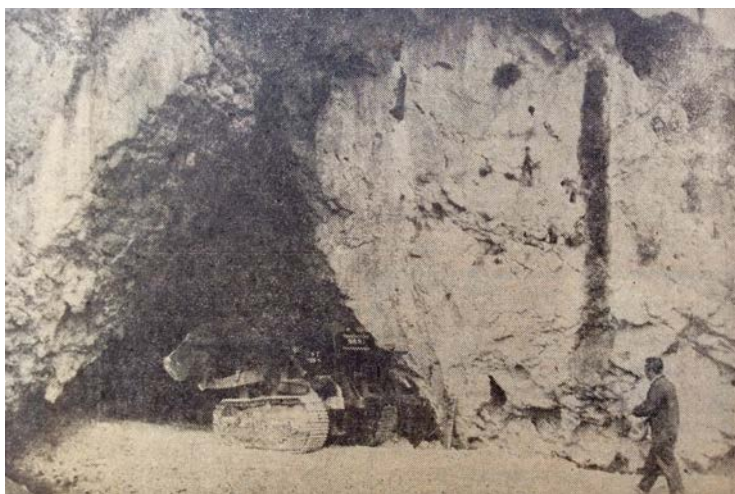


Figura 4. Pala excavadora trabajando en la perforación del túnel de acceso a la cueva (*La Nueva España*, 2 de abril de 1970).

el público, etc.; del mismo modo se canalizó el río San Miguel en la zona de las obras.

Debido al elevado desembolso económico que suponían todas estas obras, la Diputación Provincial decidió en febrero de 1970 crear la “Fundación Pública para Instalaciones y Servicios en Cuevas y Yacimientos Prehistóricos y Protohistóricos en la Provincia”, que tendría la misión de resolver la financiación necesaria (pues fue imprescindible solicitar a la Caja de Ahorros de Asturias un préstamo de 11 millones de pesetas) y que se encargó de facto desde ese momento de la gestión de Tito Bustillo y del resto de las cuevas y yacimientos visitables en Asturias. En 1970 la cueva fue abierta al público en los meses de julio, agosto y septiembre utilizando la nueva galería de acceso; en el interior se realizaron obras de seguridad y de iluminación provisional y se colocaron defensas que impedían el acceso a las pinturas; se contrataron a ocho mujeres como guías, dos guardas auxiliares y una taquillera, se instalaron algunas casetas en el exterior y se editó un folleto informativo, redactado por Berenguer. Las visitas se hacían en grupos de 15 personas. Estos trabajos preliminares coincidieron en el tiempo con la declaración de monumento histórico-artístico para la cueva, que tuvo lugar en abril de 1970. La campaña fue sin ninguna duda un éxito económico, pues se recaudaron casi 700.000 pesetas (646.628'00 pesetas), ocho veces más que en la campaña anterior, la primera en que se abrió la cueva a las visitas masivas; no había comparación posible con los otros yacimientos asturianos dispuestos para las visitas, pues Coaña recaudó 38.000 pesetas y El Buxu 8.000 pesetas. Sin embargo, en esta segunda campaña el sistema de iluminación no había sido instalado de forma definitiva y todavía no se habían construido las edificaciones de servicios del exterior ni se habían realizado las obras de mejora de la carretera de acceso^{xviii}.

En 1971 se proyecta la instalación de una nueva línea eléctrica aérea para dar servicio a la cueva y en abril el nuevo túnel sufrió una inundación por causa del temporal de lluvias; fue necesario construir una pileta que controlase las crecidas de agua que el río experimentaba en la cueva. Ese año se amplió el periodo de apertura de la cueva del 15 de mayo al 15 de octubre; en el primer mes ya se habían recaudado 150.300'00 pesetas; nada que ver con las 51.500 de Coaña, las 24.000 de El Pindal y las 18.000 de El Buxu. Un año más tar-

de volvió a aumentarse el número de días de visita, que pasaban del 1 de mayo al 31 de octubre; así que en tres campañas se habían duplicado los meses de apertura al público, que habían pasado de tres a seis y los grupos crecieron de 15 a 20 personas; en 1972 la cueva estuvo abierta 8 horas al día durante seis meses^{xix}.

Ese mismo año, con los edificios del exterior en uso, 23.624 personas visitaron la cueva y los ingresos ascendieron a 726.555'00 pesetas; a partir de entonces se documentan problemas constructivos tanto en el túnel de acceso, en el que hubo un derrumbe en su tramo final, y en el exterior, donde ocurren graves desprendimientos de piedras sobre el edificio construido a la entrada; a estos problemas se sumaron a partir de 1978 los desperfectos en el edificio de servicios. En 1976 se instalaron “compuertas abatibles en las puertas de entrada a esta Cueva, que permiten la salida de agua en los casos de riadas, a fin de evitar destrozos en los pasillos de la Cueva y túnel de acceso a la misma”. En 1976 los números de Tito Bustillo siguen creciendo porque visitaron el sitio 35.763 personas y la recaudación ascendió a 1.037.135 pesetas por el cobro de entradas durante los seis meses de apertura, que ahora serían de abril a septiembre. En la campaña del año siguiente fueron 1.163.525 pesetas^{xxx}.

4. Cambio de rumbo en 1969

El protagonismo colectivo de los descubridores, remarcado trágicamente por la muerte accidental de uno de ellos pocos días después del hallazgo, dio paso meses después al de su gestor principal, Magín Berenguer, a quien no debió de gustarle que parte de los miembros de GESA realizaran trabajos científicos además de los propiamente técnicos y de acompañamiento que efectuaban en la cueva. A partir de enero de 1969, tras presentar su informe ante la Real Academia de la Historia (Berenguer 1969b) el hallazgo se hace oficial y su figura recibe en la prensa regional, nacional e internacional un considerable impulso^{xxi}.

Aquella campaña de prensa fue la que popularizó definitivamente Tito Bustillo, la que situó a Magín Berenguer en el centro de los acontecimientos y quizás también la que convenció a los gestores provinciales de las grandes posibilidades que la cueva tenía para convertirla en un gran atractivo turístico como el de Altamira, que recibía a decenas de miles de turistas todos los



Figura 5. Magín Berenguer (a la izquierda) y un periodista inglés ante el panel principal (*Sunday Times*, 2 de febrero de 1969).

años [Figura 5]. A partir de ese momento se convirtió en profeta del importante acontecimiento: “Y fue en una cueva de las proximidades de la villa de Ribadesella, en donde, meses antes, yo había profetizado este hallazgo, basándome en el gran número de cuevas que se apiñaban en una reducida área de este término municipal. Yo había escrito de Ribadesella que, sin duda, fue el Londres de la Prehistoria y que tenía que reservar una joya artística, porque el nutrido número de cuevas habría de culminar de alguna manera con una auténtica catedral de arte prehistórico” (Berenguer 1970b:47); después, en ser la primera autoridad en tener conocimiento del descubrimiento: “Dadas mis relaciones con el Grupo de Exploraciones, de cuya Escuela soy director, me fue comunicada inmediatamente esta circunstancia a fin de que yo reconociera las pinturas para determinar su autenticidad e interés”; convertirse en el primer especialista en contemplar las figuras: “(...) y nueve días más tarde, el 21 de abril, descendí los 120 inclinadísimos metros del circunstancial acceso a la caverna, que entonces llamaban los vecinos “La cueva de la cerezal” y también quien dio nombre a algunos de los grupos de pinturas, como el “Gran

panel” (Berenguer 1969b:139; 1970b:47); en publicar la primicia del hallazgo en un medio nacional (Berenguer 1968a:9); fue también quien las consideró como un hallazgo de excepcional importancia: “(...) constituyen, con las de Altamira, el conjunto más importante de la pintura prehistórica de la Península Ibérica, y, junto a Altamira y Lascaux, es el tercer gran monumento pictórico de la Prehistoria en el mundo”; quien defendió su carácter religioso y trascendental: “Pero como hacer arte es recrear, sin duda que el artista sintió la dulce angustia de su trance cuando su exquisita sensibilidad iba transmitiendo el mensaje dirigido a lo sobrenatural, llenándose, al propio, de su importancia de mediador, de depositario de aquella porción de divinidad que le permitía redactar el precioso mensaje” (Berenguer 1970b:49).

A partir de enero la Diputación y su Patronato de Cuevas determinaron cuáles iban a ser las prioridades en Tito Bustillo, pues debía ser abierta al público en el verano de 1969. El proyecto inicial consistió en mejorar los accesos por Ardines hasta la entrada antigua construyendo una nueva carretera de un kilómetro, abrir un paso a través del derrumbe que sellaba la entrada en el vestí-



Figura 6. Manuel Mallo Viesca explicando la cueva a un grupo de personas. Año 1968. Archivo de Manuel Mallo Viesca.

bulo, colocar un cierre con verja, instalar puertas, acondicionar el interior e iluminarlo con 82 puntos de luz y nombrar un guarda-guía. La cueva fue abierta al público por primera vez a mediados de agosto de 1969, bajo la responsabilidad del funcionario del ayuntamiento de Ribadesella Manuel Aurelio Capín Alonso; lo estuvo durante dos meses, hasta finales de octubre y fue visitada por casi 4.000 personas^{xxii}.

5. Investigación y Prehistoria en Tito Bustillo

Cuando se descubre El Ramu a finales de los años 60, la prehistoria en el Cantábrico había recibido un considerable impulso teórico y metodológico gracias a los trabajos de los prehistoriadores cántabros, asociados a los investigadores norteamericanos. José Miguel de Barandiarán había regresado al País Vasco para desarrollar una intensa actividad en yacimientos de aquella región y en Santander se organizó en 1962 el Seminario de Prehistoria y Arqueología Sautuola en el que tanto Joaquín González Echegaray como Miguel Ángel García Guinea realizaron un importante trabajo de investigación en cuevas como El Juyo, La Chora y el Otero. Echegaray y L.G. Freeman desarrollan en 1966, 1968 y 1969 en Cueva Morín (Villanueva de Villaescusa, Cantabria) unas excavaciones que tuvieron una enorme inciden-

cia tanto en la aplicación de técnicas de registro y análisis como en el planteamiento de nuevos principios teóricos de carácter funcionalista (Moure y Santonja 1991:16 y 20; González y Estévez 2007:36). Y mientras tanto en Asturias, tras la marcha de Jordá a Salamanca, las investigaciones sistemáticas y continuadas sobre los yacimientos prehistóricos sufrieron un considerable parón (Díaz 2014, Díaz y Polledo 2014).

5.1. Los primeros trabajos de investigación (1968): Mallo y Berenguer

Inmediatamente después de descubierta la gruta y las pinturas, el Grupo de Exploraciones Subterráneas de Asturias (GESA), al que pertenecían los descubridores comenzó los trabajos de exploración y topografía del yacimiento. Manuel Mallo Viesca y Manuel Pérez Pérez coordinaron los trabajos [Figura 6]. Del primero ya hemos dicho que acumulaba varios años de experiencia arqueológica y espeleológica y disfrutaba de buenas relaciones con los prehistoriadores del cantábrico; Pérez pasó en los años 70 a colaborar con el etnógrafo y prehistoriador José Manuel Gómez-Tabanera y excavó junto a él Cueva Oscura de Ania en Las Regueras entre 1976 y 1978^{xxiii}. Exploraron tanto La Lloseta como El Ramu; para la primera se ayudaron de la topo-

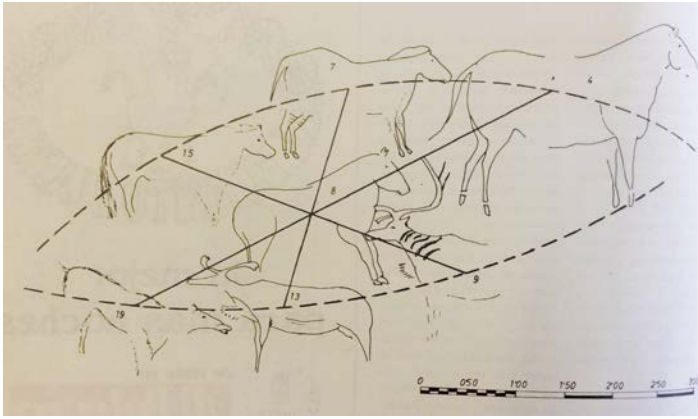


Figura 7. Análisis compositivo del panel principal del Ramu, según Fernando Soria (1969). Archivo de Manuel Mallo Viesca.

grafía del geólogo J.A. Martínez Álvarez (1962); descubren que están conectadas y en la primera redescubrieron las figuras paleolíticas publicadas en la prensa en los años 50 [Figura 8]. En mayo ya disponían de planos a varias escalas, plantas, secciones, cortes, superposiciones, cotas, etc.; también de fotografías en color de las pinturas y grabados (pues no era posible hacer calcos dado el estado de las pinturas); todo ello en unas condiciones difíciles, dada la falta de una fuente de iluminación artificial potente y permanente en el interior; pasaban largos periodos en la cueva y la iluminación dependía de linternas potentes o antorchas de filmación que alumbran durante varios minutos.

En junio descubren el yacimiento del vestíbulo, que había sido removido por buscadores (la cueva no había sido cerrada por las autoridades dos meses después del descubrimiento) y Francisco Jordá, a la vista de la documentación que los exploradores de GESA le envían, decide publicar un trabajo de Mallo y Pérez sobre El Ramu en *Zephyrus*, revista de arqueología de la Universidad de Salamanca de la que era su director; en agosto, durante los trabajos de topografía, encuentran un esqueleto humano parcialmente en conexión anatómica e integrado en la formación estalagmítica que fosiliza los derrubios que sellan la entrada primitiva y se confirma la existencia de un importante yacimiento; algunos materiales recogidos en superficie son entregados al Museo Arqueológico de Asturias el 14 de mayo de 1969^{xxiv}; en septiembre los autores comienzan a preparar el texto que han de enviar

a la revista de arqueología de Salamanca, contando con el auxilio de Jordá y de Benito Madariaga de la Campa en la clasificación zoomórfica de los caballos.

En octubre terminan su trabajo y se lo envían a Jordá para su inclusión en el próximo número de *Zephyrus* que está muy adelantado en su edición en noviembre; prospectan la rasa de Ardines para localizar las posibles entradas desde el exterior y localizan nuevas simas y simas cuevas, varias de ellas

con presencia de lascas y patellas. Son conscientes de la existencia de superposiciones en los paneles y de la presencia de muchos grabados, muy difíciles de estudiar por la falta de iluminación. El dominico Fernando Soria, amigo de Mallo, doctor en Filosofía y profesor de antropología filosófica y estética en el Pontificio Instituto Superior de Filosofía de Valladolid, visita las pinturas en diciembre y publica un estudio meses después (Soria 1969, Mallo 1971) [Figura 7]. El *Zephyrus* n° 19-20 que publica su trabajo sobre El Ramu sale de la imprenta unos días después de ser presentado un informe de Magín Berenguer sobre el arte rupestre de Tito Bustillo (Mallo y Pérez 1968-1969)^{xxv}.

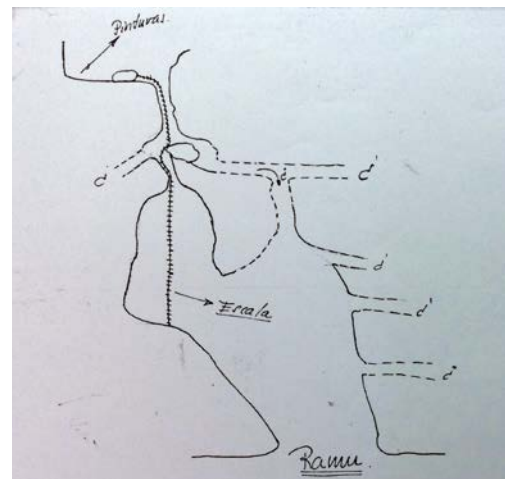


Figura 8. Croquis de la zona de conexión entre La Lloseta y Tito Bustillo. Año 1968. Inédito.



Figura 9. El Gran panel de Tito Bustillo, según Magín Berenguer (1969b).

Porque es necesario recordar que Magín Berenguer también llevaba a cabo estudios del arte rupestre de la cueva [Figura 9]. Él fue, como ya hemos dicho, el autor del primer informe enviado a las autoridades en abril de 1968; del segundo, leído a principios de enero en la Real Academia de la Historia; de los primeros escritos de divulgación y quien capitalizará la campaña periodística que confirmó entre el público y las autoridades la importancia del hallazgo de Tito Bustillo y le convirtió en el nuevo y principal protagonista de la joven historia de este nuevo gran yacimiento prehistórico.

La mejor forma de apreciar las diferencias entre estos dos procesos de investigación desarrollados en 1968 se rastrean en el nombre del yacimiento utilizado por unos y otros. El grupo de investigadores en torno al prehistoriador Francisco Jordá mantuvo el nombre original en sus publicaciones, respetando el acervo toponímico local (González 1971:139-140; Soria 1969; Mallo y Pérez 1968-1969; Jordá 1970:16, Jordá, Mallo y Pérez 1970, Mallo 1976-1977). Berenguer utilizó siempre el nombre de Tito Bustillo (1969 a, 1969b, 1969c, 1970a, 1972), siendo contrario a mantener el vernáculo^{xxvi} [Figura 10].

Si consideramos el contenido científico de los trabajos, las fechas de elaboración y edición y el carácter especializado de sus editores, debemos aceptar que el primer estudio científico sobre El Ramu es el de Mallo y Pérez (1968-1969, 1969, Balbín y Moure 1982a: 47-48), mientras

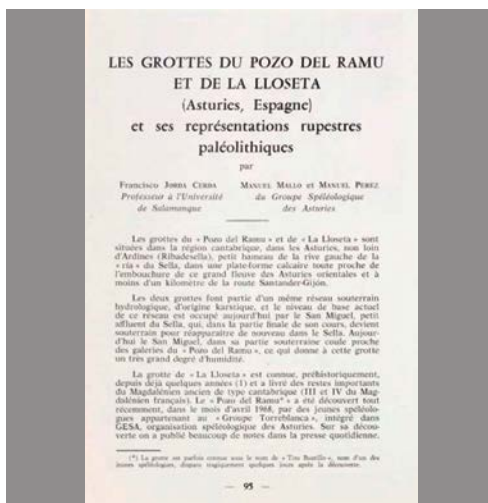


Figura 10. Portada del artículo de Jordá, Mallo y Pérez (1970), el más importante escrito sobre la cueva antes de los años 80.



Figura 11. Primera visita de Miguel Ángel García Guinea a la cueva (*La Nueva España*, 28 de enero de 1969).

que Magín Berenguer llevó a cabo una importante labor de divulgación del mismo (Beltrán y Berenguer 1969, Berenguer 1968a, 1968b, 1969a, 1969b, 1969c, 1969d, 1970a, 1970b); durante el periodo aquí en estudio no volvió a publicar ningún trabajo especializado sobre la cueva, sino dos obras de difusión (Berenguer 1972, 1985).

5.2. La excavación de García Guinea (1970)

El Patronato de Cuevas de Asturias decidió en enero de 1969 controlar completamente el proceso de investigación y para ello se puso en contacto con el Seminario Sautuola del Museo de Prehistoria y Arqueología de Cantabria. El director del Museo, Miguel Ángel García Guinea (1922-2012), visitó por primera la cueva el 26 de enero de 1969 junto a Magín Berenguer^{xxvii} [Figura 11]. García Guinea iba a ocuparse de la “excavación metódica del yacimiento” y Berenguer de la “copia, calco y análisis de las pinturas y grabados”. El Comisario General de Excavaciones Martín Almagro Basch, que visitó la cueva por primera vez a principios de julio de 1969, se erigió en coordinador de los trabajos^{xxviii}. La excavación iba a comenzar en octubre, pero se aplazó, probablemente porque se concedió prioridad al acondicionamiento interior de la cueva para las visitas^{xxix}. De esos trabajos sin control arqueológico dejó testimonio García Guinea: “el señor Berenguer, que también acudió este día [16 de febrero de 1970] a Tito Bustillo, me señaló, por la tarde, la existencia de un posible nivel de ocupación que parecía percibirse en la sala de las pinturas policromas, al interior de la cueva, precisamente debajo del panel más importante. Durante la limpieza de arenas que allí se esta-



Lám. II.—Aspecto de las catas de prospección B1 y C1, en la galería de la vieja entrada a la cueva de Tito Bustillo. Comienzo de la excavación.

Figura 12. Imágenes publicadas de la excavación de García Guinea (1975).

ba realizando y en uno de los cortes había visto, a unos 50 cm de superficie, un levísimo estrato teñido de morado. El cuidado con que el traslado de arenas se estaba ejecutando, y la previsión elogiada del señor Berenguer, habían permitido detectar este sospechoso nivel”.

La excavación fue realizada del 15 al 29 de febrero de 1970, cuando se iniciaban los trabajos de apertura del túnel de acceso; se limitó a unos pequeños sondeos en el vestíbulo de la entrada original y bajo el panel principal de las pinturas, que ni siquiera alcanzó a conocer la profundidad de los estratos fértiles [Figura 12]. Los trabajos descubrieron niveles del Paleolítico superior, caracterizados como propios del Magdaleniense III (García Guinea 1975:11-12 y 20-21)^{xxx}. El único resultado de aquella colaboración tripartita fue el trabajo publicado en el Symposium de Santander (Almagro, García Guinea y Berenguer 1972). La contemporaneidad de las excavaciones del túnel y el yacimiento permite hacer una comparación de los esfuerzos económicos empleados en ambos proyectos desarrollados en Tito Bustillo;

a finales de junio de 1970 ya se habían pagado 1.317.500'00 pesetas de la excavación del acceso y en los trabajos de García Guinea, 30.052'50 pesetas^{xxxii}. Sus investigaciones no continuaron debido a discrepancias con el Patronato de Cuevas de Asturias y con Emilio Olávarri, nuevo director del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de Asturias, quienes deseaban que fueran asturianos los miembros del equipo de excavación, a lo que García Guinea se negó. Al final, su trabajo fue publicado por el Patronato de Cuevas, pero de Santander (García Guinea 1975)^{xxxiii}. Por otro lado, Berenguer continuó al menos entre 1970 y 1972 con sus estudios del arte de la cueva, destinados a las reproducciones que iban a ser expuestas en el Museo Arqueológico Nacional, y durante los cuales descubrió nuevas figuras en las paredes de Tito Bustillo, que en su momento no fueron publicadas^{xxxiii}.

5.3. Las excavaciones de Moure (1972-1984)

En febrero de 1972 la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Educación y Ciencia autorizó la excavación arqueológica en Tito Bustillo, bajo la dirección de Martín Almagro Basch, catedrático del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense y de José Alfonso Moure Romanillo, profesor del mismo Departamento^{xxxiv}. La década de los 70 y los 80 fue una etapa de fuerte desarrollo en Asturias de las excavaciones arqueológicas en yacimientos prehistóricos en cueva; fueron años muy intensos, en los que se excavaron cuevas como La Riera, Los Azules, Las Caldas, La Paloma, Cueva Oscura de Ania, La Loja, El Buxu, Mazaculos, La Viña, La Lluera, y los yacimientos de la zona del Nalón medio (Díaz y Martínez 2012). Las excavaciones dirigidas por Moure, con la colaboración de Mercedes Cano Herrera entre 1976 y

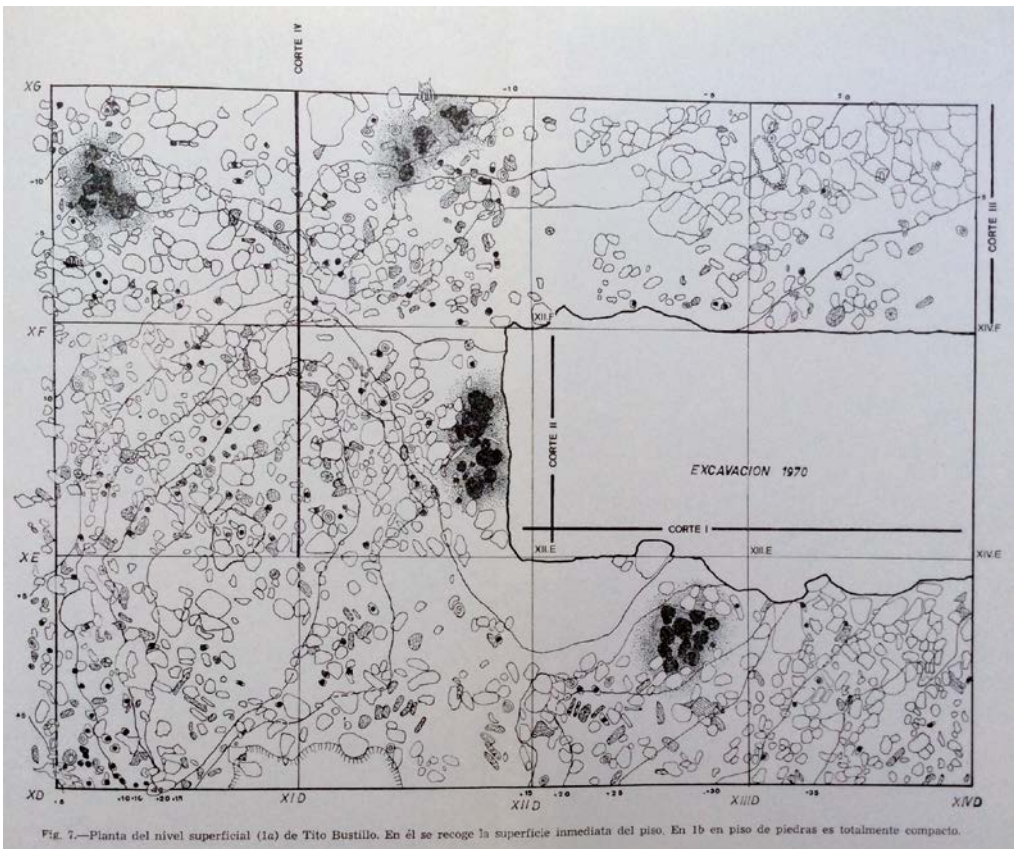


Figura 13. Planta del nivel de ocupación magdaleniense del vestíbulo de la cueva, según Alfonso Moure (Moure y Cano 1976b).

1979, fueron realizadas en campañas veraniegas ininterrumpidas (salvo en 1973) entre 1972 y 1984; se centraron en el yacimiento de la entrada de Ardines. Llevaron a cabo una excavación horizontal, tratando de localizar estructuras de habitación, y con una planimetría horizontal que se complementaba con curvas de nivel cada 5 centímetros que representaban el perfil exacto del hábitat [Figura 13]; se integró en ella la trinchera excavada por García Guinea dos años antes para utilizarla como registro estratigráfico; el proyecto contemplaba la correlación entre el arte y el yacimiento arqueológico, algo que ya había comprobado García Guinea (Moure 1975a:8-15, 1979c; Moure y Cano 1976a, 1979). A partir de las excavaciones y los estudios sistemáticos del arte rupestre Moure y Balbín defendieron que el yacimiento y el arte de Tito Bustillo eran contemporáneos, pertenecían al Magdaleniense superior cantábrico antiguo, equiparable al Magdaleniense V clásico, y datado dentro de un periodo climático frío (Dryas I) entre el 11.500 y el 12.500 a. C. (Moure 1977, 1979c, 1987).

En los trabajos participaron distintos especialistas que se encargaron de los estudios técnicos: Benito Madariaga de la Campa (1975, 1976), E. Roselló y R. Moreno de la fauna marina, Jesús Altuna de la terrestre (1976), Anäis Boyer-Klein de los análisis polínicos (1976), María Dolores Garralda de los restos humanos (1976) y Manuel Hoyos del estudio sedimentario (Hoyos 1979, Moure 1989). Durante su desarrollo colaboraron muchos de los prehistoriadores que formarían parte de la nómina de los mejores especialistas en la materia de la segunda mitad del siglo XX: Federico Bernaldo de Quirós, Victoria Cabrera, Carmen Cacho, Teresa Chapa Brunet, Isabel Martínez Navarrete, J. Sanz, Mercedes Cano Herrera, Juan Fernández-Tresguerres, Manuel Ramón González Morales, María del Carmen Márquez Uría, Larry G. Straus, K. Flataker, J.B. Azcárate, P. Saura, Ignacio Barandiarán, J. M^a García Caravés y Joaquín González Echegaray.

El programa de publicaciones relacionado con estos trabajos no contó con una merecida memoria que reuniese las excavaciones y los estudios del arte mueble y rupestre realizados en los setenta y primera mitad de los ochenta, aunque Berenguer anunció su edición^{xxxv}. Sin embargo, disponemos de una numerosa colección de artículos dedicados al yacimiento (Moure 1974, 1975a, 1976a, 1979c, 1989a, Moure y Cano 1976a,

1976b, 1978, 1979), al arte mueble (Moure 1974, 1979b, 1982a, 1982b, 1982c, 1983, 1984b, 1985, Cano 1977), a la cronología (Kopper 1973, Creer y Kopper 1974, Moure 1975b, 1977, 1980a), y a su divulgación (Moure 1976b, 1976c, 1980b, 1980c, 1984c, 1989b, Moure y Cano 1977, Balbín y Moure 1982b) [Figura 14].

5.4. Los estudios sobre el arte rupestre de Balbín y Moure

Los estudios continuados y sistemáticos del arte rupestre de Tito Bustillo comenzaron en 1979, el mismo año de la celebración en Madrid, Asturias y Santander del Symposium Internacional sobre Arte Prehistórico, celebrado en conmemoración del primer centenario del descubrimiento de las pinturas de Altamira y una década después de su descubrimiento en la semana santa de 1968 (Balbín y Moure 1982a, 1982b). En los años precedentes, Mallo, Pérez y

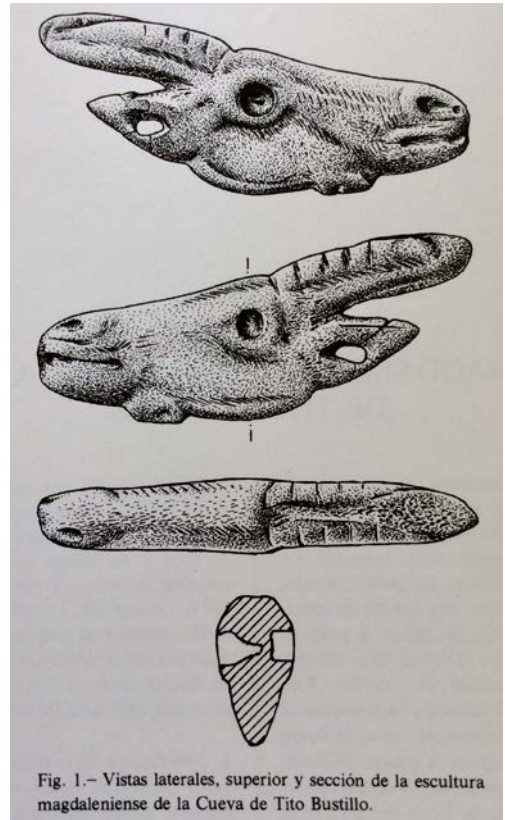


Fig. 1.- Vistas laterales, superior y sección de la escultura magdaleniense de la Cueva de Tito Bustillo.

Figura 14. Escultura de bulto redondo de una cabra macho. Magdaleniense superior (Moure 1983).

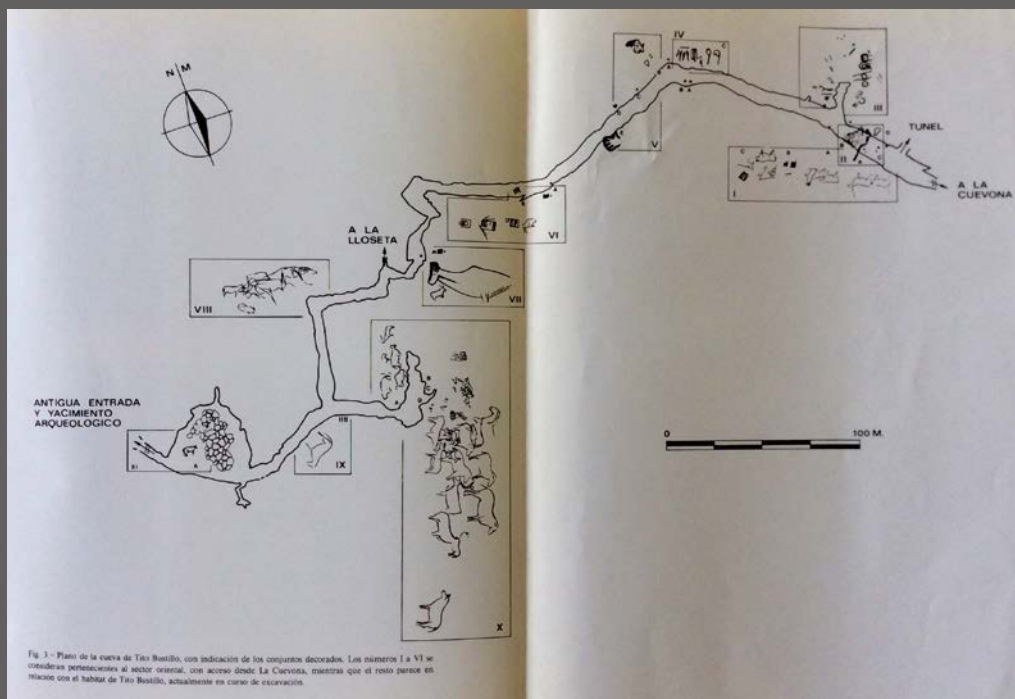


Figura 15. Planta de la cueva, con la indicación de los conjuntos artísticos (Balbín y Moure 1982a).

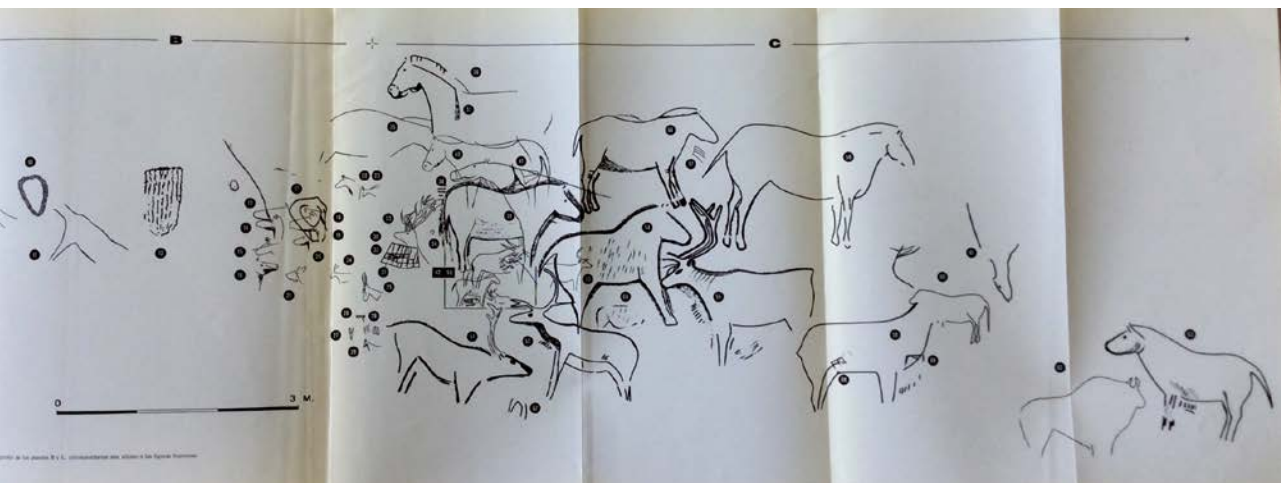


Figura 16. El panel principal, según R. de Balbín y Alfonso Moure (1982a).

Jordá estudiaron el arte en 1968 (Jordá, Mallo y Pérez 1970), Berenguer realizó estudios puntuales en 1968 y 1970-72 y Antonio Beltrán hizo una breve aportación al Symposium de Santander (Almagro, García Guinea y Berenguer 1972, Beltrán 1972). Otros hallazgos de figuras parietales fueron efectuados por el encargado de la cueva en aquellos años, el incansable Aurelio Capín y los guías (Balbín y Moure 1981a:87, Moure 1982b). Los trabajos se complementaron con los de la excavación del yacimiento del vestíbulo de la entrada antigua, y buscaban un acercamiento al hábitat, a su entorno y a la cronología de las figuras rupestres (Balbín y Moure 1980b). Rodrigo de Balbín y Alfonso Moure documentaron y estudiaron cientos de figuras, organizadas en once conjuntos, divididos a su vez en paneles [Figura 15]. Los conjuntos artísticos fueron relacionados con los tres yacimientos inmediatos: La Cuevaona (I al VII), los más antiguos, Tito Bustillo-Ardines (VIII-XI) y La Lloseta, y se defendió la separación de las tres grutas en tiempos paleolíticos (Moure 1979b, Balbín y Moure 1982a) [Figura 16].

En el verano de 1982, Manuel González Morales y Carmen Márquez identificaron unos grabados lineales exteriores en La Cuevaona (González y Márquez 1983).

Aun contando con el apoyo de la Dirección General de Bellas Artes, las excavaciones y los estudios artísticos se hicieron en unas condiciones que podrían calificarse en algunos momentos de precarias. Problemas burocráticos obligaron en 1981 a Moure y Balbín a adelantar los gastos correspondientes a la campaña de ese año y para la de 1982 tuvieron que pedir una ayuda al Consejo Regional de Asturias dado que se encontraron otra vez con el mismo problema^{xxxvi}. A pesar de ello, una buena parte del arte conocido hasta 1984 fue publicado, aunque no consiguieron hacerlo de forma monográfica (Moure 1980a, Balbín y Moure 1980a, 1980b, 1981a, 1981b, 1981c, 1982a, 1983, Balbín 1989).

6. La primera gestión autonómica de Tito Bustillo

Aunque pueda parecer que tras los cambios legislativos y políticos que tuvieron lugar en 1978 todo siguió igual en la gestión del patrimonio arqueológico asturiano, lo cierto es que, en líneas generales, la Fundación prestó una mayor atención al resto de las cuevas y yacimientos visitables

de Asturias y desarrolló una política de divulgación del patrimonio prácticamente inexistente hasta la fecha; por otra parte, en lo que respecta a Tito Bustillo, los años que van de 1978 a 1984 demostraron la existencia de una voluntad política determinada a paliar los problemas ocasionados por las visitas masivas a la cueva [Figura 17].

Tras la muerte de Franco, el proceso de descentralización del Estado comenzó en Asturias en el otoño de 1978, con la publicación del Real decreto-ley por el que se aprobó el régimen preautonómico y se instituyó el Consejo Regional de Asturias como órgano de gobierno y administración de la región; en abril de 1979 se aprobó la estructura orgánica de la Consejería de Cultura y Deportes, en la que aparece por primera vez el Departamento de Patrimonio Artístico, con rango de Dirección general. A finales de ese año comenzaron las transferencias de competencias de la Administración del Estado al Consejo Regional de Asturias en materia de cultura. Asturias se constituyó en Comunidad autónoma en enero de 1982 y asumió entre otras las competencias exclusivas el "Patrimonio cultural, histórico,



Figura 17. Cubierta de la guía didáctica de Tito Bustillo editada por el Consejo Regional de Asturias (Moure 1984c).



Al terminar felizmente el descenso, los enviados especiales de BLANCO Y NEGRO fueron premiados con la insignia del GESA. En la foto, el presidente impone la insignia a Vega Pico. Al fondo, una sección del gran panel de las pinturas rupestres.

Figura 18. La presencia de la prensa en Tito Bustillo fue algo muy habitual en 1969
(*Blanco y Negro*, 1 de febrero de 1969).

arqueológico, incluida la arqueología industrial, monumental, arquitectónico, científico y artístico de interés para el Principado de Asturias”. El traspaso de funciones y servicios del Estado al Principado de Asturias en materia de patrimonio arqueológico tuvo lugar con el Real Decreto de 5 de octubre de 1983. Unos meses más tarde la Consejería de Educación, Cultura y Deportes del Principado de Asturias reguló la composición y funcionamiento de la Junta Asesora de Excavaciones y Exploraciones Arqueológicas y a finales de 1984 el Principado disolvió la Fundación Pública de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos y Protohistóricos de Asturias, creada en 1970 para afrontar las inversiones económicas necesarias para convertir Tito Bustillo en una gran maquinaria turística; como decía la ley que puso fin a su existencia, sus tareas podían ser “perfectamente realizadas por los servicios técnicos y administrativos de la Consejería de Educación, Cultura y Deportes”^{xxxvii}.

El Consejo Regional conservó el periodo de visitas de abril a septiembre hasta 1984 pero redujo los grupos a 15 personas, el máximo diario en 400 y las horas de apertura diaria a seis; tuvo también que afrontar las reparaciones en la ladera rocosa que cae sobre los accesos de Tito Bustillo y los desperfectos en el edificio de servicios. Las visitas eran muy sencillas y se evitaban algunas zonas de la cueva, como el panel de las vulvas; como afirmó Berenguer, “la mayoría del público que acude a la cueva centra su interés en ver los caballos”; los domingos de julio y agosto la cueva estaba cerrada porque “en los meses de verano acude a la cueva una numerosa cantidad de personas, en su mayoría sin interés por el arte prehistórico, y algunas en condiciones que suponen un riesgo tanto para la conservación de las pinturas como para la integridad del propio visitante, debido a las simas existentes en la cueva”; en 1979 visitaron Tito Bustillo 33.313 personas y los ingresos por venta de entradas fueron de 1.271.237 pesetas.

En 1980, con un número de visitantes similar (33.153) se tomó la decisión de reabrir La Cueva al público para desplazar a ella a los visitantes poco interesados en el arte rupestre y se tomaron también algunas medidas de conservación, como la de sustituir algunos puntos de luz caliente por fría y Javier Fortea sugirió la necesidad de adquirir e instalar un higrómetro; La Cueva abrió al público en abril de 1981. El

grupo Polifemo se encargó de elaborar una nueva topografía de la cueva y se procedió a la adquisición de los terrenos en los que se encontraban ambas cuevas. La gestión realizada en estos años se coronó con la construcción de un Museo Didáctico de Prehistoria, que se inauguró en 1987^{xxxviii} (Fernández-Tresguerres et al 1994).

7. La protección y conservación de Tito Bustillo

Con todo lo dicho hasta ahora, es el momento de cerrar este texto dedicando el último capítulo a los trabajos de protección y conservación llevados a cabo entre 1968 y 1984. La otra cara de la moneda en la abusiva gestión de Tito Bustillo fue la práctica inexistencia de medidas de protección y conservación en la cueva, más allá de las preceptivas de cierre mediante puertas y guardería. Y eso que este asunto de la conservación de las pinturas había llegado bien temprano a la prensa regional, que a principios de 1969 advertía de que (haciéndose eco de las palabras de la periodista francesa Christiane Sacase), “si la cueva de Tito Bustillo va a ser abierta al público el verano próximo, los técnicos debieran arbitrar los medios y métodos capaces de liberar a las pinturas de los riesgos de la comercialización”^{xxxix} [Figura 18].

Francisco Jordá hizo algunas insinuaciones en el mismo sentido en la conferencia “Cronología de la Cueva del Ramu (Asturias)” que tuvo lugar en la Universidad de Oviedo el 18 de marzo de 1969^{xl}. Una semana más tarde, en el cruce de correspondencia que mantuvo con el presidente de la Diputación Provincial José López-Muñiz a propósito de Tito Bustillo fue mucho más explícito:

Acerca de la nueva cueva de Ardines, quisiera informarle brevemente sobre algunos problemas que necesitan solución, urgente en algún caso.

En primer lugar, durante mi visita, pude observar la presencia de manchas del llamado “mal verde” sobre ciertas pinturas (concretamente sobre los caballos nº 8 y nº 6 y 6 bis, de la descripción de Mallo y Pérez, recientemente publicada en la revista ZEPHYRUS, que dirijo). Hay que evitar que el mal se extienda a otras figuras. Para ello habrá que ensayar algún método destructor de los hongos, que parecen formar estas manchas verdes.



Figura 19. Tito Bustillo según el dibujante J.A. Loriga (*Informaciones*, 22 de enero de 1969). Archivo de Manuel Mallo Viesca.

En segundo lugar, como estas familias de hongos parece que se reproducen rápidamente con las elevaciones rápidas e intensas de la temperatura, que dentro de la cueva sólo son posibles si se las provoca artificialmente (bien por afluencia de gente, bien por descargas lumínicas consecutivas de flash, TV, cine, etc.), convendría estudiar el modo de que se redujera el número de visitantes, así como –en el caso de preparar la cueva para la visita al público– estudiar el tipo de luz más adecuado, con objeto de que no varíen las condiciones biológicas de la cueva^{xli}.

Por si no fueran suficientes estas advertencias, en septiembre de 1970 tuvo lugar el Simposio Internacional de Arte Cuaternario celebrado en Santander y Asturias. Fue la segunda reunión de este tipo organizada por el Comité Internacional para los Simposios de Arte Prehistórico, creado para tal fin por la UISPP, habiéndose celebrado la primera, dedicada principalmente al arte

protohistórico en Valcamónica en 1968. Fue patrocinado por los Patronatos de las Cuevas de Santander y de Asturias, en colaboración con la UNESCO, y actuaron como presidente Martín Almagro y como secretario Miguel Ángel García Guinea. El día 18 por la mañana se visitó la cueva del Pindal, bajo la dirección de Francisco Jordá. Por la tarde se realizó la primera visita a las pinturas y excavaciones de la cueva del Ramu (Tito Bustillo), dirigida por Magín Berenguer, en cuyo interior presentaron su comunicación Martín Almagro Basch, Miguel Ángel García Guinea y Magín Berenguer. A continuación, en el Gran Hotel de Ribadesella se desarrolló la sesión científica dedicada a la conservación de los conjuntos de arte rupestre cuaternario. El día 19 se visitaron las cuevas de la Peña de Candamo, dirigida por Antonio Beltrán y Les Pedroses, dirigiendo la visita Francisco Jordá. El día 20 se realizó una segunda visita a la Cueva de Tito Bustillo.

En aquella sesión, en la que no se presentó un solo trabajo sobre la conservación de las cuevas asturianas, y ante las autoridades y responsables técnicos y políticos asturianos, Alfredo García y Jesús Endériz, que durante veinte años habían estudiado las condiciones de conservación de las pinturas de Altamira, explicaron las perniciosas consecuencias que la apertura de las cuevas y un régimen de visitas masivo tenían para la perduración del arte rupestre: “Todas las contingencias, más o menos respetables, que se dan alrededor de estos monumentos, deben ser siempre subordinadas a un principio fundamental: cual es el de la conservación de dichos monumentos, en la integridad de sus valores”; para ello era necesario dotar de los medios necesarios a equipos formados por especialistas de muy diversas ramas, desde prehistoriadores hasta físicos, pasando por geólogos, químicos y biólogos (García y Endériz 1972: 554-555). El único estudio geológico realizado fue el de Manuel Hoyos Gómez para su tesis sobre el karst en Asturias durante el Cuaternario (Hoyos 1979). Como ya sabemos, en Tito Bustillo, en el período que va de la conferencia de Jordá en marzo de 1969 al Symposium de septiembre de 1970 se tomaron medidas que iban en sentido contrario a las apuntadas.

Irónicamente, quienes declararon al finalizar el Symposium de forma solemne que “considerando que todas las manifestaciones de arte parietal prehistórico constituyen un patrimonio de la Humanidad de que nuestra generación no es más que sólo depositaria y que todos los hechos más o menos influyentes que pueden existir o intervenir en relación con la utilización de estos monumentos deberían siempre ser sometidos a un principio fundamental: la conservación de dichos monumentos en su integridad y con todos sus valores”, visitaron cómodamente Tito Bustillo a través del nuevo túnel de acceso, que permitía la entrada de miles de personas (Llongueras 1969-1970; Almagro y García-Guinea 1972). Y si no fuera esto suficiente advertencia, la apertura masiva de la cueva a las visitas coincidió en el tiempo con las noticias, cada vez más

frecuentes y alarmantes, relativas a las graves consecuencias que esta forma de actuar tenía sobre el arte de Altamira, cuyo modelo de gestión fue imitado hasta el extremo en Asturias (Moure 1979a).

Del nulo resultado de aquellas palabras dan testimonio estas otras escritas diez años después por el propio Jordá, a propósito de la conmemoración del centenario del descubrimiento de Altamira:

Pero si lo que ha pasado en Altamira nos merece un juicio desfavorable, más lo es lo que se ha llevado a cabo en Asturias, en la cueva del Pozo del Ramu, ahora denominada Tito Bustillo, en la que en aras del turista, que debía de descender para visitar la cueva un pozo de unos 25 metros, se abrió un túnel a nivel de carretera –a unos pocos metros sobre el nivel del mar–, para que se pudiese penetrar en ella sin dificultades, como si se tratara de un simple paseo. El resultado no se ha hecho esperar y las puertas aislantes, colocadas para evitar la excesiva entrada de corrientes de aire en el interior de la cueva, han sido, año tras año, destrozadas por las riadas o crecidas del río San Miguel, río subterráneo que atraviesa la cueva y que se cuele a través del túnel, con lo que se ha iniciado un proceso de desecación de la cueva y las pinturas pierden calidad en su tono y desmerecen de día en día, como consecuencia del desequilibrio interno producido al cambiarse las condiciones naturales del Pozo del Ramu (Jordá 1979-1980:6).

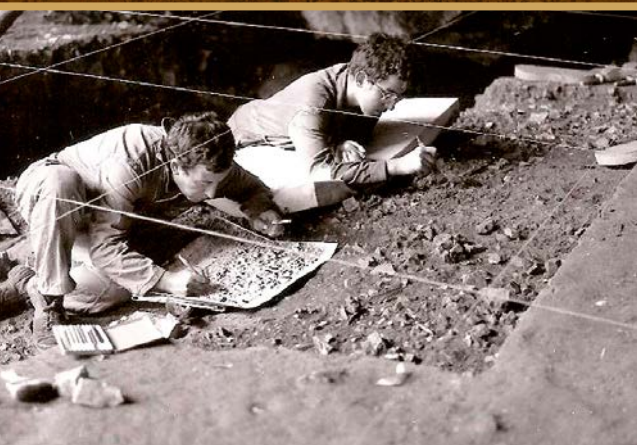
J. Alfonso Moure y Rodrigo de Balbín, investigadores principales en el yacimiento durante el período aquí tratado, hicieron el mismo balance de la gestión realizada en Tito Bustillo en su primera década de vida como monumento histórico-artístico: respecto a la conservación del antro y de las pinturas no se había hecho nada útil y la cueva había sido explotada como si de un negocio se tratase (Balbín y Moure 1981:87; Moure 1984a:142-143) [Figura 19].

Agradecimientos:

Los autores agradecen a Miguel Polledo González su inestimable colaboración.

- i La Presse thermale et climatique: stations thermales, balnéaires, climatiques et touristiques, 7 de enero de 1869: 310.
- ii El Liberal, 5 de septiembre de 1913:2; Región, 1 de mayo de 1926:15.
- iii El Sol, Madrid, 4 de julio de 1933: 6.
- iv La Nueva España, 28 de septiembre de 1961:7.
- v Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 1017-10; libro 349, folio 88r y 92r.
- vi Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 304-9, 546-19, 2616-15; Boletín Oficial de la Provincia de Oviedo, 19 de mayo de 1961: 3.
- vii La Nueva España, 3 de marzo de 1960; Región, Oviedo, 22 de julio de 1965.
- viii Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, libro 349, folio 154r y 158r y caja 1017-13.
- ix Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 2616-18; Región, 29 de abril de 1967, 12 y 24 de marzo de 1970 y 7 de abril de 1971; La Nueva España, 7 de septiembre de 1962, 29 de abril de 1965, 6 de febrero de 1968, 28 de marzo de 1971 y 28 de octubre de 1972; La Voz de Asturias, 18 de febrero de 1970 y 1 de noviembre de 1972.
- x La Nueva España, 14 y 16 de abril de 1968; La Voz de Asturias, 16, 23 y 25 de abril de 1968; ABC, 16 de abril de 1968; Garbo, 27 de abril de 1968.
- xi Región, Oviedo, 8 de junio de 1933 y 22 de junio de 1934; La Nueva España, 2 de julio de 1938, 14 y 15 de septiembre de 1938; Boletín Oficial de la Provincia de Oviedo, 1 de abril de 1959 y 10 de mayo de 1960; Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 251-12, caja 865-29, caja 2614-115; Boletín Oficial del Estado, 11 de noviembre de 1969.
- xii La Nueva España, 27 de diciembre de 1963.
- xiii La Voz de Asturias, 23 de abril de 1968.
- xiv Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 1017-9. El informe fue enviado al Director General de Bellas Artes por el Presidente de la Diputación el 29 de abril de 1968, Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 1017-9.
- xv ABC, 3 de mayo de 1968.
- xvi Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, libro 2497, folios 6r-8r.
- xvii Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 1017-5.
- xviii Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, libro 2496 y 2497; caja 1180-4; caja 2469-31; caja 5077-15; caja 5078-8; caja 5079-2; Boletín Oficial de la Provincia de Oviedo, 4 de noviembre de 1969 y 22 de mayo de 1970; La Nueva España, 2 de abril de 1970; ABC, 3 de abril y 12 de julio de 1970; Boletín Oficial del Estado, 8 de abril de 1970.
- xix Boletín Oficial de la Provincia de Oviedo, 8 de febrero y 8 de junio de 1971; Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 5078-8, 5079-1 y 2, libro 2496.
- xx Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 5077-11 y 12, caja 5079-1 y 2; libro 2496.

- xxi El informe fue presentado por el profesor Antonio García Bellido en sesión de la Real Academia de la Historia de 9 de enero de 1969; vio la luz pública en junio de 1969 (*La Voz de Asturias*, 15 de junio de 1969). La campaña de prensa se puede seguir en: *La Nueva España*, 16, 18, 19, 23, 26 y 28 de enero de 1969; *La Voz de Asturias*, 21, 25 y 28 de enero de 1969, 20 de febrero de 1969; *La Voz de Avilés*, 17 y 22 de enero de 1969; *Pueblo*, 21 y 24 de enero de 1969; *Informaciones*, 22, 24 y 25 de enero de 1969; *La Vanguardia*, 26 de enero de 1969; *Arriba*, 23 de abril de 1969; *ABC*, 15 y 22 de enero, 1 y 4 de febrero de 1969; *Blanco y Negro*, 1 de febrero de 1969; *Sunday Times*, 2 de febrero de 1969; *Paris Match*, 26 de abril de 1969.
- xxii Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 5065-3; libro 2497, folios 8v-15r y 24v-28v; *Boletín Oficial de la Provincia de Oviedo*, 18 de febrero y 19 de julio de 1969; *Región*, 17 de agosto de 1969; *La Voz de Asturias*, 19 de abril y 17 de agosto de 1969; *Blanco y Negro*, 6 de septiembre de 1969; *ABC*, 18 de septiembre de 1969.
- xxiii Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 2483-24.
- xxiv Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 1017-15.
- xxv Archivo personal de Francisco Jordá Cerdá (Madrid), correspondencia, 1968-1969; Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 1017-9 y 15.
- xxvi *La Voz de Asturias*, 20 de marzo de 1971.
- xxvii *La Nueva España*, 28 de enero de 1969; Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, libro 2497, folios 11v-15r.
- xxviii *ABC*, 3 de julio de 1969.
- xxix *Blanco y Negro*, 6 de septiembre de 1969.
- xxx *Región*, 3 de febrero de 1970; *ABC*, 3 de abril de 1970.
- xxxi Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 5079-2.
- xxxii Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, libro 2497 y caja 1017-9.
- xxxiii *ABC*, 29 de octubre de 1970, 31 de octubre de 1971 y 29 de agosto de 1972.
- xxxiv Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 1180- y caja 2483-24.
- xxxv Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 5079-1.
- xxxvi Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 5078-3.
- xxxvii *Boletín Oficial del Estado*, 10 de octubre de 1978, 29 de diciembre de 1979, 11 de enero de 1982, 27 de diciembre de 1983; *Boletín Oficial del Consejo Regional de Asturias*, 2 de abril de 1979; *Boletín Oficial del Principado de Asturias*, 9 de mayo de 1984 y 3 de diciembre de 1984.
- xxxviii Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 2616-20, caja 5077-2, 11 y 13, caja 5079- 1; *Boletín Oficial del Principado de Asturias*, 28 de noviembre de 1983.
- xxxix *La Nueva España*, 22 de febrero de 1969.
- xl Universidad de Salamanca 1969:84; *La Voz de Asturias*, 20 de marzo de 1969; *La Nueva España*, 23 de marzo de 1969.
- xli Archivo Histórico de Asturias, Diputación Provincial, caja 1017-15.



CAPÍTULO 3

Las intervenciones de D. Francisco Jordá Cerdá en los yacimientos prehistóricos riosellanos

RODRIGO PORTERO

SERGIO MARTÍN-JARQUE

JULIÁN BÉCARES

1. D. Francisco Jordá Cerdá en la prehistoria asturiana

La llegada de D. Francisco Jordá Cerdá al Servicio de Investigaciones Arqueológicas de Asturias en la década de 1950 dio paso a una de las etapas más fructíferas de la Prehistoria riosellana. Este hecho se produjo dentro de un marco político muy concreto de la historia de nuestro país: tras la Guerra Civil y la primera década de postguerra, la Diputación Provincial de Asturias vio clara la necesidad de revalorización y conservación del patrimonio asturiano, a la vez que daba continuidad a las investigaciones prehistóricas que habían sido iniciadas en la época del Conde de la Vega del Sella y que habían quedado frenadas tras su muerte en 1941 (Álvarez-Alonso 2014b; Álvarez-Fernández et al. 2014).

Para esta tarea se creó el Servicio de Investigaciones Arqueológicas de Asturias (SIA), muy ligado y dependiente del Instituto de Estudios Asturianos (IDEA). Para el correcto funcionamiento de esta nueva institución era necesaria la figura de un Jefe del Servicio Provincial de Investigaciones Arqueológicas que se encargara de las tareas de conservación, difusión e investigación de la Prehistoria asturiana. A esta plaza, publicada en el Boletín Oficial de la Provincia de Oviedo de 1952, se presentó D. Francisco Jordá Cerdá, quien por aquel entonces ya contaba con una gran trayectoria investigadora en la zona levantina, habiendo dirigido excavaciones arqueológicas como las de Les Mallaetes (Bárig, Valencia), La cueva de la Torre del Mal Paso (Castellnovo, Castellón) o Cova Negra (Játiva). Además, era el director del Museo Arqueológico Municipal de Cartagena, y había colaborado con otros Servicios de Investigaciones Arqueológicas desde 1943, como el de Valencia. Por lo tanto, D. Francisco

Jordá Cerdá presentaba un currículum muy idóneo para cubrir las necesidades que el puesto demandaba (Díaz García 2014; Adán 2001).

El 17 de abril de 1952 en el pleno de la Diputación Provincial de Asturias se aprobó su nombramiento como Jefe del Servicio Provincial de Excavaciones Arqueológicas, comenzando la que fue la etapa asturiana de su vida. Pronto D. Francisco Jordá Cerdá comenzó sus investigaciones, realizando su primera intervención en la villa romana de las Murias del Belloño (Cenero, Gijón) en el verano de 1952. No obstante, no sólo se dedicó a la investigación y la gestión del patrimonio arqueológico asturiano, sino que también se integró plenamente en la vida civil de la región, formando parte del IDEA y como profesor ayudante de clases prácticas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Oviedo (Álvarez-Alonso 2014).

Tras la defensa de su tesis doctoral en 1953 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Madrid, y su nombramiento como responsable del Museo Arqueológico Provincial de Oviedo [Figura 1], D. Francisco Jordá Cerdá comenzó las labores en el concejo de Ribadesella en 1955,



Figura 1. D. Francisco Jordá Cerdá en la biblioteca el Museo de Oviedo (foto: archivo FIC).

proyectando una intervención en la Cueva de Ardines y visitando la cueva de la Lloseta junto a José María Fernández Buelta, su redescubridor. Ese mismo año propuso a la Comisión de Cultura de la Diputación Provincial la realización de un homenaje a la figura del Conde de la Vega del Sella (Díaz García 2014; Adán 2001).

De esta manera, la segunda mitad de la década de los años 50 estuvo marcada por las excavaciones arqueológicas que realizó D. Francisco Jordá Cerdá en la comarca de Ribadesella. En esta década descubrió, como más adelante veremos, algunas de las cavidades más importantes de la Prehistoria riosellana, e intervino arqueológicamente en muchas otras ya descubiertas por Ricardo Duque de Estrada, Eduardo Hernández Pacheco y Hugo Obermaier.

Después de estos años en Asturias se presentó a las oposiciones a la Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática de la Universidad de Salamanca, accediendo al puesto en 1962 y comenzando así su etapa como profesor en dicha institución (Álvarez-Alonso 2014b; Díaz García 2014). Pese a este cambio, D. Francisco Jordá Cerdá nunca dejó de realizar trabajos arqueológicos en la zona asturiana; de hecho es en esta década cuando empezó a investigar algunos de los yacimientos arqueológicos riosellanos, como Cova Rosa. Tras su llegada a la cátedra salmantina, D. Francisco Jordá Cerdá publicó una síntesis sobre el Paleolítico superior cantábrico en la que realizó un estado de la cuestión sobre las distintas etapas de este período en Asturias (Jordá Cerdá 1963).

La década de los 70 fue una etapa especialmente fructífera en las investigaciones arqueológicas en el concejo de Ribadesella, no sólo de la mano de D. Francisco Jordá Cerdá, sino también de los doctores que él había dirigido y formado, y a los cuales comenzó a pasarles el testigo de las investigaciones.

2. Las intervenciones arqueológicas de D. Francisco Jordá Cerdá en el concejo de Ribadesella

La labor de D. Francisco Jordá Cerdá en el Concejo de Ribadesella a lo largo de su carrera dio como resultado la intervención arqueológica en cuatro yacimientos con una cronología que abarca todo el Paleolítico superior y que se han convertido en un referente a nivel interna-

cional. Sin embargo, hay que destacar que aunque aquí nos centremos en las excavaciones realizadas por D. Francisco Jordá Cerdá, su labor fue mucho más extensa, ya que revisó los materiales de otras tantas cuevas riosellanas que fueron excavadas con anterioridad, como la Cueva de Ardines, Cueva Viesca y la Cueva de San Antonio.

2.1. Las intervenciones arqueológicas en la cueva de El Cierro

La cueva de El Cierro está situada en la localidad riosellana de Fresnu (Ribadesella), muy cerca de El Carme, en el extremo oriental del Macizo Asturiano, a 3,1km al suroeste de la desembocadura del Sella y a 2,1km de la actual línea de costa en los acantilados de Tereñes.

Fue descubierta en 1958 por D. Francisco Jordá Cerdá, quien junto con Antonio Álvarez Alonso “Antón”, capataz del SIA, había estado prospeccionando el macizo kárstico de Ardines (Jordá Cerdá 1977). La cueva se encuentra en una pequeña depresión prelitoral a 82 m sobre el nivel del mar, cerca del río San Miguel, y cuenta con dos bocas que se comunican entre sí tras una dolina (Álvarez-Fernández et al. 2014, 2016; Jordá Pardo et al. 2018).

Entre junio y julio de 1959, a lo largo de quince días, comenzaron las excavaciones arqueológicas en la cavidad, trabajando en la entrada principal de la misma. Se trataba de una zona de confluencia entre ambas bocas de la cavidad, en la que había una abertura en el techo fruto de un derrumbe de época paleolítica y que permitía el paso de la luz a esa zona de la cueva. Gracias a los diarios de D. Francisco Jordá Cerdá (Archivo FJC D-1.5) sabemos que los trabajos de esta campaña se centraron en la limpieza y el sondeo de una zona cuya superficie abarcó 2 x 3 m, permitiéndoles establecer una secuencia de techo a suelo de ocho capas arqueológicas coronadas por un conchero cementado, las cuales abarcaban desde el Auriñaciense hasta el Magdaleniense y que fueron así descritas:

- capa 1^a, “piedras y tierra negra”, “capa superficial”.
- capa 2^a, “capa negra (2^a) que es de suponer que sea Magdaleniense superior”
- capa 3^a, “tierras arcillosas rojas”, “¿es como un Magdaleniense medio?”.
- capa 4^a, “negra”, “contiene materiales del Magdaleniense III”.

- capa 5ª, “de contacto con la negra anterior con poco hueso y buenos materiales aunque escasos”. “Se observa en la base de la capa parduzca 5ª una línea negra de hogares más intensa, es decir, que se comienza con un Solutrense final y se termina con un Magdaleniense inferior”. No obstante, en un esquema estratigráfico califica esta capa 5ª como “tierra rojiza”.
- capa 6ª, “formada por tierra rojiza de ceniza arcillosa”, “sale poco material”.
- capa 7ª, “ceniza, en ella hay rastro de hogares, la composición es semejante a anterior, quizá predomina más la arcilla. Aparecen pocas piezas típicas”.
- capa 8ª, que, aunque no la describe como tal en el texto del diario, si la indica en un esquema estratigráfico descriptivo.

Los materiales provenientes de estas primeras excavaciones fueron depositados en el Museo Arqueológico de Asturias (Oviedo) y estudiados por el propio Francisco Jordá Cerdá (1960, 1963, 1977). Posteriormente, otros investigadores utilizaron los materiales provenientes de estas intervenciones para realizar sus tesis doctorales, lo que permitió precisar mejor el carácter de las ocupaciones de la cueva (Álvarez-Fernández 2006; Adán 1997; Corchón 1986; Straus 1983; Bernaldo de Quirós 1982; Utrilla 1981).

Casi dos décadas más tarde, en 1977 Alejandro Gómez Fuentes, con la ayuda de D. Francisco Jordá Cerdá, reanudó los trabajos en la Cueva de El Cierro en tres campañas de excavación (entre 1977 y 1979).

Los trabajos iniciales consistieron en la limpieza, muestreo y dibujo de la estratigrafía del corte de uno de los testigos muy bien conservado de las excavaciones de 1959, coronado por un conchero. En el mes de julio de 1977 se limpió la zona elegida para excavar y se puso a punto el testigo [Figura 2]. Posteriormente, se tomaron muestras del conchero para su análisis y datación y comenzó la excavación vertical del cor-

te por debajo del conchero para obtener una secuencia arqueológica larga. Para ello instalaron una cuadrícula métrica en posición vertical y nivelada horizontalmente, con el objetivo de registrar las coordenadas de los restos arqueológicos recuperados. Los sedimentos extraídos fueron cribados con tamices de 5 y 2 mm, recogiendo los materiales que quedaban en los tamices para su posterior selección y clasificación. La secuencia estratigráfica ha sido revisada recientemente y consta de catorce niveles (Jordá Pardo et al. 2018; Álvarez-Fernández 2014, 2016; Álvarez-Alonso y Andrés 2012).

Entre los muchos materiales arqueológicos provenientes de estas campañas, se recuperó un omóplato con grabados estriados adscrito al Magdaleniense inferior [Figura 3]. Alejandro Gómez Fuentes y Julián Bécares (1979) publi-



Figura 2. Intervención de D. Francisco Jordá Cerdá y Alejandro Gómez Fuentes en El Cierro (campaña de 1977) (foto: Julián Bécares).

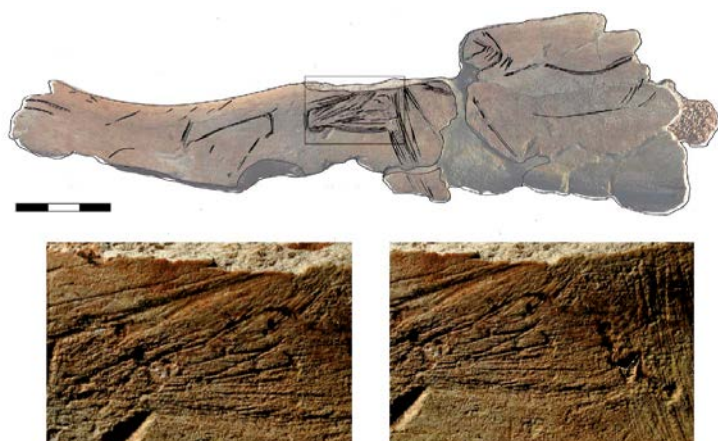


Figura 3. Omóplato grabado con motivos animales documentado en la Cueva de El Cierro (Álvarez-Fernández et al. 2016).



Figura 4. Frascos de cristal que contenían muestras de carbón de las campañas de 1964 en Cova Rosa (foto: Rodrigo Portero).

caron la información preliminar sobre el mismo, refiriendo además que en ese momento la estratigrafía documentada en los trabajos de 1977 a 1979 estaba en curso de estudio e interpretación por Manuel Hoyos.

En 1979 se tomaron muestras para la realización de una buena sedimentología, las cuales fueron enviadas al Instituto Lucas Mallada de Madrid con objeto de ser analizadas por Manuel Hoyos. Por su parte, las muestras palinológicas fueron estudiadas por Anaïs Boyer-Klein en el Museo del Hombre de París. Todo ello, se realizó con el objetivo de realizar un estudio lo más completo e interdisciplinar posible.

Siguiendo el legado de D. Francisco Jordá Cerdá, los materiales provenientes de estas campañas están siendo estudiados por un equipo interdisciplinar de la Universidad de Salamanca.

2.2. Las intervenciones arqueológicas en Cova Rosa

La cueva de Cova Rosa está situada en la localidad de Sardeu (Concejo de Ribadesella), en la ladera sur de Peña Pegadín, una colina rocosa que alcanza los 416 m de altura. Ubicada a 170 m sobre el nivel del mar y a 4 km de la actual línea de costa, la cavidad está formada por gran refugio rocoso de 25 m de ancho que en otro tiempo debió tener continuidad y que ahora el paso está bloqueado y por donde el agua en el valle ciego ha-

bría drenado en el pasado. La boca que está orientada al SE aún sirve de sumidero al arrollo que discurre próximo a la cueva.

Las noticias referentes a la existencia de un yacimiento llegaron a D. Francisco Jordá Cerdá en 1957 quien, ayudado por el capataz Antonio Álvarez Alonso, comenzó las labores de excavación arqueológica que se desarrollaron en 1958 y 1959. Estas intervenciones consistieron en regularizar los cortes y cribar las escombros de furtivos que unos años antes habían realizado sondeos clandestinos

en la cavidad (Adán 1997; Álvarez-Fernández et al. 2014). Los materiales arqueológicos de estas campañas fueron posteriormente objeto de estudio por otros investigadores (por ejemplo, Álvarez-Fernández 2006; Adán 1997; Corchón 1986; Straus 1983; Utrilla 1981).

D. Francisco Jordá Cerdá retoma de nuevo los trabajos en 1964, en esta campaña tomó muestras y documentó un total de 12 capas, sobre las cuales reflejó varios momentos: las capas 2 a 4 (Nivel I) fueron atribuidas al Magdaleniense inferior; mientras que las capas 5 a 7 (nivel II) y 8 a 12 (nivel III) contenían restos típicos del Solutrense superior (Jordá Cerdá 1960, 1977). Los materiales de estas campañas fueron depositados en el Museo Arqueológico de Asturias [Figura 4].

En 1975 D. Francisco Jordá Cerdá y Alejandro Gómez Fuentes vuelven de nuevo a Cova Rosa, y realizan una limpieza de las trincheras y las secciones de las intervenciones anteriores. Entre 1975 y 1979 ambos reemprendieron las excavaciones arqueológicas en la cueva. En estas tres campañas los investigadores, con la ayuda de Javier Fortea, realizaron un sistema de coordenadas esterométricas para georeferenciar los hallazgos de la excavación. Se excavó por cuadrículas de 1m² nombradas de forma binaria con una letra y un número. También se procedió a la recogida de muestras para su análisis y estudio sedimentológico en dos cortes diferentes que se corresponden con los cortes donde se realizaron los sa-



Figura 5 y 6. Detalle de los trabajos arqueológicos realizados en Cova Rosa en las campañas de 1975 a 1979. Detalle de los trabajos arqueológicos realizados en Cova Rosa en las campañas de 1975 a 1979 (fotos: J. Bécares y A. Gómez).

queos clandestinos. Todo ello permitió no dañar el resto de los estratos que se estaban trabajando en ese momento [Figuras 5 y 6]. Todo el sedimento excavado fue cribado y lavado a través de tamices de 5, 2 y 0,4 mm de luz. Analizando los datos, se puede ver que el desarrollo de los estratos permite diferenciar dos momentos separados por un hiato, Cova Rosa A y Cova Rosa B.

Las excavaciones arqueológicas se centraron en Cova Rosa A y según las primeras estimacio-

nes estratigráficas de Manuel Hoyos Gómez, este nivel tenía una potencia de 10 a 35 cm. Se trataba de un nivel arcilloso marrón rojizo que engloba cantos de caliza dispersos. Presentaba mayor potencia hacia la zona externa del abrigo y disminuía hacia el interior. En este estrato no parece haber evidencias de clima frío. Este nivel fue situado de manera preliminar en un momento de transición del Magdaleniense superior/final al Aziliense. El nivel B, sin embargo, correspon-



Figura 7. Valle de la Gorgocera. En el extremo derecho de la foto se sume el río y encima está la entrada de Tito Bustillo. En el centro de la foto estaría ubicada la Lloseta (foto: A. Martínez Villa).

de a un nivel eminentemente crioclástico y, por tanto, a un momento frío (Jordá Cerdá y Gómez Fuentes, 1982; Álvarez-Fernández et al. 2014).

Actualmente, el yacimiento está siendo estudiado por un equipo interdisciplinar coordinado por Esteban Álvarez-Fernández desde el Departamento de Prehistoria, Historia Antigua y Arqueología de la Universidad de Salamanca (Álvarez-Fernández et al. en prensa a). Además, las muestras que recuperó D. Francisco Jordá Cerdá, en la campaña de 1964, con el objeto de estudios sedimentológicos, palinológicos y antracológicos han sido también procesadas recientemente por este equipo interdisciplinar (Álvarez-Fernández et al. 2014, 2015).

2.3. Las intervenciones en la cueva de La Lloseta

La cueva de La Lloseta está situada en la vertiente occidental del Macizo de Ardines, a unos 50 m sobre el nivel del mar y a 35 m sobre el Río San Miguel. Se ubica en la zona de la Moría, cerca de la antigua entrada de Tito Bustillo. La cueva tiene una boca orientada al suroeste que da paso a una larga sala, al fondo de la cual se abren unas galerías con representaciones artísticas que conducen a Tito Bustillo [Figura 7]. En origen la cueva tenía una visera exterior, que colapsó después del período de ocupación magdalenense. A lo largo de su historia se la ha conocido por otros nombres: cueva de La Moria, cueva del Río o cueva de Ardines (Adán 1997; Balbín et al. 2005).

El descubrimiento de la Lloseta en 1913 se debe a Eduardo Hernández Pacheco, quien entre agosto y principios de septiembre de 1915 realizó la primera excavación junto a Paul Wernert (Mallo et al. 1979-1980). La memoria de excavación nunca fue publicada y los restos arqueológicos fueron depositados en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid. El propio Eduardo Hernández Pacheco publicó algunas notas acerca de los materiales de esta excavación, mencionando la existencia de un conchero y niveles del Magdalenense inferior (Hernández Pacheco 1919). Posteriormente Hugo Obermaier (1925) calificó los materiales de aquellas excavaciones como posiblemente azilienses o del Magdalenense inferior.

Tras un largo período de tiempo, en 1955 José María Bueta redescubrió la cueva, documentando la existencia de algunos materiales arqueológicos. Pronto comunicó el hallazgo a D. Francisco Jordá Cerdá y depositó los materiales encontrados en el SIA. En agosto de ese mismo año D. Francisco Jordá Cerdá realizó una primera prospección en la cueva. Viendo la importancia de la que revestía el yacimiento, propuso la apertura de una cata en el vestíbulo de la cueva en verano de 1956 [Figura 8]. Los materiales de esta campaña fueron publicados dos años después (Jordá Cerdá 1958), en un trabajo que destacaba la existencia de tres niveles, dos correspondientes al Magdalenense (Niveles I y II) y uno al Solutrense final (Nivel III), aunque con ciertas dudas.

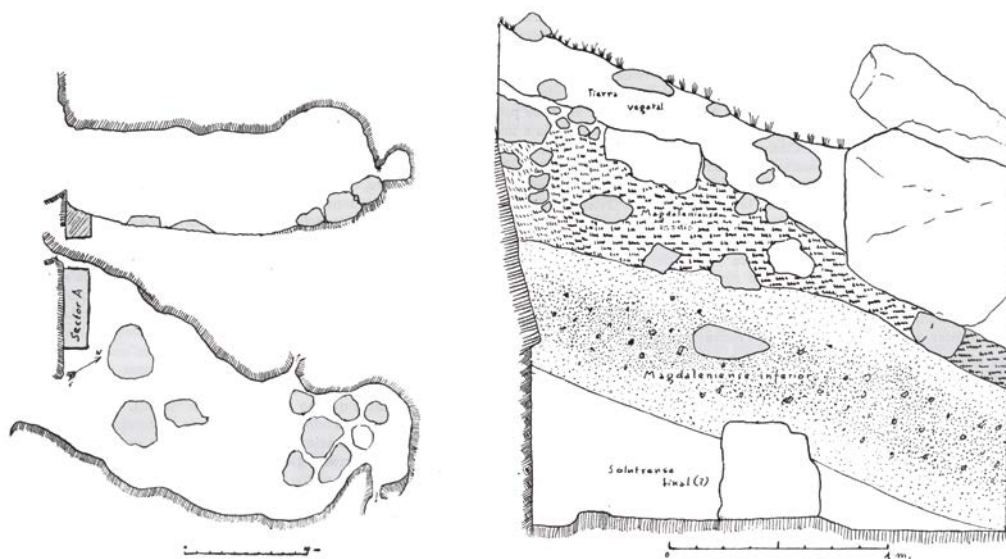


Figura 8. A la izquierda, planta y sección de la cueva de la Lloseta con indicación del Sector A excavado por D. Francisco Jordá Cerdá. A la derecha, dibujo del corte estratigráfico después de la campaña de 1956 (Jordá Cerdá 1957).

Además de estos niveles, D. Francisco Jordá Cerdá, con la ayuda del geólogo Noel Llopis Llado, identificó en las paredes y el techo de la cueva restos de un conchero concrecionado con restos de fauna y lascas de cuarcita, que por su parecido a otros análogos de la zona, les hizo proponer una adscripción al Asturiense (Jordá Cerdá 1958: 24).

Estos niveles fueron estudiados y revisados con posterioridad por otros investigadores, quienes precisaron las características de las ocupaciones gracias a las dataciones radiocarbónicas y al estudio en detalle de parte de los materiales arqueológicos (Clark 1976; Utrilla 1976, 1981; Mallo et al. 1979-1980).

En 1968 unos jóvenes espeleólogos del Grupo Torreblanca que exploraban la cueva de la Lloseta descubrieron una nueva cavidad en la zona, conocida popularmente con el nombre de “Pozo el Ramu”, en la cual encontraron arte paleolítico. Esta cueva forma parte del mismo sistema kárstico que la Lloseta, con la cual se comunica. El primer estudio de las pinturas fue realizado por Manuel Mallo y Manuel Pérez (1968-1969), quienes hicieron un análisis exhaustivo de las representaciones de la cavidad; un año más tarde Magín Berenguer (1969b) publicó un artículo di-

vulgativo sobre el “Pozo del Ramu”. D. Francisco Jordá, Manuel Mallo y Manuel Pérez realizaron una publicación donde describieron de manera exhaustiva las representaciones artísticas en su conjunto y les atribuyeron una cronología en base a su estilo. El conjunto artístico estaba compuesto por más de una treintena de representaciones, como signos y diferentes animales, entre los cuales destacan los caballos (Jordá Cerdá et al. 1970).

En 1999 se retomaron los trabajos de investigación en la cueva de Pozo el Ramu, pero en este caso ya de la mano de Rodrigo de Balbín y su equipo (Balbín et al. 2005).

2.4. Las intervenciones en la cueva de Les Pedroses

La cueva de Les Pedroses es una de las muchas bocas que se abren en la plataforma kárstica del Sella, en un cerro cercano a la localidad de El Carme a unos 70 m sobre el nivel del mar (Concejo de Ribadesella). A unos 150 m al suroeste de ésta se localiza la cueva de El Cierro. La boca principal, que contiene el yacimiento, está orientada al SE y se prolonga en una galería de unos 70 m, en la cual se localizan sus representaciones artísticas [Figura 9].



Figura 9. Entrada a la cueva de Les Pedroses (El Carme, Ribadesella) (foto: A. Martínez Villa).

Fue en otoño de 1956, tras finalizar la campaña de excavaciones arqueológicas en la cueva de La Lloseta, cuando D. Francisco Jordá Cerdá, en compañía de Antonio Álvarez Alonso, descubre las manifestaciones artísticas paleolíticas de la cueva de Les Pedroses, gracias a las indicaciones recibidas por un vecino de la localidad de El Carme (Jordá Cerdá 1976).

Con posterioridad, D. Francisco Jordá Cerdá colaboró con Manuel Mallo Viesca y Celestino Cuervo López, quienes estudiaron los aspectos físicos de la cueva y levantaron su topografía. Durante la prospección, en un terraplén que daba acceso a la cavidad se recogieron materiales de época post-asturiense en una especie de conchero muy removido, ya que la cueva fue utilizada como refugio antiaéreo durante la Guerra Civil española (Jordá Cerdá y Mallo 2014).

Desde el descubrimiento de las manifestaciones artísticas de Les Pedroses hasta su primera publicación pasa un largo período de tiempo marcado por los viajes y traslados de D. Francisco Jordá Cerdá, publicándose las primeras figuras de Les Pedroses en la *Gran Enciclopedia Asturiana* (Jorda Cerda 1973). A lo largo de su carrera investigadora D. Francisco Jordá Cerdá intentó publicar su trabajo sobre la cueva. En la década de los 90 del siglo pasado avanzó unas pequeñas notas en castellano y francés sobre Les Pedroses en el catálogo de la exposición *La Naissance de l'Art en Europe. El Nacimiento del Arte en Europa*, organi-

zada en París por la Union Latine/Unión Latina (Jorda Cerda 1992). Todo esto parecía indicar la publicación muy próxima de una monografía más extensa que D. Francisco Jordá Cerdá estaba elaborando sobre las representaciones artísticas, pero pese a sus esfuerzos, su estado de salud no le permitió publicar los resultados. Años más tarde, al revisar los archivos personales de D. Francisco Jordá Cerdá, Jesús F. Jordá Pardo se dio cuenta de que la información sobre Les Pedroses continuaba inédita y se puso en contacto con Manuel Mallo para comentarle el hallazgo y la posibilidad de publicarlo. Por su parte, Manuel Mallo también había estado trabajando en un manuscrito sobre la cueva, en el que abordaba aspectos que no constaban en los documentos de D. Francisco Jordá Cerdá (Jordá Pardo 2014c). Estos tres investigadores planearon la publicación de la monografía, que vio la luz en 2014 en la revista *Nailos*, desgraciadamente ya tras el fallecimiento de D. Francisco Jordá (Jordá Cerdá y Mallo 2014).

En lo que respecta a las investigaciones sobre Les Pedroses, D. Francisco Jordá y Manuel Mallo documentaron la existencia de tres series de motivos superpuestas, diferenciadas entre sí por sus distintas técnicas y estilos. Las dos primeras series eran más antiguas que la tercera y representaban una misma temática animal; el par de ciervo y toro acéfalos, siendo el primero más abundante, mientras que el toro es único; la dife-

rencia esencial entre ambos reside en que mientras la técnica del trazo de contorno múltiple e interiores estriados es común a ambos, el más reciente y superpuesto contiene una tinta plana roja que modela el interior del cuerpo de los animales. En el caso del tercer santuario, retorna la representación de la cabeza de los animales acéfalos anteriores y se dibujan una serie de ideomorfos (Jordá Cerdá y Mallo 2014).

Así a través de esta publicación sabemos que el primero de los santuarios consta de un toro acéfalo, un ciervo acéfalo y una serie de trazos inacabados de representaciones animales, la técnica utilizada en el trazo y las características de estos les lleva a concluir que se trata de un conjunto típico del Magdaleniense inferior evolucionado (Jordá Cerdá y Mallo 2014: 156).

El segundo de los santuarios consta de la representación de un toro y dos ciervos acéfalos en los que se asocian las técnicas de pintura y grabado. La cronología estimada para este segundo santuario es de finales del Magdaleniense medio (Jordá Cerdá y Mallo 2014: 156).

El tercero de los santuarios identificados está formado por la corrección llevada a cabo para eliminar el acefalismo anterior y se limita exclusivamente al toro acéfalo del primer santuario al cual añaden dos cabezas de diferente tamaño, al tiempo que se realiza la representación de un ideomorfo o signo simbólico. La representación de este ideomorfo, muy similar a otros aparecidos en cronologías del Magdaleniense superior, hace pensar a sus autores que se trata de una representación realizada en esos momentos (Jordá Cerdá y Mallo 2014: 157).

3. A modo de conclusión

La arqueología asturiana en la actualidad, referente nacional e internacional del estudio de

la Prehistoria, no se podría entender en su plenitud sin la valiosísima obra desarrollada por el profesor D. Francisco Jordá Cerdá desde la década de los 50 del siglo pasado. Hombre dotado de una prodigiosa percepción de los valores necesarios para realizar una buena investigación, su trabajo desarrollado en Asturias constituye un inolvidable legado, honrosamente difundido por todos aquellos que tuvieron la oportunidad de conocerlo.

D. Francisco Jordá Cerdá personifica, ante todo, la ruptura con los postulados académicos de principios de siglo que aún continuaban vigentes en España tras varias décadas transcurridas. Sin olvidar la difícil coyuntura que le tocó vivir, ilustró a toda una generación de prehistoriadores reconvertidos ya a finales de siglo en prestigiosos científicos, directores desde entonces y hasta ahora de los desigios de la disciplina.

Conmemorado en 2014 el centenario de su nacimiento y también el décimo aniversario de su fallecimiento, la figura de D. Francisco Jordá Cerdá continúa tan vigente como en sus largos años de vida. Su forma de acercarse a la Prehistoria le convierte, junto con el Conde de la Vega del Sella, en el más destacado investigador de esta materia en Asturias y, en gran medida, en uno de los más importantes prehistoriadores que ejercieron su obra o parte de ella en la España del siglo pasado.

Como reseña final de su trabajo en el concejo de Ribadesella, cabe destacar que en la actualidad los trabajos arqueológicos que él comenzó en cuevas como Cova Rosa o El Cierro son continuados por las nuevas generaciones de investigadores, que si bien tienen el pasado de D. Francisco Jordá Cerdá como legado, miran hacia el futuro para continuar la larga trayectoria y prestigio internacional de la Prehistoria asturiana.



CAPÍTULO 4



El Paleolítico inferior y medio en el valle del Sella

DAVID ÁLVAREZ-ALONSO

MARIO MENÉNDEZ

1. Introducción

Aunque el término Prehistoria se utilice frecuentemente con excesiva liberalidad para referirse a todo lo que antecede a la Historia, la ciencia prehistórica se ocupa esencialmente del estudio de las sociedades humanas y del mundo en el que les tocó vivir antes de la aparición de la Historia con sus textos escritos. Es decir, antes de la Historia antigua. Y comienza, lógicamente, con la aparición de los primeros seres considerados humanos. Generalmente este comienzo se identifica con la aparición de nuestro género *Homo*, acontecimiento que se produjo en África Oriental hace unos 2,5 millones de años. Tradicionalmente se había pensado que nuestros ancestros humanos habían permanecido en el continente africano bajo diferentes especies durante un largo tiempo, pero a finales del pasado siglo se descubrió que un grupo humano de cinco individuos con anatomía muy arcaica (entre *H. habilis* y *H. erectus*) y estructura aparentemente familiar estaba ya presente a las puertas de Europa, en el yacimiento caucásico de Dmanisi, hace 1,8 millones de años. Fueron definidos como *H. georgicus*. Este hallazgo, junto con otros restos asiáticos (China, Pakistán, Java...) dieron pie a la hipótesis de la primera gran migración humana conocida como la teoría del *Out of Africa I* (Díez Martín 2006).

Los restos humanos más antiguos del continente europeo en el momento actual de la investigación han sido hallados en la península ibérica y se datan medio millón de años más tarde de aquel *Out of Africa I*, es decir, hace aproximadamente 1,3 millones de años. Estos primeros pobladores ibéricos fueron hallados en los yacimientos arqueológicos de la cuenca Guadix-Baza (Granada) conocidos como Barranco León 5 y Fuentenueva 3; así como en la Sierra de Atapuerca (Burgos), en

el yacimiento arqueológico denominado Sima del Elefante. Los escasos y fragmentarios restos humanos conocidos en estos sitios no permiten definir su especie, pero están en la línea de arcaísmo que ya hemos visto en el grupo humano de Dmanisi. Por tanto, ese es el comienzo de la Prehistoria europea e ibérica en el actual estado de la investigación, datando los restos biológicos humanos y los de su actividad cotidiana, es decir, sus restos culturales, hace un millón trescientos mil años, todos ellos inscritos en un modelo cultural que define la primera presencia humana en Europa y, por tanto, el arranque del Paleolítico (Carbonell, 2005; Lumley, 2010).

El Paleolítico se desarrolla desde ese incipiente poblamiento de los primeros colonizadores de la península ibérica hasta hace poco más de diez mil años. Por tanto, la inmensa mayoría de nuestra historia como especie es paleolítica. Para ponerle cifras, representa más del 99% de nuestra existencia sobre el planeta. Por tanto, para manejar esta cifra, aunque la historia biológica y cultural de nuestro género *Homo* se haya desarrollado como un proceso evolutivo continuo, su magnitud en el tiempo hace necesario dividirlo para poder abordarlo. El Paleolítico se ha dividido en tres grandes periodos: inferior, medio y superior. Los tres periodos responden a un principio económico y subsistencial básico: se trata de sociedades humanas que no producen bienes, sino que se apropian de lo que la naturaleza les ofrece de forma igualmente natural. Es decir, son bandas de cazadores y recolectores de alimentos que van desarrollando estrategias de subsistencia cada vez más eficientes, pero con un bajísimo índice de innovación; por ello permanecen sin apenas cambios en sus formas de vida durante cientos de miles de años.

El Paleolítico inferior ibérico se desarrolló desde hace 1,3 millones de años, como hemos

visto, hasta un límite convencional, establecido hace unos 128.000 años, donde una serie de cambios geológicos, climáticos y faunísticos han permitido a los investigadores acordar un límite. Y se ha dividido en dos grandes fases internas, el Paleolítico inferior arcaico y el Paleolítico inferior clásico. De la primera fase arcaica, que dura aproximadamente desde 1,3 hasta 0,6 millones de años, tenemos muy poca información, pero hace dos décadas no teníamos ninguna. Hoy sabemos que existió ese primer poblamiento que hemos citado y otro impulso poblacional posterior entre 800 y 900.000 años de antigüedad. Durante el casi medio millón de años que existe entre ambos, la península ibérica, como el resto de Europa, aparece como un despoblado humano. Es decir, los primeros grupos que ocuparon Iberia no lograron desarrollar estrategias de supervivencia sostenibles en el tiempo y, por ello, se extinguieron. A la segunda oleada de poblamiento le pasó algo parecido hacia 750.000 BP, donde el enfriamiento climático de una nueva glaciación (Mindel) y unas circunstancias muy adversas los hizo perecer y obligó a buscar tierras más meridionales y cálidas, pues aún no está claro que dominaran las técnicas de producción y uso del fuego. Sin embargo, de esta época tenemos un yacimiento excepcional, el denominado Gran Dolina, de Atapuerca. Allí se han localizado restos de once individuos, mayoritariamente infantiles y juveniles, que fueron canibalizados por otro grupo humano. Su anatomía ha permitido clasificarlos como una nueva especie, definida como *Homo antecessor*, para la que recientemente se ha propuesto una posible relación con los *Homo erectus* contemporáneos, localizados en el continente asiático. Estos grupos humanos, como los anteriores, desarrollaron un tipo de cultura arqueológica de la que solo se conservan algunas herramientas de piedra fabricadas con gestos técnicos muy elementales. Es la denominada “industria de cantos tallados” o Modo tecnológico 1, consistente en la obtención de filos cortantes en el borde de cantos rodados y en el uso de las lascas de piedra resultantes de esta talla lítica para cortar la carne y golpear los huesos de los animales que pudieron carroñear en competencia con otras especies también muy eficientes en esta labor, como las temibles hienas del Pleistoceno inferior (Carbonell 2005).

Desde hace aproximadamente 600.000 años comenzaron a aparecer en Europa otras gentes

biológica y culturalmente diferentes de las que hemos visto. Eran portadoras de una cultura denominada Achelense o Modo tecnológico 2, que había aparecido en África mucho antes. Ese es el origen remoto de este nuevo colectivo humano, denominado *Homo heidelbergensis*, que presenta una anatomía más moderna y evolucionada y avanza por Europa de oriente a occidente. Ahora el poblamiento del continente europeo y de la península ibérica ya será permanente, ininterrumpido y progresivamente más numeroso, a lo que ayuda significativamente el uso del fuego como elemento de defensa, confort, mejora en el procesado de los alimentos y por su componente socializador del grupo que favorece la comunicación y, por tanto, el avance cultural. Así, todo el continente europeo se irá poblando progresivamente. La ocupación humana en la Península será mayoritariamente periférica durante el Achelense, con los grandes ríos como arterias de comunicación y colonización del interior ibérico. Nuevamente, en la Sierra de Atapuerca, en este caso el yacimiento de Sima de los Huesos, pondrá imágenes a esta población con la presencia de una acumulación de restos humanos insólita por la cantidad y calidad en la conservación de los mismos, aunque paralelamente ya se documentan grandes e importantes yacimientos en toda la península (Carbonell 2005).

Los restos humanos de Sima de los Huesos, datados hacia 430.000 años antes del presente, ya muestran que se ha puesto en marcha el proceso evolutivo hacia un nuevo tipo humano, el primero específicamente europeo, definido como *Homo neandertalensis* o humanos neandertales. Es una larga transformación biológica y cultural a la que suele aludirse como neandertalización. Este proceso está constatado en los restos biológicos *heidelbergensis*, tanto en los huesos del esqueleto como en los análisis genéticos de ADN nuclear y mitocondrial extraído de los restos humanos de Sima de los Huesos; pero también puede rastrearse en las evidencias culturales, pues ya tempranamente comienzan a aparecer útiles líticos fabricados con otras cadenas operativas; herramientas más ligeras y eficientes, que caracterizarán los equipamientos de la fase siguiente, el Paleolítico medio, cuyas evidencias más antiguas en el occidente europeo empiezan a atisbarse hace unos 300.000 años. Igualmente, la acumulación de, al menos, 28 individuos en Sima de los Huesos y la presencia de un vistoso bifaz de

cuarcita roja, herramienta emblemática de estos grupos humanos, muestra por primera vez en la historia de la humanidad la posibilidad de que haya existido una intencionalidad simbólica que estaría en la base de un salto cognitivo revolucionario: el reconocimiento objetivo de la muerte y su manejo con un contenido simbólico. Sin embargo, esta interpretación es un asunto muy debatido en la comunidad científica debido a la trascendencia que encierra, a la singularidad del hecho y a la escasez de las pruebas aducidas.

El Paleolítico medio se caracterizará en la península ibérica, como en el resto de Europa, por una nueva cultura denominada Musteriense –el Paleolítico medio clásico– que será desarrollada por un igualmente nuevo tipo humano, los neandertales. Este fue el resultado de un largo proceso evolutivo que había arrancado mucho antes (hace algo más de 300.000 años) y que cristalizó en una fecha que convencionalmente se sitúa hacia 128.000 BP, dando lugar a hablar durante este largo periodo formativo de un Paleolítico medio antiguo, anterior al clásico Musteriense. La realidad arqueológica de este cambio es, sin duda, muy compleja; pero la identificación de los diferentes tipos humanos con las diferentes culturas arqueológicas y el establecimiento de límites convencionales ayuda a su mejor comprensión. Es decir, el Achelense como cultura arqueológica de los *H. heidelbergensis* durante el Paleolítico inferior clásico y el Musteriense como propia de los *H. neandertalensis* en el Paleolítico medio, solapándose durante más de cien mil años. Dicho de otra manera: si en lo biológico se produjo un lento proceso de “neandertalización” en Europa desde los tipos humanos *heidelbergensis* llegados de África, en lo cultural asistimos a un proceso de “musterización”, conviviendo ambos como líneas primero paralelas y luego divergentes, hasta que hacia 128.000 los neandertales y el Musteriense adquieren su aspecto más clásico (Carbonell 2005).

El final del Paleolítico medio y la desaparición de los neandertales no tienen por qué ser exactamente la misma cosa, aunque es un tema muy debatido, como veremos. En cualquier caso, el techo del Paleolítico medio suele ponerse hacia 40.000 BP, convencionalmente y con sentido general, aunque existen numerosas excepciones en los diferentes ámbitos peninsulares, incluyendo el mundo cantábrico que aquí nos interesa especialmente. Los neandertales, la es-

pecie más genuinamente europea, se extendieron hacia oriente, llegando hasta Asia central (Montes Altai y Uzbequistán) y por el sur hasta Próximo Oriente (Israel e Irak), sin penetrar en África, según el actual estado de la investigación. En este territorio tan extenso y durante más de doscientos mil años, nunca alcanzaron una gran estabilidad demográfica, a juzgar por los actuales estudios de ADN antiguo que muestran la persistencia de una escasa variabilidad genética en su población. Por esa razón interna y por otras externas, los neandertales tuvieron que superar episodios que los pusieron en varias ocasiones al borde de la desaparición. Y también por ello, hacia 50.000 años antes del presente ya eran una especie en peligro de extinción, en claro retroceso demográfico que fue dejando grupos de población aislados, mayoritariamente en el sur y el occidente del continente euroasiático que habían habitado exitosamente durante tanto tiempo. Poco antes de 40.000 años antes del presente comenzaron a llegar a Europa los primeros grupos de humanos anatómicamente modernos, conocidos como *H. sapiens* o comúnmente como Cromañones; es decir, los primeros representantes europeos de nuestra propia especie. La forma de convivencia o el desencuentro de estos nuevos pobladores del continente, procedentes de África, con los verdaderos europeos, los neandertales, constituye uno de los temas más debatidos y apasionantes de la arqueología prehistórica. Pero, en cualquier caso, tuvo un desenlace fatal para estos últimos. En unos cinco mil años, aparte de sus propios problemas de inestabilidad demográfica, los neandertales habían desaparecido de Europa, salvo algunos relictos de población que pudieron permanecer en refugios aislados durante algún tiempo. Esta situación no es exclusiva de Europa, ocurrió en todos los continentes donde se asentó nuestra especie *sapiens*, otorgándonos el dudoso honor competitivo de pasar a consolidarse progresivamente como la única y exclusiva especie de nuestro género *Homo* presente en el planeta durante la siguiente fase paleolítica, el Paleolítico superior; una situación nueva que anteriormente nunca se había producido desde el origen de nuestra familia homínida (Rosas 2010).

Los neandertales fueron una especie humana con unos rasgos morfológicos y culturales muy característicos. La mujeres y hombres neandertales poseían un cráneo voluminoso que podía

llegar a los 1.700 cm³ (los humanos actuales poseemos una capacidad craneana en torno a los 1.300 cm³). Su cara estaba caracterizada por una frente y un mentón retrotraídos, una visera ósea sobre las órbitas oculares y una potente nariz, que acentuaban una mirada profunda. Su cuerpo, de 165 cm de altura media, tenía una complexión masiva, muy musculosa, adaptada para soportar bajas temperaturas y largos desplazamientos. Esta adaptación física parece ser el resultado, por tanto, del medio ambiente frío y cambiante que les tocó vivir en la Europa glacial del Pleistoceno. Un gen que codifica el color de la piel y el pelo, hallado en uno de los neandertales de la cueva del Sidrón (Piloña, Asturias) nos los muestra como individuos pelirrojos y de piel clara (Rasilla et al. 2011). En resumen, no eran tan diferentes de nuestra especie ni tenían el aspecto bestial que la literatura les ha asignado a finales del siglo XIX y comienzos del siglo XX. De hecho, su proximidad biológica con los *sapiens* ha hecho que una parte de su genoma perviva en los hombres y mujeres actuales.

La población europea neandertal, según los datos genéticos conocidos, nunca debió superar los diez mil individuos. Por tanto, no mejoró mucho el bajo índice de poblamiento del paisaje humano del Paleolítico inferior. Sin embargo, los neandertales tuvieron una mayor presencia en la península ibérica, aunque pervivió un poblamiento más intenso en la franja periférica. Los cambios climáticos forzaron a replegarse a latitudes meridionales a los grupos humanos centroeuropeos en los momentos de frío intenso; y la península ibérica, como la balcánica y la italiana, jugaron el papel de áreas refugio o áreas fuente alternativamente, según la preponderancia de ecosistemas fríos o más templados en la Europa glacial. Los datos disponibles muestran grupos reducidos, con alta movilidad, que habitaron preferentemente en cuevas cuando estas existían, manteniendo contactos con otras bandas para los intercambios matrimoniales que pudieron tener un carácter patrilocal (desplazamiento de las mujeres a otra banda o clan para formar pareja), según muestran los datos genéticos de la cueva del Sidrón (Rasilla et al. 2011).

El elemento más representativo de los neandertales y de su cultura Musteriense es el conjunto de herramientas fabricadas en piedra para efectuar las tareas cotidianas, definido genéricamente como Modo tecnológico 3. Se abando-

naron progresivamente los bifaces o “hachas de mano” del Paleolítico inferior, sin llegar a desaparecer del todo, y se tallaron ahora herramientas más ligeras y especializadas para sus armas de caza, labores de cocina, trabajo de la madera, despiece de animales y curtido de pieles, etc. Esta “caja de herramientas”, como la han llamado algunos arqueólogos, muestra una extraordinaria monotonía a lo largo de más de doscientos mil años. Hasta el tramo final del largo Paleolítico medio, el Musteriense, apenas existieron innovaciones en sus procesos de fabricación y uso de las herramientas líticas comunes como puntas, raederas, denticulados, escotaduras etc. que tienen como soporte las lascas extraídas de los núcleos de piedra y son, por tanto, menos pesadas y masivas que durante la fase anterior. Esta repetición durante generaciones de los mismos equipamientos que se documentan en las excavaciones arqueológicas transmite la sensación de encontrarnos ante colectivos extraordinariamente conservadores y escasamente imaginativos, lo que constituye una dificultad para que hayan podido producirse avances cognitivos de gran entidad.

Tradicionalmente se ha visto a los neandertales como grandes cazadores y consumidores de carne, lo que podría haberles aportado las proteínas y calorías necesarias para mantener su masiva anatomía corporal y desarrollar su intensa actividad diaria. El estudio del desgaste dentario también indica un consumo de vegetales en la dieta como resultado de la recolección de plantas, raíces y frutos comestibles, complementados seguramente con miel, insectos, etc. Los animales más frecuentemente cazados en la península ibérica son los de tamaño medio-grande, tales como ciervos, caballos y grandes bóvidos como los uros o los bisontes, y manteniéndose esporádicamente la caza de los grandes mamíferos, como mamuts o elefantes, en algunas áreas del centro y sur peninsular, al igual que en el centro y norte del continente europeo. Las huellas en los dientes humanos muestran la utilización de la boca en algún tipo de trabajo usándola como “tercera mano”. Y esas huellas dentales son diferentes entre mujeres y hombres, lo que ha llevado a hablar de división del trabajo en función del género. Tradicionalmente se ha asignado a los hombres el papel de protagonistas principales en la caza y a las mujeres la responsabilidad de las actividades de recolección. Sin embargo, las hue-

llas de lesiones compatibles con accidentes de caza que se aprecian en los huesos humanos son las mismas en esqueletos masculinos y femeninos. Seguramente, como en tantos otros casos, esas apreciaciones reflejan más nuestros propios prejuicios actuales que la realidad paleolítica.

Finalmente, la capacidad de los neandertales para el manejo de pensamientos abstractos y la elaboración de símbolos es un tema recurrente y muy debatido en la actualidad. Este avance cognitivo suele definirse genéricamente como un comportamiento “moderno” y se ha reservado tradicionalmente como una capacidad exclusiva de nuestra especie *sapiens*. Las manifestaciones o marcadores arqueológicos de este nuevo comportamiento simbólico se muestran principalmente en la existencia de ritos funerarios complejos, adornos personales, instrumentos musicales y, sobre todo, en la capacidad de elaboraciones artísticas de pequeños objetos mobiliarios y de las pinturas y grabados del arte rupestre paleolítico. En todos estos marcadores los neandertales muestran puntualmente un acercamiento a ese comportamiento “moderno”, pero no existe un desarrollo de los mismos con la rotundidad que encontraremos en el Paleolítico superior. Existen en toda Eurasia algunas decenas de enterramientos neandertales indudablemente intencionados, pero su rito funerario es muy sencillo y heterogéneo; parecen responder más a los impulsos espontáneos de un sentimiento que a una liturgia establecida o unas prácticas funerarias bien ritualizadas. También algunos adornos personales y marcas sobre huesos o piedra de elaboración muy simple. Finalmente, se han datado algunas capas de carbonatos que recubren pinturas rojas en cuevas peninsulares con el resultado de fechas muy anteriores a la llegada de los primeros humanos *sapiens* procedentes de África, a través de Asia, al occidente europeo según los datos disponibles en la actualidad (*Out of Africa II*), por lo que tales pinturas rupestres pudieran ser de autoría neandertal (Hoffman et al. 2018). En cualquier caso, sin negar la posibilidad de que el avance cognitivo que sin duda experimentan los neandertales en áreas específicas al final de su existencia pueda generar algunos comportamientos simbólicos modernos, difícilmente la excepción puede explicar la generalidad de la monotonía en los comportamientos neandertales y la cultura Musteriense.

2. El Paleolítico inferior y medio en Asturias

Asturias, a pesar de poseer un registro arqueológico excepcional del Paleolítico superior y, en menor medida, del Paleolítico medio, no destaca precisamente en el contexto peninsular por su registro antiguo, más bien al contrario. De este modo, estos dos periodos ensombrecen los vestigios atribuibles a un Paleolítico inferior, cuyo mayor problema en nuestra región reside en estar compuesto principalmente por yacimientos al aire libre, donde las industrias líticas resultan ser el único documento arqueológico reconocible: hachas de mano o bifaces, cantos tallados y hendidores, como elementos más destacados y distinguibles de esta primera y antigua fase del Paleolítico asturiano. Además, los pocos restos arqueológicos identificados y estudiados hasta la fecha, desgraciadamente no están cronoestratigráficamente bien documentados y por lo tanto la posibilidad de establecer cronologías precisas para estas industrias líticas, único vestigio de estas etapas en Asturias, ha sido hasta la fecha una tarea extremadamente complicada.

A pesar de que el número de descubrimientos realizados desde mediados del siglo XX resulta considerable, únicamente podemos mencionar con precisión algunos pocos yacimientos arqueológicos y numerosos hallazgos de material lítico al aire libre, completamente descontextualizados, que de manera tentativa han sido encuadrados tradicionalmente en las últimas etapas de este extenso periodo. En Asturias solo podemos hablar con seguridad de restos pertenecientes al Paleolítico inferior clásico, en concreto a las últimas fases o estadios del Achelense (Álvarez Alonso y Rodríguez Asensio 2014).

A diferencia del Paleolítico superior y medio, los yacimientos más antiguos que conocemos se localizan exclusivamente al aire libre, circunstancia que no implica que aquellos grupos humanos comenzaran a usar las cuevas solo a partir del Paleolítico medio. Esta circunstancia responde más bien a una falsa apariencia fruto, únicamente, de una ausencia de investigaciones sistemáticas en búsqueda de registro arqueológico antiguo en las cuevas asturianas, que por el contrario sí está documentado en otras cavidades cantábricas como El Castillo, el depósito arqueológico exterior de La Garma A o Lezetxiki (Álvarez Alonso 2014a).

Uno de los principales rasgos que definen las industrias achelenses en Asturias, es el aprovechamiento de una materia prima local y abundante en el contexto inmediato donde se encuentran los conjuntos líticos: los cantos rodados de cuarcita, obtenidos principalmente en los aluviones fluviales. Por otra parte, y a diferencia del Paleolítico medio y sobre todo del superior, el sílex es prácticamente inexistente, no sólo por su escasez en estos medios (aunque en algunos ríos cantábricos está presente en bajos porcentajes) sino fundamentalmente por el reducido tamaño de los nódulos, de difícil aprovechamiento debido al gran tamaño de las herramientas características del Paleolítico inferior.

En lo que al Achelense se refiere, debemos indicar que lo más representativo es el predominio de lo que conocemos como macroutillaje (bifaces, hendidores, cantos tallados) sobre el utillaje retocado sobre lasca, destacando además los bifaces por encima del resto de piezas. En la mayor parte de casos estos se fabrican sobre lascas de gran tamaño, y en menor medida a partir de cantos rodados. Los hendidores están mucho menos representados y suelen ser de fabricación muy sencilla. Este útil, además, tendrá una vigencia muy prolongada en la región asturiana, ya que seguirá apareciendo en los yacimientos arqueológicos hasta el final del Musteriense. Los cantos tallados están presentes en desigual medida, tanto en conjuntos achelenses como en los del Paleolítico medio, por lo que no resulta ser un elemento muy representativo del Achelense a nivel cronológico. En la actualidad, podemos afirmar con seguridad y sin miedo a equivocarnos, que la aparición de un canto tallado en superficie, no es sinónimo de su pertenencia al Paleolítico inferior, ya que este tipo de herramientas se han documentado ininterrumpidamente desde el Achelense hasta el Mesolítico, a lo largo de toda la región cantábrica.

Casi todo lo que conocemos hasta la actualidad del Achelense en Asturias, es fruto principalmente de las investigaciones realizadas por J. A. Rodríguez Asensio, responsable, entre otros lugares, de las excavaciones en el yacimiento de Cabo Busto (Valdés) (Rodríguez Asensio 2001). Este yacimiento es el que puede aportar una cronología más antigua en Asturias, cuyo nivel V podría situarse orientativamente, y a falta de confirmación, en un momento que situamos entre finales del Pleistoceno medio (ca. 400.000-

250.000 años) y el tránsito hacia el Pleistoceno superior (128.000 años aproximadamente); y sobre todo en torno a este segundo episodio, conocido como Eemiense, último periodo interglacial antes de llegar al actual Holoceno. Con los datos existentes, podemos apuntar que en el final del Pleistoceno medio y sobre todo en el interglacial eemiense, el poblamiento humano en Asturias parece generalizarse motivado tal vez por la existencia de un óptimo climático. Es, por lo tanto, la evidencia más antigua que tenemos de presencia humana en Asturias.

En cambio, en la región se encuentra mejor representado el Paleolítico medio, del que tenemos algunas pocas evidencias de un Paleolítico medio antiguo, anterior a 100-90.000 años y muchas más evidencias de la segunda fase que conocemos con el nombre de Musteriense, y que se desarrolla hasta hace unos 45-40.000 años aproximadamente.

De la primera fase, como hemos dicho, apenas hay algún atisbo o evidencia que nos da pie a hablar en Asturias de la presencia de Paleolítico medio antiguo. Además, los yacimientos atribuidos a esta fase habían sido adscritos previamente a los momentos finales del Achelense, mostrando la dificultad de establecer separaciones entre los propiamente achelenses de los que serían la evidencia de los momentos iniciales del Paleolítico medio.

A diferencia de todo lo acaecido hasta el comienzo del Pleistoceno superior, es el Musteriense la primera cultura paleolítica documentada en las cuevas asturianas, y de la que ya no sólo conocemos sus herramientas líticas, sino que también tenemos abundante información del comportamiento cinegético y costumbres alimenticias de estos últimos neandertales del Pleistoceno superior.

En cuanto a la dispersión y localización de los yacimientos del Paleolítico inferior y medio en Asturias, observamos algunas diferencias notables. La mayor parte de hallazgos correspondientes al Paleolítico inferior, se localizan en la mitad septentrional de la región, sobre todo en la franja costera y en los tramos medios y bajos de las principales cuencas fluviales, donde destaca el valle medio y bajo del Nalón con sus respectivos afluentes en la zona centro-occidental de Asturias. Curiosamente, la zona oriental de la región es la que menos hallazgos o evidencias de estas primeras etapas registra.

Debido al tipo de hábitat y comportamiento de los humanos durante el Paleolítico inferior, parece probable que en Asturias los grupos cazadores-recolectores achelenses hubieran preferido las zonas más amplias y espacios abiertos, como los ecosistemas que se desarrollan en la zona costera o valles medios y bajos de las grandes cuencas fluviales. Las cuencas altas, los valles angostos y los medios escarpados, lugares con menor diversidad y de más difícil adaptación, no serían entornos favorables para el modo de vida de aquellas épocas, y solo mostrarán una intensa ocupación cuando los grupos humanos cazadores-recolectores, ya en el Musteriense, pero sobre todo en el Paleolítico superior, consigan establecer patrones más complejos de adaptación al medio, de subsistencia y territorialidad.

En cuanto al Paleolítico medio se refiere, los yacimientos de esta cronología principalmente se localizan en el interior de las cuevas, razón por la que parece que su presencia o ausencia pudiera depender más bien de las características geológicas de la región y las posibilidades de una mejor conservación de aquellas ocupaciones en el interior de las cavidades kársticas. De este modo, la abundante existencia de éstas en el centro y la mitad oriental de Asturias, provoca que la mayor parte de los yacimientos musterienenses identificados se localicen en cuevas y abrigos que van desde la cuenca del Nalón (La Viña o El Conde) hasta distribuirse por toda la cornisa cantábrica, con las lógicas salvedades y excepciones, ya que también localizamos yacimientos al aire libre en Asturias de este periodo, como Bañugues (Gozón), El Barandiallu (Llanera) o El Caxili (Cangas de Onís) (Álvarez Alonso y Rodríguez Asensio 2014).

3. El Paleolítico inferior y medio en el valle del Sella

En lo que respecta al Paleolítico inferior, la única investigación que se ha centrado en este periodo en el valle del Sella es el meritorio trabajo de J. Fernández Irigoyen, quien realizó prospecciones sistemáticas en las distintas terrazas fluviales localizadas a lo largo del valle, publicadas en 2007 por la Asociación de Amigos de Ribadesella (Fernández Irigoyen 2007). Durante el transcurso de esta investigación, llevada a cabo hace algo más de una década, se localizaron algunos materiales líticos en posiciones topográficas

asociadas a diversas terrazas del Sella, la mayoría de ellos desprovistos de contexto estratigráfico. Desgraciadamente, los resultados de estas investigaciones, en lo que al Paleolítico inferior se refiere, no han servido para atestiguar la existencia de yacimientos correspondientes al Achelense, más allá del hallazgo de alguna herramienta lítica compatible con este periodo. Estas herramientas, son fundamentalmente lo que denominamos “fósil director” o “fósil guía” por su validez y utilidad para determinar la existencia de un periodo cultural u otro, al tratarse de piezas muy características, y en ocasiones exclusivas de cada época. En este caso se trata de hendidores y bifaces o también conocidas como hachas de mano, herramientas típicas del Achelense, pero que tuvieron cierta perduración hasta el Paleolítico medio. En el valle del Sella se han localizado algunos hendidores en superficie, que podrían pertenecer a etapas achelenses o incluso al Paleolítico medio. Más significativos son los tres bifaces documentados en El Caxili, La Riega de Rubillones, en Parres, y en San Martín de Bada en San Juan de Parres, a los que hay que añadir otro posible bifaz en la cueva de la Villa, en Margolles. Estas herramientas, si bien son características del Achelense, al poder tener una vigencia prolongada hasta momentos posteriores, y al carecer estos hallazgos del contexto estratigráfico y, por tanto, de cronología segura, bien podrían encajar también en el Paleolítico medio antiguo o incluso en el Musteriense de Tradición Achelense, que ha sido identificado en un yacimiento al aire libre en el centro de Asturias (Álvarez Alonso 2017b). Antes de estos trabajos, el vacío sobre esta etapa era absoluto; después, solo tenemos algún pequeño indicio que puede apuntar en dicha dirección, aunque sin evidencias cronoestratigráficas, ni yacimiento alguno documentado.

A pesar de esta circunstancia, en la que no tenemos con seguridad ningún dato arqueológico incontestable de la existencia de Paleolítico inferior en el valle del Sella, nada nos hace pensar que no hubiese habido poblamiento humano en este valle, al menos en su parte media y baja durante el Paleolítico inferior ya que, tanto al Este como al Oeste, se han documentado yacimientos de estas cronologías.

Es durante el Paleolítico medio, y más concretamente en el Musteriense, a donde tenemos que remontarnos para localizar los yacimientos



Figura 1. Entrada a la cueva de El Sidrón (foto: J. F. Jordá Pardo).



Figura 2. Entrada a la galería del osario de la cueva de El Sidrón (foto: J. F. Jordá Pardo).



Figura 3. Galería del osario de la cueva de El Sidrón (foto: J. F. Jordá Pardo).

arqueológicos más antiguos conocidos en el valle del Sella. Estas ocupaciones humanas, se distribuyen entre este valle y dos de sus principales afluentes, el Piloña donde se localiza la cueva de El Sidrón y el Güeña, donde se sitúan las cuevas de La Güelga y Sopeña. El Sidrón desde un punto de vista paleoantropológico, y la cueva de La Güelga, importante por la sucesión de niveles musterienses registrados y la intensidad de sus ocupaciones humanas son, sin lugar a dudas, los yacimientos más destacados de este periodo en esta cuenca.

3.1. El Sidrón (Borines, Piloña)

El yacimiento de la cueva de El Sidrón [Figuras 1, 2 y 3] es fundamentalmente conocido por los hallazgos de restos humanos de la especie neandertal en 1998. Excavada desde 2000 hasta 2014, por un equipo dirigido por Javier Fortea y Marco de la Rasilla, en ella se ha obtenido una de las colecciones más importantes de fósiles neandertales de toda Europa, aunque se encuentran en una posición derivada, y los restos de faunas y de industria lítica que se pueden asociar a los fósiles



Figura 4. Cueva de La Güelga, zona D exterior (foto: J. F. Jordá Pardo).

humanos son muy escasos. En cualquier caso, se trata de un yacimiento fundamental para estudiar a los grupos neandertales, gracias a los estudios paleolontológicos y de ADN (Rasilla et al. 2011, 2014).

Entre los restos líticos descritos (un número aproximado de 400 efectivos), destaca la identificación de métodos de talla de tipo Levallois, abundando el soporte de pequeño tamaño y los elementos retocados sobre lasca. Igualmente es destacable la presencia y descripción a partir de estos trabajos, del denominado “sílex de Piloña”, identificado por el equipo de J. Fortea y M. de la Rasilla, presente en la cueva y utilizado por los neandertales en yacimientos como La Viña, El Barandiallu o La Güelga. Los restos del Sidrón han sido datados en torno a 50.000 años (Rasilla et al. 2014).

3.2. La Güelga (Narciandi, Cangas de Onís)

La cueva de La Güelga se localiza en la cuenca del río Güeña [Figura 4], aguas arriba de su confluencia con el Sella, entre Cangas de Onís y Soto de Cangas, concretamente en el barrio de Narciandi. La cueva, que funciona como un sumidero kárstico en un valle ciego, está dividida en varias zonas que coinciden parcialmente con

aterrazamientos que se han ido produciendo fruto del encajamiento del arroyo de la Brava. Esta circunstancia hace que la cueva tenga varias bocas, siendo la superior la que contiene un rico yacimiento del Paleolítico medio al que se superpone una interesante secuencia del Paleolítico superior inicial (Menéndez et al. 2014). La cueva de La Güelga es el gran yacimiento musterriense del valle del Sella y además contiene una de las secuencias musterrienses más ricas y amplias de Asturias, tanto por la potencia y espesor de sus sedimentos, como por el número de niveles de esta cronología y la abundancia de materiales líticos y faunísticos. Aunque aún no se han publicado datos detallados sobre estas ocupaciones, por todo lo avanzado hasta la fecha es uno de los yacimientos más destacados del Paleolítico medio cantábrico. Por ahora la información más destacada se corresponde con el Musterriense final de esta cueva (nivel 4b de la zona D exterior [Figura 5] y niveles 8-9 de la zona D interior), que han sido datados recientemente por radiocarbono en los laboratorios de las Universidades de Oxford y Colonia. La edad mínima para las ocupaciones musterrienses de La Güelga, se sitúa en 45.000 años, mientras que los niveles asignados a la transición del Paleolítico medio al superior



Figura 5. Campaña de excavación en la cueva de La Güelga, 2008 (foto: M. de Andrés Herrero).

(el Chatelperroniense) aunque están en posición secundaria, han aportado una cronología situada entre 46.000 y 41.000 años antes del presente (Menéndez et al. 2018).

La única información disponible hasta la actualidad sobre la industria lítica musteriense de La Güelga, proviene del nivel 4b (Menéndez et al. 2014), una valoración preliminar realizada a partir de una muestra de 2000 efectivos líticos, aproximadamente. De este modo, se ha apuntado que la mayor parte de la cadena operativa lítica del nivel 4b se encuentra presente en el yacimiento, siendo identificados entre el material distintas fases de dicho proceso.

Lo más interesante de este yacimiento es que su cronología concuerda con la de El Sidrón, por lo que se trata de un muy buen

ejemplo para contextualizar las ocupaciones humanas de dicha cueva.

3.3. La Cueva de Ardines (Ribadesella)

Esta gran cavidad se localiza en el macizo de Ardines, en un nivel superior al de Tito Bustillo [Figura 6]. La entrada actual a esta cavidad se encuentra a media ladera, accediendo por una escalera construida para facilitar las visitas del público a la cueva. Se trata de una cueva bien co-



Figura 6. Cueva de Ardines (fuente: Centro de Arte rupestre de Tito Bustillo).



Figura 7. Abrigo de Sopeña (foto: J. Yravedra).

nocida desde el siglo XIX, y ya a finales de ese siglo constan excavaciones arqueológicas, sin resultados conocidos, llevadas a cabo en 1869 por Juan de Dios de la Rada y Delgado y Juan Arturo Malibrán Aulet (Polledo 2011). En 1899 Justo del Castillo y Quintana lleva a cabo excavaciones en la cueva, documentando un conchero. Ya a comienzos del siglo XX Hernández Pacheco, en 1912, y Obermaier y Vega del Sella, en 1916, llevan a cabo excavaciones, registrado en ambos casos la existencia de un yacimiento del Magdaleniense inferior. No será hasta la década de 1950, cuando F. Jordá (1955) publica la primera referencia de materiales musterienses en la Cuevaona, gracias a la entrega de un pequeño conjunto lítico obtenido tras una prospección realizada por José María Fernández Buelta (Álvarez Alonso 2014b). Esta breve referencia es la única noticia sobre la

adscripción de niveles del Paleolítico medio en la Cuevaona.

3.4. Abrigo de Sopeña (Avín, Onís)

Se encuentra a 450 m s.n.m. y a 250 m sobre el río Güeña [Figura 7]. Descubierto en 2001, las excavaciones comenzaron en el año 2002, dirigidas por Ana Pinto Llona, y continúan hasta la actualidad de manera intermitente. Sopeña posee una secuencia de dieciséis niveles, de los cuales el tramo I-XI se corresponde con el Paleolítico superior inicial, en concreto con el Gravetiense y el Auriñaciense (sin más precisiones, ya que el estudio de la lítica se ha presentado en conjunto, sin separar por niveles), mientras que el XII-XV se correspondería con un Musteriense de facies tipo Quina.

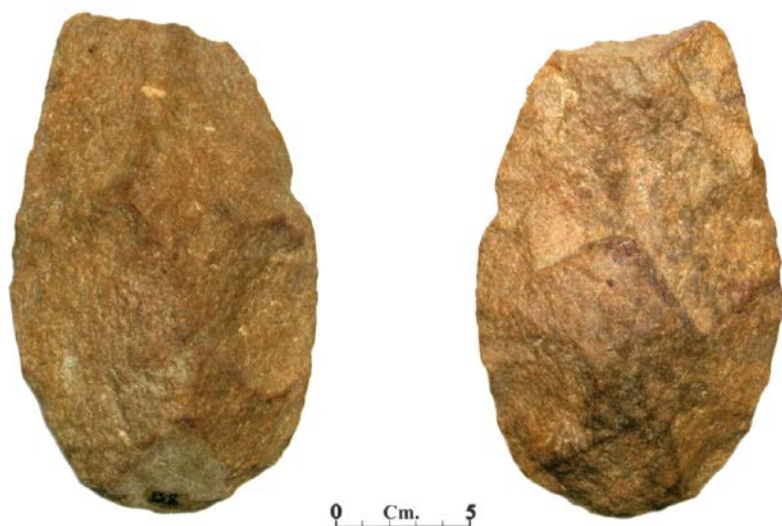


Figura 8. Bifaz de El Caxili (foto: J. Fernández Irigoyen).

La cronología disponible para la serie musteriense que va del nivel XV al XII, se sitúa entre unos 50.000 y 40.000 años antes del presente aproximadamente (Pinto 2014), aunque probablemente tengamos que hablar en un futuro de ocupaciones más antiguas, al igual que en la cueva de La Güelga. Prácticamente no se conocen demasiados datos sobre el Musteriense de este yacimiento, más allá de algunas referencias no demasiado precisas sobre la caracterización industrial de los niveles inferiores y la fauna.

3.5. El Caxili (San Juan de Parres, Parres)

Yacimiento situado en la margen izquierda del río Sella, al Oeste de Cangas de Onís, aunque pertenece a la parroquia de San Juan de Parres (Parres). El yacimiento se ubica sobre la terraza +60-65, que presenta una superficie de unos 850 m² y se sitúa a una altitud de 113 m s.n.m. El Caxili fue localizado en el año 2003 por Javier Fernández Irigoyen durante los trabajos de prospección realizados para su tesina (Fernández Irigoyen, 2007). Posteriormente, y al tratarse de una zona afectada por el proceso de expansión urbanística sufrido desde la década anterior en Cangas de Onís, se llevaron a cabo distintas actuaciones arqueológicas, todas ellas dirigidas por el profesor de la Universidad de Oviedo,

Elías Carrocera. La terraza sobre la que se asienta el yacimiento está muy desmantelada debido a la pendiente y a la fuerte actividad antrópica.

Este yacimiento está compuesto por tres niveles diferentes, un primer nivel de capa húmica, al que le sigue unas arcillas superpuestas a un nivel arcilloso con cantos. La industria se localizó en el contacto de los niveles II y III.

Según apunta Fernández Irigoyen la terraza +60-65 m está alterada postdeposicionalmente por procesos de ladera y actividad periglacial. En total, se recuperaron 93 piezas que fueron adscritas al Achelense, aunque destacando la presencia de elementos característicos del Paleolítico medio. En El Caxili únicamente se ha hallado un bifaz en superficie [Figura 8], y en un contexto no directamente relacionado con el depósito. Además, la industria no parece que muestre claramente un carácter achelense. Tras las distintas excavaciones efectuadas, y aunque éstas no aportaron demasiados restos líticos, sí se pudo definir mejor la estratigrafía, distinguiendo 3 unidades que se asocian con depósitos de canal.

Una posterior interpretación de este yacimiento ha llevado a considerarlo de manera más apropiada dentro del contexto del Paleolítico medio antiguo (Álvarez Alonso 2010) o incluso mejor, en el Musteriense.

4. Los neandertales del valle del Sella

En El Sidrón tenemos a los humanos, los fósiles neandertales, y en La Güelga y Sopeña tenemos los lugares de hábitat de esta especie. Las cronologías similares de los tres yacimientos, que nos hablan de un periodo situado entre 55.000 y 45.000 años de antigüedad, nos hacen pensar que los neandertales de El Sidrón o sus parientes más cercanos, fueron los mismos que ocuparon la cueva de La Güelga y el abrigo de Sopeña.

En El Sidrón se han localizado restos de trece individuos, de ambos sexos y diferentes edades, que van desde la edad adulta a los individuos adolescentes o infantiles. Se trata de un grupo familiar, con vínculos genéticos entre sí, salvo en un caso, una mujer adulta que no mostraba vínculos con ninguno de los restantes individuos; además de las tres mujeres adultas presentes, cada una de ellas representa un linaje mitocondrial diferente. Estas circunstancias han permitido hablar de patrilocalidad en los grupos neandertales, o lo que es lo mismo, los neandertales vivían en grupos donde prevalecía el linaje masculino, siendo las mujeres procedentes de otros grupos diferentes, sin vínculos de consanguinidad. Este recurso social, seguramente les sirvió para intentar huir de la endogamia y asegurar lo más posible la supervivencia de su linaje, y a la larga de la especie (Lalueza et al. 2011).

Los distintos estudios realizados sobre los fósiles de El Sidrón, nos han mostrado las mismas capacidades biológicas que en la humanidad actual para desarrollar un lenguaje complejo y articulado, tanto desde un punto de vista físico como neuronal. Este lenguaje, aunque solo podamos plantearlo desde un punto de vista teórico es algo que no nos resulta difícil de asumir, debido a la pervivencia de los neandertales durante miles de años con un comportamiento social y simbólico complejo que no habría sido posible sin esta herramienta básica de comunicación (Rosas 2010).

También hemos podido conocer con más detalle cuestiones relativas a su aspecto físico, como el color del pelo, la piel o el color de ojos, que nos presentan a unos neandertales no tan distintos de nosotros, donde los ojos azules o el pelo rojizo se marcaban como un rasgo característico. A esa cercanía también debe contribuir la pervivencia de un porcentaje de ADN entre la humanidad europea actual, de entre el 2 y el 4% en común con

los neandertales, extremo que no solo nos lleva a hablar de hibridación entre ambos grupos, sapiens y neandertales, sino también a barajar un lejano origen en un antepasado común, algo que nos obliga a desestimar que se tratase de una especie diferente.

Los análisis realizados en El Sidrón junto con otros fósiles procedentes de yacimientos europeos, están siendo punteros e innovadores, y nos han acercado en la última década a un mayor conocimiento de los neandertales. Los grupos humanos de El Sidrón conocían el valor medicinal de algunas plantas, y practicaban una dieta en la que los vegetales eran una parte importante, cuestiones que nos ayudan a entender mejor los restos arqueológicos que encontramos en otros yacimientos como puede ser La Güelga.

Si fuera únicamente por lo que localizamos en los yacimientos arqueológicos, donde encontrar fósiles humanos tan completos es difícil o más bien excepcional, tendríamos una visión sesgada por los hallazgos de los lugares de hábitat atribuidos a neandertales, donde son numerosos los restos de animales cazados y consumidos. Esta visión de grupos humanos preferentemente cazadores y con una dieta basada en la carne, sería la que obtendríamos de esa visión arqueológica sesgada, por eso ha sido tan relevantes los hallazgos de El Sidrón y el análisis tan completo de los fósiles, que nos han aportado un conocimiento más complejo y rico de aquellos parientes lejanos.

Con los datos de los que disponemos, podemos interpretar que los grupos humanos neandertales que dejaron huella de su paso por el valle del Sella, eran grupos pequeños y familiares, que se movían en distancias largas por un espacio muy amplio. Esos largos desplazamiento trascendían más allá de la región cantábrica, pero allí donde se establecían temporalmente, como es el caso del valle del Sella, realizaban actividades de distinta índole, combinando la caza con la recolección de vegetales, raíces y frutos, además de la pesca. En cuanto a la caza, parte importante de su dieta, solían cazar las especies más habituales en el entorno inmediato de sus lugares de asentamiento, con preferencia por los animales de mediano y gran tamaño (caballos, ciervos, uros y bisontes), seguramente por el tipo de caza que practicaban, a corta distancia de la presa y con grandes lanzas, aunque en entornos montañosos también optaban por presas habituales de estos medios, como las cabras o los rebecos.

La preferencia por determinadas materias primas de mayor calidad que la abundante cuarcita existente en Asturias, como algunas variedades de la sílice, nos permite conocer más sobre sus movimientos territoriales. En el entorno de la cueva de El Sidrón se localiza un tipo de sílex que ha sido nombrado como “sílex de Piloña”, este sílex, se localiza en las cercanías de la cueva de El Sidrón e incluso en el interior de esa cueva (Rasilla et al. 2011), y ha sido localizado convertido en diferentes herramientas en la Güelga y en otros yacimientos musterienses de la cuenca del Nalón y la llanura central de Asturias. Esta circunstancia, no solo nos sirve para poner en relación todos estos yacimientos, sino también nos ayuda a trazar itinerarios y movimientos por el territorio, poniendo de manifiesto que aquellos grupos humanos neandertales conocían esta fuente de aprovisionamiento de materia prima, y acudían a ella portando con posterioridad estos materiales a distintos campamentos en los que se iban asentando. La contemporaneidad de las ocupaciones humanas neandertales registradas en el valle del Sella y elementos como el uso y transporte de una misma materia prima, son algunos de los argumentos que nos permiten relacionar todas estas ocupaciones entre sí, como parte seguramente de un sistema de ocupación y subsistencia desarrollado por los neandertales en el valle del Sella a lo largo de milenios.

5. El final de los neandertales y la transición hacia el Paleolítico superior

Hace 45.000 años el occidente europeo estaba poblado solamente por humanos de la especie neandertal. Diez mil años más tarde éstos habían desaparecido y ya solamente encontramos humanos de anatomía “moderna” o *sapiens*, también denominados cromañones. La forma en que se produjo este remplazo biológico por una nueva especie de origen africano, que avanzó progresivamente de oriente a occidente y supuso también un remplazo cultural del Musteriense hacia conjuntos arqueológicos y modelos de comportamiento definidos como Auriñaciense (Paleolítico superior) ha desatado apasionadas polémicas en la literatura científica y en el imaginario popular. Las diferentes interpretaciones aducen pruebas incontrovertibles en diferentes direcciones, lo que hace pensar en un proceso complejo y he-

terogéneo, alejado de las interpretaciones simplificadoras.

Los últimos neandertales que vivieron en la península ibérica, en general, y en la cuenca del Sella, en particular, lo hicieron bajo dos modelos culturales exclusivos de su especie: el Musteriense, que ya conocemos y se mantiene hasta el final del Paleolítico medio con pocas innovaciones; y el Chatelperroniense, muy escaso y discutido, pero con indicios de su existencia en la cueva de la Güelga, en Cangas de Onís, así como en otras cuevas del centro y oriente cantábrico. En esta misma cueva canguesa hemos observado una larga ocupación neandertal con desarrollo de la cultura musteriense que reproduce los esquemas de elaboración de sus herramientas líticas y de sus formas de vida más tradicionales con insignificantes o nulas novedades. Y sobre los restos de estas ocupaciones se depositaron, como hemos visto, las huellas materiales de la presencia de los recién llegados *H. sapiens*, portadores de herramientas fabricadas con largas y cortantes hojas de sílex, acompañadas de puntas de hueso para ensartar en nuevas armas arrojadizas mucho más ligeras. Es decir, instrumentos típicos de la cultura auriñaciense que inaugura el Paleolítico superior. Y entre unos y otros se acumularon dos diferentes capas de sedimentos estériles. Esta es la realidad mayoritaria en Asturias y en el cantábrico, en general. No obstante, a medida que aumenta la información con nuevos datos arqueológicos y los sistemas de datación se perfeccionan evitando más eficientemente las contaminaciones que alteran la cronología, las fechas de presencia humana moderna se van envejeciendo y se mantienen algunas dataciones tardías para la presencia neandertal/Musteriense, aunque de forma excepcional. Por lo tanto, pudo producirse un solapamiento de fechas entre unos y otros. Una convivencia en el tiempo y en el espacio que, sin duda, tendría consecuencias. La primera es la presencia en nuestro genoma *sapiens* de huellas genéticas neandertales, aunque su bajo porcentaje no resulte determinante. Pero la segunda es la coincidencia de la presencia *sapiens* con la rápida extinción neandertal, que algunos investigadores sí han juzgado como importante en este proceso de remplazo.

La extinción de los neandertales en el continente europeo hoy se ve como un largo proceso que culmina poco después de cuarenta mil

años antes del presente, fecha convencional en la que se sitúa el final del Paleolítico medio y el comienzo del Paleolítico superior; pero esta extinción había comenzado mucho antes y seguramente no obedeció a una única causa, sino a un conjunto de variables internas y externas, entre las cuales la competencia de nuestra especie fue una más, aunque también pudo ser la “gota que colmó el vaso”.

Los neandertales, que se habían adaptado con éxito durante más de doscientos mil años a un mundo glacial de cambios climáticos cíclicos y, por ello, de ecosistemas cambiantes, seguramente eran ya una “especie en peligro de extinción” desde varios miles de años antes. Los datos arqueológicos y genéticos muestran que el tamaño medio de sus grupos humanos, de unos 20 individuos de media, y su modelo territorial de ocupación del espacio, favorecieron una baja diversidad genética que debió lastar seriamente sus posibilidades de supervivencia como especie. Quizá también algunas prácticas propias, como el canibalismo, o el contacto con los grupos humanos sapiens, pudieron favorecer la presencia de enfermedades epidémicas que aceleraron el proceso de extinción. O, tal vez, su desaparición se produjo como una consecuencia lógica de la dinámica vital de todas las especies animales, que tienen un tiempo tasado de existencia para evolucionar hacia otra especie o desaparecer. Nada ni nadie es eterno en la dinámica evolutiva que gobierna el mundo natural.

Junto a las causas internas pudieron concatenarse algunas otras ajenas o externas a la sociedad y el mundo neandertal. Algunos investigadores conceden gran importancia a los bruscos cambios climáticos cíclicos, rápidos y profundos, que se iniciaron poco antes de la llegada de los humanos sapiens al continente europeo. Los recursos alimentarios, y hasta el espacio habitable, debió variar alternativamente también de forma rápida y profunda. Pero los neandertales habían demostrado ya en numerosas ocasiones su capacidad de adaptación a ecosistemas diversos y a la explotación de recursos alimentarios igualmente diferentes. Por ello, sin menospreciar las dificultades que ocasionó el endurecimiento climático glacial, la mayoría de investigadores pone el foco en la llegada de nuevos colectivos humanos desde Asia, aunque su origen remoto sea nuevamente africano, y que son portadores de una nueva cultura que aprovechó de forma más efi-

ciente los recursos que le ofrecía la naturaleza y que se organizaba internamente en modelos de ocupación del territorio y patrones reproductivos más exitosos. Por ello, los neandertales fueron quedando progresivamente aislados y relegados a determinadas áreas refugio, o fueron absorbidos y asimilados por los recién llegados.

Cómo se produjo este contacto en el continente europeo y en el ámbito cantábrico entre dos especies humanas distintas, tiene también interpretaciones muy diferentes según se valoren los escasos restos arqueológicos que ha dejado este trascendental proceso. Y esta interpretación oscila entre el extremo de un hipotético y controvertido desencuentro entre ambos tipos humanos que habría favorecido un verdadero genocidio, y del que no existen pruebas, hasta la cooperación colaborativa entre neandertales y sapiens, ayudando los primeros al asentamiento de los recién llegados, desconocedores de los secretos de unos ecosistemas nuevos para ellos, de forma altruista o interesada.

En el medio natural, siempre que compiten dos especies, la mejor adaptada prevalece y la otra desaparece o es expulsada; los biólogos lo definen como Principio de exclusión competitiva. La escasa flexibilidad y casi nula innovación en la tecnología neandertal contrasta con la versatilidad y variabilidad interna de los recién llegados sapiens. Estos últimos desarrollaron rápidamente en varios ámbitos europeos, y singularmente en el área cantábrica, avances cognitivos que les proporcionaron una evidente homogeneidad en el manejo de símbolos como grupo cultural paneuropeo, especialmente claro en lo referido al arte rupestre realizado en las cuevas y abrigos rocosos, y en el llamado arte mobiliario plasmado en los pequeños objetos transportables. Esta capacidad para gestionar un pensamiento simbólico también pudo emerger entre los neandertales de forma autónoma, antes de la presencia sapiens en el continente europeo. Pero las pruebas existentes hasta el momento, la mayoría halladas en la península ibérica, no dan la impresión de algo generalizado, sino ocasional y fortuito, que se concreta en algunos trazos rojos pintados en el interior de cuevas, muy escasos adornos personales técnicamente muy simples y, finalmente, impactos o grabados amorfos sobre piedras o huesos. En nuestra opinión, nada comparable al avance simbólico sapiens, que le proporcionó unos símbolos compartidos como

reflejo de la potencia adaptativa de un modelo de comportamiento igualmente común.

Existen, por tanto, dos grandes campos en la interpretación de la transición desde el Paleolítico medio hacia el Paleolítico superior. En primer lugar, los llamados Modelos de Continuidad, que generalmente enfatizan el avance cognitivo neandertal previo a su contacto con los *Homo sapiens*. Los restos simbólicos en el arte y las llamadas culturas transicionales, serían el ejemplo de esta emergencia cognitiva. La plasmación en el ámbito cantábrico, y en la cuenca del Sella, de este progreso sería la denominada cultura Chatelperroniense, que aparece de forma escasa y poco diagnóstica, y que también pudo modelarse por aculturación en el contacto entre ambos mundos, neandertal y sapiens. Este avance neandertal de última hora pudo favorecer, razonablemente, el contacto cultural y la mezcla biológica de ambas especies. Desde este punto de vista, los neandertales nunca han desaparecido del todo pues permanecen, aunque sea escasamente, en nuestro genoma de humanos modernos, salvo en las poblaciones africanas que nunca llegaron a entrar en contacto con ellos.

De otra parte, están los llamados Modelos de Ruptura. Sostienen éstos que, aunque haya existido convivencia en el tiempo entre ambas especies en el continente europeo, nunca se produjo realmente una mezcla ni cultural ni biológica entre ellas, sino un desencuentro que las separó en líneas paralelas que llevaron a la extinción neandertal y a la pervivencia sapiens. Las escasas huellas neandertales en nuestro genoma no son el resultado del borrado posterior de los ge-

nes específicamente neandertales por la deriva genética, sino la muestra de la dificultad reproductiva entre dos especies ya muy diferenciadas es ese momento y la expresión de los recelos a la convivencia entre ambas o, tal vez, a la imposición violenta de la exclusividad sapiens.

Como hemos visto, el tramo final de la presencia de los neandertales en la cuenca del Sella está sumido en la misma dificultad explicativa que en el resto de la península ibérica y en la generalidad del continente europeo. No obstante, se conocen y se están investigando algunos yacimientos arqueológicos de este momento con un importantísimo potencial interpretativo, como hemos visto, para formular hipótesis explicativas a las dudas y controversias que hemos planteado. Es el caso de las ya mencionadas cuevas de Sopeña (Onís), La Güelga (Cangas de Onís) o El Sidrón (Piloña); junto con otras cuevas asturianas de la cuenca del Nalón como La Viña (Manzaneda, Oviedo) o El Conde/Fornu (Tuñón). En cualquier caso, esta llamada transición entre dos culturas y dos especies biológicas o diferentes formas de ser humano, van a alumbrar rápidamente un nuevo y vibrante mundo en toda Europa cuya expresión más emblemática será el arte como manifestación de unos nuevos comportamientos y nueva cultura paneuropea, el Auriñaciense, como primera cultura en el tiempo del Paleolítico superior. Y a este nuevo mundo que nace en Europa de la mano de nuestra especie sapiens, la cuenca del Sella aportará yacimientos arqueológicos y santuarios artísticos de primerísima línea, como veremos en el siguiente capítulo.



CAPÍTULO 5

El Paleolítico superior y las industrias de transición al Mesolítico en el valle del Sella

ESTEBAN ÁLVAREZ-FERNÁNDEZ

1. Introducción

Situado en la zona oriental de Asturias, el valle del Sella actúa como eje vertebrador y como ruta natural. En él se documentan ocupaciones que abarcan distintos periodos del Paleolítico superior (Auriñaciense, Gravetiense, Solutrense y Magdaleniense) y la transición al Mesolítico (Aziliense).

2. Marco cronológico y ambiental

2.1. Marco cronológico

El Paleolítico superior (41.000-14.000 años antes de el presente) se desarrolla a finales del Pleistoceno superior, época geológica del Cuaternario. En este periodo prehistórico tiene lugar la colonización del continente europeo por el *Homo sapiens sapiens*. Nuestra especie es la que realiza una serie de industrias características que han sido clasificadas en distintas culturas arqueológicas. Éstas se denominan, de la más antigua a la más reciente, Auriñaciense (40.000-33.500 años), Gravetiense (33.000-25.000 años), Solutrense (25.000-22.000 años) y Magdaleniense (22.000-14.000 años). El Aziliense, periodo a caballo entre el final del Paleolítico y el Mesolítico se ubica aproximadamente entre el 14.000 y el 10.000 años antes del presente.

Desde el punto de vista paleoambiental, el final del Pleistoceno superior se caracteriza por cambios climáticos intensos y rápidos que tuvieron lugar en la segunda parte del último periodo glacial, denominado glaciación de Würm. Hace 22.000 años tuvo lugar el conocido como Último Máximo Glaciar, momento en el que los glaciares adquirieron su máxima extensión en el norte de Europa, alcanzando los 37° Latitud Norte.

La enorme acumulación de hielo que se formó en esta región, que llegó a alcanzar 2000 m de espesor, provocó el descenso del nivel del mar. En caso de la región asturiana descendió unos 100 m, haciendo que la línea de costa se encontrase a unos 12 km. A partir del 18.000 los hielos se van retirando poco a poco hacia el norte. Esta deglaciación concluyó de manera brusca, dando paso al calentamiento del Holoceno (a partir del 12.000) que tuvo importantes consecuencias como el ascenso del nivel del mar a causa de la retirada de los hielos continentales, conformándose la línea de costa que conocemos en la actualidad, y el desarrollo de una flora y una fauna más cálidas que a finales del Pleistoceno superior.

2.2. Marco ambiental: asociaciones faunísticas, antracología y palinología

A finales del Pleistoceno superior disponemos de diversos indicadores climáticos en los niveles arqueológicos de cuevas del valle del Sella. En los yacimientos se documentan los restos de animales y plantas que hacen posible la reconstrucción paleoambiental de la región. También nos ofrecen información de este tipo los estudios de tipo sedimentológico.

En los diferentes niveles documentados en las cuevas se han recuperado fundamentalmente, huesos de mamíferos, pero también los restos de otros animales, por ejemplo, conchas de moluscos, placas de crustáceos, etc. (Altuna 1995; Álvarez-Fernández 2013; Álvarez-Fernández et al. en prensa a).

Durante el periodo estudiado predomina la caza de los ungulados que habitan en biotopos muy variados y en condiciones ambientales diversas, destacando el ciervo, la cabra, el rebeco y el caballo. Los restos de especies más atempera-



Figura 1. Tito Bustillo, Área de Estancia (Complejo superior).
Placa del crustáceo *Titobustillobalanus tubutubulus* (nivel 1a).
(Alvarez-Fernández et al. 2015).

das solo se documentan de forma puntual (corzo y jabalí). Estos últimos ungulados se extenderán en época posglaciar, a partir del Holoceno. Las especies características de climas fríos procedentes del norte de Europa son muy escasas (por ejemplo, los pocos restos de reno documentados en el Área de Estancia de Tito Bustillo durante el Magdaleniense). La información disponible referente a los carnívoros indica que buena parte

de las especies determinadas en el Paleolítico superior son euritermas (zorro rojo y lobo). Sin embargo, el hallazgo de un resto de foca anillada procedente también del Área de Estancia de Tito Bustillo sería un indicador de que este fócido, que habita en la actualidad en el mar Báltico, se encontraba durante el Tardiglacial en las costas asturianas.

Por lo que se refiere a los micro-mamíferos, las especies documentadas son también euritermas (por ejemplo, el topo). Sin embargo, en el Solutrense (Cova Rosa) y el Magdaleniense (Área de Estancia de Tito Bustillo, Cova Rosa, El Cierro) se citan restos de topillo nórdico, especie holártica.

En el caso de los moluscos marinos, se han clasificado dos especies de aguas frías, la lapa *Patella vulgata* y el bígaro *Littorina littorea*, procedentes del Área de Estancia de Tito Bustillo y de El Cierro. Es a partir del Magdaleniense superior cuando en El Cierro y Los Azules I comienzan a estar presentes indicadoras de una temperatura superficial marina más cálida, caso de las lapas *Patella depressa* y *Patella ulyssiponensis*, y del caracol *Phorcus lineatus*. También el hallazgo de restos de crustáceos marinos documentados en El Cierro y en Área de Estancia de Tito Bustillo son indicativos de que la temperatura superficial del mar era inferior a la actual. Los balanos *Semibalanus balanoides balanoides*, *Balanus crenatus crenatus* y *Titobustillobalanus tubutubulus* llegaron a los yacimientos de forma accidental a las dos cuevas sobre las conchas de los moluscos

que marisqueaban los grupos de cazadores-colectores. [Figura 1]. A finales del Pleistoceno superior estas especies frías van a ser sustituidas por otras de aguas templadas, especies de balanos que encontramos en las costas en la actualidad.

Además de restos de animales, en los niveles del Paleolítico superior de las cuevas localizadas en el valle del Sella, pero también en depósitos no antrópicos, se han documentado restos

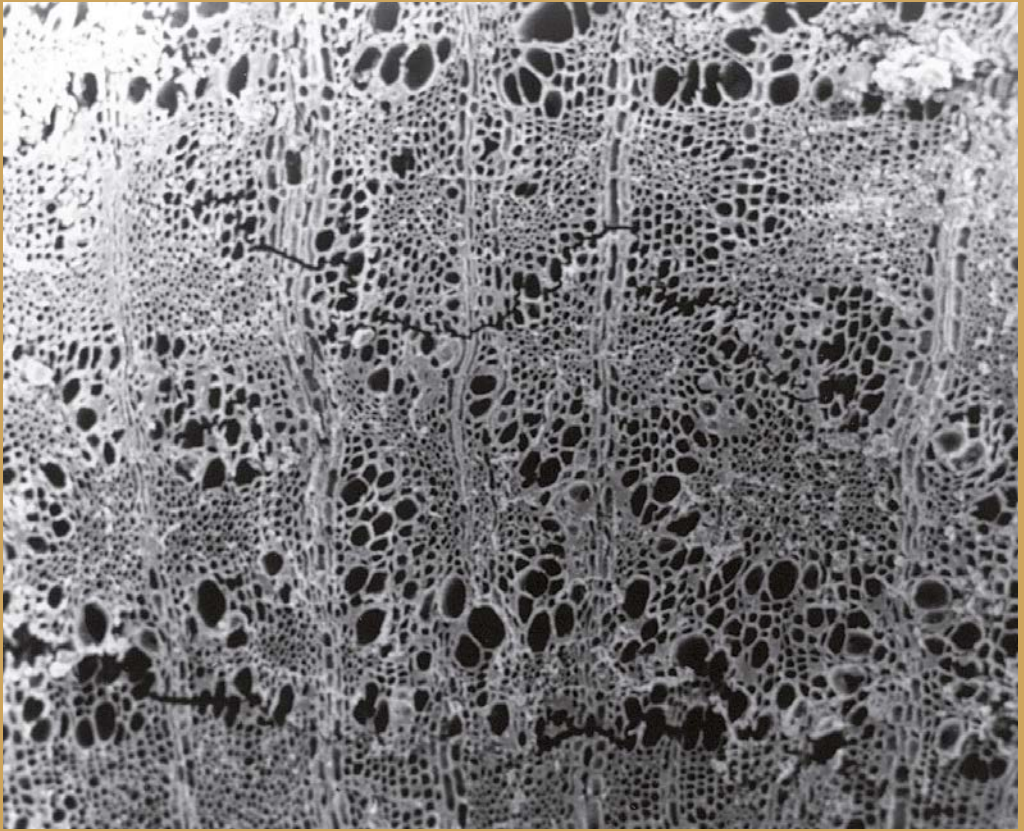


Figura 2. Plano Transversal de un carbón de la leguminosa (Fabaceae) (x120) (Uzquiano 1992).

de vegetales. Por un lado, fragmentos de plantas carbonizadas, que estudian los antracólogos (Uzquiano 1992, 2012, en prensa), y por otro, pólenes, que analizan los palinólogos (López 1981; Sánchez 1991; Ruíz 2012).

Los estudios antracológicos disponibles para los yacimientos cercanos a la desembocadura del Sella aportan datos para las ocupaciones gravetienses, solutrenses y magdalenienses. Los datos referentes al Gravetiense proceden del abrigo de Sopeña e indican un predominio del enebro, mientras que los matorrales de landa representan el 26%. En el Solutrense (Cova Rosa) y en el Magdaleniense (Área de Estancia de Tito Bustillo, El Cierro, Cova Rosa) se advierte un aprovechamiento de los taxones de landa (superior al 50-

60%), fundamentalmente de leguminosas (diferentes especies hierbas y de arbustos con y sin espinas) [Figura 2]. Los fuegos domésticos se abastecieron además con leña de árboles como el enebro y el madroño. La presencia de sauce y de mostajo sugieren que las zonas de valle y de montaña fueron también objeto del aprovisionamiento de leña. La presencia de estos taxones indica la existencia de un medio abierto y preforestal. En el valle medio del Sella la información procede de la fase reciente del Magdaleniense y del Aziliense de Los Azules I. En el primero de los periodos, el estudio de los carbones indica una reducción importante de los taxones de landa y un aumento de la utilización de madera de abedul, indicio del aumento de la humedad y de las precipitaciones propias



Figura 3. Campaña de 1974 en Tito Bustillo. De izquierda a derecha: Carmen Cacho, Teresa Chapa, Federico Bernaldo de Quirós, Isabel Martínez Navarrete, Mercedes Cano, Victoria Cabrera y K. Flataker. De pie: Alfonso Moure y Pedro Saura (foto cortesía de A. Moure).

del momento interglaciario. También aparecen el serbal, el sauce y, en menor medida, de pino. En el Aziliense se observa la desaparición de los taxones de landa y la utilización en los hogares de la madera de pino y de roble.

Los análisis polínicos realizados en depósitos no antrópicos y antrópicos en el valle del Sella son más escasos. La base de la secuencia del depósito no antrópico de Vega de Brañagallones (Caso), localizado en el Parque Natural de Redes, ha sido datado hace unos 29.000 años antes del presente. El diagrama polínico muestra un predominio de los taxones herbáceos, que sugieren unas con-

diciones frías. Los taxones arbóreos no superan el 50% y destaca sobre todo la presencia de pino, y en menor medida del abedul, el avellano y el roble. El estrato arbustivo está formado por los enebros, las ericáceas y las rosáceas.

Los análisis realizados en niveles arqueológicos hacen referencia al Área de Estancia de Tito Bustillo (Magdaleniense) a Los Azules I (Aziliense). Los resultados obtenidos en Tito Bustillo son muy discutidos. El diagrama de polen de las ocupaciones del nivel 1 indica un paisaje estepario, donde el brezo y las gramíneas son abundantes. Este paisaje frío, contrasta con el

paisaje de bosque que caracteriza el diagrama del nivel 2, en el que predomina el pino. En los niveles azilienses de Los Azules I predomina el polen arbóreo, sobre todo de pino y de avellano (aunque también están presentes los pólenes de otros árboles, como el roble y el abedul), indicando un periodo húmedo. Entre las herbáceas predominan las gramíneas. La presencia de los pólenes de otras plantas, como los helechos, indican igualmente un momento de humedad.

Por último, y por lo que se refiere a los procesos de formación de los depósitos, los datos sedimentológicos disponibles proceden de los niveles documentados en las cuevas de El Cierro, El Buxu y La Güelga (Jordá Pardo 2016; Jordá Pardo et al. 2013, 2018). La presencia de abundantes clastos de caliza, con aristas angulosas y vivas registrados en los niveles arqueológicos se explica por la caída gravitacional desde el techo y paredes de las cavidades y se relaciona con periodos húmedos y fríos en los que se desarrollaron los periodos Auriñaciense (El Cierro y La Güelga), Gravetiense (El Cierro) Solutrense (El Cierro y El Buxu) y Magdalenense (El Cierro y La Güelga).

3. Hábitat y poblamiento

3.1. Yacimientos del curso bajo del Sella

Cerca de la actual desembocadura del río Sella, en torno a su estuario y al Macizo de Ardines, se localizan las cuevas de Tito Bustillo, La Lloseta, El Cierro y Les Pedroses y el abrigo de Cova Rosa.

Tito Bustillo (Ribadesella). Dos años después del descubrimiento de sus pinturas por el grupo espeleológico “Torreblanca” (1968), M. A. García Guinea realiza las primeras excavaciones en el denominado Conjunto XI, cerca de lo que en aquellas fechas se consideró la antigua entrada de la cueva, taponada por un desprendimiento. Esta zona se denominó Área de Estancia. En este mismo año y cuando se estaba rebajando el suelo para facilitar la visita al público a la Sala del Gran Panel Polícromo (Conjunto X), se excava la zona conocida como Área de Decoración. Entre 1972 y 1986 J. A. Moure continua las excavaciones en el Área de Estancia y en 1984 interviene de nuevo en el Área de Decoración. En estas dos zonas se documentan distintos estratos. Particularmente el Área de Estancia es un palimpsesto de ocupaciones que cubre las fases inferior, media y reciente

del Magdaleniense. Están datadas al menos 500 años después de las ocupaciones magdalenienses de El Cierro y Cova Rosa (Álvarez-Fernández et al. 2015; García Guinea 1974; Moure 1975, 1990, 1997; Moure y Cano 1976) [Figura 3].

En el año 2001 R. de Balbín y su equipo excavan en la Galería de los Antropomorfos, donde documentan una estructura datada en el Auriñaciense. Además, en la década pasada realizan diferentes sondeos en el Conjunto XI, que denominaron Vestíbulo (cerca de la entrada original de la cueva), El Coxu, e Interior. La datación de los niveles documentados en el último sondeo citado señalan, al menos, una ocupación del Magdaleniense superior (Balbín et al. 2002, 2009)

La Lloseta (Ardines, Ribadesella). Las primeras intervenciones en la denominada inicialmente como cueva del Río, fueron realizadas por E. Hernández Pacheco y P. Wernet en 1915. En 1956 y 1957 F. Jordá Cerda excava en la entrada de la cavidad. A finales de los años sesenta G. A. Clark toma muestras de los diferentes niveles de “conchero”. Los materiales recuperados en estas primeras intervenciones indican ocupaciones del Magdaleniense (fases inferior y superior). Las dataciones radiocarbónicas indican una ocupación en el Magdaleniense inferior (Jordá 1958; Utrilla 1981; Clark 1983; Adán 1997).

En el año 2001 el equipo dirigido por R. de Balbín realiza un sondeo en la primera sala del piso inferior de la cueva; además, publica una datación aziliense obtenida en una muestra de un cráneo humano encontrada tiempo atrás, procedente de la sala citada (Balbín et al. 2003).

El Cierro (Fresnu, Ribadesella). En 1958 y en 1959 F. Jordá Cerda excava en la entrada este de la Cueva, en una zona de derrumbe del techo. Los materiales arqueológicos recuperados indican distintas ocupaciones que tuvieron lugar durante el Paleolítico superior, adscritas al Auriñaciense, al Solutrense, a diferentes momentos del Magdaleniense y al Aziliense (Jordá 1977; Utrilla 1981; Bernaldo de Quirós 1982; Straus 1983; Álvarez y de Andrés 2012).

En la misma zona de la cueva, G. Clark toma en 1969 una muestra del denominado “conchero”, obteniendo una fecha de finales del Paleolítico superior (Clark 1983).

Entre 1977 y 1979 A. Gómez Fuentes y F. Jordá Cerda limpian un antiguo testigo en la zona excavada en los años cincuenta y toman muestras



Figura 4. Campaña de 1977 en El Cierro, justo antes de comenzar la limpieza del perfil. Se reconoce a D. Francisco Jordá y a Alejandro Gómez Fuentes (foto cortesía de J. Bécares).

de los diferentes niveles documentados (Gómez y Bécares 1979) [Figura 4].

En los años 2014 y 2016 un equipo dirigido por E. Álvarez-Fernández revisa las intervenciones de los años setenta, donde también realiza excavaciones que precisan y data las diferentes fases de ocupación del yacimiento: un nivel musteriense, dos aurifiacienses, dos gravetienses, dos solutrenses, tres de comienzos del Magdaleniense, dos “concheros” de posible adscripción aziliense y uno de comienzos del Holoceno (Mesolítico) (Álvarez-Fernández et al. 2016, 2018; Jordá et al. 2018).

Les Pedroses (El Carme, Ribadesella). Esta cueva fue excavada por F. Jordá Cerdá en 1956 y en 1957. El material recuperado se adscribe a un momento indeterminado de finales del Paleolítico superior. Una datación radiocarbónica indica al menos una ocupación de la fase antigua del Magdaleniense (Adán 1997; Hernández Pacheco et al. 1957; Jordá y Mallo 2014; Ortiz et al. 2009). El conchero exterior, de época holocena, fue sondeado por G. Clark en 1969 (Clark 1983).

Cova Rosa (Sardeu, Ribadesella). Entre 1957 y 1959, y después, en 1964, F. Jordá Cerdá excava el yacimiento, documentando diferentes ocupaciones que adscribe al Solutrense y a la fase antigua del Magdaleniense (Jordá 1977; Utrilla 1981; Straus 1983). C. González Sainz (1989) cita además la presencia de materiales fuera de contexto que adscribe a la fase reciente del Magdaleniense.

Entre 1975 y 1979 F. Jordá Cerdá y A. Gómez Fuentes excavan de nuevo el sitio, señalando la presencia de dos niveles, uno de transición del Magdaleniense al Aziliense y otro de posible adscripción Magdaleniense (Jordá y Gómez 1982) [Figura 5].

Desde el año 2014 se están revisando las intervenciones de los años sesenta y setenta. Hasta el momento, se han señalado distintas ocupaciones datadas en los diferentes momentos del Magdaleniense (Álvarez-Fernández et al. en prensa a).

En el bajo Sella hay que señalar, además, otras cuevas en las que se han documentado materiales arqueológicos de probable adscripción al



Figura 5. Campaña de 1975 en Cova Rosa. Se pueden reconocer, de izquierda a derecha, a Julián Bécares, a Francisco Jordá Cerdá, a Pilar Utrilla, a Socorro López Plaza y a Jesús Jordá Pardo (foto cortesía de J. Bécares).

Paleolítico superior: **Cueva Carmona** (Berbes, Ribadesella), con restos malacológicos que se adscriben a finales del Paleolítico, **la Cueva** **ona** (Ribadesella), con evidencias que se adscriben a la fase antigua del Magdaleniense y quizá al Musteriense (Paleolítico medio) y **Cueva de Viesca o del Tenis** (Ribadesella), donde se documentaron restos malacológicos e industriales de posible adscripción al Magdaleniense (ver discusión de los contextos y bibliografía específica en Adán 1997).

3.2. Yacimientos del valle medio del Sella

Las cuevas de Los Azules I, El Buxu y La Güelga y el abrigo de Sopeña se ubican en un área próxima a la confluencia de los ríos Sella y Gueña, y distan de los yacimientos localizados en torno a la desembocadura del Sella, entre dos y cuatro horas a pie (unos 16 km en línea recta).

Los Azules I (Cangas de Onis). Esta cueva fue excavada por J. Fernández-Tresguerres desde 1973 hasta 1994, casi de forma continuada. Se han realizado intervenciones en el Fondo

del Vestíbulo, en la Sala Intermedia y en la Sala Central. Se documentaron tres niveles con industrias azilienses. En uno de ellos se halló un enterramiento. La secuencia se completa con la excavaciones de seis niveles magdalenenses (Fernández-Tresguerres 1980, 2004).

El Buxu (Cardes, Cangas de Onís). Aunque se conocía la cueva con anterioridad, las primeras intervenciones arqueológicas se realizaron en 1970. E. Olavarri llevó a cabo un sondeo en la entrada en el que documenta industrias solutrenses. Las últimas intervenciones fueron realizadas por M. Menéndez entre 1985 y 1990, quien confirma ocupaciones solutrenses y quizá, también magdalenenses. La documentación de materiales arqueológicos localizados bajo los bloques de la entrada podrían indicar ocupaciones anteriores al Solutrense (Menéndez 2016).

La Güelga (Narciandi, Cangas de Onís). Las intervenciones realizadas en la boca actual de la cueva (terrazza inferior) fueron efectuadas por M. Menéndez y A. Martínez entre 1989 y 1993. El hallazgo de industrias líticas y óseas características, y las dataciones radiocarbónicas obtenidas, indican la existencia de ocupaciones del Solutrense y del Magdaleniense. Además, en una cavidad situada 11 m sobre el cauce actual del arroyo (terrazza media), que se lleva excavando desde el año 2000, se han documentado ocupaciones datadas en el Auriñaciense y en el Paleolítico medio (Menéndez et al. 2004, 2014, 2018)

Sopeña (Avín, Cangas de Onís). Este abrigo lleva siendo excavado por A. Pinto desde el año 2002 y en él se documentan ocupaciones datadas en el Paleolítico medio y en el Paleolítico superior inicial (Pinto 2014; Pinto et al. 2012).

Otros yacimientos en los que se han registrado materiales arqueológicos de probable adscripción

al Paleolítico superior en la cuenca media del Sella son: el **Abrigo Jou Llobu** (Rebollada, Onís), con industrias solutrenses; **Cueva de Aviao** (Espinaredo, Piloña), con materiales óseos de finales del Pleistoceno y **Cueva de la Peña de Ferrán** (Infiesto, Piloña), con un arpón magdaleniense de una hilera de dientes (ver discusión de los contextos y bibliografía específica en Adán 1997).

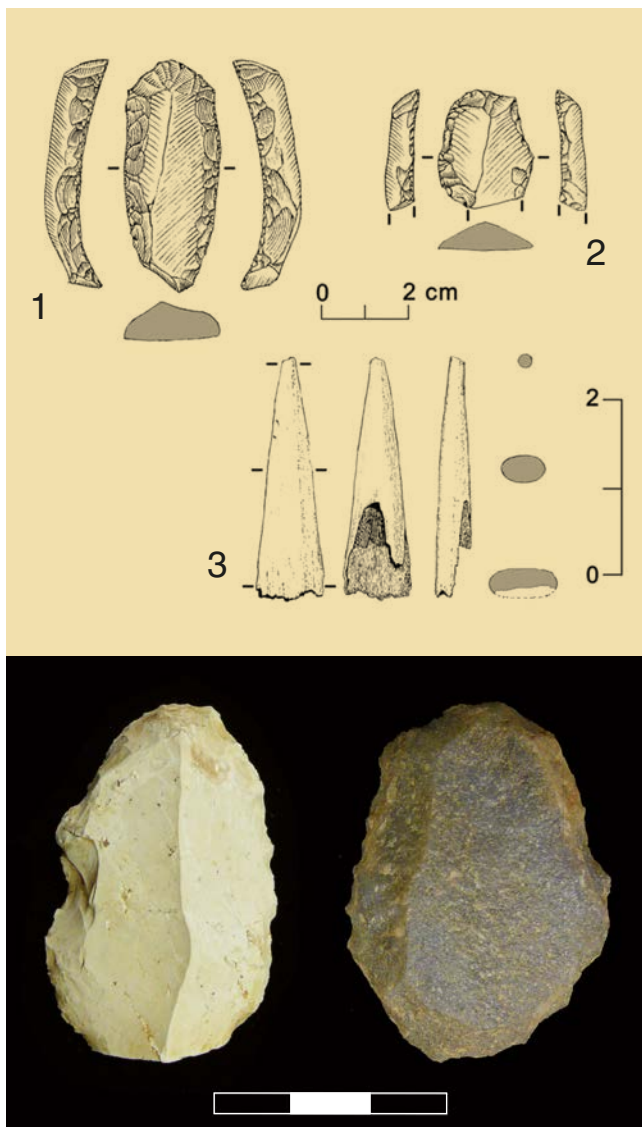


Figura 6. Arriba: industria lítica y ósea del Auriñaciense de La Güelga, Zona interior: 1. Raspador; 2. Raspador; 3 Azagaya (Menéndez et al. 2018). Abajo: raspadores carepados del Auriñaciense de El Cierro (foto: E. Álvarez-Fernández).

3.3. Yacimientos del Alto Sella

Sólo se ha documentado, hasta el momento, una cueva en el curso alto del río Sella, **Collubil (Campurriondi, Amieva)**, que dista de la línea de costa actual unos 26 km en línea recta. Los primeros trabajos fueron realizados por Justo del Castillo a finales del siglo XIX. El Conde de la Vega del Sella la excava en 1912 y 1915 y recupera materiales arqueológicos adscritos a diversos momentos del Magdaleniense. A partir de estudios posteriores sobre las industrias líticas y óseas y sobre el arte mueble confirman ocupaciones magsalenienses, pero también quizá solutrenses (Utrilla 1981; Adán 1997; González Sainz 1989).

Los últimos trabajos realizados (2008 y 2012) confirman la presencia de materiales, entre los que destacan piezas líticas con retoque solutrense procedentes de un nivel datado alrededor del 20.000 antes del presente (Quesada 2013).

4. La Tecnología

4.1. La industria lítica y las materias primas

4.1.1. La industria lítica

Entre las innovaciones tecnológicas llevadas a cabo por los humanos modernos hay que destacar la fabricación de forma sistemática de grandes láminas que se utilizaron como soporte para la elaboración de una gran variedad de útiles líticos conformados por medio de distintos tipos de retoque. Desde comienzos del Paleolítico superior se confeccionan diferentes proyectiles y armas arrojadas destinadas a ser enmangadas en vástagos de madera y que se utilizaban para cazar. Así, por ejemplo, en el Solutrense se mejora el diseño aerodinámico de dichos proyectiles, destacando las puntas de base cóncava y las puntas con muesca, las dos con retoque plano-cubriente en las dos caras. Las segundas probablemente se enmangaron en vástagos que se lanzarían con arcos. También se fabrican útiles destinados al trabajo de la madera y de las materias primas de origen animal, además de para grabar las paredes de las cuevas (diferentes tipos de raspadores, perforadores, buriles, etc.). Desde el Auriñaciense se tallan minúsculas laminillas a partir de núcleos de pequeñas dimensiones. Éstas se retocan en uno de los bordes y son destinadas a fabricación de armas compuestas,

que se elaboran en madera, asta y hueso. Estos venablos, al penetrar en el cuerpo de las presas, provocan su rápido desangrado, dificultando que escapen heridas.

Conforme avanza el Paleolítico superior y, sobre todo, a partir de comienzos del Magdaleniense, estos artefactos tienden a ser cada vez más pequeños y ligeros.

No faltan en ninguno de los periodos los llamados “útiles de sustrato”, habitualmente fabricados sobre lascas, entre los que destacan por su abundancia, los denticulados, las raederas y las escotaduras, destinados probablemente al trabajo de la madera.

Los yacimientos del valle del Sella que cuentan con estudios tecnológicos y tipológicos líticos son fundamentalmente Tito Bustillo-Área de Estancia, El Cierro, La Güelga, El Buxu y Los Azules I (Moure 1990; Álvarez-Fernández et al. 2016, Menéndez et al. 2004; Quesada 2016; Fernández-Tresguerres 2004)

Las evidencias de industrias líticas datadas en el Auriñaciense proceden de El Cierro y de La Güelga, donde lo que destaca es la presencia raspadores carenados y en hocico, y algún útil sobre hoja con retoque escamoso en los bordes, denominado retoque auriñaciense [Figura 6]. En los niveles gravetienses de El Cierro la pieza lítica característica es la punta con retoque abrupto en uno de los bordes, denominada Punta de la Gravette.

Las industrias del Solutrense se caracterizan por poseer un conjunto de útiles muy diversificado, entre los que destacan aquellos que presentan el denominado retoque plano-cubriente. Están muy bien documentados en los niveles de El Buxu. Aquí está presente fundamentalmente la punta de muesca con pedúnculo bastante largo, pero también otros tipos característicos de este periodo (la punta de base cóncava, la hoja de sauce, la hoja de laurel y la punta de cara plana). También se documentan raspadores, buriles y perforadores, tanto sobre lasca como sobre lámina, así como una gran variedad de hojitas de dorso abatido talladas a partir de núcleos prismáticos. Estas últimas se las dota de un retoque lateral abrupto y denticulado y se destinan a fabricar útiles compuestos [Figura 7, arriba]. Además de en El Buxu, en El Cierro, en Cova Rosa [Figura 7, abajo], en las excavaciones del entorno de la entrada actual de La Güelga (Zona C) y en Collubil

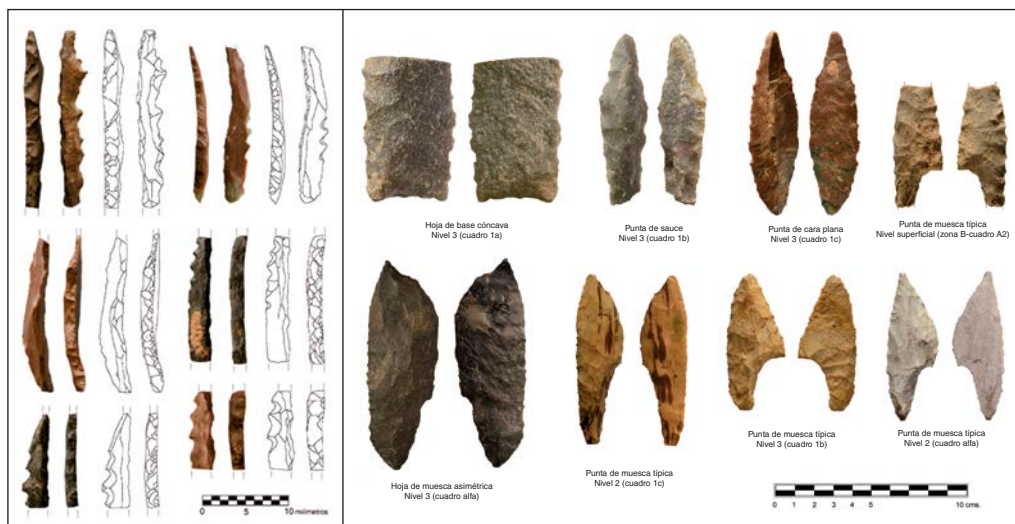


Figura 7. Arriba: industria lítica solutrense de El Buxu (hojitas de dorso abatido, a la izquierda; piezas con retoque plano-cubriente, a la derecha) (Quesada 2016). Abajo: industria lítica con retoque solutrense de Cova Rosa (foto: E. Álvarez-Fernández).

se han documentado diferentes útiles con retoque plano-cubriente.

En la fase más antigua del Magdaleniense los datos sobre la industria lítica de El Cierro (nivel F) indican un predominio de las hojitas de dorso abatido, que representan alrededor del 30%, mientras que los núcleos de pequeño tamaño suponen cerca del 20%. Los estudios sobre las

huellas de uso en estas piezas indican que a partir de ellos se fabricaban laminillas. El conjunto se completa con la presencia de láminas con retoque continuo, buriles y raspadores de diferentes tipos y escotaduras, denticulados y raederas [Figura 8]. En el caso del Magdaleniense de La Güelga, se han documentado los mismos tipos, aunque el porcentaje de hojitas de dorso aba-

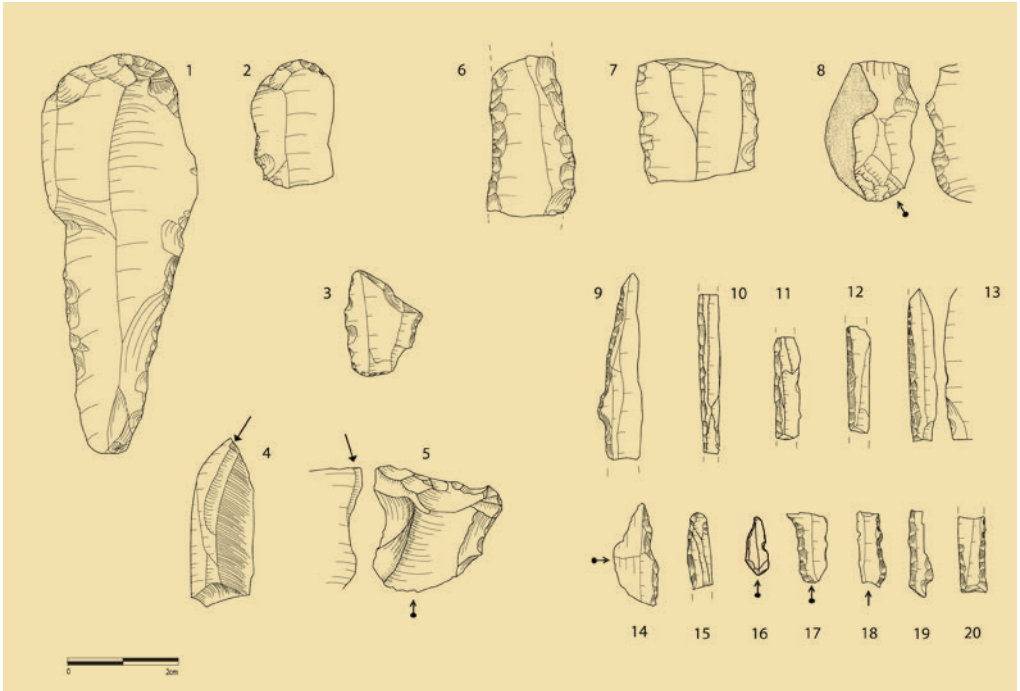


Figura 8. Industria lítica y ósea de la fase antigua del Magdaleniense de El Cierro (dibujo: J. Tapia; fotos: E. Álvarez-Fernández)

tido es mayor, en torno al 50%. Por lo que se refiere al palimpsesto del Área de Estancia de Tito Bustillo, el porcentaje de hojitas de dorso se sitúa entre el 30 y el 54%. También destacan los raspadores simples sobre hoja no retocada y los raspadores con forma de abanico. Los buriles son de diferentes tipos, destacando aquéllos que se denominan “pico de flauta”. También se encuentra

algún ejemplar del tipo “pico de loro”, útil característico de la fase reciente del Magdaleniense.

En el Aziliense de Los Azules I son característicos los raspadores de pequeño tamaño, anchos y cortos, con forma de uña o circulares. Los

microlitos, útiles líticos de muy pequeño tamaño destinados a fabricar armas compuestas, son muy abundantes. Destaca la presencia de pequeñas laminillas de dorso de diferente tipología, entre las que es característica la denominada Punta Aziliense, con forma apuntada y con retoque abrupto en uno de los bordes [Figura 9].

4.1.2. Las materias primas

Los grupos de cazadores-recolectores que habitaban en los yacimientos del valle del Sella se abastecen de materias primas de origen mineral recogidas en el entorno inmediato, fundamentalmente en las terrazas de río Sella y de sus afluentes. Este es el caso de la cuarcita (entre la que destaca la llamada cuarcita de Barrios, de tonalidad grisácea y grano medio-fino), pero también de la radiolarita en sus variedades gris y roja, de la lutita y del *chert* negro. También adquieren sílex, entre el que hay que destacar el denominado sílex de Piloña, localizado en las cercanías de la cueva de El Sidrón, que posee una tonalidad melado-amarillenta. En los yacimientos arqueológicos se ha documentado, además, sílex procedentes de depósitos geológicos localizados a cientos de kilómetros.

Los datos más destacados sobre la procedencia de materias primas con la que se fabrican los útiles proceden fundamentalmente de las investigaciones llevadas a cabo en El Buxu (Quesada 2016) y en El Cierro (Álvarez-Fernández et al. 2016).

Durante el Solutrense de El Buxu la mayor parte de los útiles se fabrica en sílex de Piloña, pero también en otras materias primas como el *chert* negro y radiolarita verde y roja. Los útiles de cuarcita son mucho más escasos.

En la fase antigua del Magdaleniense de El Cierro, los primeros datos referentes al nivel F indican un predominio del uso de cuarcita y otras materias primas locales, por ejemplo, radiolarita y *chert* negro. También se ha documentado la presencia de sílex de Piloña y, en mucha menor medida, de sílex procedentes de formaciones geológicas mucho más lejanas. Es el caso de los tipos *Flysch*, *Treviño* y *Urbasa*, identificados en la parte oriental de la región cantábrica (entre 170 y 250 km de El Cierro), y del tipo *Chalosse*, al norte de los Pirineos (a unos 325 km de la cavidad).



Figura 9. Industria lítica del Aziliense de Los Azules I (dibujo: J. Fernández-Tresguerres).

4.2. La industria ósea

Una de las características que define al Paleolítico superior es la fabricación de gran cantidad y variedad de objetos elaborados en materias primas de origen animal, fundamentalmente hueso y asta, y su fabricación en serie. A lo largo de este periodo se fabrican diferentes tipos de armas destinadas a la caza. Las más características son las azagayas, que presentan diferentes sistemas de enmangue (por ejemplo, con biseles simples, dobles y de base ahorquillada) y que están confeccionadas predominantemente en asta de cérvido. También hay que destacar los propulsores, destinados a lanzar armas arrojadizas, aumentando la velocidad del proyectil para así conseguir una mayor capacidad de penetración de la jabalina en la presa. Entre las armas destinadas a la pesca hay que destacar los anzuelos, pero sobre todo los arpones (con una o dos hileras de dientes, de sección circular o aplanada, elaborados en hueso y asta). Las materias primas de origen animal se emplean también para fabricar útiles de uso doméstico, entre los que hay que destacar los punzones destinados a perforar las pieles, agujas utilizadas en



Figura 10. Industria ósea del Solutrense de Cova Rosa (foto: E. Álvarez-Fernández).

la fabricación del vestido y los alisadores, destinados al trabajo de las materias blandas, como la piel. Otros objetos se destinaron a ayudar en las labores de la fabricación de útiles líticos (retocadores y percutores) y óseos (cuñas, cinceles y quizá los bastones perforados) o a formar parte de útiles compuestos, por ejemplo las llamadas varillas plano-convexas, entre las que se insertarían hojitas de dorso abatido.

En el valle del Sella los objetos que entran dentro de la categoría de industria ósea proceden fundamentalmente del Área de Estancia de Tito Bustillo, La Lloseta, El Cierro, Cova Rosa, El Buxu y Los Azules I (Adán 1997; Álvarez-Fernández et al. 2014, 2016, en prensa a; Fernández-Tresguerres 2004; Menéndez et al. 2004; Moure 1990; Quesada 2016; Tapia et al. 2018).

La industria ósea de cronología auriñaciense es escasa. Se ha documentado en El Cierro y La Güelga, donde están presentes azagayas de sección aplanada y punzones [Figura 6 arriba]. También es poco abundante en los niveles solutrenses de El Cierro, Cova Rosa [Figura 10] y El Buxu. En este momento destacan, entre las armas, las azagayas biseladas de sección circular, mientras que entre

los útiles de uso doméstico se han documentado, por ejemplo, punzones y agujas.

En los niveles de la fase antigua del Magdaleniense de El Cierro las más características son las azagayas de asta de cérvido principalmente de sección cuadrangular, a menudo grabadas con motivos no figurativos. También se han documentado puntas de secciones circulares y ovales, tanto con biseles simples, como dobles. El



Figura 11. Industria ósea de la fase antigua del Magdaleniense de El Cierro. 1. Azagaya de doble bisel; 2. Fragmento de azagaya con decoración no figurativa en el extremo distal. 3. Azagaya biselada de sección cuadrangular (foto: E. Álvarez-Fernández).



Figura 12. Industria ósea del Magdaleniense de Tito Bustillo. 1. Bastón perforado y grabado; 2. Arpón de una hilera de dientes; 3. Azagaya con doble bisel grabada con una figura esquemática de cabra en posición frontal; 4. Azagaya de base ahorquillada; 5. Aguja (foto: E. Álvarez-Fernández).

resto de útiles óseos está compuesto por agujas y punzones de hueso. A partir de los diferentes restos documentados en este yacimiento (matrices, varillas, útiles en proceso de fabricación etc.), se ha podido reconstruir la cadena operativa destinada a la fabricación de azagayas de sección cuadrangular [Figura 11].

En el Área de Estancia de Tito Bustillo documentamos una gran variedad de útiles óseos [Figura 12]. Por lo que se refiere a las armas, en las ocupaciones documentadas hay una mayor variedad de tipos. Por una parte, destacan las azagayas con base ahorquillada, pero también las que presentan bisel simple o doble, con secciones circulares, ovales y triangulares (presentes también en La Güelga) y con acanaladuras en el fuste. Por otra parte hay que señalar los protoarpones y los arpones con una hilera de dientes, estos últimos documentados también en Cueva Ferrán y en Cova Rosa.

Por lo que respecta a los útiles de uso doméstico, particularmente en el Área de Estancia de Tito Bustillo, pero también en La Güelga, se documentan diferentes artefactos elaborados en hueso, interpretados como alisadores, paletas, espátulas, etc., además de agujas y punzones.

Por último, también se citan otros objetos en contextos magdalenienses, como es el caso de las varillas planoconvexas, presentes en el Área de Estancia de Tito Bustillo y La Güelga, y los bastones perforados en asta de cérvido, presentes también en Tito Bustillo, además de en La Lloseta.

La industria sobre asta y hueso documentada en los contextos azilienses es mucho menos diversificada que en el periodo anterior. Si hay algún arma característica en los niveles de la cueva de Los Azules I son los arpones. Se caracterizan por poseer secciones aplanadas y presentan, a menudo, una hilera de varios dientes que aparecen recortados en ángulo agudo. La zona basal posee una marcada protuberancia y un orificio en forma de ojal. En algunos ejemplares esta perforación se desplaza hacia la zona central de la pieza [Figura 13]. Completan la panoplia aziliense escasos ejemplares de azagayas de distintas secciones y pequeñas astillas de hueso biapuntadas, a menudo consideradas como anzuelos. Entre los útiles de uso doméstico, se citan punzones, siendo característicos los elaborados a partir de caninos de jabalí, y algunos huesos con una de las extremidades redondeadas, interpretados como espátulas.

5. La Subsistencia

5.1. Recolección

A pesar que los frutos y vegetales son recursos de escasa rentabilidad energética, dado su relativo aporte por unidad, probablemente representaron una parte importante en la dieta para los grupos de cazadores-recolectores del Paleolítico superior en la región cantábrica en general, y en el valle del Sella en particular. Hasta el momento carecemos de datos que nos indiquen la explotación de estos recursos en los yacimientos del valle del Sella, pero la presencia, por ejemplo, de semillas de frambuesa y fragmentos de frutos de bellotas y avellanas en el Magdaleniense inferior de la cueva cántabra El Juyo (Freeman et al. 1988), nos indica la importancia que debían de tener las proteínas de origen vegetal en las dietas de los grupos humanos en el Paleolítico superior.

5.2. Caza y pesca

La caza de herbívoros en el entorno próximo a la cueva y la pesca en cursos y zonas costeras cercanas serían la base de la subsistencia de los grupos humanos que habitaron el valle del Sella durante el Paleolítico superior (Altuna 1995;

Álvarez-Fernández et al. 2016 en prensa a; Clark 1983; Menéndez et al. 2004, 2018; Morales 1984; Fernández-Tresguerres, 1980, 2004; Portero et al. en prensa; Rojo 2016)

En esta zona geográfica, al igual que en el resto de la región cantábrica, se ha documentado la caza de diferentes ungulados a lo largo del Paleolítico superior. El ciervo, que habita en bosques bajos y praderas, pero también en colinas de moderada altura, es el ungulado más cazado. Le sigue en importancia la cabra montés, especie rupícola que habita en paredones soleados y abrigados carentes de arbolado; en primavera descende a zonas más bajas para comer gramíneas y otras hierbas. También se caza el rebeco, que habita en áreas de roquedo, en zonas cercanas al mar y en valles interiores; en verano asciende a las cumbres más altas en busca de pastos. Además, aunque en mucha menor medida, se cazan el caballo, que se distribuiría en praderas costeras y por pastos de montaña, y el gran bóvido, característico de las llanuras de herbáceas. También se documentan animales característicos de bosques y florestas, como el jabalí y el corzo. Los restos de reno son, por el contrario, muy escasos, al menos en los yacimientos paleolíticos asturianos.

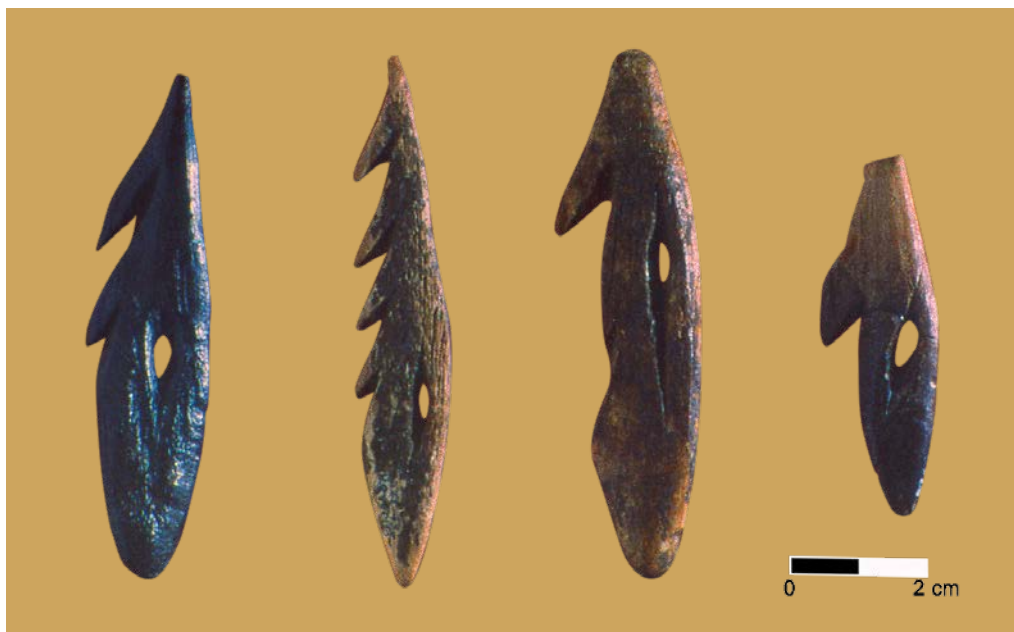


Figura 13. Arpones azilienses con una hilera de dientes de Los Azules I (Escortell 1988).

Los restos de los carnívoros, como el zorro y el lobo son excepcionales. No formaron parte de la dieta humana. Ocuparían las cuevas en periodos en los que no estuvieran habitadas y aprovecharían los restos de ungulados dejados por ellos. Su presencia en los yacimientos se advierte a partir de sus restos óseos y de las huellas de mordisqueo y de digestión que dejan en los huesos de los ungulados. Los huesos de aves son también muy escasos; se duda si fueron atrapadas por los grupos humanos o si su presencia en las cuevas se debe a la acción de otros animales.

Los restos de los ungulados presentan, además, huellas antrópicas que nos indican roturas destinadas a la obtención la médula. Las marcas de carnicería observadas en los extremos de los huesos de las extremidades indican que fueron transportados a la cueva, donde fueron despellejados. La documentación de las marcas de fuego nos habla de su procesado.

Por lo que se refiere a la pesca, los restos más abundantes que se conservan son las vértebras, así como algún resto craneal de salmónidos (truchas y salmones) y, en menor medida, vértebras de anguila. En algunas ocasiones, estos huesos aparecen termoalterados, lo que podría indicar su manipulación antrópica.

En el valle del Sella los primeros datos que disponemos sobre la caza a comienzos del Paleolítico superior proceden de El Cierro (Auriñaciense y Gravetiense) y La Güelga (Auriñaciense), en estudio en la actualidad. En el caso de los niveles auriñacienses de La Güelga se apunta, atendiendo al Número Mínimo de Individuos (establecido a partir del Número de Restos Determinables), un predominio de la caza del rebeco (>50%), seguida de la del ciervo.

El estudio de la fauna del solutrense de El Buxu indica un aprovechamiento del entorno cercano a la cueva (ungulados y salmónidos), que fue habitada en primavera y comienzos del verano. Teniendo en cuenta el número de restos documentados se indica una preferencia por la caza del rebeco y del ciervo, ya que juntos alcanzan el 80-90% del total. Por lo que se refiere al rebeco, se documentan individuos de todas las edades. En el caso del ciervo, se observa una preferencia de ejemplares infantiles, neonatos y de hembras. La cabra montesa representa porcentajes que oscilan entre el 4,5% y el 14,5%. Predomina la caza adultos y seniles. Los restos de caballo, de gran bóvido y de jabalí son mucho más escasos.

Atendiendo al Número de Restos Identificados, en los yacimientos magdalenienses ubicados cerca de la desembocadura del Sella predomina la caza del ciervo. Es tal la abundancia de restos del esqueleto, que se habla de una especialización en su caza. En el Área de Estancia de Tito Bustillo, el ciervo representa porcentajes entre el 79% y el 87,5%, mientras que la cabra se sitúa entre el 8,5 % y el 12%. En el Cierro (niveles F y G), el ciervo representa algo más del 90%, mientras que la cabra supera el 6%. En Cova Rosa (capa B6) el ciervo representa cerca del 85%. Además de estos ungulados, el espectro faunístico en el Magdaleniense se completa con la determinación de otros ungulados (caballo, rebeco, reno, gran bóvido y corzo) y carnívoros (zorro rojo, lobo y armiño). Los restos de lepóridos son muy escasos; se documentan en el Área de Estancia de Tito Bustillo.

Más al interior, en el valle medio del Sella, el registro faunístico es diferente. En el caso del Magdaleniense de la Güelga, y también a partir del número de restos determinados, se apunta un predominio del ciervo (55%), seguido del rebeco (24%) y de la cabra (20%), ungulados que se cazarían en primavera y verano. Al igual que ocurría también en el Solutrense de El Buxu, en el valle del río Güeña, en su confluencia con el Sella, se advierte una mayor diversificación en la caza que en la zona más cercana a la costa.

Los datos referentes a las industrias de transición al Holoceno son preliminares. En el caso de El Cierro (Niveles C y D) predomina el ciervo. En el Aziliense de Los Azules I, se señala también la abundancia del ciervo y, en menor medida, del jabalí. Aquí se citan, además, restos de corzo y de cabra.

En los todos yacimientos de cronología solutrense, magdaleniense y aziliense citados se señala la presencia de salmónidos pescados en los ríos Sella y Güeña y, en el caso de Cova Rosa, por ejemplo, también de la anguila, procedente probablemente del estuario del Sella.

5.3. Explotación del medio marino

Durante el último periodo glaciario los animales marinos probablemente fueron alimentos nutritivos indispensables para los grupos costeros de la región cantábrica. Estas poblaciones probablemente se dieron cuenta de la relación que existía entre las fases lunares y las mareas y, en



Figura 14. Restos malacológicos, de cangrejos y de peces de del Magdaleniense del Área de Estancia de Tito Bustillo. 1. Bígáros; 2. Lapas; 3. Pinzas de cangrejo verde; 4. Vértebras de salmónidos (foto: E. Álvarez-Fernández).

consecuencia, aprendieron a programar las excursiones para recoger de forma sistemática los moluscos que habitan en las zonas rocosas de la costa. Las lapas de la especie *Patella vulgata* y los bígáros (*Littorina littorea*), gasterópodos de aguas frías ricos en ácidos grasos, fueron las especies marisqueadas. Seleccionaban los animales de mayor talla y después se llevaban a las cuevas, donde eran procesados; posteriormente sus conchas eran arrojadas como desperdicios. A finales del Pleistoceno, con el aumento de la temperatura del agua superficial gracias a la deglaciación, las costas cantábricas son colonizadas por otras especies de lapas (*Patella depressa* y *Patella ulyssiponensis*) y la monodonta (*Phorcus lineatus*). Estos moluscos también se documentan en contextos de finales del Paleolítico superior. Además de los moluscos, los grupos humanos se acopiaban de otros animales litorales (crustáceos, equinodermos, etc.).

En el valle del Sella la información sobre la explotación del medio marino viene dada a partir de los hallazgos documentados fundamental-

mente en el Área de Estancia de Tito Bustillo, pero también de La Lloseta, El Cierro, Cova Rosa y Los Azules I (Álvarez-Fernández 2013; Álvarez-Fernández et al. en prensa a; Clark 1983; Fernández Irigoyen 2012; Morales 1984).

Las primeras evidencias que apuntan a la explotación del medio marino con fines alimenticios tienen lugar en la fase antigua del Magdaleniense. Los datos aportados por las ocupaciones de El Cierro y Cova Rosa indican un marisqueo casi exclusivo de lapas y bígáros, al igual que en el Área de Estancia de Tito Bustillo [Figura 14.1 y 2] y en La Lloseta. Los restos de mejillones son escasos. Los restos de decápodos se limitan a alguna pinza del cangrejo verde localizada en el Área de Estancia de Tito Bustillo [Figura 14.3]. En este último yacimiento, y también en El Cierro se han documentado escasos dientes y huesos de mamíferos marinos, concretamente de focas, lo que indica muy probablemente que estos carnívoros se cazaban en el estuario del Sella. Los restos de aves (Cova Rosa) y de peces de estuario (Tito Bustillo) son muy escasos



Figura 15. Restos malacológicos de finales del Paleolítico superior en El Cierro: 1. Bigáros; 2. Mejillones; 3. Lapas (foto: E. Álvarez-Fernández).

[Figura 14.4]; se duda si estos fueron cazados o pescados, o bien fueron introducidos por carnívoros, aves rapaces, etc.

Por lo que se refiere al periodo transicional al Holoceno, los primeros datos disponibles para los niveles de El Cierro indican un predominio exclusivo (> 95%) del marisqueo de diferentes especies de lapas, seguido de lejos del mejillón [Figura 15]. También están presentes los bigáros y las monodontas. Hay evidencia de la recogida de erizos de mar y de algún cangrejo. En Los Azules I, y a pesar de ser un yacimiento situado al menos 15 km de la costa durante el Aziliense, existen evidencias de marisqueo. Aquí predomina la recolección de lapas (> 85%) seguido de mejillones, de monodontas y de bigáros. Los restos de erizos y cangrejos son muy escasos.

6. Aspectos sociales

Durante el Paleolítico superior y la transición al Mesolítico, y muy posiblemente debido a la me-

jora paulatina de las técnicas de caza y la especialización depredadora, en la región cantábrica pero, particularmente en el valle del Sella, se registra un número mayor de ocupaciones que en periodos anteriores. La razón de tal incremento quizá se deba al aumento demográfico que tuvo lugar a partir del 40.000 años. Ahora los grupos humanos van a formar asociaciones familiares más amplias y van a establecer alianzas en las que se intercambian bienes, personas, códigos simbólicos e ideas.

La evidencia arqueológica que nos ayuda a defender este discurso, sin embargo, no es abundante. Desde comienzos del Paleolítico superior se observa la circulación de materias primas (principalmente sílex) y determinados objetos que entran dentro de la categoría del arte mobiliario en yacimientos alejados entre sí cientos de kilómetros. Por lo que se refiere a los yacimientos del valle del Sella, cabe destacar la presencia de objetos de adorno elaborados en concha marinas reco-

das en la costa cantábrica, aunque también hay presencia de caracoles de origen mediterráneo. Además, en algunos soportes óseos y pétreos se repiten grabados que representan temas naturalistas y esquemáticos, temas similares a los localizados en otros yacimientos de la región cantábrica y de los pirineos franceses.

6.1. Contextos sepulcrales

Los enterramientos del Paleolítico superior, a los que se asocian rituales y en algunas ocasiones, una gran abundancia de objetos interpretados como ajuar, nos aportan gran información sobre las creencias y sobre el mundo simbólico, etc. de los primeros representantes de nuestra especie en el continente europeo. Hasta el momento, en la región asturiana, el único enterramiento documentado procede de Los Azules I, datado en el Azilense (Álvarez-Fernández 2014; Fernández-Tresguerres 1980, 2004; Garralda 1986) [Figura 16].

En la pared oeste de la cueva se abrió una pequeña fosa poco profunda sobre la que se depositaron los restos óseos de un individuo rodeados por bloques de piedra. Estaba tendido sobre su espalda, en posición decúbito supino, con el brazo izquierdo paralelo al cuerpo y con la mano cerrada, mientras que el brazo derecho aparecía doblado y descansaba sobre la pelvis, con la mano extendida. El estudio antropológico indica que se trata de un individuo varón adulto, muy robusto y de gran estatura, con una edad entre 37 y 47 años. Sus dientes carecen de caries y presentan un avanzado desgaste oclusal. Asociados al enterramiento se documentaron diversos elementos que posiblemente formaron parte del ajuar funerario, entre los que destacan diversos útiles líticos (raspadores, buriles, hojitas de dorso, etc.) y óseos (arpones), así como materias primas para su fabricación (percutores, núcleos, astas de cérvido). También se hallaron algunos cantos pintados y un cráneo de un tejón,

Figura 17. Valvas del mejillón *Modiolus barbatus* de la tumba de Los Azules I (foto: E. Álvarez-Fernández).



Figura 16. Enterramiento azilense de Los Azules I (foto: J. Fernández-Tresguerres).

todos situados cerca del fémur izquierdo. Junto a este hueso se colocaron además de 11 valvas de una especie de mejillón denominada *Modiolus barbatus* [Figura 17]. Estas conchas posiblemente fueron recogidas en la zona de estuario del río Sella y llevadas a la cueva; sirvieron quizá como ofrenda. En el proceso de excavación se documenta-

ron restos de colorante rojo, que tiñeron los huesos humanos y algunos materiales arqueológicos del enterramiento.

Aparte del enterramiento citado, en el Magdaleniense inferior de El Cierro se documentó un molar posterior humano con intenso grado de abrasión en la corona, posiblemente de un individuo adulto (Álvarez-Fernández et al. 2018), mientras que el Área de Estancia de Tito Bustillo se cita un incisivo, un canino y un premolar, los dos últimos también con intenso grado de abrasión (Moure 1990).

6.2. Los objetos de adorno

Uno de los aspectos que caracterizan los contextos, ya desde comienzos del Paleolítico superior, es la presencia de objetos de adorno. Dos son las materias primas más abundantes destinadas a la fabricación de estas piezas, por un lado las conchas de moluscos marinos y, por otro, dientes de los animales. La forma más habitual de ponerlas en suspensión es por medio de un orificio creado con una punta lítica, cerca de la boca del caracol, en el caso de los gasterópodos, o en la raíz, en el de los dientes. Se advierte una selección de determinados soportes, de colores (sobre todo, las conchas de los gasterópodos), formas (globulares, apuntadas, en forma de torre, etc.), y tamaños. Mucho menos frecuentes son las piezas elaboradas en otras materias primas de origen animal (hueso, asta, marfil) y mineral (rocas y minerales). En este caso, además de crear los orificios, la materia prima se trabaja hasta lograr una forma determinada, como es el caso, por ejemplo, de las cuentas de collar.

En el valle del Sella se han documentado objetos de adorno en Tito Bustillo (Área de Estancia, Área de las Pinturas, Sala de los Antropomorfos e Interior Zona XI), La Lloseta, El Cierro, Cova Rosa, La Güelga, El Buxu y Los Azules I (Álvarez-Fernández 2002, 2006, 2013; Álvarez-Fernández et al. 2016, en prensa b; Balbín et al. 2002, 2009; Moure 1990).

Los primeros objetos de adorno proceden de yacimientos con niveles adscritos al Solutrense (El Cierro, Cova Rosa y El Buxu), y han sido elaborados fundamentalmente en dientes de ungulados (caninos atróficos de ciervo e incisivos de caballo) y conchas de gasterópodos marinos (*Trivia* sp. y *Littorina obtusata*). Entre estos, la pieza más destacada es el canino de oso

perforado y esculpido de El Buxu, que comentaremos en detalle más adelante [Figura 20]. Hay que destacar, también por ser objetos únicos, la presencia de dos cuentas de collar realizadas en ámbar, posiblemente de origen local, procedentes de Cova Rosa.

En la fase antigua del Magdaleniense de El Cierro y de Cova Rosa los objetos de adorno son escasos. Aquí se han documentado dientes perforados de ciervo, de caballo y de cabra. De Cova Rosa procede una concha de *Antalis* sp. y otra de *Littorina obtusata*, esta última con un orificio. En el Magdaleniense de la Güelga se documentaron caninos atróficos y dientes de carnívoros perforados, así como fragmentos del estilohioideo del hueso hioides de ungulados con orificios. Estos elementos óseos se encuentran debajo de la laringe y su parte proximal recuerda la forma natural de la cabeza de un herbívoro visto de perfil.

Sin embargo, es Tito Bustillo, particularmente la excavación en el Área de Estancia, donde se han documentado un mayor número de objetos de adorno [Figura 18, arriba]. Se han realizado en una gran variedad de materias primas, tanto de origen animal como mineral. Con más de 200, es el yacimiento con más piezas de este tipo de la Prehistoria, no sólo asturiana, sino de toda la región cantábrica. Predomina la utilización de conchas de gasterópodos marinos que probablemente fueron recogidas en las playas cercanas a la cueva, sobre todo de *Trivia* sp. y *Littorina obtusata*/*Littorina fabalis*. Sin embargo, también están presentes gasterópodos de origen mediterráneo, por ejemplo, *Homalopoma sanguineum*. Los dientes son también abundantes, sobre todo los caninos atrófico de ciervo. Entre los huesos dotados con perforación destacan los ya citados “huesos hioides”. En asta de cérvido se elaboró la célebre esculturilla que representa una cabra [Figura 23] y entre las materias primas de origen mineral, destaca la fabricación de cuentas en esquisto y en azabache.

En la fase reciente del Magdaleniense se vuelven a reducir los tipos, y lo que predominan son los caninos atróficos de ciervo perforados (La Lloseta, Los Azules I).

En el Aziliense de Los Azules I se han documentado también algunos caninos atróficos de ciervo, aunque son abundantes las conchas, particularmente de *Trivia* sp. (alrededor de setenta), y en mucha menor medida, de *Littorina obtusata* y de *Tritia reticulata*.



Figura 18. Arriba: Objetos de adorno de Tito Bustillo documentados en la Sala de los Antropomorfos (1) y el Área de Estancia (2 a 12). 1. Hioides de caballo con representación de cabeza de cierva. 2. Hioides de ciervo con líneas cortas paralelas en los bordes. 3-5. Caninos atroficados de ciervo perforados con incisiones en la corona. 6. Plaquita de esquisto con perforación incompleta decorada con puntos. 7. Concha perforada de *Littorina obtusata*. 8. Concha perforada de *Trivia* sp. 9. Concha de *Antalis* sp. 10-12. Conchas perforadas de *H. sanguineum*. Abajo: 13. Concha de *Patella vulgata* con restos de ocre en el interior y el exterior (foto: E. Álvarez-Fernández).

En la mayor parte de las ocasiones estas piezas perforadas aparecen perdidas en las estratigrafías. Sólo en algunas su acumulación nos permite inferir la existencia de posibles objetos de adorno más complejos documentados en determinados contextos. Es el caso de los al menos nueve caninos atróficos fracturados por termoalteración, todos ellos asociados a un hogar del Área de Estancia de Tito Bustillo. Se interpretan como un collar arrojado intencionalmente al fuego.

Otro ejemplo procede de la Galería de los Antropomorfos de la citada cueva, donde se descubrieron cuatro contornos recortados; estaban agrupados en una repisa frente a una mano en negativo. Se elaboraron en “huesos de hioides” de caballo y representan cabezas de équidos. Por su semejanza en la fabricación y en el grabado de las partes anatómicas (ojo, morro, oreja, etc.) con el documentado recientemente en la cueva asturiana de Coímbre (Peñamellera Alta) (Álvarez-Alonso 2017); estos objetos de adorno se adscriben al Magdaleniense.

En el caso del nivel 3e Los Azules I, se documentaron 75 objetos de adorno, quizá formando parte de un collar. Todos fueron elaborados en conchas marinas de los gasterópodos *Trivia* sp. y *Littorina obtusata* y en caninos atróficos de ciervo.

Por último, hay que destacar el hallazgo en el Área de Estancia de Tito Bustillo de algunas conchas de lapas con restos de restos de colorante, fundamentalmente rojo, su interior. Este tipo de “contenedores” posiblemente hay que ponerlo en relación con el adorno corporal del grupo que habitó esta cavidad y con la preparación de pigmentos destinados a la realización del arte parietal [Figura 18, abajo]. Estos colorantes proceden del interior de la cueva, donde se han descubierto zonas en las que se han observado indicios de su procesado (Iriarte et al. 2009).

6.3. El arte mueble

Los objetos de arte mueble, figurativo y no figurativo, han sido realizados a partir de diferentes soportes óseos (azagayas, omoplatos, espátulas, varillas, bastones perforados, etc.) y líticos (plaquitas y plaquetas) y están presentes en los principales contextos del valle del Sella datados durante el Solutrense (El Buxu), el Magdaleniense (El Cierro, La Güelga, Tito

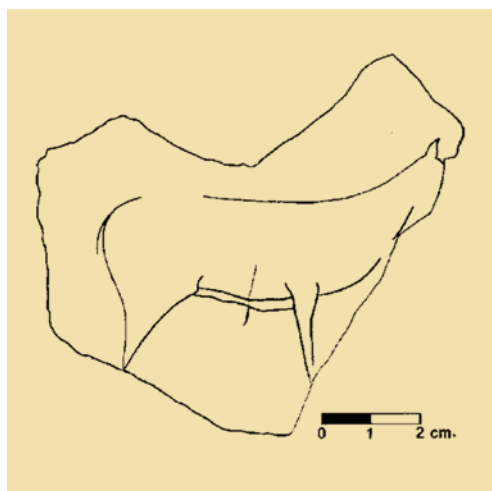


Figura 19. Plaqueta grabada con una cierva sin cabeza (Menéndez et al. 2014).



Figura 20. Diente de oso perforado en el que se ha esculpido un ánade (Menéndez et al. 2014).

Bustillo-Área de Estancia, Área de las Pinturas, Sala de los Antropomorfos e Interior Zona XI) (Álvarez-Fernández et al. 2016; Balbín et al. 2002, 2009; Menéndez 2016; Menéndez et al. 2005; Moure Romanillo 1990) y el Aziliense (Los Azules I) (Fernández-Tresguerres 2004).

En el Solutrense de El Buxu se documentaron varias plaquetas de caliza desprendidas por gelivación de las paredes exteriores de la cueva. Cuatro de ellas aparecen grabadas, una de ellas con una representación incompleta de una cierva grabada con trazo muy fino [Figura 19]. De los mismos niveles procede el ya nombrado colgante sobre colmillo de oso. En esta pieza se escul-

pió la figura de un ánade, en la que se han destacado el pico y las alas [Figura 20].

Dos de los fósiles directores característicos del arte mueble del Magdaleniense inferior cantábrico se documentan de El Cierro. Por una parte, azagayas de sección cuadrangular con grabados lineares, longitudinales y horizontales. Por otra, el hallazgo de un omoplato de cérvido con grabados estriados representando una cabeza de cierva como tema principal [Figura 21].

En una fase posterior del Magdaleniense se incluirán objetos de arte como el fragmento de tibia de ciervo adulto de La Güelga con tres cabezas de cérvido grabadas con estilos y con con-



Figura 21. Fragmento de omoplato grabado de la fase antigua del Magdaleniense de El Cierro con diferentes grabados estriados, entre los que se puede reconocer una cabeza de cierva (foto: J. Bécares).

venciones diferentes, en un momento en el que el hueso aún estaba fresco [Figura 22].

Sin embargo, vuelve a ser el Área de Estancia de Tito Bustillo el yacimiento donde se concen-

tran más objetos de arte mobiliario en Asturias, en general, y en el valle del Sella en particular. Azagayas, arpones, varillas, un bastón de mando, etc. aparecen a menudo decorados con líneas

oblicuas, a veces formando retículas, y en menor medida, con motivos curvilíneos, aspas, zigzags, escaleriformes, ángulos y líneas transversales cortas. Mucho más escasas son las representaciones de motivos figurados, como una espátula con representaciones esquemáticas de caballos y una azagaya con una representación frontal estilizada de cabra [Figura 12.3]. Los objetos de adorno en soporte orgánico también se decoran, destacando los caninos atróficados de ciervo con incisiones en la corona y los “huesos hioides” con incisiones cortas y profundas en sus bordes [Figura 18. 1 y 3-5]. Estas últimas piezas están también presentes en la Güelga. En otras ocasiones, los objetos de adorno son verdaderas esculturas naturalistas, como la citada cabeza de cabra, que presenta una perforación en la oreja [Figura 23]. Por lo que se refiere al arte mueble en soporte lítico, hay que señalar que en el Área de Estancia de Tito Bustillo se han documentado siete fragmentos de plaquetas con grabados, entre los que se representan diferentes figuras animales, fundamentalmente cérvidos y équidos [Figura 24]. Entrarían dentro de este grupo algunos objetos de adorno, como uno de los elaborados en esquisto, que presenta puntuaciones en su superficie [Figura 18.6].

Las recientes intervenciones en otras zonas de la cueva de Tito Bustillo han incrementado el número de objetos de arte mobiliario. Es el caso de los ya citados cuatro contornos recortados elaborados sobre “huesos hioides” de caballo grabados y perforados, en los

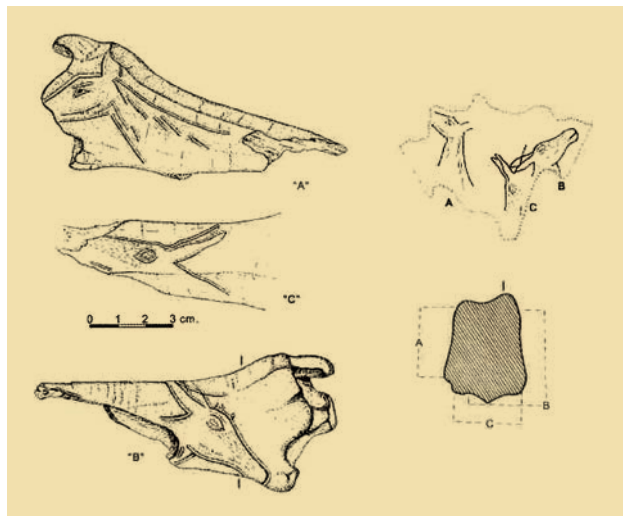


Figura 22. La Güelga. Tibia con tres cabezas grabadas (Menéndez et al. 2004).



Figura 23. Tito Bustillo, Área de Estancia. Escultura que representa una cabeza de cabra (foto: J. A. Moure).



Figura 24. Tito Bustillo, Área de Estancia. Plaqueta grabada con la cabeza de un caballo (foto: J. A. Moure).

que de forma esquemática se representan cabezas de équidos, procedentes de la Galería de los Antropomorfos [Figura 18.2]. En la zona interior R. de Balbín et al. (2009) citan soportes óseos con grabados, entre los que destaca la representación



Figura 25.
Los Azules I.
Arpón con grabados
(foto: J. Fernández-
Tresguerres).



Figura 26.
Los Azules I.
Espátula
con puntos
(Escortell 1988).

de la cabeza de un macho cabrío, en un contexto datado en la fase reciente del Magdaleniense.

En el Aziliense se decoran diferentes objetos elaborados en materias primas de origen animal y mineral. Sin embargo, y frente al Magdaleniense, desaparecen los motivos figurativos. Son escasos los ejemplares de armas y útiles de uso común que se decoran. En Los Azules I destaca un arpón cuyo fuste aparece grabado mediante líneas paralelas con trazos cortos perpendiculares inscritos en ellas [Figura 25]. En este yacimiento también destaca un punzón decorado con incisiones paralelas en todo el contorno de la pieza y una espátula realizada a partir de un metápodo de ciervo decorada en una cara con alineaciones de puntos [Figura 26]. Por último, asociado al enterramiento, se documentaron algunos cantos rodados pintados con puntos negros, y otro con un punto rodeado parcialmente con una corta línea curva [Figura 27].



Figura 27. Los Azules I. Cantos pintados
(dibujo: J. Fernández-Tresguerres).



CAPÍTULO 6

El Mesolítico y la Prehistoria reciente en el valle del Sella

PABLO ARIAS CABAL

RAFAEL BOLADO DEL CASTILLO

MIRIAM CUBAS MORERA

MIGUEL ÁNGEL FANO

SARA NÚÑEZ DE LA FUENTE

JOSÉ ANTONIO LÓPEZ SÁEZ

1. Nuevos tiempos: La evolución climática durante el Holoceno

La transición entre el final del Pleistoceno, determinado climáticamente por unas condiciones frías y secas, y el inicio del Holoceno (ca. 9750 a.C.), estuvo caracterizada, desde un punto de vista paleoambiental, por un aumento de las temperaturas, de alrededor de 15° C de media, durante un proceso bastante rápido, aunque progresivo, que derivó en el ascenso de los niveles del mar entre 30 y 40 m, como consecuencia de la fusión del hielo procedente de los casquetes polares. Estos hechos, probablemente, actuaron como agente atemperador del clima, propiciando nuevas condiciones de mayor temperatura y pluviosidad a nivel planetario, aunque con evidentes consecuencias en la morfología de la costa, pues, aunque favoreció la formación de estuarios y marismas, supuso también la desaparición de territorios emergidos, con la consiguiente pérdida de registros arqueológicos. Aunque existe un patrón general de la variabilidad climática señalada, se han documentado, sin embargo, diferencias entre regiones. Así, mientras amplios territorios de Europa y de todo el Hemisferio Norte experimentaron el ya citado aumento de humedad y temperatura, los más próximos a la cuenca mediterránea, como la Península Ibérica, se vieron afectados por periodos de sequías y aridez acusados, por una fuerte estacionalidad, que en algunas regiones ibéricas incluso se prolongan hasta momentos ya avanzados de los inicios del Holoceno.

En lo que concierne a la región cantábrica en general, y al valle del Sella en particular, esta mejoría climática fue un factor determinante en la configuración del paisaje, pues las nuevas condiciones, más templadas y húmedas, provocaron una rápida respuesta de las comunidades vege-

tales. Así, los elementos típicamente esteparios asociados al paisaje del Tardiglacial fueron sustituidos rápidamente, a inicios del Holoceno, durante el Mesolítico, por densos bosques de formaciones caducifolias, que habrían permanecido hasta entonces reducidas a enclaves con ambientes más térmicos, a refugios de flora mesófila y termófila. Los registros paleoclimáticos de los lagos Enol y Ercina (Covadonga, Cangas de Onís) son un claro reflejo de este cambio en las condiciones paleoambientales (Moreno *et al.* 2011). En ellos, se observa el paso de un paisaje dominado principalmente por herbáceas y gramíneas, con un bajo porcentaje de árboles y arbustos en los momentos finales del Pleistoceno, a otro en el que los bosques caducifolios colonizan el espacio. Estos bosques habrían estado formados principalmente por robles, abedules y avellanos, acompañados, en menor medida, por nogales, castaños y hayas. Esto último confirma el carácter autóctono de estas especies, pues tradicionalmente se creyó que habían sido introducidas en la Península Ibérica durante la romanización. Los datos paleoambientales, a día de hoy, permiten asegurar el carácter natural en la península ibérica del nogal, el castaño y el haya, especies que subsistieron en áreas especialmente protegidas durante el Pleistoceno, en refugios; pero que al iniciarse el Holoceno, con la mejoría climática, experimentarían cierta expansión. La presencia, de manera generalizada, de vegetación típica de ribera como los alisos, los sauces, los olmos o los tilos, evidencian la presencia de cursos estables de agua a lo largo de toda la región, y de la importancia de los bosques riparios en los paisajes de inicios del Holoceno.

Durante el Neolítico, a mediados del Holoceno, los bosques caducifolios de robles, avellanos y abedules, acompañados casi siempre por alisos, sauces y olmos, a veces por tejos y acebos, conti-

núan dominando los paisajes del valle del Sella. No obstante, es en estos momentos, alrededor de mediados del V milenio a.C. y, sobre todo, durante el IV, cuando empiezan a evidenciarse los primeros procesos de transformación del paisaje, vinculados a la introducción de la agricultura y la ganadería, especialmente en los lugares más próximos a la costa y en los valles interiores; no tanto en los lugares montañosos, los cuales, seguramente por su mayor rigurosidad climática, quedaron indemnes a la presión antrópica, salvo quizá alguna incidencia menor del pastoreo transmeridiano. En este sentido, a lo largo del valle del Sella y territorios vecinos, coexistieron, durante el Neolítico, lugares en donde las comunidades humanas adoptaron rápidamente prácticas productivas como el cultivo de cereales y la ganadería, caso de Monte Areo (Carreño) (López Merino et al. 2010), con otros en donde el aprovechamiento de los recursos silvestres parece la tónica general, caso de los yacimientos de Los Canes (Cabrales) o Mazaculos (Ribadedeva).

El Calcolítico y la Edad del Bronce, aunque poco documentados en la zona, son periodos cronológicos en los que, si bien no de manera acusada, se asiste a una cierta matorralización del paisaje, pues, los brezales y los tojales cobran mayor importancia en detrimento de las formaciones boscosas caducifolias, que siguen siendo muy abundantes. Esto respondería a una presión humana creciente sobre el paisaje, probablemente apoyada en un incremento demográfico. Las actividades agrícolas y ganaderas cobrarían cada vez mayor importancia en las zonas de costa, y no tanto en las zonas interiores y de montaña. Aun así, los bosques de la cuenca del Sella siguieron siendo los mejores exponentes del paisaje, toda vez que el impacto antrópico no les afectó en demasía y sus ecosistemas muestran un estado de conservación elevado.

Finalmente, durante la Edad del Hierro se atestigua un impacto antrópico sobre el paisaje del valle del Sella mucho más alto que en los periodos anteriores. La presencia constante de polen de cereal es un claro indicativo de la instalación de cultivos permanentes en la zona. La transformación del paisaje por parte de las sociedades de la Edad de Hierro se hace patente, también, por la intensificación de las actividades ganaderas y por el desarrollo de la metalurgia, que en conjunto provocaron un cambio cuantitativo y cualitativo progresivo en la composición de los

bosques. Los robledales empiezan a disminuir sensiblemente, aumentan exponencialmente las formaciones arbustivas y matorrales asociados a las etapas degradativas de los bosques caducifolios, se extienden prados y herbazales de origen antrópico, se dedican amplios espacios a la agricultura, etc. En paralelo, en estos momentos también se evidencia la expansión del haya, especie que hoy domina muchos de los bosques del valle del Sella (hayedos), pero cuyo desarrollo debe entenderse como resultado de las actividades humanas de aclareo de los robledales, donde el haya, gracias a su carácter heliófilo, habría progresado rápidamente.

2. Los últimos cazadores y recolectores: el Mesolítico

2.1. Un tiempo nuevo

El Mesolítico, la etapa intermedia entre el Paleolítico y el Neolítico, corresponde a las últimas fases de los grupos de cazadores-recolectores en la mayor parte del continente europeo. La etapa previa, denominada Aziliense, constituyó un epígono del Paleolítico superior claramente entroncada con el mundo magdalenense en aspectos como el patrón de poblamiento, la economía o los utillajes (Fernández-Tresguerres 2004). De hecho, es común el empleo del término “Epipaleolítico” (en referencia a lo que está por encima del Paleolítico y en evidente conexión con éste) para aludir a la etapa aziliense. No obstante este período ya mostró enérgicos síntomas de cambio; la transformación de la expresión gráfica, que incluyó la desaparición del gran arte rupestre paleolítico, es uno de los más significativos.

El Mesolítico supuso un paso más, ya definitivo, en esa dirección. Fueron poblaciones que conocieron unas condiciones ambientales similares a las nuestras. Su tecnología no fue tan espectacular como la de los cazadores del Paleolítico pero sí muy eficaz; de hecho, es ahora cuando aparecen armas tan innovadoras como el arco, en sintonía con la producción de un utillaje de piedra de muy pequeña talla y de forma geométrica (los llamados “microlitos geométricos”) que formó parte de las flechas propulsadas con los nuevos ingenios. La economía se caracterizó por el aprovechamiento de un amplio elenco de recursos (con presencia significativa



Figura 1. Cueva del Cuetu la Hoz (Collera, Ribadesella).

de los marinos), circunstancia favorecida por la mejora climática del Holoceno. En determinadas regiones de Europa, como Bretaña o el sur de Escandinavia, la sobresaliente adaptación al medio de las poblaciones del Mesolítico favoreció incluso la emergencia de unos cazadores-recolectores distintos a los conocidos hasta entonces, que llamamos “complejos” y que muestran claros signos de sedentarización (acompañada además de extensos cementerios), de desigualdad social y de violencia, entre otros rasgos culturales innovadores (Arias 1997).

2.2. El Asturiense

La investigación sobre el Mesolítico ha resultado desigual a lo largo del norte de España. Asturias, y en particular la zona oriental, es un espacio privilegiado, dado que desde principios del siglo XX se han desarrollado investigaciones centradas en el estudio de una de las culturas clásicas del Mesolítico europeo: el Asturiense (Fano 2004, 2018). Así la denominó Hugo Obermaier, uno de los prehistoriadores europeos más influyentes de la primera parte del siglo pasado,

precisamente por ser en Asturias donde se documentó por primera vez la nueva cultura. No obstante, fue Ricardo de Estrada y Martínez de Morentín, VIII Conde de la Vega del Sella, quien definió con precisión la cronología y los rasgos culturales esenciales de los grupos asturianos (Vega del Sella 1923). Según sus observaciones, el Asturiense abarcaba el tramo costero comprendido entre las poblaciones de Ribadesella y Santander, y correspondía a la etapa inmediatamente posterior al Paleolítico (Aziliense incluido). Desde los tiempos del Conde, la investigación se ha centrado esencialmente en la costa oriental de Asturias, que constituye el área clásica de dispersión de este complejo arqueológico. La densidad de yacimientos en esta zona es una de las más altas de Europa: en solo 50 km de costa se han catalogado en torno a 130 yacimientos. En cambio, en el occidente de Cantabria apenas se han llevado a cabo trabajos de campo, a pesar de que la concentración de yacimientos es también muy importante.

Los sitios arqueológicos asturianos se caracterizan por la existencia de concheros conservados en cuevas y abrigos [Figura 1]. Determinados

procesos geológicos han condicionado que restos más o menos importantes y generalmente cementados (muy endurecidos) de los depósitos originales hayan quedado adheridos a las paredes y techos de las cavidades. Afortunadamente, también se conservan algunos concheros “suelos”, no endurecidos, que han posibilitado trabajos de excavación convencionales. Hablamos de concheros porque se trata de depósitos producto de la actividad humana caracterizados a primera vista por la notable presencia de conchas de moluscos marinos, sobre todo de lapas, de bigaros y de mejillones. Pero cuando estos yacimientos se estudian con más detalle vemos que la realidad arqueológica es más compleja, dado que también encontramos herramientas de piedra, restos de otros animales y de frutos silvestres que también formaron parte de la dieta de aquellas poblaciones, hogares para cocinar y calentarse, conchas para adornarse y en ocasiones incluso tumbas. Al oeste de Ribadesella, en Villaviciosa, en Gijón, en la zona del cabo Peñas, también conocemos yacimientos asturianos, pero solo se conservan utensilios de piedra en superficie, los llamativos “picos asturianos” a los que haremos referencia después. Lo comentado probablemente se deba a la escasez de cuevas, sobre todo en la costa occidental del Principado, circunstancia que no ha favorecido la conservación de los depósitos asturianos típicos.

2.3. El Asturiense en el valle del Sella

El valle del Sella se localiza en la zona clásica de dispersión del Asturiense. Los yacimientos clave para su estudio y que han aportado más información, como Mazaculos II, La Riera, El Mazo, o El Alloru, entre otros, se localizan en otras zonas del oriente de Asturias, principalmente en el concejo de Llanes (González Morales 1982; Straus y Clark 1986; Gutiérrez-Zugasti et al., 2014; Arias et al., 2016). Pero en la parte baja del valle que nos ocupa y en su entorno próximo conocemos un buen número de concheros, de entidad variable, caracterizados por los rasgos señalados. En buena parte de ellos, como los conservados en las cuevas del Cuetu, de Ceñil, de La Boquera, del Tennis, de San Antonio y de La Presa, entre otras, no se han llevado a cabo intervenciones arqueológicas.

La cueva de La Presa nos sirve como ejemplo de lo que habitualmente encontramos en las ca-

vidades que albergan concheros asturianos en la cuenca baja del Sella. El sitio se localiza aguas arriba del arroyo de Llovio, a menos de 2 km de punto en el que éste desemboca en el río Sella a la altura de la localidad de Llovio. La boca de la cueva tiene una anchura de algo más de 7 m y unos 3 m de altura máxima. A partir de los 2 m de profundidad el vestíbulo se encuentra obstruido por un gran bloque, de manera que el acceso hacia el interior sólo es posible a partir de dos pasillos laterales. En el de la derecha, a la altura del suelo y en distintos puntos se conservan restos cementados del conchero original, en el que se identifican claramente lapas, bigaros y mejillones, y en menor medida otros invertebrados marinos.

En Les Pedroses y en La Lloseta la investigación sobre los depósitos asturianos se centró en la toma de muestras para la obtención de fechas, al margen de las observaciones del Prof. F. Jordá en el segundo sitio con motivo de su revisión de la cronología del Asturiense en los años cincuenta del siglo pasado (Fano 1998). Entre las novedades de los últimos años cabe mencionar la datación del conchero de Cuetu La Hoz (Fano 2004) [Figura 1]; el hallazgo de un contexto sepulcral mesolítico en Tito Bustillo al que después haremos referencia (Arias 2012); y los nuevos datos de El Cierro, producto de los trabajos recientes de Esteban Álvarez y su equipo (Álvarez et al. 2018) en el yacimiento, que han confirmado la existencia de ocupaciones asturianas en el sitio.

2.4. Cronología y patrón de poblamiento

El tiempo de los cazadores del Mesolítico en el valle del Sella y por extensión en el resto del área de dispersión del Asturiense corresponde al período 8.000-5.000 a.C. Más allá del año 5.000 a.C., aproximadamente, comienzan a documentarse en el Cantábrico oriental (este de Cantabria, País Vasco) novedades que anuncian un tiempo de cambio, pero en la región que nos ocupa las novedades neolíticas no comienzan a manifestarse hasta mediados del V milenio a.C., coincidiendo con el inicio del fenómeno megalítico (cf. *infra*).

El patrón de poblamiento descrito en el valle del Sella es el característico del Asturiense. De hecho, en el conjunto del Cantábrico el poblamiento de la costa parece potenciarse durante el Mesolítico. En el caso del oriente de Asturias no hay duda, pero eso no significa que el interior

del territorio se abandone de un modo absoluto. Sitios como las cuevas de Los Canes y de Arangas, localizadas en el concejo de Cabrales en la vertiente meridional de la Sierra de Cuera, dan buena cuenta de ello. Lo mismo ocurre al sur del valle del Sella, al otro lado de la divisoria de aguas cantábrica, donde conocemos ocupaciones de alta montaña de época mesolítica, en yacimientos como La Uña y El Espertín (León). Los yacimientos de Cabrales y de León no muestran los rasgos culturales característicos del Asturiense, pero fueron contemporáneos de los yacimientos de la costa y se han hallado materiales que revelan la relación del poblamiento interior con el medio litoral.

Al tiempo, sabemos que el ascenso del nivel del mar producto del calentamiento global que culminó en el Holoceno (*vid. supra*), afectó a parte de los espacios litorales que en su día fueron ocupados por las poblaciones del Mesolítico. No existen estudios de detalle, pero sabemos que lugares que hoy se sitúan en las proximidades de la línea de costa, como Tito Bustillo, se encontraban más alejados del mar en aquellos tiempos. De hecho, la inundación durante las pleamareas de cavidades que conservan concheros revela que estos depósitos se formaron cuando el nivel del mar se situaba a cotas más bajas. En todo caso, el fenómeno descrito afectó más a las ocupaciones litorales del Paleolítico superior, dado que entonces el nivel del mar se localizaba a cotas bastante más bajas y la pérdida de territorios (y de yacimientos) de esa época ha sido mucho más importante.

2.5. La economía de los últimos cazadores

Las prácticas económicas documentadas en los sitios asturienses son las propias de sociedades de cazadores-recolectores. La investigación al respecto ha comprobado la práctica de la recolección, de la caza y de la pesca.

La actividad recolectora mejor documentada es el marisqueo, cuyas evidencias están bien presentes en los yacimientos localizados en el curso bajo del Sella. La recolección del marisco se llevó a cabo, esencialmente, en zonas de costa abierta y sustrato rocoso, lo que determinó una recolección centrada en especies propias de esos espacios, con predominio neto de las lapas (distintas especies del género *Patella*) y de unos bígarras científicamente conocidos como *Phorcus*

lineatus. De manera más puntual, los espacios intermareales también proporcionaron a la dieta asturiense erizos de mar y algunas especies de crustáceos, como los percebes. Datos arqueológicos recientes del bajo Sella, como los procedentes del muestreo de Cuetu La Hoz o los que comienzan a conocerse en El Cierro, constituyen ejemplos de lo comentado. Otro tipo de recolección, la de frutos silvestres, resulta más difícil de documentar, pero ya disponemos de información sobre el consumo de este tipo de productos, entre los que destaca la avellana. Aunque aparecen de manera discreta en los concheros, es probable que alguna especie de caracol terrestre fuese también recolectada como alimento.

La carne de ungulados, en especial la de ciervo, constituyó una parte importante de la dieta de los grupos asturienses. Restos de especies bien adaptadas al medio boscoso del Holoceno, como el corzo y el jabalí, están presentes con frecuencia en los yacimientos. De un modo más puntual aparecen animales rupícolas, como la cabra montés, más propios de ambientes de montaña. Es probable que las aves fuesen también cazadas; se han documentado restos en algunos concheros pero de momento apenas se dispone de información al respecto.

Los concheros son lugares poco propicios para la conservación de materiales frágiles como los restos de pescado, sobre todo si los depósitos están muy endurecidos. Por esta razón la muestra de restos de peces de la que disponemos está seguramente sesgada y no refleja la importancia que debió tener la actividad pesquera, de la que nos dan testimonio los estudios bioquímicos sobre restos humanos asturienses, que muestran una dieta en la que en torno a la mitad de las proteínas procedían del mar. No obstante, los restos recuperados revelan el traslado íntegro del pescado hasta los asentamientos y también la explotación de ambientes acuáticos diversos, tanto marinos como fluviales. Se han hallado restos de sardina, de chicharro, de lubina y de trucha, entre otras especies.

2.6. La tecnología de las gentes del Mesolítico

Lo habitual es encontrar poco utillaje en los concheros asturienses, con predominio del llamado “utillaje pesado”, es decir picos asturienses y cantos tallados. Los picos, como el hallado recientemente en El Cierro [Figura 2], son útiles en



Figura 2. Pico asturiense de la cueva de El Cierro (Fresnu, Ribadesella) (foto: E. Álvarez-Fernández).

cierto modo estandarizados. Sus dimensiones absolutas y sus proporciones muestran la existencia de un módulo original para la elaboración de este tipo de instrumentos. El objetivo del tallador fue definir una punta robusta de sección triangular en uno de los extremos del canto de cuarcita utilizado como materia prima. Para la elaboración del utillaje de piedra los artesanos asturienses emplearon en general rocas disponibles en el entorno próximo; además de la cuarcita se tallaron radiolaritas, cuarzos, calizas, argilitas y distintas variedades de sílex.

Recientemente hemos comprobado que también hay concheros en los que están presentes útiles clásicos del Mesolítico europeo, como los microlitos geométricos a los que hicimos referencia con anterioridad, probablemente empleados como elementos de proyectil. Este tipo de uso se ha verificado científicamente, a través de un estudio traceológico, en el caso de los geométricos hallados en el yacimiento de la cueva de Los Canes. En el caso de los picos, se han planteado distintas hipótesis sobre su función. Un estudio traceológico reciente aboga por su uso como “pico marisquero”, es decir, para recolectar los moluscos de roca de la costa asturiana. Pero quedan incógnitas por despejar, como

la común presencia de picos rotos en yacimientos no inmediatos al litoral.

A diferencia de lo que ocurre en otros contextos mesolíticos de Europa (Arias 1997), donde se han hallado distintos instrumentos (como trampas) para la captura del pescado e incluso embarcaciones y remos, en el caso del Asturiense apenas disponemos de información relativa a la tecnología pesquera. Únicamente conocemos unas piezas óseas biapuntadas que desde los inicios de la investigación se han interpretado como anzuelos. Seguramente, la captura de especies como la sardina requirió el empleo de redes, pero carecemos de evidencias materiales. No obstante, trabajos recientes han mostrado que los grupos asturienses emplearon conchas como instrumentos de trabajo, en especial para la manufactura de elementos de origen vegetal, probablemente redes y cuerdas. También pudieron emplearse nasas y empalizadas elaboradas en materia vegetal. De hecho, así se ha explicado el hallazgo de peces de muy pequeña talla (sin interés alimenticio) hallados en otros contextos del Mesolítico del norte de España. Probablemente se trató de descartes pesqueros, es decir, de peces muy pequeños capturados junto a otros de mayor talla gracias al empleo de artes de pesca.

2.7. Los lugares de hábitat

El gran interrogante que nos plantean los yacimientos asturianos, como los localizados en el curso bajo del Sella, es el del significado de los concheros: ¿fueron lugares de hábitat o bien debemos interpretarlos como meros basureros producto de actividades llevadas a cabo en campamentos cercanos? No es una pregunta fácil, lo que ha provocado distintas respuestas desde los tiempos del Conde de la Vega del Sella. Lo que no está en duda es que el traslado de diversos productos (marisco sin procesar, carcasas de animales cazados, peces, frutos silvestres, materia prima para la elaboración de adornos, etc.) hasta los yacimientos revela la existencia de zonas de hábitat concretas relacionadas de algún modo con las cavidades.

Afortunadamente, la investigación de los últimos años ha posibilitado un avance significativo al respecto, o al menos comenzamos a tener ya una cierta base para articular una respuesta razonable a la pregunta planteada. Los nuevos datos proceden de yacimientos excavados en los concejos de Llanes y Ribadedeva, pero son extrapolables a la realidad del valle del Sella. La evidencia arqueológica muestra que en ocasiones la formación de los concheros fue producto de la propia ocupación de las cuevas; en el seno de los depósitos se han hallado restos de estructuras, como hogares y agujeros de poste (para levantar paravientos, tiendas, etc.), comunes en las zonas de hábitat de las sociedades de cazadores recolectores. En otros casos los depósitos parecen responder a simples acumulaciones de desperdicios. Al tiempo, también sabemos que existieron áreas de ocupación al aire libre, próximas a las cavidades y seguramente relacionadas con ellas. El reto actual de los investigadores es tratar de determinar cómo se articularon ambas realidades, es decir, la de los concheros cementados en paredes y techos de cavidades y la de los asentamientos próximos al aire libre.

2.8. La expresión simbólica de los grupos mesolíticos

Llama la atención el notable aumento de indicios funerarios durante esta etapa, sobre todo si situamos lo conocido para el Asturiense en su contexto cantábrico, donde se han hallado siete contextos sepulcrales seguros (Arias 2012). Dicho incremento está en sintonía con lo observado en

otros espacios de la península ibérica y del resto de Europa, aunque aquí no encontramos signos de “complejidad”. De hecho, en la región cantábrica no se han hallado auténticos cementerios y predominan los casos en los que el tratamiento funerario afecta a un solo individuo.

Cuatro de los contextos sepulcrales mencionados se localizan en el oriente de Asturias; dos de ellos se ubican en el área de dispersión del Asturiense: Molino de Gasparín y Tito Bustillo. En el primer caso se abrió una tumba en el seno de un conchero para inhumar al difunto, y en el segundo un grupo que habitaba en el bajo Sella se limitó a depositar a un finado directamente en el suelo, en un lugar apartado de la cueva de Tito Bustillo. Al otro lado de la divisoria de aguas, no muy lejos de las cuevas de La Uña y El Espertín antes mencionadas, se localiza otro contexto funerario (La Braña-Arintero) que muestra un tratamiento funerario (de dos difuntos en este caso) similar al de Tito Bustillo. De nuevo, los cadáveres no contaron con cubrición alguna y al igual que en el yacimiento del Sella junto a los individuos de La Braña-Arintero apareció colorante rojo. Los otros dos contextos funerarios del oriente de Asturias, Los Canes y La Paré de Nogales, se localizan al sur de las sierras litorales, no lejos, pero en un entorno bien distinto al de la plataforma costera. Los Canes es el lugar más complejo, al mostrar un uso reiterado del espacio sepulcral para inhumar distintos difuntos en tumbas bien delimitadas.

En otros concheros asturianos se han hallado bastantes restos humanos sin conexión anatómica, es decir claramente desarticulados, y sin evidencias de la existencia de tumbas. En algunos casos interpretamos esos hallazgos como restos de estructuras funerarias desmanteladas por procesos erosivos. Ya indicamos con anterioridad que, en general, lo que hoy encontramos en las cavidades es una pequeña parte de los concheros originales. Dado que la inhumación de cadáveres en el seno de depósitos ricos en conchas parece haber sido una práctica relativamente común en el norte de España (véase el caso de Molino de Gasparín ya mencionado), parece razonable suponer que en ocasiones la erosión de los concheros pudo determinar la desaparición total o parcial de tumbas asturianas.

Las demás evidencias arqueológicas vinculadas a un probable comportamiento simbólico resultan muy escasas. Apenas conocemos mani-

festaciones propiamente artísticas, salvo contadas piezas, como algún canto rodado de cuarcita con manchas de colorante rojo y alguna plaqueta pintada con el mismo tipo de colorante. No obstante, en los últimos años ha aumentado de un modo significativo el número de adornos personales hallados en concheros. Los grupos asturienes recolectaron y usaron como materia prima para la elaboración de adornos conchas de distintas especies de moluscos marinos recogidas en las playas del litoral, en particular las conocidas como *Trivia* sp., *Littorina obtusata* y *Tritia reticulata*. De manera más puntual también utilizaron caninos atrofiados de ciervo con el mismo propósito.

3. Las primeras sociedades campesinas: El Neolítico

3.1. La introducción de la agricultura y la ganadería en el continente europeo: apuntes sobre su origen

Las complejas economías industriales y post-industriales son herederas de la civilización agraria que comienza en Europa con la expansión de las prácticas agrícolas durante el Neolítico. La introducción de la agricultura y la ganadería constituye uno de los hitos más trascendentes y con mayores repercusiones de la Historia de la Humanidad. Supuso que los grupos humanos dejaron de ser cazadores y recolectores para convertirse en agricultores y ganaderos y así generar artificialmente nuevos recursos. Este importante cambio en la base de subsistencia de las comunidades humanas conllevó igualmente otras modificaciones en lo referente a su organización social y del trabajo, selección de los emplazamientos para el hábitat, mundo funerario y simbólico.

En la actualidad, siglo y medio después de que se publicara la primera definición de Neolítico (Lubbock 1865), se ha demostrado que tiene un claro origen extraeuropeo. La genética de las primeras poblaciones neolíticas, así como la evidencia proporcionada por los estudios de los animales y plantas domésticos, concuerdan en que el origen del Neolítico europeo se vincula al Próximo Oriente, donde se domesticaron en torno al 8.500 a. C. varias especies de cereales (trigo y cebada), y leguminosas (lentejas, garbanzos,

guisantes, habas) y cuatro especies de animales (la oveja, la cabra, la vaca y el cerdo).

La introducción de estas innovaciones en el continente europeo sigue diferentes trayectorias en las distintas áreas geográficas. De esta manera, se pueden observar territorios en los que este proceso está claramente relacionado con la migración de grupos campesinos procedentes de Próximo Oriente, como algunas zonas del Mediterráneo, mientras que en otras áreas el papel de las poblaciones previas de cazadores-recolectores fue especialmente importante, como ocurre en el caso del norte de Europa. Su introducción y consolidación en el continente es, por tanto, un fenómeno muy complejo que da lugar a un mosaico de “transiciones” entre los últimos grupos de cazadores-recolectores y las primeras comunidades neolíticas.

3.2. Las primeras evidencias del Neolítico en el valle del Sella

La introducción del Neolítico en la península ibérica se produce en torno al 5.650 a.C. En este marco, las primeras evidencias de especies domésticas en la región cantábrica aparecen al menos seis siglos después, en torno al 5.000 a.C., si bien son difíciles de rastrear en el registro arqueológico. La neolitización de la región cantábrica se vincula generalmente con la expansión del Neolítico a través del valle del Ebro (Arias 2007; Cubas et al. 2016), aunque también se han propuesto otras zonas de influencia (Zapata et al. 2007). La región cantábrica y, por tanto, Asturias presenta una serie de características similares al resto de la fachada atlántica europea. En primer lugar, la expansión del Neolítico en el extremo oeste del continente es un fenómeno retardatario comparado con su expansión en el Mediterráneo. En segundo lugar, a lo largo de toda la fachada atlántica europea se observa, en los momentos previos a la introducción de la agricultura y la ganadería, un importante sustrato poblacional mesolítico que refleja una gran vinculación con la exploración de los recursos marinos, como se ha visto anteriormente. Estas características hacen que la región presente una dinámica de neolitización marcadamente diferente al resto de la península ibérica.

Las primeras evidencias de agricultura y ganadería datan en torno a 5.000 a.C. en el Cantábrico oriental, sin embargo, ello no implica un com-

pleto abandono de las prácticas de subsistencia anteriores, la caza y la recolección. En los primeros momentos, la agricultura y la ganadería aparecen documentadas en el Cantábrico de forma modesta, conviviendo, en la mayor parte de los yacimientos, con actividades predatorias. En Cantabria, Vizcaya y Guipúzcoa, la presencia de animales domésticos y cereales está bien documentada en estas cronologías. Esta primera agricultura se caracteriza por la introducción simultánea de distintas variedades de trigo y cebada. Por su parte, la cabaña ganadera estaba formada por ovejas, cabras y ganado vacuno y porcino. Junto a ellos, se mantienen las evidencias de caza, la recolección de frutos silvestres, e incluso, la explotación de los recursos marinos.

La mayor parte de los sitios conocidos para estas cronologías se localizan en cuevas, lo que supone que una parte importante del registro arqueológico, los yacimientos al aire libre, son prácticamente desconocidos. En el registro asturiano, los primeros momentos de la introducción de la ganadería y la agricultura no están bien representados. El único contexto bien datado en los albores del V milenio a.C. es un nivel arqueológico procedente de la cercana cueva de Los Canes (Arangas, Cabrales) donde se han documentado las cerámicas más antiguas conocidas hasta la fecha en Asturias. A pesar de que tradicionalmente la introducción de la tecnología cerámica se ha relacionado con la expansión de la agricultura y la ganadería, en la cueva cabraliega se asocia a un conjunto de restos de fauna salvaje, donde los animales domésticos no están representados y no hay indicios de agricultura. La inexistencia de recursos domésticos en el yacimiento puede deberse bien a distintas dinámicas de transmisión de ambos fenómenos (agricultura y ganadería por un lado y tecnología cerámica por otro) tal y como se documenta en otras partes de Europa, o bien, a una funcionalidad específica del yacimiento como cazadero. Dada la ausencia de registro arqueológico en el resto de Asturias, con la información disponible es imposible escoger entre ambas propuestas explicativas.

En el valle del Sella, las primeras fases del Neolítico cantábrico están escasamente documentadas, al igual que en resto del territorio asturiano. Una datación obtenida del conchero de Les Pedroses (Clark 1976) sitúa en esta cronología, transición al V milenio a.C., la formación de una parte del conchero. De esta misma cavi-

dad procede un conjunto cerámico conservado en el Museo Arqueológico de Asturias cuya procedencia estratigráfica es dudosa. Está formado por 217 fragmentos que no permiten reconstruir morfologías completas. Entre ellos destacan algunos fragmentos decorados mediante cordones horizontales con impresiones de dedos (digitaciones) o uñas (ungulaciones). También se han identificado algunos fragmentos de galbo en los que se observa la aplicación de barro plástico con la impresión de dedadas. Estas características morfológicas y decorativas presentan claros paralelos con otros conjuntos del cantábrico adscritos a finales del Calcolítico o la Edad del Bronce (Cubas et al. 2013).

3.3. El megalitismo y la consolidación de las prácticas agropecuarias

Las evidencias neolíticas comienzan a ser más abundantes en Asturias y en la región cantábrica a partir de finales del V milenio a.C., cuando se inicia la construcción de estructuras megalíticas. Son éstas edificaciones monumentales, que frecuentemente incluyen cámaras de planta poligonal o rectangular formadas por lajas de piedra de gran tamaño. En su mayor parte, dichas cámaras son sepulturas colectivas, expresión de un nuevo tipo de ritual funerario y de profundos cambios simbólicos e ideológicos. Su aparición constituye uno de los principales criterios a la hora de diferenciar entre distintas fases dentro del Neolítico, en el que se puede distinguir una etapa anterior a la expansión del megalitismo, en la que la agricultura ya está claramente documentada (Los Gitanos, El Mirón, Lumentxa), y otra coetánea de este fenómeno. El registro de la cueva de Arangas (Arias et al. 2013) o el análisis polínico de Monte Areo (López-Merino et al. 2010), cerca de Gijón, son claras evidencias de la presencia de las prácticas agrícolas en el territorio asturiano.

Las estructuras megalíticas se expandieron por buena parte del continente europeo durante la segunda mitad del V milenio a.C., si bien es en el IV cuando alcanzan su apogeo. Su uso se prolonga a lo largo del III y en algún caso llega incluso al II milenio a.C. Su presencia se observa en todo el territorio asturiano y en prácticamente toda la región cantábrica, donde se han catalogado aproximadamente 1300 estructuras de este tipo. Sin embargo, su distribución



Figura 3. Ortostato de cabecera del dolmen de la capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís). Obsérvense los motivos geométricos pintados y piqueteados.

no es homogénea en toda la región. En general, estas estructuras aparecen agrupadas formando “necrópolis megalíticas” con un número variable de monumentos. En las cámaras, generalmente construidas con grandes lajas de piedra, predomina la morfología rectangular o poligonal, con unos 2 m² de superficie. Los túmulos que las cubren están compuestos de piedras o tierra, o en ocasiones alternancia de ambos tipos de materiales.

En el valle del Sella, se localiza uno de los conjuntos más monumentales de este fenómeno en territorio asturiano, el formado por los dólmenes de Santa Cruz, Abamia y Mian, aunque por desgracia la información de la que se dispone acerca de ellos es muy fragmentaria.

El dolmen de la capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís) (Vega del Sella 1919; de Blas 1979; Shee-Twohig 1981) constituye uno de los monumentos más destacados del megalitismo cantábrico. Se sitúa en plena ciudad de Cangas de Onís, bajo la iglesia de Santa Cruz, ocupando un inusual emplazamiento en el fondo del valle, en la confluencia del Güeña y el Sella. La estructura megalítica presenta una planta rectangular (2,5

x 6 m), formada por siete grandes ortostatos, y orientación ESE. Originariamente, esta estructura de piedra debió de estar cubierta con lajas que no se conservan en la actualidad. La cámara funeraria estaba cubierta por un gran túmulo, de forma elíptica, realizado a partir de cantos de río, hoy desaparecido (al igual que la capilla original fundada en el año 737 por el rey Favila, fue bárbaramente destruido durante la Guerra Civil y posteriormente reconstruido con una forma distinta de la original). Poco se ha conservado del contenido de la cámara: únicamente dos hachas pulimentadas, un fragmento de cuchillo de sílex y una posible hacha de cobre de adscripción dudosa (Jordá Cerdá 1962). El aspecto más destacable de esta estructura megalítica es la decoración que presentan sus ortostatos, que hacen de Santa Cruz el más importante ejemplo de arte megalítico en la región cantábrica. La integran motivos geométricos, no figurativos, tanto pintados como piqueteados, dispuestos en horizontal y vertical. El conjunto decorativo más interesante se encuentra en la losa de cabecera con un patrón constituido por triángulos y líneas verticales en zig-zag, en los que se combina el grabado y la pintura roja. Líneas rojas similares están presentes en otras dos lajas, mientras que una cuarta presenta motivos grabados no figurativos [Figura 3].

Junto al de Santa Cruz, el dolmen de Abamia (Corao, Cangas de Onís) constituye otro buen ejemplo del fenómeno megalítico en el valle del Sella. Actualmente, únicamente se conserva una laja (posiblemente una losa de la cubierta), en el Museo Arqueológico Nacional, en Madrid, en la que se observan motivos geométricos difíciles de interpretar.

Por último, también se tiene referencia de una tercera estructura megalítica, el desaparecido dolmen de Mian (Amieva) del que prácticamente no se tiene ninguna información más allá de la procedencia de este monumento de dos hachas pulimentadas, una de ellas de grandes dimensiones (22,5 cm de longitud).

A estas evidencias en la zona baja del valle del Sella, se deben añadir abundantes estructuras tumulares documentadas en el entorno de los Picos de Europa (Arias et al. 1995) y los cordales que limitan los dos grandes afluentes del río, el Güeña y el Piloña. Un ejemplo bien documentado de estos monumentos de montaña lo proporcionan los conjuntos de Demué,



Figura 4. Hacha pulimentada perforada del dolmen de la capilla de Santa Cruz (Cangas de Onís).



Figura 5. Punta de flecha de retoque plano del monumento megalítico de Vegabaño (Soto de Sajambre, Oseja de Sajambre) (foto: L. Teira).

Llaguiellu o la Vega las Mantegas, en Onís, o el de la majada de Vegabaño, en Soto de Sajambre (Oseja de Sajambre, León). La excavación de uno de los túmulos de este último conjunto, situado en la cabecera del valle del Sella, a una altitud de unos 1.300 m, reveló una estructura tumular de 5,7 metros de diámetro formada por arenas y bloques y con un recubrimiento exterior de piedras procedentes de las formaciones morrénicas cercanas (Arias y Teira 1997). La estructura reflejaba una gran alteración debido a la actividad de excavadores clandestinos, por lo que no se pudo determinar la existencia de cámara funeraria en el interior. No obstante, en el túmulo se recuperaron varios objetos en sílex y cuarcita, entre los que cabe destacar una punta de flecha romboidal [Figura 5] que demuestra la utilización de esta estructura durante el III milenio a.C.

El ritual practicado en las estructuras megalíticas debió de incluir el depósito, junto a los cuerpos, de distintos tipos de ofrenda funeraria. En general, los materiales que aparecen en las estructuras megalíticas son muy escasos. Estos se reducen a algunas piezas de industria lítica, tanto tallada como pulimentada, fragmentos de cerámica, que suelen ser muy escasos, y elementos de adorno, fundamentalmente colgantes o cuentas de collar. Distintas hachas de piedra pulimentadas de contexto desconocido procedentes de diversas zonas de la cuenca del Sella podrían relacionarse con estructuras megalíticas (Jordá Cerdá 1962). Entre ellas hay que destacar el hacha pulimentada y perforada del dolmen de Santa Cruz [Figura 4]. Este tipo de hacha presenta grandes similitudes con las documentadas en Vilalba (Lugo), Monte da Assunção (Santo

Tirso, Portugal) y Óbidos (Leiria, Portugal) junto a las que integra el denominado tipo Cangas, probablemente una versión local de las espectaculares hachas de jadeíta procedente de los Alpes italianos que se extienden en esta época por toda Europa, en parti-

cular por el sur de la región francesa de Bretaña (Pétrequin et al. 2012, 2017). No obstante, la propia hacha de Santa Cruz es claramente un objeto importado, pues la roca en la que está fabricada (silimanita) no existe en el Cantábrico y ha de venir de algún lugar situado a cientos de kilómetros de Cangas (las fuentes más cercanas están en Galicia y en el Sistema Central). En cualquier caso, este hecho refuerza la vinculación del fenómeno megalítico asturiano a las dinámicas culturales acontecidas en el arco atlántico.

4. Campesinos, mineros y guerreros. El Calcolítico y la Edad del Bronce

4.1. El nacimiento de las sociedades complejas

A partir del IV milenio a.C., se documentan importantes avances en la agricultura, tanto de tipo tecnológico (invención del arado) como relativas a la organización de esta actividad (aparición de nuevos cultivos, como el viñedo o el olivar, regadío en las zonas áridas...). También en la ganadería se produjeron cambios de gran relevancia. Además de la incorporación de un nuevo e importante animal doméstico, el caballo, el ganado dejó de ser básicamente una fuente de alimentos, a través de la carne y la leche, y comenzó a aprovecharse su fuerza para el trabajo y algunos productos que, aparentemente, no se habían utilizado hasta ese momento, como la lana. Las relaciones sociales de producción y, en general, la organización social también experimentaron importantes transformaciones, que desembocaron en lo que se ha dado en denominar “complejidad social”. Este término se emplea para referirse, por un lado, a la división social del trabajo, con oficios o funciones especializadas (hertero, minero, sacerdote, guerrero) y, por otro, a la existencia de diferencias de riqueza o de rango social entre unos individuos y otros. La sociedad compleja se opone, fundamentalmente, a la llamada segmentaria, característica del Neolítico, en la que no existían jerarquías sociales importantes, y en la que la mayor parte de las personas desempeñaban actividades y funciones similares (al menos para cada sexo y grupo de edad).

La complejidad también se vincula al poder. En las sociedades de este tipo se encuentran huellas de la existencia de personajes con algún tipo de potestad política. Este es uno de los rasgos esenciales del tipo de organización social denomina-

do “jefatura”, en el que una figura central domina la actividad social y disfruta de privilegios, muchas veces plasmados en normas suntuarias que le brindan un aislamiento ritual, como tipos especiales de vestido, tocados (penachos de plumas, por ejemplo) o insignias de su rango. Es precisamente la aparición de objetos de este tipo, conocidos como “bienes de prestigio”, uno de los indicios arqueológicos más característicos de los cambios sociales. Las élites nacientes hacen ostentación de su poder y su riqueza a través de la posesión, y muy frecuentemente la exhibición, de objetos valiosos por su exotismo, su complejidad técnica o su belleza. Así, materias primas raras o de origen remoto, como el marfil, los huevos de avestruz o el ámbar, u objetos muy elaborados, como puñales o alabardas de sílex, se convierten en símbolos de este ascenso social de una minoría. Es probable, incluso, que en algunos casos, estos objetos que, sin duda, eran objetos de intercambio (probablemente en mayor medida a través del regalo ostentoso que del comercio tal como lo entendemos ahora), vieran enriquecido su valor a través de la propia sucesión de propietarios, que los acabaría dotando de una historia, una “biografía” que proyectaría el prestigio de sus reales o míticos poseedores sobre los propietarios.

4.2. Cerámicas decoradas y cuevas sepulcrales en el valle del Sella

Pero los instrumentos de la ostentación social pueden ser muy variados. No siempre son objetos; en ocasiones son realidades más elusivas para el arqueólogo, pero no menos presentes para el espectador de la época, como actos, hábitos, alimentos, bebidas... Un ejemplo de gran interés a este respecto lo proporciona el campaniforme, un tipo de cerámica ricamente decorada que se extiende por gran parte de Europa occidental en el III milenio a.C. Ciertamente, se trata de una producción alfarera de gran belleza, vasos de gran calidad técnica decorados con sumo esmero. Pero probablemente no fuera la vasija lo único importante, e incluso puede que no fuera lo más relevante. Los análisis bioquímicos realizados en los últimos años han mostrado que estos vasos frecuentemente contuvieron bebidas alcohólicas, como la cerveza o el hidromiel. Esto sugiere que el éxito de estas cerámicas podría haber dependido de su vinculación a un nuevo hábito social, al consumo de alcohol,

algo novedoso que pudo tener un significado simbólico complejo.

Como señalábamos más arriba, la cerámica campaniforme tiene un área de distribución muy amplia, y en la península ibérica es particularmente frecuente. Sin embargo, Asturias es una excepción (sólo se conocen unos pocos fragmentos recuperados en la sierra del Aramo-de Blas y Rodríguez del Cueto 2015). A este respecto, es sumamente interesante que en la misma época en la que el campaniforme se extiende por regiones vecinas, como Galicia o la Meseta, aparezcan en el valle del Sella otro tipo de cerámicas ricamente decoradas con motivos incisos e impresos, a las que se ha denominado cerámicas “tipo Trespando” por haber sido definidas a partir de un conjunto recuperado en la cueva de ese nombre, en Corao (Cangas de Onís) (Arias et al. 1986). Este estilo cerámico se extiende por gran parte del sector central del Cantábrico, con una distribución geográfica que es aproximadamente complementaria de la del campaniforme, del que es, prácticamente coetáneo, según sugieren las fechas obtenidas en la cueva de Arangas (Cabrales), donde es muy abundante en torno a 2.000 a.C. (Arias y Ontañón 1999).

La cueva de Trespando es, por otro lado, un ejemplo de un fenómeno que fue muy frecuente en los milenios III y II a.C., el empleo de las cavidades naturales como espacio sepulcral. Esta fue una práctica muy extendida en la mitad oriental del Cantábrico (aproximadamente al este de San Vicente de la Barquera), pero bastante más rara en Asturias. No obstante, en la parte oriental tenemos constancia de algunos casos, entre los que podemos mencionar las cuevas de El Bufón (Puertas de Vidiago, Llanes) y Los Canes (Arangas, Cabrales) y, en la propia cuenca del Sella, el mal documentado ejemplo de la cueva de Valle (Piloña) (de Blas 1983: 91). Por lo general, se escogían cuevas pequeñas o estrechas galerías o rincones de cavernas más grandes, en las que se depositaba el cadáver de diversos individuos, normalmente un número moderado (una o dos decenas, como máximo) (Armendariz 1990; Ontañón y Armendariz 2005-2006). En algún caso se ha constatado que la cavidad fue tapiada (como sucedió, por ejemplo, en La Garma C, en Ribamontán al Monte, Cantabria), creando una cámara sepulcral aislada. Esto es coherente con el hecho de que en la mayor parte de las ocasiones los cadáveres fueran simplemente depo-



Figura 6. Canto rodado con representación antropomorfa esquemática de la cueva del Cuélebre (Corao, Cangas de Onís) (Escortell 1982).

sitados en el suelo de la cueva, sin ningún tipo de excavación o acondicionamiento del espacio, convirtiendo la galería en una especie de cripta. No obstante, hay constancia de algún caso en el que los cadáveres o los restos ya descompuestos fueron enterrados en fosas (la citada cueva de La Garma C o el vecino yacimiento de La Garma A).

Es posible que también procedan de un contexto sepulcral los materiales de la cueva de El Cuélebre, también en Corao. Desgraciadamente, de la excavación practicada en el siglo XIX por Roberto Frassinelli no se conserva ningún informe (Vilanova y Rada 1890), por lo que el contexto de estos objetos es desconocido. El lote incluye una hacha pulimentada, varias piezas de cobre (un puñal de los llamados de lengüeta, un anillo y una lezna), así como un canto con motivos geométricos grabados que se suele conocer con el nombre de “ídolo del Cuélebre” (de Blas 1974) [Figura 6]. Este último probablemente

sea una representación esquematizada de la figura humana, un tipo de objeto que aparece con mucha frecuencia en contextos sepulcrales del Calcolítico de la península ibérica. También es habitual encontrar en sepulturas puñales y elementos de adorno, lo que hace pensar que estos materiales (o parte de ellos, porque no hay seguridad de que sean coetáneos) podrían formar parte de una ofrenda funeraria, pero no existe evidencia suficiente para afirmarlo.

4.3. Minería y metalurgia del cobre

Sin duda la manifestación más palpable de los cambios que mencionábamos más arriba es un avance tecnológico: el trabajo de los metales. Al igual que sucedió con la agricultura, la metalurgia se inventó de forma independiente en varios lugares y épocas. La investigación de los últimos años ha puesto de manifiesto que uno de esos focos se podría situar en la propia península ibérica. La información disponible apunta a que las sociedades neolíticas del SE de España desarrollaron autónomamente, en el IV milenio a.C., técnicas particulares para trabajar el cobre, que se extendieron por la mayor parte de la península ibérica en torno a 3.000 a.C.

Es probable que el peso de la metalurgia como factor de dinamización económica de las sociedades del Calcolítico (aproximadamente 3.000-2.200 a.C.) y la Edad del Bronce (2.200-725 a.C.), haya sido sobrevalorado por la tradición arqueológica. Ciertamente, la metalurgia contribuyó al desarrollo de la complejidad social, pues requiere la puesta en marcha de oficios especializados y de otras actividades, como la minería o los intercambios. Sin embargo, la escala a la que desarrolló esta actividad antes de finales de la Edad del Bronce fue bastante limitada. Por otro lado, los objetos metálicos raramente se usaron como herramientas para otras actividades productivas. En realidad, la metalurgia parece haber sido más una consecuencia del desarrollo socioeconómico que la causa de éste. Los objetos metálicos eran bienes valiosos y fácilmente atesorables que, en su propio proceso de producción y distribución, generaban una considerable riqueza, cuyo control podría haber favorecido el surgimiento de élites sociales. Por otra parte, la industria metálica de los milenios III y II a.C. se orientaba primordialmente a la producción de armas, adornos y, en general, objetos de lujo, que serían consu-

midos por esas mismas élites nacientes, ávidas de ostentar su riqueza, las cuales encontrarían en los objetos de cobre y oro un medio especialmente adecuado para la exhibición de su poder y su prosperidad.

Es fácil comprender que, en ese contexto social, los recursos minerales cobran una considerable importancia. Estos son bastante abundantes en el sector central de la cordillera Cantábrica. La Asturias central y oriental y el norte de León poseen numerosos yacimientos cupríferos que, si bien carecen de rentabilidad económica en la actualidad, eran suficientes para las necesidades de los primeros metalurgistas prehistóricos. Aunque se pueden mencionar indicios de labores antiguas en numerosas minas de la región, en particular en el entorno de los Picos de Europa, las evidencias de explotación durante la Prehistoria se concentran en tres lugares: la sierra del Aramo, en el centro de Asturias, la mina de La Profunda, en Cármenes (León) y la mina de El Milagro, en el concejo de Onís (de Blas 2007; de Blas y Suárez 2010). Estas tres zonas constituyen uno de los conjuntos más importantes de la minería calcolítica de Europa.

La mina de El Milagro se sitúa en el concejo de Onís, a unos 200 m por encima del fondo del valle del Güeña. Las labores prehistóricas, muy alteradas por la explotación de estas minas desde mediados del siglo XIX hasta los años 1950, consistieron en el vaciado de formas kársticas rellenas de arcillas ricas en mineral secundario de cobre, y en la apertura de galerías en las calizas y dolomías para el ataque de los filones de mineral [Figura 7]. Para ello se empleó el fuego, del que quedan huellas en la pared de las galerías, grandes percutores en cantos de cuarcita, así



Figura 7. Mina de El Milagro (Onís) (de Blas 2010).

como martillos, picos y escoplos de asta de ciervo. Estos han podido ser datados por radiocarbono (C^{14}), demostrando la explotación de esta mina entre mediados del III milenio a.C. y mediados del II. Es importante destacar que, al igual que en las mejor documentadas minas de El Aramo, en Riosa, la del Milagro fue utilizada también como espacio sepulcral, un hecho constatado en muchas explotaciones mineras prehistóricas (por ejemplo, en las neolíticas de Gavà, en Barcelona) y que probablemente se pueda vincular a ritos de propiciación de las divinidades de la tierra, de cuyas entrañas se extraían los valiosos minerales.

Sabemos que el mineral se procesaba en las cercanías de las explotaciones mineras. De ello se han encontrado testimonios en el Aramo, y también en el propio oriente de Asturias, donde, en las excavaciones practicadas en la cueva de Arangas (Cabrales), se encontraron restos de un horno metalúrgico datado hacia el 2000 a.C. (Arias y Ontañón 1999).

El cobre de las minas asturleonés literalmente inundó el norte peninsular, según muestran los análisis de isótopos de plomo sobre objetos metálicos que se han realizado en los últimos años (Huelga et al. 2014), pero llegó a lugares mucho más alejados, e incluso remotos, como Gran Bretaña o Suecia (Montero 2018). Esto plantea la interesante cuestión de cómo viajaba el metal: ¿en objetos ya elaborados o en forma de lingotes? La presencia de cobre asturiano en objetos de tipología extrapeninsular (como sucede en el caso sueco mencionado más arriba, el hacha de Bohuslän, corresponde a una variedad de producción local conocida como tipo Fårdrup) (Ling 2014) sugiere que al menos una parte del mineral se intercambiaba en forma de lingotes de metal. Pero contamos con una confirmación directa, proporcionada por un documento arqueológico excepcional: el depósito de Gamonéu, en Onís (de Blas 1980), de finales del III milenio a.C. Es éste un conjunto formado por una hacha

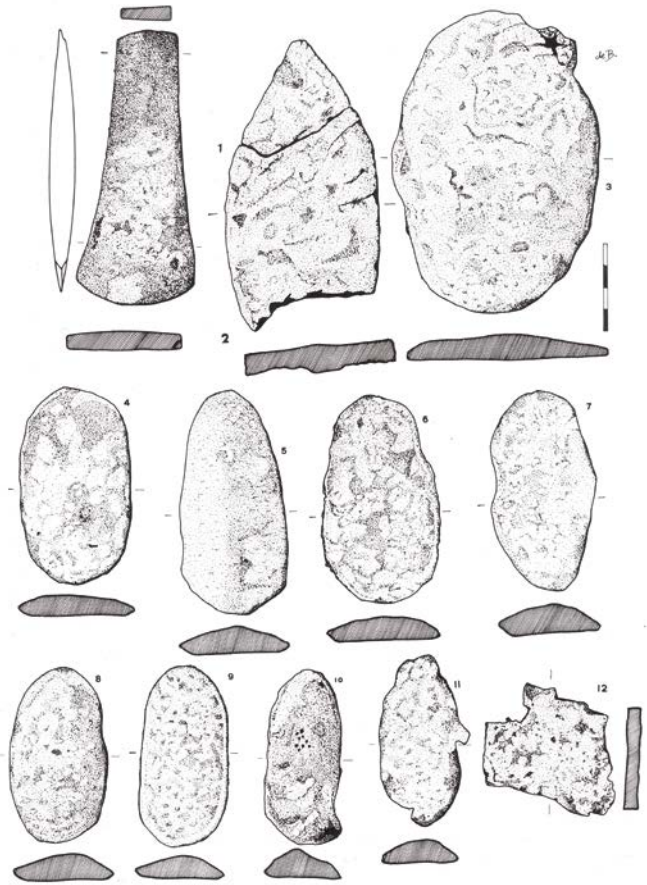


Figura 8. Depósito de Gamonéu (Onís) (de Blas 1983).

plana, diez lingotes y tres fragmentos informes [Figura 8], todos ellos en cobre arsenical (cobre con alto contenido en arsénico, frecuentemente empleado en el final del Calcolítico y los comienzos de la Edad del Bronce) que apareció enterrado en un hoyo de 1,90 m de profundidad cubierto por una laja de arenisca.

4.4. Objetos de prestigio: depósitos y armas

El depósito de Gamonéu no es, de todas formas, un caso aislado, sino una manifestación temprana de un fenómeno de gran relevancia en la Prehistoria reciente europea, la aparición de conjuntos de objetos, frecuentemente metálicos, que han sido ocultados o depositados en lugares escondidos de forma deliberada. Es frecuente que estén compuestos en gran medida por objetos de considerable valor simbólico, como

hachas o armas (Bradley 1990). Además del de Gamonéu, en el oriente de Asturias se conocen otros dos de gran importancia, compuestos ambos por conjuntos de hachas planas de base cobre, el de Asiegu (que da nombre al tipo de hachas planas denominado “Cabrales”) y el de la fuente de Frieres, en Posada de Llanes, que están entre los casos más antiguos documentados en la Edad del Bronce Peninsular (Brandherm 2007a). No obstante, la edad de oro de este tipo de contexto arqueológico es el Bronce Final, período en el que son extremadamente abundantes y en algunos casos incluyen centenares de objetos, como sucede, por citar sólo dos casos particularmente famosos, en los de Mauves, cerca de Nantes (Francia), o la ría de Huelva, en el sur de España. En el valle del Sella contamos con un probable ejemplo de comienzos del Bronce Final, el de Pruneda (Nava) (de Blas 1975). Se trata de un lote adquirido en 1876 por el coleccionista Sebastián de Soto Cortés (Vilanova y Rada 1890), que consta de cuatro hachas. Destaca entre ellas un ejemplar de talón sin anillas, similar a producciones de tipo bretón de finales del Bronce Medio (en torno a los siglos XIV-XIII a.C.), que podría haber sido importado de esa región francesa, habida cuenta de la rareza de este tipo metálico en la península ibérica.

La circulación de objetos metálicos a larga distancia fue algo muy frecuente en la Edad del Bronce, sobre todo en fases avanzadas. Esto es un indicio de la existencia en esta época de amplias redes de intercambio, focalizadas fundamentalmente en materiales de lujo para uso de las élites sociales, pero también de la creciente importancia simbólica que adquirieron algunos objetos. Esto resulta claro en el caso de determinados tipos de armas (en particular puñales, espadas y alabardas), que se asocian sistemáticamente a los sectores privilegiados de la sociedad y que, más allá de su función práctica para la defensa personal y la actividad bélica, se convierten en emblemas del poder, la riqueza y probablemente otros valores propios de sociedades guerreras (valentía, nobleza...). En el oriente de Asturias tenemos un ejemplo notable de la relevancia simbólica del armamento en la importantísima estación de arte rupestre de Peña Tú (Puertas de Vidiago, Llanes), en la que se representa una gran figura antropomorfa asociada a un puñal o espada (Hernández-Pacheco et al.

1914; Bueno y Fernández-Miranda 1981; Ontañón 2003; de Blas 2003).

No son muy abundantes los objetos de este tipo en la Edad del Bronce asturiana. Dos de ellos, no obstante, proceden de la cuenca del Sella, el ya mencionado puñal de espigo de la cueva del Cuélebre y la espada de Sobrefoz, datable en torno al siglo XI a.C. Esta es un objeto muy notable (de hecho, la única espada del Bronce Final publicada hasta la fecha en toda la región cantábrica, y uno de los ejemplares más destacados de su género en toda la península ibérica). Corresponde al tipo conocido como pistiliforme, por el característico ensanchamiento en el tercio anterior de la hoja para darle más solidez. Se trata de un nuevo tipo de armas que llegan en el siglo XII a.C. a la Península (sobre todo al tercio septentrional, que es donde se ha encontrado la mayor parte) procedentes de Centroeuropa, aunque pronto son adoptadas por los metalurgistas locales. Tal parece ser el caso de la de Sobrefoz, que corresponde al tipo conocido como Vilar Maior, que se interpreta como una versión ibérica de estas armas (Brandherm 2007b). Las espadas pistiliformes se caracterizan, además de por la mencionada forma de pistilo de la hoja, por una mayor longitud y por poseer un mango con alma metálica fundida en una sola pieza con el resto del arma. Todas estas características hacen que sean más resistentes y eficaces que las espadas del Bronce Medio, probablemente adaptándose a nuevas estrategias de lucha, vinculadas al desarrollo de elementos de defensa más eficaces (cascos, corazas, escudos), precedentes de lo que más tarde se denominará infantería pesada. El contexto del arma pongueta se conoce mal. Apareció en 1878 en “el centro de la cuerria” de Sobrefoz (Diego 1960), lo que resulta difícil de interpretar, pues podría tratarse de una ocultación, pero también de una sepultura (tal vez una cista) desmantelada. En cualquier caso, como comentábamos, se trata de uno de los documentos más importantes del Bronce Final del norte peninsular. Por desgracia, este objeto, que formó parte de la colección Soto Cortés, de Labra (Cangas de Onís), no ingresó en el Museo Arqueológico de Asturias con el resto de la colección, por lo que no es accesible para los investigadores y no puede ser revisada ni analizada para determinar su proceso de fabricación o su procedencia. Confiamos en que en un futuro próximo pueda ser recuperada para

las colecciones públicas, de forma que se garantice su conservación.

5. La Edad del Hierro en el valle del Sella

Entre los siglos IX y VIII a.C. en la región cantábrica se produce un cambio cultural que llevará a la progresiva sedentarización de los grupos humanos. La plasmación material de esta nueva realidad fue la creación de los castros, poblados erigidos en altura sobre cimas desde las que se adquiriría un control visual del entorno y que eran defendidos por los abruptos relieves y sus defensas artificiales, las cuales inicialmente consistían básicamente en terraplenes y empalizadas que irían progresivamente petrificándose.

Con el paso de los siglos, tanto la sociedad como su cultura material se volverán más complejos y diversos, ampliándose los contactos y las relaciones socioeconómicas más allá de sus áreas de influencia. Esto traerá consigo entre los siglos VI y IV a.C. un periodo de transición hacia la Segunda Edad del Hierro en el que comienzan a implantarse avances tan relevantes como el torno de alfarero o la metalurgia del hierro. Algunos de los castros erigidos verán interrumpida su ocupación y surgirán nuevos enclaves que responderán a nuevas necesidades. Destaca la aparición, especialmente al sur de la Cordillera, de *oppida*: grandes centros fortificados con rasgos urbanos en los que se desarrollarán distintas funciones y artesanías, y de los que dependerán las poblaciones de su entorno; un tipo de ocupación complejo que será el reflejo de una sociedad cada vez más jerarquizada al frente de la que estarán elites ecuestres guerreras.

Este panorama, común, a grandes rasgos, a toda la región cantábrica, no siempre cuenta con una base arqueológica que lo refrende, pues existen importantes lagunas. Una de ellas la encontramos la zona oriental de Asturias en donde, en comparación con la zona central y occidental de la región, el número de yacimientos es muy escaso, existiendo muy pocas intervenciones arqueológicas centradas en este periodo. Tal era la situación a la entrada del siglo XXI que algunos autores llegaban a considerar que no había castros en la comarca, si bien las nuevas investigaciones están poniendo sobre el mapa nuevos enclaves que ayudan a despejar la niebla de la Edad del Hierro en el oriente asturiano.

5.1. La Primera Edad del Hierro

En lo que respecta a la Primera Edad del Hierro (siglos VIII-V a.C.), el emplazamiento de castros en lugares destacados desde el punto de vista paisajístico, con gran control visual del territorio y una orografía aprovechable para la defensa, ha sido considerado como un patrón de poblamiento propio de este momento (Marín 2011). A falta de dataciones numéricas y un registro material que lo confirme, existen diversos yacimientos que responden a estas características. En Parres podríamos citar El Picu Mancobiu, situado en la sierra del Sueve, cerca de la confluencia entre el Piloña y el Sella, desde cuya altura, protegida por pendientes acantiladas y murallas, se dominan todos los pasos naturales hasta alcanzar Cangas de Onís (Camino y Viniegra 2002).

En Margolles (Cangas de Onís) hay referencias de la existencia de dos castros, la Corona de Castiello y El Cuetu. Ambos controlan el valle del Sella y han sido relacionados con el hallazgo de un hacha de talón y anillas de bronce aparecido en una mina del lugar. La documentación de este tipo de piezas en yacimientos de la Primera Edad del Hierro es común a lo largo de toda la región cantábrica. Dos ejemplos cercanos los encontramos en el castro de La Riera (Colunga) en donde, junto a la conocida ocupación romana, se recogió un hacha de base cobre, quizás de talón y anillas, que podría ser indicativa de una ocupación anterior, y en el Pico San Marín (Frieras), un castro que domina toda la desembocadura del Bedón.

Abandonando el valle del Sella hacia el este se alzan otros dos exponentes que pueden representar esta fase inicial. El primero de ellos es el Picu Castiellu de La Pereda (Llanes), erigido en un cerro amesetado que domina todo el actual concejo. El segundo es el Castro Llíá (Alles, Peñamellera Alta), un enclave de difícil acceso sobre el río Cares que ha sido puesto en relación con el enterramiento de la Primera Edad del Hierro de Fuentenegro, el cual se halla en la misma sierra, a 850 metros de altitud –otra posibilidad propuesta es que el vínculo se extienda hasta el castro marítimo de Punta de Jarri (Llanes). En la sala más profunda de esta cavidad de 25 metros de desarrollo se hallaron, en el año 2001, los restos de un cadáver colocado boca arriba y ligeramente apoyado sobre el lado izquierdo con piernas en posición fetal (Barroso et al. 2007). Su acomodo se realizó en una pequeña fosa ex-

cavada directamente en el suelo de la cueva. El cadáver llevaba dos pulseras de bronce, una en cada mano, y se encontraron restos una cabra que pudiera haber constituido una ofrenda. Los estudios arqueológicos y antropológicos revelaron que se trataba de una mujer de poco más de 20 años y 1,60 m de estatura cuyo fallecimiento aconteció entre el siglo VIII y el VI a.C. El desgaste de los huesos presenta indicios de intensa actividad física, consecuencia posiblemente de centrar su vida en la abrupta sierra de Cuera. Su dieta se basaba en el consumo de vegetales verdes y frutas, complementadas por carne y pescado, con poco aporte de productos marinos y lácteos.

El yacimiento de Fuentenegroso supone una continuidad de las tradiciones funerarias anteriores y pone en evidencia la importancia que desde el punto de vista cultural tuvieron las cavidades en la Edad del Hierro, una concepción que muy posiblemente vaya evolucionando con el paso de los siglos, dejando a un lado el uso funerario para centrarse en el ámbito exclusivamente ritual. Quizás a este objeto respondan las tres tazas halladas en la cueva de la Zurra (Purón, Llanes), las cuales fueron depositadas intencionalmente en una oquedad (Arias et al. 1986). Su forma y decoración a base de incisiones de espigas en una línea circundante en el cuerpo y de elementos plásticos, con buenos paralelos en el contextos celtibéricos tardíos como Melgar de Abajo (Valladolid), permiten fecharlas al final la Edad del Hierro, posiblemente a mediados del s. I a.C. (Arias 1999). Su reducido tamaño descarta que hubieran sido empleadas como urnas cinerarias, por lo que su depósito debe responder a otros fines.

Otros hallazgos de esta índole a tener en cuenta son las dos piezas de arreo de caballo de bronce, datadas entre el siglo IV y el II a.C., ya en la Segunda Edad del Hierro, procedentes de una cavidad cercana al Pueblo Bajo de Lledías (Llanes) (Maya 1988), o los fragmentos cerámicos atribuibles a la Edad del Hierro procedentes del nivel superficial de la cueva de El Cierro (Fresnu, Ribadesella) o del exterior de la cueva de El Alloru (Balmori, Llanes) (Arias et al. 2016). Entre ellos existe un borde plano con incisiones paralelas en el labio perteneciente a una vasija con una boca de amplio diámetro, que podría pertenecer a la Primera Edad del Hierro o momentos transicionales.

Junto a la nueva ocupación en castros parece plausible la existencia de yacimientos en el valle que aprovecharan los recursos que allí se ofrecían, como unas tierras fértiles adecuadas para el cultivo. Es probable que se establecieran pequeñas aldeas autónomas o dependientes de núcleos mayores que, en gran parte de los casos, la creciente y continua modificación del territorio ha hecho desaparecer. No obstante ocasionalmente surgen evidencias que apuntan hacia esta dirección como sucede en Vega de Corao (Cangas de Onís). Durante las labores de ampliación de la carretera AS-114, la aparición de nuevos yacimientos llevó a la realización varios sondeos arqueológicos, uno de los cuales proporcionó un pequeño conjunto cerámico en el nivel IV atribuible a la Edad del Hierro (Requejo y Álvarez 2010). Entre los 16 fragmentos parece existir un predominio de las ollas con bocas de entre 14-18 cm de diámetro y bases de entre 8-14 cm. Fue su factura y las formas identificadas las que permitieron, por comparación con otros registros cerámicos, realizar la propuesta cronológica. Por su situación, todo parece indicar que proceden de las cercanías del yacimiento prehistórico de La Cavada.

5.2. La Segunda Edad del Hierro

La Segunda Edad del Hierro (siglos IV-I a.C.) no cuenta en el valle del Sella con mejor suerte desde el punto de vista arqueológico que el período precedente, limitándose la información disponible a noticias escuetas o hallazgos casuales. La mayor parte de ellos se concentran en Cangas de Onís, de donde proceden algunas fibulas de pie vuelto fechables entre los siglos V y III a.C. y un conjunto de piezas de oro formado por siete fragmentos de torques y una diadema-cinturón (García Vuelta 2001). Aunque la procedencia de este último conjunto de materiales, que formaban parte de la colección Soto Cortés (Diego 1960), es dudoso, tradicionalmente se ha vinculado a Cangas de Onís. Entre los torques encontramos tres varillas (de sección romboidal, con alambre enrollado y de sección compuesta), tres terminales y un torque con varilla romboidal y terminal en doble escocia. La diadema-cinturón está realizada en una lámina rectangular de 39,5 cm de longitud y 7 cm de altura. En uno de sus extremos se disponen dos anillas mientras que en el otro se instalan dos gachos para permitir el cierre. La superficie cuenta con una decoración es-



Figura 9. Diadema de Moñes (Piloña).

tampada a base de líneas de círculos y SSS, que algunos autores interpretan como esquematizaciones de ánades. Los torques están datados entre los siglos III-I a.C. mientras que para la diadema-cinturón existen diversas propuestas que van desde los siglos V-IV a.C. hasta el siglo I d.C.

Estos objetos muestran una fuerte influencia de la orfebrería que se extiende desde el occidente y centro de Asturias, hasta el área donde se halló este conjunto o las diademas-cinturón de Moñes (Piloña) [Figura 9]. De estas últimas se conservan un total de siete fragmentos, distribuidos entre el Museo Arqueológico Nacional, el Musée des Antiquités Nationales de Francia, en Saint Germain-en-Laye, y el Instituto Valencia de Don Juan, en Madrid, que pertenecieron, muy posiblemente, a dos diademas-cinturón fabricadas en un mismo taller. A lo largo de su desarrollo se observa una decoración dispuesta en uno o dos frisos en la que aparecen representaciones de jinetes con los brazos extendidos alternando con infantes, también con los brazos extendidos o flexionados, que en algunos casos portan grandes recipientes. Todos ellos van armados y tocados con cascos, apuntados o con forma de cornamentas, observándose caetras y cinturones en el caso de los infantes. En torno a ellos hay aves, peces, una rana o tortuga, un caballo y filas

de puntos que se han identificado con agua. No existe una única interpretación para la escena, habiéndose propuesto, entre otras, que se trate de una procesión de carácter cultural vinculada con el agua, a la que llevarían ofrendas y armas para ser consagradas, de un culto solar en el que el astro estaría tras los escudos, de una ceremonia o entierro donde las armas serían tiradas al agua y se sacrificaría un caballo, de una escenificación del tránsito al trasmundo de los guerreros, de una imagen histórica o de algún pasado mítico, de una simple festividad, o incluso que se trate de unas representaciones que carezcan de carácter narrativo, siendo simplemente una imagen de la sociedad guerrera que las creó. Su cronología, como la de Cangas de Onís, es difícil de determinar, y las propuestas existentes oscilan entre los siglos V-IV y el I d.C. (García Vuelta y Perea 2001; Schattner 2012).

De la orfebrería de la Segunda Edad del Hierro resta por mencionar una fibula anular romana del tipo omega procedente del entorno de Cangas de Onís que, aunque ha sido adscrita a este momento, corresponde a un tipo que bien pudiera relacionarse con el mundo romano (Maya 1988).

A partir del siglo III a.C., basándonos en las fuentes clásicas, podemos identificar las etnias a las que correspondían los habitantes del valle

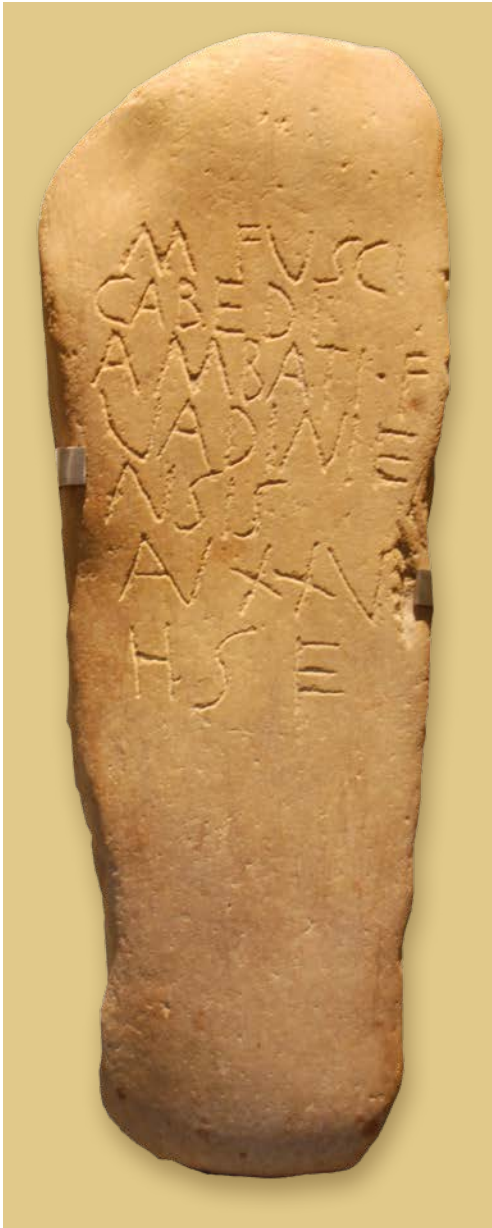


Figura 10. Estela del vadiniense Fusco Cabedo, procedente de Corao (Cangas de Onís) (foto: A. Villa Valdés).

(Llanes) proceden epígrafes ya de época romana en los que se menciona la pertenencia de las personas a los que están dedicados a esta etnia. Al sur de los orgenomescos, por el extremo occidental, parece que se situaban los cántabros concanos, cuya capital estaría en el *oppidum* de Concana, el cual podría localizarse en Cangas de Onís o en las sierras cercanas. Limitando con ellos por el sur, en gran parte ya en tierras leonesas, estarían los cántabros vadinienses, con capital en *Vadinia*, de los cuales se han conservado numerosos epígrafes funerarios de época romana, algunos de ellos aparecidos en el concejo de Cangas de Onís [Figura 10], dando testimonio de una de las sendas de la romanización (Peralta 2003).

A pesar de conocer sus nombres y el de sus capitales, poco sabemos sobre su poblamiento. En la propia cuenca del Sella cabe citar el Picu Castiellu de Taranés (Ponga), un poblado fortificado que domina el valle, en un espolón a 616 metros de altitud con fuertes pendientes naturales que, desde el punto de vista defensivo, son auxiliadas por dos líneas de muralla y un foso que llega a alcanzar los dos metros de profundidad. La zona de hábitat solo sería posible en los dos aterrazamientos existentes. El hallazgo de una fibula anular hispánica en la carretera sita bajo el enclave apunta a una cronología situada en la Segunda Edad del Hierro (Camino y Viniegra 2002; Fanjul 2004; Marín 2011).

No obstante, la información más relevante viene de un yacimiento inmediato al valle del Sella, el castro de Caravia, excavado por primera vez a comienzos del siglo XX por Aurelio del Llano (1919). Se sitúa en un altozano calizo a 375 metros de altitud, quedando defendido por las pendientes de sus laderas y una muralla. Esta última, de unos 2-3 metros de anchura, fue construida a hueso mediante doble paramento relleno, rodeando el crespón excepto en el lado norte-oeste, donde las fuertes pendientes cumplirían esta función. La defensa se asienta sobre dos plataformas de nivelación previa, existiendo otra sobre un nivel de incendio posterior que indica una reocupación y, por tanto, la existencia de dos fases. Al interior de la muralla, y seguramente apoyadas en ella, se dispondrían cabañas rectangulares construidas con materiales orgá-

de Sella, los cuales se sitúan en un espacio que sirvió de límite entre los cántabros y astures. La costa del occidente de la actual Cantabria y el oriente de Asturias fue ocupada por los cántabros orgenomescos, a los que los autores grecolatinos asocian su capital *Orgenomescos* y el puerto de *Vereasueca*, situado posiblemente en San Vicente de la Barquera (Cantabria). De Bodes (Cangas de Onís), Fuentes (Parres) y Torrevega

nicos de los que se han conservado suelos de arcilla de 4x3 metros. Un nivel de incendio fue fechado por radiocarbono en el siglo IV a.C., lo que nos permite conocer el límite cronológico entre la primera y la segunda fase, la cual llegaría hasta el siglo II-I a.C. (Cid et al. 2009). El registro material de este castro es muy significativo. Encontramos distintas piezas de armamento que dibujan una sociedad guerrera, como una hoja de puñal del tipo Monte Bernorio fechada en el siglo III-II a.C., regatones, puntas de lanza, puntas de proyectiles y enganches de tahalí. Distintos objetos cotidianos nos ayudan a comprender también su día a día y el aprovechamiento de los recursos cercanos. Así, un anzuelo nos indica la práctica de pesca fluvial y quizás marítima; una hoz puede vincularse con las actividades agrícolas (tenemos constancia del cultivo en esta Segunda Edad del Hierro de diversos tipos de trigo, cebada y mijo); una azuela, un cincel y un taladro reflejan el trabajo de la madera; las fusayolas nos hablan de la existencia de actividades textiles. A su vez, la abundancia de piezas metálicas muestran que estamos ante una sociedad que ya domina la metalurgia del hierro, reservando el bronce principalmente para objetos de adorno como las fíbulas. De estas últimas hay ejemplares de pie vuelto (siglos V-III a.C.), de La Tène (siglos IV-II a.C.), anulares romanas y una zoomorfa de caballito fechada en el siglo II a.C. que podría estar indicándonos la presencia en Caravia de élites ecuestres.

El registro cerámico está marcado por la presencia de producciones con decoraciones incisas lineales u oblicuas, unguilaciones en los labios, mamelones y estampillados de círculos concéntricos. Este último motivo decorativo, aun siendo realizado en el propio castro, como prueba el hallazgo de una estampilla, ha sido considerado un indicio de vínculos con las producciones del sur del área cántabra y de la Meseta.

Por último, no debemos olvidar citar el castro de La Isla (Colunga), de planta ovalada y defensas articuladas mediante terraplenes que, según Aurelio del Llano, proporcionó materiales muy similares a los de Caravia.

5.3. El fin de la Prehistoria

El final de la Edad del Hierro, como sucede en buena parte de la península ibérica, viene de la mano de Roma; un final que en el caso del territo-

rio cántabro y astur adquirirá tintes violentos con el desarrollo de las Guerras Cántabras. El hallazgo de materiales romanos y, fundamentalmente, los restos epigráficos, evidencian la existencia de un proceso de romanización del valle del Sella. No obstante aún son esquivas las huellas del conflicto quedando los restos más cercanos en la zona de Peña Prieta, donde se ubica el campamento de Castro Negro (Vega de Liébana, Cantabria) y el recinto fortificado de Robadorio, entre los municipios de Vega de Liébana (Cantabria) y Boca de Huérgano (León). El primero de ellos, situado a 1.962 metros de altitud, responde a las características de los *castra in monte* con un *agger* de tierra que iría reforzado por un foso exterior y puertas en clavícula internas. Mide 515 metros de largo por 222-210 metros de anchura, abarcando unas 10,5 hectáreas que darían cobijo a una legión con sus tropas auxiliares. A 2.219 metros de altitud, en la cercana cima de Robadorio, se documenta también un potente canchal de derrumbe sin lienzo que pudiera responder a un *agger petrosus*. Este recinto presenta una planta de tendencia oval de 70x37 metros con ángulos redondeados y entrada en esviaje. Al exterior de este existe otra línea defensiva que amplía su entidad, convirtiéndolo en un posible *castellum*.

Ambos campamentos se fechan a partir del año 25 a.C., no dilatándose en el tiempo al tener un carácter temporal marcado por su localización. Desde ellos el ejército romano se habría asegurado el control efectivo de la comarca de Liébana y de los pasos de montaña de la cordillera, pudiendo haber participado, junto con el campamento del Collado de Vistrio (Pesaguero, Cantabria), en la toma del *Mons Vindius* mencionada por las fuentes literarias grecolatinas (Hierro et al. 2014).

Recientemente se han documentado restos militares romanos en la propia cuenca del Sella, en el sitio conocido como Picu Viyao (Piloña) (González et al. 2011). El análisis de las estructuras de este recinto ha permitido identificar la presencia de *brachia* destinados a proteger el suministro de agua, un tipo de construcción con paralelos en el mundo militar romano que ha permitido cambiar su inicial identificación como castro a campamento. Su situación estaría alejada del conflicto, cumpliendo funciones de control del territorio que garantizaran tanto la explotación de los recursos del entorno como la paz romana y el imparable avance de la romanización.



CAPÍTULO 7



El Arte paleolítico en el valle del Sella

ALBERTO MARTÍNEZ-VILLA

MARIO MENÉNDEZ

1. Introducción

La aparición de las primeras expresiones artísticas durante el Paleolítico es el resultado, o el reflejo material, de un lento y dilatado avance cognitivo que fue progresivamente acumulándose en nuestro género *Homo* durante cientos de miles de años con manifestaciones diversas; algunas conocidas, como los enterramientos intencionados, los adornos o los balbuceos en la expresión plástica; y otras imaginadas, como la música, la danza o la literatura oral, hasta alcanzar esa forma sublime de expresión que definimos como arte.

El arte paleolítico pone imágenes, algunas de extraordinaria belleza, a la capacidad humana para manejar símbolos; es decir, atribuir la representación de ideas, conceptos o valores a determinadas manifestaciones plásticas. Para ello la simbolización debe manejar códigos convencionales, aprendidos y acordados por todos, que se transmiten de generación en generación. Desde este punto de vista, el arte paleolítico es una construcción colectiva de las sociedades cazadoras-recolectoras cargada de significados que se nos escapan, pues se expresa mediante grafías o imágenes cuyos contenidos simbólicos son desconocidos para nosotros, como seguramente lo fueron también para los hombres y mujeres prehistóricas postpaleolíticas. Sin embargo, la seguridad de que tales imágenes son portadoras de un mensaje trascendente que va dirigido al núcleo más profundo del pensamiento humano se constata en la homogeneidad formal de sus expresiones plásticas en el extenso territorio en que se manifiestan y, sobre todo, en su perduración durante casi treinta mil años. No existe nada comparable en la Historia del Arte de todos los tiempos posteriores. Además, desde el comienzo de sus manifestaciones, el arte paleo-

lítico aparece cargado de simbolismo, de originalidad y de afán en la búsqueda de la belleza. Es, por tanto, el comienzo de una de las manifestaciones que nos hizo más humanos, diferenciándonos radicalmente de las demás especies animales, como antes lo habían sido el abandono del incesto o la aparición de los sentimientos de compasión o solidaridad.

La capacidad plena de manejar símbolos alcanzada por los humanos, al menos, en los comienzos del Paleolítico superior europeo ya nunca será abandonada, sin duda, porque constituye un instrumento de enorme potencia para formar e informar y así poder elaborar las grandes construcciones simbólicas colectivas. Ente estas, la religión ocupa un importantísimo lugar y sus beneficios adaptativos la han mantenido, bajo muy diferentes formas, hasta el presente. Por ello, la vinculación del arte paleolítico con los primeros comportamientos religiosos humanos, bien sea a través de la magia, el chamanismo o la explicación del mundo, es una constante en la historiografía sobre el significado y la motivación última del mismo.

Existen dos grandes tipos de arte en el Paleolítico. El más conocido es el arte rupestre o parietal que se realiza mediante figuras o signos grabados y pintados en las paredes de las cuevas, a veces muy profundas; o bien en las rocas y abrigos al aire libre. Y el llamado arte mueble o mobiliario, constituido por pequeños objetos transportables, alguno de los cuales puede ser considerado como un instrumento operativo para la caza, la cocina, el curtido de pieles, o cualquiera otra de las actividades propias de una sociedad escasamente tecnológica como la que pobló el valle del Sella durante el Paleolítico. Este último, el arte mueble, fue pronto reconocido como un producto extraordinario de los cazadores prehistóricos, ya que nadie puso en

duda la capacidad de los humanos de la época para elaborar estos objetos que fueron vistos más como una “artesanía” que como un verdadero arte. Sin embargo, cuando se descubrió la cueva de Altamira, en 1879, la ciencia oficial estaba en guardia contra el asedio a que la sometían los llamados “creacionistas” o antievolucionistas, y tampoco estaba preparada para aceptar como obra de las sociedades paleolíticas la muestra de sensibilidad artística y buen oficio que el Arte de Altamira representaba. Marcelino Sanz de Sautuola, su descubridor científico, fue tachado de falsario y no fue reconocido el arte rupestre como auténticamente paleolítico hasta 1903. Desde entonces hasta hoy se han descubierto en Europa unos 400 sitios con arte rupestre prehistórico, mayoritariamente en cuevas profundas, pero también en abrigos rocosos y en rocas al aire libre. La Península Ibérica atesora casi la mitad de ese importantísimo patrimonio cultural europeo, con 195 sitios, con notables diferencias internas en cuanto a volumen, visibilidad y grado de conservación del mismo.

El arte mueble puede ser datado fácilmente, pues suele aparecer en los contextos de habitación donde se utilizaba, acompañado de numerosos elementos diagnósticos que permiten atribuirle una cronología y adscribirlo a una cultura arqueológica determinada. También los que están realizados sobre soportes orgánicos como el hueso o el asta son susceptibles de datación por el llamado C¹⁴. Sin embargo, la datación del arte rupestre resultó mucho más compleja y fue una verdadera obra de titanes que acaparó la atención de los especialistas durante décadas. En la actualidad, a los argumentos arqueológicos y estilísticos clásicos se unen modernas técnicas de datación que nos proporcionan fechas calendáricas con márgenes de error cada vez más estrechos. Y el resultado de estas técnicas ha sido sorprendente en ocasiones haciendo tambalearse más de una convicción aparentemente bien establecida. Veamos alguna de las más relevantes.

Parecía claro que durante los primeros tiempos del Paleolítico superior, una vez que nuestra especie de humanos *sapiens* de anatomía moderna y cultura auriñaciense había llegado a Europa, comenzaba un progreso en sus capacidades cognitivas simbólicas que lo llevarían a elaborar primeramente arte mueble y, tras varios milenios, las primeras y rudimentarias manifestaciones de arte rupestre. Sin embargo, sabemos por los

fragmentos de piedras pintadas que se desprendieron de las paredes y están contenidas entre los sedimentos arqueológicos y, sobre todo, por las dataciones de los pigmentos más antiguos, que el arte rupestre se asoció desde el principio al arte mueble y con otras manifestaciones artísticas como la música, en los ritos que acompañaron a esta emergencia simbólica. Y que este proceso se produjo tempranamente y ha quedado atestiguado mediante obras de arte cuya capacidad de expresión simbólica sorprende por su oficio y su homogeneidad expresiva en diferentes núcleos del continente europeo. El ámbito cantábrico es indudablemente una de las áreas más importantes para la comprensión de este fenómeno. Incluso este retraso en las fechas para las pinturas más antiguas ha llevado a proponer la autoría neandertal para algunos signos pintados en color rojo, que habrían sido realizados antes de la presencia de humana *sapiens* en el continente europeo. Esta hipótesis es un tema muy debatido actualmente en la Arqueología prehistórica cuya constatación implicaría un cambio muy importante en el paradigma actual y exigirá, por tanto, más e incontrovertibles pruebas.

También se había supuesto un proceso de evolución técnica y formal, desde lo más sencillo y rudimentario en los orígenes hasta lo más complejo, bello y técnicamente perfecto en los momentos más evolucionados del arte paleolítico. Sin negar el progreso apreciable en el tiempo, desde el Auriñaciense hasta el Magdaleniense, las dataciones antiguas de obras técnicamente muy elaboradas, singularmente las pinturas de la cueva francesa de Chauvet, han puesto en crisis esta visión evolucionista de los estilos, dando lugar a unas nuevas cronologías genéricamente denominadas post-estilísticas. En resumen, se trataría de una cura de humildad para quienes pretenden encerrar en esquemas rígidos las manifestaciones de un arte tan intenso y extenso y, sobre todo, la constatación de que el verdadero arte es frecuentemente heterodoxo y el artista genial, aunque esté sujeto a convencionalismos tan rígidos como los que informan el arte paleolítico, no se somete siempre en su técnica expresiva a los esquemas establecidos y ocasionalmente se adelanta a su tiempo.

El arte paleolítico rupestre y mobiliario también utilizó desde los comienzos las dos formas expresivas básicas: el naturalismo y la abstracción. En la primera el artista representó sobre

todo los animales que poblaban su espacio vital y, en alguna ocasión, figuras humanas mayoritariamente femeninas. En la segunda, la abstracción, encontramos un variadísimo inventario de signos que han sido interpretados desde la reducción a esquemas de formas naturales, como chozas, trampas, armas, órganos sexuales, etc., o bien la representación simbólica de los grandes principios que explican el mundo, como lo masculino y lo femenino, incluso combinándose y asociándose con las figuras naturalistas en un intento de comprensión global. En cualquier caso, unos y otros, representaciones naturalistas y abstractas, o la frecuente combinación de ambas, forman parte de un lenguaje desconocido para nosotros que unas veces busca la oscuridad y el silencio sobrecogedor de la profundidad de las cuevas y en otras ocasiones, la emoción de su visibilidad al aire libre en sitios singulares o especiales. Es decir, espacios ocultos, difícilmente accesibles y quizá sagrados; junto a otros emplazamientos domésticos, cotidianos y aparentemente profanos. Por ello, tampoco es seguro que podamos intentar una interpretación válida para todo el arte paleolítico, tan dilatado en el tiempo y el espacio y, a la vez, tan diverso y reconocible.

Finalmente, hace algo más de diez mil años, el arte paleolítico desapareció en unas pocas generaciones. Resulta llamativo que esta desaparición se haya producido de una forma tan brusca cuando había alcanzado su mayor madurez técnica y expresiva, tanto en la modalidad rupestre como mobiliario. Lo que continúa durante el Mesolítico, al menos lo que se ha conservado, es un pálido reflejo del gran arte de los cazadores recolectores magdalenianos. Quizá el cambio climático que supuso el final del Pleistoceno, una verdadera catástrofe para los cazadores de las grandes manadas de bisontes, renos, caballos, etc., implicó también un cambio ideológico que hizo innecesario el arte como forma de expresión simbólica. Tal vez apareció otro relato explicativo que arrumbó como cosa del pasado las conductas religiosas del Paleolítico que propiciaron el arte. Si no conocíamos las causas de sus orígenes y desarrollo, tampoco conoceremos las de su desaparición. De todas formas, sea cual fuere la causa primera de su origen y la última de su desaparición, las manifestaciones del arte paleolítico, como “presente eterno” del simbolismo humano, siguen interpelándonos y emocio-

nándonos con su sola contemplación como una manifestación que “invoca y evoca”, simultáneamente, desde nuestros orígenes como especie humana europea.

2. El Arte rupestre en Asturias

Tras el reconocimiento científico del arte rupestre paleolítico a comienzos del siglo XX comenzó una apasionante carrera de descubrimientos de cuevas y abrigos decorados. En un primer momento todos ellos se concentraban en Francia y en el cantábrico español, por lo que se definió este arte como francocantábrico. Aunque éste sigue siendo el ámbito más importante por número de cuevas y representaciones de gran visibilidad, en la actualidad conocemos unos cuatrocientos sitios con arte rupestre en Europa, desde Portugal hasta Rusia. Los primeros descubrimientos en Asturias comenzaron en 1908 con las cuevas del Pindal y la Loja. Hoy conocemos en Asturias algo más de medio centenar de cuevas y abrigos con Arte Paleolítico, una cifra muy relevante respecto al conjunto del patrimonio artístico europeo. Como grandes hitos de esta carrera de descubrimientos podemos citar también las cuevas de Candamo (1914), Buxu (1916), Tito Bustillo (1968), Llonín (1971), La Lluera (1979) y Covaciella (1994). El medio centenar de cuevas asturianas se concentran entre la ría de Tina Mayor y el río Nalón, de oriente a occidente; o, lo que es lo mismo, entre Pindal y Candamo. Es decir, en la mitad oriental de Asturias, con la cuenca del Nalón como frontera a occidente del arte y el poblamiento del Paleolítico superior. Es la misma frontera que la geología ha establecido para el cantábrico calizo, rico en cuevas naturales, y el cantábrico silíceo, al oeste de la cuenca del Nalón. Quizá, por tanto, esta frontera sea más aparente que real respecto al poblamiento humano durante el Pleistoceno por efecto de la dificultad de preservación y localización de yacimientos paleolíticos al aire libre.

Si situamos en un mapa el medio centenar de yacimientos asturianos con arte rupestre veremos que se agrupan claramente en cuatro áreas geográficas, vinculadas con territorios bien delimitados geográficamente: la cuenca del Nalón, la cuenca del Sella, la cuenca del Cares-Deva y el conjunto de yacimientos costeros entre Ribadesella y Llanes (ríos Bedón, Purón y Cabras, entre otros menores). También es apre-

cialable en cada una de estas áreas geográficas una cierta personalidad tanto en el modelo de distribución de yacimientos en el espacio como en el contenido artístico de los temas representados y las técnicas empleadas. No obstante, debemos considerar todas las variables que incorpora una duración de treinta mil años a la hora de hacer afirmaciones categóricas de carácter general y ver esta clasificación como una hipótesis de trabajo para la mejor comprensión del arte paleolítico asturiano. Igualmente se observa también que en cada una de estas áreas hay uno o dos yacimientos con una larga ocupación durante todas las grandes etapas o ciclos artísticos del Paleolítico superior y el resto de sitios con ocupaciones parciales y manifestaciones artísticas más modestas en número y visibilidad. Esos grandes yacimientos, en el estado actual de la investigación, son la cueva de Candamo para el río Nalón, la cueva de Llonín para la cuenca del Cares-Deva, el Covarrón para el conjunto costero entre Ribadesella y Llanes y, naturalmente, la cueva de Tito Bustillo para la cuenca del río Sella.

En los últimos años se han afinado algunos métodos de datación, como el C^{14} , permitiendo llegar con un menor margen de error a dataciones próximas a los cuarenta mil años de antigüedad. Otros, como el Uranio-Torio, permiten datar las costras calizas que recubren las pinturas o grabados rupestres y también aquellas sobre las que se realizaron, ofreciendo la horquilla cronológica de un antes y un después del hecho artístico que, en ocasiones, resulta muy relevante. Esto ha permitido retrasar significativamente las primeras manifestaciones artísticas también en el Paleolítico asturiano, como hemos visto anteriormente para el resto de la Península Ibérica. Por tanto, en la actualidad se acepta un nutrido conjunto de santuarios muy antiguos, en los inicios del Paleolítico superior, que presentan marcas exteriores al aire libre, realizadas mediante profundos surcos bien visibles, quizá como una forma de apropiación del espacio o de señales del “espíritu sobre la materia”, a las que se unirán en algunas áreas como la cuenca del Nalón, las sencillas y bellas ciervas trilineales, así como los triángulos igualmente grabados. En el interior profundo de las cuevas va a aparecer un horizonte de pinturas rojas con signos más o menos complejos, a veces de claro significado sexual, así como la representación de figuras humanas animalizadas como teriántropos, (*therion*: animal

salvaje; *anthropos*: hombre) que han sido interpretadas como chamanes o brujos cargados de atributos animales. También son frecuentes las manos pintadas y los animales dibujados o grabados de perfil, de diseño simple. Esto se plasma en las paredes de cuevas y abrigo durante el Auriñaciense y el Gravetiense, desde hace cuarenta mil años hasta poco antes de veinte mil.

Durante el Solutrense y el Magdaleniense inferior (entre 21.000 y 14.000 años antes del presente) la representación de signos grabados y pintados en el interior de las cuevas se complica y se plasman de forma más variada y difícil de interpretar. También los animales resultan más naturalistas y proporcionados, incorporándose la volumetría y el movimiento durante el Magdaleniense inferior, mediante nuevas técnicas y convenciones. Hasta este momento, el arte rupestre asturiano y el cántabro hasta el río Asón muestran una cierta uniformidad de estilos y temas tratados, dentro de la unidad general. Sin embargo, con la llegada del Magdaleniense medio, hacia el catorce mil antes del presente, parecen intensificarse las relaciones a larga distancia con los grupos transpirenaicos franceses y cambia el tipo de signos y animales representados, con una mayor presencia de bisontes de un diseño específico, en detrimento de las ciervas, tan emblemáticas hasta este momento en el Cantábrico. Aparecen los grandes paneles pintados y grabados en los santuarios mayores en composiciones realistas hechas con un sobresaliente oficio. Y así, en su plenitud de conocimientos técnicos y con una temática más naturalista y variada que antes nunca había tenido, el arte rupestre desaparece en Asturias hace unos once mil años, con el final del glaciario del Pleistoceno y el final del Paleolítico. Ya no volveremos a ver a las grandes culturas paneuropeas de los cazadores recolectores y tampoco un arte común para todo el continente. A partir del Magdaleniense el mundo se diversifica y regionaliza por áreas más reducidas y el arte adopta patrones regionales más restringidos en el espacio y el tiempo; y probablemente también menos cargados de contenidos simbólicos para centrarse más en la narración y la conmemoración.

La decena de cuevas y abrigo con arte rupestre paleolítico que hemos recogido en la cuenca del Sella participan en las tres grandes etapas que hemos resumido [Figura 1]. Es evidente un agrupamiento de santuarios con arte y de yacimientos

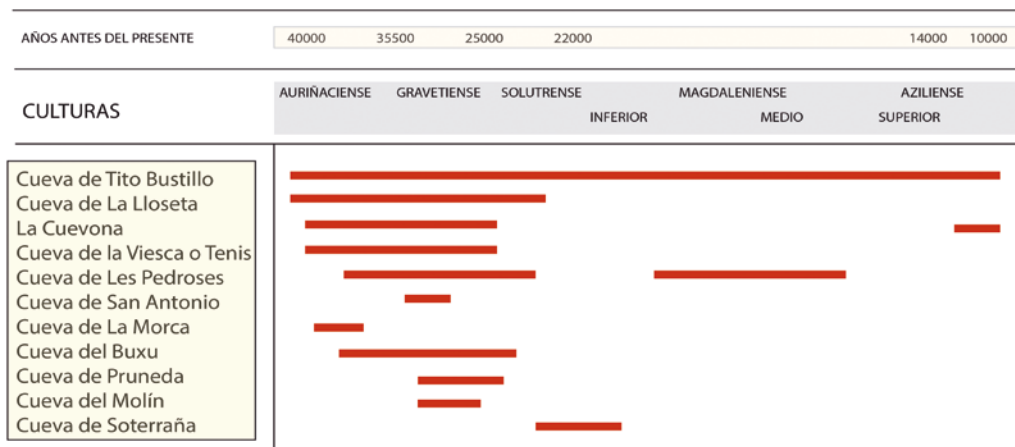


Figura 1. Cuadro cronológico del Arte rupestre paleolítico en la cuenca del Sella.

arqueológicos de habitación en torno a la desembocadura del Sella, lo que significó igualmente la presencia de un número apreciable de población durante el Paleolítico superior. Esto, en términos etnográficos, se traduce en la existencia de un clan grande y poderoso asentado durante miles de años en una zona muy rica en nutrientes como es la bahía de Ribadesella, con un perfil de costa en alguna época similar al actual, pero generalmente más retirado, dejando despejada una plataforma costera por la que deambulaban las mandas de animales migratorios y donde seguramente existieron otros asentamientos humanos hoy sumergidos bajo el mar. Pero también documentamos una red de yacimientos situados más hacia el interior, en torno a los afluentes Piloña y Güeña, aunque no excesivamente alejados del mar, que se visitaban o se ocupaban parcialmente en determinadas épocas del año para obtener recursos de montaña que complementaban los disponibles en la costa. Y todo ello dejó sus huellas, aunque borrosas por el tiempo transcurrido, aún apreciables en el arte y los registros arqueológicos de uno y otro ámbito de un territorio tan propicio y satisfactorio para la vida durante el Paleolítico como lo sigue siendo en la actualidad.

3. El Arte rupestre en el valle del Sella

El conjunto de cuevas con arte rupestre del valle del río Sella ha ido creciendo desde el primer descubrimiento, en 1916, de la cueva del Buxu hasta situarse en torno a la docena de santuarios. Se pueden agrupar en tres tipos o conjun-

tos, bien por su emplazamiento o bien por su nivel de complejidad y visibilidad [Figura 2]:

1. La red situada en el curso medio, y más concretamente en su afluente, el río Güeña (concejos de Cangas de Onís y Onís).
2. Las cavernas ubicadas en la desembocadura o curso bajo, fundamentalmente en el macizo de Ardines (Ribadesella) [Figura 3].
3. Las cuevas que podrían contener grandes conjuntos o bien manifestaciones más modestas.

La conjunción de ambas consideraciones, la territorial y la más técnica, nos ayudan a proponer dos ámbitos de expresiones gráficas: diacrónicas y sincrónicas. Es decir, aquellas cavidades como Tito Bustillo o El Buxu que presentan una secuencia artística dilatada en el tiempo; o aquellas otras que se circunscriben, principalmente, a momentos más concretos (Les Pedroses, La Cuevaona, El Molín, Pruneda, etc.). Parece que tanto Tito Bustillo como El Buxu muestran un paralelismo de formas y secuencias en sus paredes, ejemplo de esa relación y articulación del territorio por parte de las comunidades humanas que habitaban este valle. Los movimientos norte-sur o costa-interior a lo largo de las estaciones con el fin de aprovechar mejor los recursos naturales, especialmente la caza, pueden estar en el origen de esa similitud iconográfica y estilística entre ambas cuevas.

Comenzaremos por el primer conjunto de cuevas, más modestas en cuanto al volumen y visibilidad de las representaciones, que se sitúan



Figura 2. Plano de las cuevas con arte rupestre en el macizo de Ardines (Ribadesella).

en las cuencas de los ríos Piloña y Güeña, ambos afluentes del Sella en su cauce medio. Nos acercamos después a aquellas otras que se concentran en la zona de costa o curso bajo del río, en torno a la ría de Ribadesella, donde el número de yacimientos y el volumen de sus sedimentos de ocupación indican una gran concentración humana durante el Paleolítico superior, en términos de demografía prehistórica.

3.1. La cueva de El Sidrón (Borines, Piloña)

Próxima a la localidad de Borines, en el concejo de Piloña, se localiza la cueva de El Sidrón, muy conocida por los hallazgos excepcionales de restos humanos neandertales de, al menos, 13 individuos en una aparente estructura fami-

Figura 3. Vista general del macizo de Ardines desde la ría de Ribadesella (foto: A. Martínez Villa).





Figura 4. Cueva de El Sidrón, panel de vulvas pintadas en rojo (foto: R. de Balbín).

liar que fueron canibalizados en la misma hace unos cincuenta mil años. Menos conocidos son los restos de arte rupestre localizados en una galería alta que discurre paralela a la principal. Se trata de un conjunto de grabados que se mezclan con zarpazos de oso y que no permiten averiguar ninguna forma concreta. Más interesantes son los restos de varias pinturas rojas que represen-

tan vulvas circulares y que fueron descritas por Javier Fortea como “en forma de omega” [Figura 4]. Lo más importante de estas figuras, como veremos cuando veamos otras similares en El Buxu y Tito Bustillo, es que constituyen un modelo específico para este tipo de representaciones tempranas del arte rupestre en cuanto al tratamiento explícito del sexo femenino en la cuenca del Sella.





Figura 5. Cueva de Pruneda, ciervo pintado en rojo (foto: A. Martínez Villa).

3.2. La cueva de Pruneda (Benia, Onís)

La cueva de Pruneda está situada sobre el valle del río Güeña, a la altura del pueblo de Benia. Se abre en el extremo sur de un polje, al pie de un gran farallón calizo que cierra aquel por su lado norte. Una gran boca –al lado de un amplio abrigo– da paso a dos espacios. Una pequeña galería a la derecha y una gran sala a la izquierda. Al fondo de ésta la cueva sigue su desarrollo a través de una sima que da paso a un nivel inferior. Esta cueva era conocida por la gente del lugar ya que ha sido utilizada para guardar ganado de manera tradicional y continuada. Desde los años 70 del siglo pasado grupos espeleológicos han accedido y recorrido su sistema kárstico. Durante la realización de la Carta Arqueológica de 1986 fue incluida como yacimiento al detectarse algu-

nas restos de ocupación paleolítica, pero no será hasta el año 2012 cuando un grupo de espeleólogos –coincidiendo con la revisión del Inventario Arqueológico del Concejo– encontrasen algunos trazos rojos en sus paredes. A partir de este primer hallazgo se realizó una primera evaluación de los mismos.

El primer conjunto pictórico se encuentra a pocos metros de la entrada, en el acceso de la denominada galería superior. Esta zona se ubica desde la boca de la gruta hacia la derecha, avanzando unos 25 m hasta quedar colgada sobre la sala principal. En la misma, en su pared derecha y sobre una pequeña repisa –a 80 cm del suelo actual–, se observan unas líneas rojas finas. Se trata de varias figuras de cápridos, ejecutados en trazo rojo duro y continuo. Muy perdidas por la acción de algas y hongos que proliferan desde la

base de la pared. Al menos se observa cabeza, ojo, cuerno, cuello y lomo de una, y partes –morros y patas– de otras dos. Son figuras de unos 40 a 50 cm y de ejecución muy simple. Su perfil nos recuerda a figuras similares de la cueva de Tito Bustillo o La Lloseta.

Continuando por la misma galería y casi llegando a su final se descubre a 1,60 m del suelo otra forma en rojo –atribuible a un cuadrúpedo– de unos 60 cm. Una lectura más detallada parece indicar que sea trata de una cabra hembra con la cabeza vuelta hacia el lomo. Cerca se ven otros trazos rojos posiblemente un signo vulvar pintado en torno a una pequeña grieta natural. En este caso el trazo –aunque perdido– es más baboso y de un tono más ocre que las anteriores. La pintura se ha conservado parcialmente al adherirse con mayor fuerza a buena parte de restos fósiles de crinoides de la pared.

El segundo conjunto se halla en el fondo de la galería principal. Se puede observar en la parte derecha un primer grupo de trazos rojos posiblemente signos cuadrangulares en vertical con divisiones internas junto con otros trazos más perdidos. Éste antecede en unos metros a la figura de un ciervo que aprovecha el resalte de la roca para destacar su silueta, especialmente los cuartos traseros de los que se observa el arranque de la pata, así como cierto sombreado correspondiente al pelaje en esa zona. La línea cérvico-dorsal acaba a la altura de los cuernos –muy borrosos–. Nuevamente se traza una línea en la base del cuello, intentando representar la mancha de pelaje propia de los ciervos adultos. La cabeza está perdida [Figura 5]. La figura se pinta silueteando su contorno de manera muy sencilla. Sin llegar a ser el mismo estilo, tanto la forma como el tratamiento del color y la técnica, nos recuerdan a las figuras rojas, en especial cérvidos, de cuevas como Covalanas y otras de la misma zona. Nos hace pensar que nos encontramos en un mismo horizonte pictórico, es decir en las primeras fases del arte paleolítico cantábrico (Martínez-Villa et al. 2016).

3.3. La cueva de Soterraña (Avín, Onís)

Al otro lado del valle de La Güesal, a menos de un kilómetro en línea recta de la cueva de Pruneda, se encuentran, al pie de un cráter calcáreo, las cuevas de Soterraña y Sopeña (Martínez-Villa 1986). Ésta última excavada

hace varios años por Ana Pinto (2012) y donde fueron registrados tres bloques de niveles: musterienses, aurifiacienses y gravetienses. Ambas cavidades se abren en la cara suroeste del Picu Castiellu y distan una de otra unos doscientos metros. Soterraña es una cueva con dos bocas que se unen en un vestíbulo amplio donde se pueden observar varios testigos con un nivel pardo oscuro de matriz arcillosa con restos de talla y huesos. Al fondo del vestíbulo principal se aprecia una galería a unos cuatro metros de altura a la que se accede ascendiendo por una colada estalagmítica. En dirección transversal al eje de la sala principal, presenta un desarrollo de unos cuatro metros. En uno de sus extremos, en la pared frontal de una hornacina, se aprecian varios grabados realizados en un trazo simple y poco profundo, en algunos casos cubiertos por cierta costra calcárea. No parecen representar ninguna forma concreta (Martínez-Villa et al. 2016).

3.4. La cueva del Molín (Avín, Onís)

Esta cueva de pequeño desarrollo se formó en la parte alta de un cueto calizo situado en el fondo del valle del río Güeña. Casi a la altura de la confluencia de éste con el río La Güesal y a unos doscientos metros de La Cueva de Avín. La gruta había sido reconocida por uno de nosotros en 1986 detectándose un pequeño yacimiento arqueológico en su interior, así como algunas pinturas. La cueva ha sido muy visitada por gentes del pueblo dejando numerosos grafitis en sus paredes, algunos de los cuales afectaron a aquellas (Martínez-Villa et al. 2016).

La boca de esta cavidad –abierta al sur– es de escasas dimensiones y desciende casi en vertical dos metros hasta una pequeña bifurcación que da paso a dos galerías. A la derecha, se extiende en forma de tubo unos veinticinco metros, acabando bruscamente en un fondo de saco donde se encuentran las grafías. Las pinturas se ciñen principalmente a pequeños signos, en concreto puntos, vírgulas, líneas y haces de puntos. Fueron pintados en el lado derecho de la caverna formando un panel de 2,20 m. Todos estos ideomorfos están ejecutados en rojo situándose entre una repisa a media altura y en el techo de la galería. Comienzan –desde el fondo– con tres digitaciones en línea o pequeños; le sigue, un poco más abajo, otro de las mismas características. Volviendo a la parte superior se apre-



cian tres puntos, como los iniciales, asociados a un trazo en V sobre el que se pintó la única figura reconocible. Se trata de una cornamenta, cabeza, cuello y parte del lomo de una cabra en color negro. Hacia el centro del panel se reconoce una forma más compleja formada por dos líneas ascendentes curvadas –una más corta que otra– en lo que parece una técnica de tamponado, de unos 32 cm. Bajo ésta se aprecian restos de pintura que podrían corresponder a la misma forma. Siguen un punto y una vírgula en una posición inferior, cercana a la repisa antes mencionada. Finalmente, dos puntos como otros descritos y los restos de un tercero. En la bóveda se observa otra mancha roja, aunque de gran interés, muy perdida –de 72 cm de largo y 9 de ancho– que tras una observación detenida se puede decir que se trata de un haz de puntuaciones formadas por tres líneas, haciendo una especie de meandro que parece interrumpido por una calcificación del techo. Finalmente en la pared izquierda se pueden apreciar restos de pintura roja informe.

3.5. La cueva de La Morca (Coviella, Cangas de Onís)

Situada a media ladera de una prominente peña caliza dominando la unión del valle del Güeña con el Sella. La cueva es una galería que comienza con una amplia boca y se va estrechando rápidamente hasta quedar estrangula en un angosto paso interior. Casi al final y sobre la pared izquierda, a ras de suelo, se aprecian dos grupos de grabados profundos, muy marcados y de líneas que se entrecruzan vertical y horizontalmente (Martínez-Villa 1986).

3.6. La cueva de El Buxu (Cardes, Cangas de Onís)

Esta cavidad se sitúa en el valle del río Güeña, afluente del Sella, sobre un pequeño arroyo al pie de una gran peña caliza. Su entrada se orienta al SW y está formada por un abrigo de medianas dimensiones que da paso a un pequeño vestíbulo. Fue en este espacio donde se realizaron varios sondeos, primero por Emilio Olavarri y posteriormente, de manera más intensa por uno de nosotros. Desde este espacio parte una larga galería de poca altura que da acceso a la zona profunda

de la cueva, donde aparecen las primeras obras artísticas a unos 70 m de la entrada.

La cueva fue descubierta en 1914 por Cesáreo Cardín y dos años después sería estudiada por el Conde de la Vega del Sella y Hugo Obermaier, publicándola en 1918. En 1970 Emilio Olavarri realizó un sondeo arqueológico a la entrada de la cueva, si bien hasta mediados de los años 80 no sería planteado un proyecto de excavación y revisión del arte de la caverna, realizado por Mario Menéndez. Las excavaciones arqueológicas mostraron un yacimiento muy destruido aunque se pudieron constatar varios niveles de ocupación atribuidos al Solutrense. En 2016, coincidiendo con el centenario del descubrimiento, se publicó una revisión general de la cueva, las excavaciones y el arte paleolítico (Menéndez et al. 2016).

La cueva de El Buxu presenta más de una veintena de signos, la mayoría definidos como tectiformes, y casi una treintena de zoomorfos donde predominan caballos, cérvidos, cabras y en menor medida bisontes y bóvidos. Se reparten en cuatro zonas, todas en la parte más profunda de la gruta. Atendiendo a las superposiciones, técnicas empleadas y estilo, se han establecido cinco fases o conjuntos artísticos realizados principalmente durante el Solutrense superior y el Magdaleniense inferior, aunque el conjunto de figuras rojas sería datable en un periodo anterior:

Conjunto I: Pinturas rojas. Signo en forma de E, algunos trazos y puntuaciones, una vulva y una figura de bóvido. Los signos, cuyo análisis espectrográfico indica su contemporaneidad, pudieron ser las primeras obras realizadas en la cueva, durante el Auriñaciense; el bóvido, un uro, tiene claros paralelos en el Gravetiense cantábrico [Figura 6].

Conjunto II: Tectiformes (grupo de 20 ideomorfos) en la confluencia de los sectores B y C (zona central del santuario). Se trata de un conjunto muy homogéneo representado en un espacio reducido. Están todos ellos grabados y presentan formas cerradas y cuadrangulares, cuyo interior está relleno con trazos verticales, horizontales y oblicuos. Estos tectiformes grabados y con ese estilo tan peculiar aparecen igualmente en Tito Bustillo y Les Pedroses, una técnica y morfología que los diferencia de los mismos tipos de signos cuadrangulares, tan propios del área central cantábrica, en la que aparecen pintados. Presentan algunos paralelos con objetos de arte mueble del yacimiento y se infraponen

Figura 6. El Buxu, pintura roja con representación de sexo femenino en forma de vulva (foto: P. Saura).



Figura 7. El Buxu, signo grabado en la sala de los tectiformes (foto: P. Saura).

claramente a otras figuras. Han sido atribuidos a una fase temprana del Solutrense superior, basándose en su posición dentro del panel por debajo de las figuras animales grabadas y pintadas y sus paralelismos con plaquetas encontradas en el nivel 2 de la misma cueva, así como por similitudes con el arte mueble de otros yacimientos [Figura 7].

Conjuntos III y IV: Grabados (III) y pinturas (IV) simples de animales, con la representación de ciervas, cabras y caballos. Los cánones con que se ejecutaron dan una sensación de figuras planas, rígidas donde se contornea la figura sin prestar excesiva atención a los detalles anatómicos. Así, las figuras suelen ser contornos de ciervas y cabras de pequeño tamaño o en

el caso de los caballos grabados presentan una convención muy característica como es la unión de línea de crinera con el lomo o la forma de realizar el cuello del animal. Han sido atribuidos al Solutrense Superior, con claros paralelos con la figura de una cierva grabada en una plaqueta del nivel 2 y superposición a los signos tectiformes; además de diversas convenciones estilísticas repetidas en otros ejemplos del repertorio artístico solutrense.

Conjunto V: Pinturas complejas de animales. Grandes figuras de animales pintadas en negro, algunas reforzadas con grabados que buscan mostrar numerosos detalles anatómicos dando sensación de movimiento, volumen y profundidad. Son las últimas representaciones de la cueva



Figura 8. El Buxu, pinturas negras zoomorfas (de arriba abajo: gran ciervo, gamo o megaceros y ciervo joven) (foto: P. Saura).

[Figura 8]. Tanto por el estilo como por la técnica se pueden atribuirse al Magdaleniense inferior/medio que también está representado en la cueva cercana de La Güelga (Narciandi) o el yacimiento al aire libre de La Cavada (Corao).

Las expresiones plásticas de El Buxu corresponden a un ciclo largo que iría desde el Auriñaciense al Magdaleniense medio. Presenta una proximidad, en muchas de sus formas gráficas, con otras cuevas de la zona como por ejemplo Trescalabres en Bricia (Llanes) donde, al igual que las figuras rojas del Conjunto I del Buxu, se encuentran dos bóvidos asociados a sendas vulvas. Aunque su mayor correlato lo encontramos en Tito Bustillo, dentro del mismo valle: vulvas de contorno circular pintadas en rojo, tectiformes grabados, secuencias de zoomorfos grabados, etc, que aparecen en ambas cuevas. Una relación que puede tener una lectura ocupacional logística –dentro de una estrategia de explotación del territorio– pero también indudablemente simbólica.

3.7. La cueva de Les Pedroses (El Carme, Ribadesella)

Situada en la cabecera del pequeño valle ciego de Ardines, a unos centenares de metros del pueblo de El Carme. La cavidad se abre en la ladera sur de una loma y sobre un cantil calcáreo. Les Pedroses es una cueva de medianas dimensiones –aunque forma parte de un complejo kárstico mayor– con unos 80 m de desarrollo longitudinal desde la boca al final de la misma. Esta entrada junto con otra más a la izquierda, hoy cegada, debían estar precedidas por un pequeño abrigo cuya visera se ha desplomado. La boca da paso a un amplio vestíbulo que se une con otro, a su izquierda, y al que se accedía por un segundo umbral. Un ligero estrechamiento conduce a una galería (galería principal) bastante rectilínea, en cuya parte central se encuentra el panel con las figuras más significativas. La galería acaba en una estrecha cola de caballo y en su parte central se aprecia un colapso de bloques muy

concrecionados. Desde la pared derecha parten cuatro gateras. Una de ellas, la primera, da acceso a una sima y a otro estrecho paso.

La cueva fue descubierta por el equipo de Francisco Jordá en 1956 al finalizar los trabajos de excavación en la cueva de la Lloseta. La primera referencia sobre sus pinturas y restos arqueológicos se da en un trabajo de Francisco Hernández-Pacheco y otros autores (1957). En años posteriores se realizó el estudio del arte de la cueva, así como varios sondeos arqueológicos junto con la vecina cavidad de El Cierru, aunque nunca se llegó a publicar una monografía completa. De hecho, este yacimiento siempre ha tenido un tratamiento muy parcial incluyéndose en otras publicaciones. Posteriormente G. G. Clark (1976) realizó un pequeño sondeo y datación del conchero asturiano de la entrada. Finalmente, en 2014 se publicó un estudio que recogía tanto notas inéditas como la documentación de los trabajos realizados por F. Jordá en 1957 que atribuyó la mayoría del conjunto gráfico al Magdaleniense. Este artículo, recopilatorio y póstumo, fue compilado por Manuel Mallo (Jordá y Mallo 2014). Durante el trabajo de investigación doctoral de uno de nosotros se realizó una revisión de los grupos plásticos de la cueva pudiendo concretarse mejor algunas figuras y añadiendo otras a su lista iconográfica (Martínez-Villa 2017).

Los trabajos y evidencias que hemos citado apuntan a dos momentos de ocupación: uno paleolítico, del que no tenemos más que escasas atribuciones de F. Jordá (1957), Ignacio Barandiarán (1973), o M. Soledad (1986) que podrían centrar este episodio entre el Solutrense superior y Magdaleniense inferior; y otra ocupación post-paleolítica, que comenzaría con el Asturiano (Clark 1976) aunque más probablemente se debiera situar en un estadio posterior, que Pablo Arias (1991), una vez revisados los materiales arqueológicos de la cueva, sitúa en un Epipaleolítico-Neolítico premegálítico, entre el V y IV milenio. Las fechas radiocarbónicas de este nivel de ocupación arrojaron una edad en torno a 7.700 años antes del presente. De ese periodo post-paleolítico destaca una gran pieza cerámica publicada por Francisco Jordá y Manuel Mallo (2014) –hoy en el Museo Arqueológico de Asturias– que ha sido adscrita por Miguel Ángel de Blas (1983) al Neolítico o Edad del Bronce

Las diferentes evidencias gráficas parietales de la cueva de Les Pedroses se distribuyen, especialmente, por varios puntos de la galería principal y por un estrecho corredor secundario situado a la derecha y que al comienzo de aquella conduce a un pequeño recinto. Se han reunido, para su estudio, en dos grandes conjuntos (I y II como se observa en el plano de la cueva). El Conjunto I está formado por varios signos rojos a la entrada de las galerías laterales y en la sala interior a la que, una de ellas, da acceso. El Conjunto II reúne la mayoría de las figuras de la galería principal. Se ha determinado esta división considerando que pueden constituir dos bloques gráficos diferentes, tanto en la forma como en el tiempo. El primero formado por signos pintados en rojo (posibles manos, digitaciones, masas de puntos, manchas ovaladas o rectángulos). El Conjunto II está constituido principalmente por zoomorfos, donde predominan las formas grabadas, aunque tenemos tres figuras animalísticas en color rojo que destacan especialmente por su tonalidad y forma. Ambos grupos pueden tener un origen, función y cronología diferente. La cueva se comenzaría a decorar por el conjunto I y se terminaría con el Conjunto II. Las claves para interpretar adecuadamente esta secuencia gráfica podrían estar en la lectura de las superposiciones del panel principal situado, como hemos visto, en el centro de la galería (Martínez-Villa 2017).

El panel parece comenzar con la serie de grabados simples que forman haces y líneas entrecruzadas. Éstas no podrían interpretarse como tectiformes, propiamente, pero si nos recuerdan formas similares, de tipo signico, de haces de líneas que encontramos igualmente en la cuevas de El Buxu y Tito Bustillo. Sobre este primer estadio se dibujarían la mayoría de los zoomorfos del panel. Todos con un estilo muy próximo y realizados con un contorno grabado y repetido de líneas donde el artista se recrea creando volúmenes mediante la insistencia de trazos largos y múltiples. El lienzo destaca por las tres figuras de animales que combinan, en su ejecución, grabado y tinta roja. Se han querido ver, representados, tres cérvidos acéfalos. Al menos tenemos una cierva a la izquierda y muy perdida, otra posible en el centro y un ciervo a la derecha. Este último se muestra como la figura más trabajada de todo el panel. Por un lado, se marca su sexo mediante un trazo negro, coincidente con una protuberancia de su perfil; y por otro, parece añadirse-

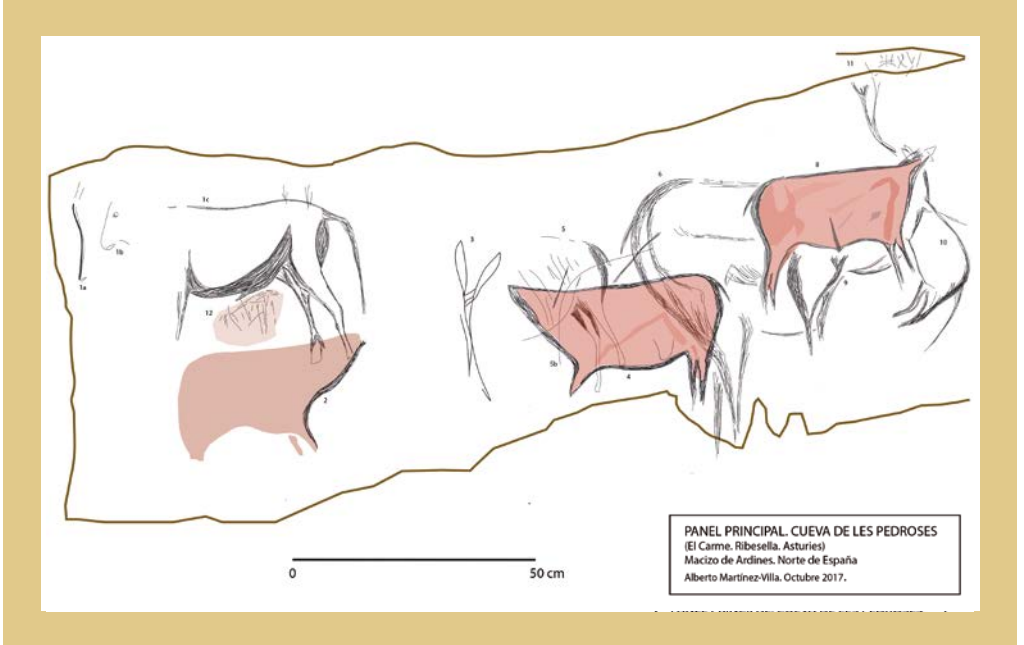


Figura 9. Les Pedroses. Arriba, gran panel de los ciervos acéfalos. Abajo, calco con representación de las figuras y signos grabados que acompañan a los acéfalos (foto y dibujo: A. Martínez Villa).

le, en algún momento, una cornamenta grabada. También parece completarse la figura con un intento muy tosco de dibujarle una cabeza de manera muy esquemática [Figura 9].

Aunque se puede pensar que todo el panel principal forma parte de una misma intención

de ejecución, sí se pueden observar algunas diferencias tanto de estilo, como formales y técnicas. Así, se puede advertir un primer grupo de zoomorfos con una ejecución más cuidada, naturalista y detallada. Estos muestran un dibujo completo de las dos patas traseras, ejecutadas

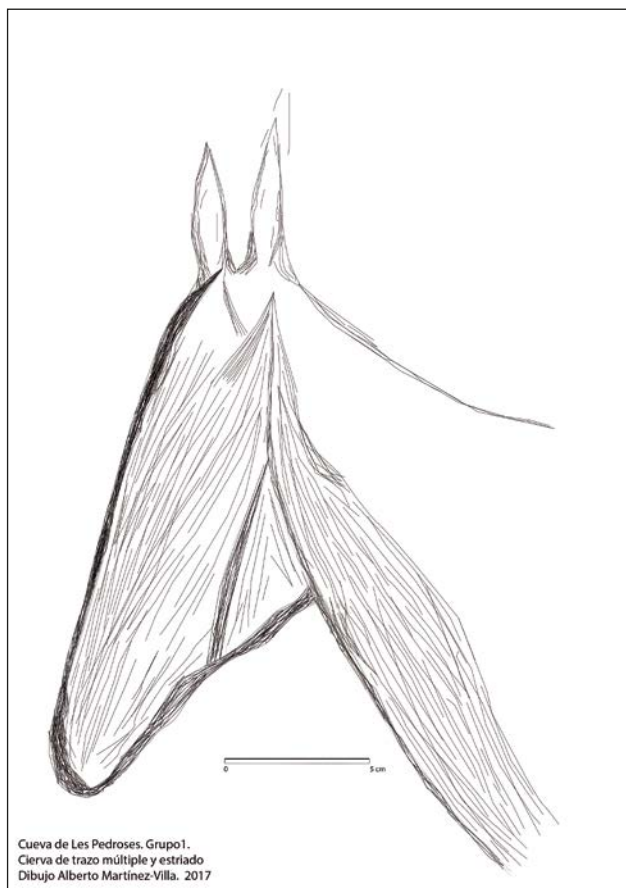


Figura 10. Les Pedroses, dibujo de cabeza de cierva realizada con grabado múltiple y estriado (dibujo: A. Martínez Villa).

con bastante detalle, incluyendo sus pezuñas. Aquéllas se sitúan una más avanzada que la otra y en planos diferentes buscando profundidad y perspectiva; a su vez se somborean cuidadosamente y el perfilado de las mismas se hace con un grabado más fino y repetido. Ese sombreado de trazo múltiple que nos recuerda al estriado de algunas ciervas grabadas en las paredes o en escápulas halladas en cuevas como Altamira o El Castillo, se emplea especialmente en los cuartos traseros, pero sobre todo en la zona inguinal, interior de las patas y vientre con sexo de la figura ic donde se modelan esas partes con especial intensidad abundando en el volumen del animal.

El otro grupo presenta un dibujo algo más “descuidado” y esquemático. Similar, al primero, en cuanto a las técnicas y convenciones utilizadas, aunque con matices que los diferencian.

Así, por ejemplo, las patas ya no se cuidan en cuanto a detalles, no se acaban sus extremidades o simplemente se esbozan. Una convención del arte de esta cueva que encontramos, igualmente, en las figuras rojas y grabadas del panel principal.

La mayoría de las figuras del panel principal junto con una cabecita de cierva [Figura 10] hallada recientemente en una pequeña oquedad de la pared derecha de la galería principal, muestran, como se explicaba, una similitud convencional, compositiva y estilística. Se ha contextualizado, por paralelismo con el denominado horizonte de zoomorfos estriados atribuido al Magdaleniense inferior y con paralelos –tanto en arte mueble como parietal– en cuevas como El Cierru, Tito Bustillo, Llonín, Altamira, El Castillo, etc.

El otro conjunto de formas gráficas, como ya se explicó, está constituido por varios ideomorfos. Destacan especialmente los signos cuadrangulares se podrían encuadrar en ese horizonte de figuras rojas y expresiones no zoomorfas, como digitaciones cortas, alineaciones de puntuaciones, meandriformes, vulvas, oquedades coloreadas o con trazos y puntos a su alrededor, alineaciones de barras verticales, etc, que

encontramos en varias cuevas de la rasa litoral y valles del Sella o Deva. Un horizonte pictórico formado especialmente por figuras y signos en rojo que se ha venido encuadrando por diferentes autores (Forteza 2007; González-Sainz 2013; Garate 2006, 2008; Menéndez 2014; Balbín 2014) en las primeras etapas del arte paleolítico cantábrico o, al menos, en ese espacio temporal antemagdaleniense. Entendiendo este término como marca de ese difuso periodo situado entre el final del Solutrense y el asentamiento definitivo de los tecnocomplejos magdalenienses y que arrancarían desde episodios más antiguos, mostrándose como final de un ciclo pictórico que se iniciaría en el Aurifiaciense (Martínez-Villa 2017).

Por último, los trabajos llevados a cabo por Rodrigo de Balbín (2014: 76-80) y su equipo en

el macizo de Ardines también están ayudando a contextualizar los horizontes de figuras rojas, y concretamente el caso de las expresiones sígnicas objeto de este estudio. Eso sí, manteniendo la tesis de que se trata de expresiones plásticas –muchas de ellas– con un marcado carácter sexual. Esta primera fase de las pinturas rojas en Ardines serían encajables en contexto en torno a 30.000 años antes del presente. Finalmente, la cueva de Les Pedroses contiene otros pequeños conjuntos de figuras grabadas, como un caballo y una posible cabra. En estos momentos se ha iniciado una campaña de investigación por uno de nosotros con el propósito de hacer una revisión profunda de la cueva.

3.8. La cueva San Antonio (San Antonio, Ribadesella)

La cueva se abre al pie de un cueto calizo en el término conocido como San Antonio. Se cita la pintura de un pequeño caballo de unos 46 cm situada en una galería interior y ejecutado con una fina línea de color negro. Es citada por Hugo Obermaier en su obra *El Hombre Fósil*, donde señala que el descubrimiento fue realizado por Hermilio Alcalde del Río en 1912, hecho que es re-

cogido en una nota que publican Marcellin Boule, Henri Breuil y Hugo Obermaier (1914:235) sobre los trabajos anuales de 1913 en *L'Anthropologie*. También es citada por Eduardo Hernández-Pacheco (1919: 26 y 196) en su obra monográfica sobre la Peña de Candamo, donde señala que reconoció la cueva siendo reproducida la figura por Henri Breuil y posteriormente por Francisco Benítez Mellado en 1917 publicándose en la monografía antes citada.

3.9. La Cueva (Ardines, Ribadesella)

Se ubica sobre la ría, a unos 40 m, y en el extremo este del Macizo de Ardines, casi en su parte superior. Sobre ella se sitúa la cueva de la Viesca. Aunque era conocida y usada como zona de recreo por los habitantes de la villa, fue Eduardo Hernández-Pacheco quien realizó una serie de sondeos en su yacimiento entre 1912 y 1915 y posteriormente Hugo Obermaier y el Conde de la Vega del Sella (1916). Todos ellos atribuyen al Magdaleniense inferior la ocupación. Hay algunos trabajos posteriores, pero poco significativos. Los restos arqueológicos se localizan tanto en la entrada de la misma como en la gran sala central, especialmente en su fondo oeste.



Figura 11. La Cueva, grabados profundos al aire libre (foto: A. Martínez Villa).

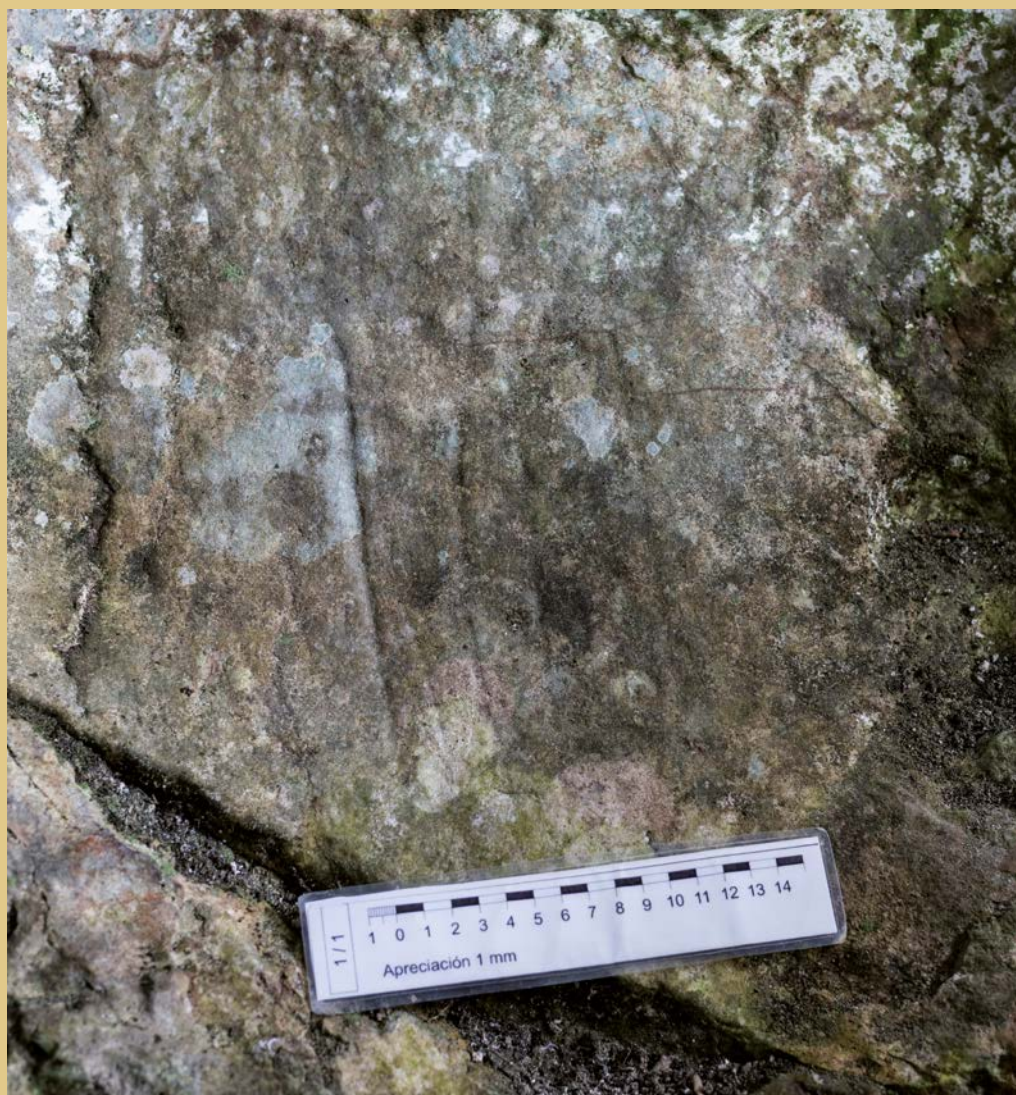


Figura 12. Cueva de La Viesca o del Tenis, grabados lineales profundos (foto: A. Martínez Villa).

En cuanto a las manifestaciones artísticas, durante los años 80 del siglo pasado se dieron a conocer pequeñas manifestaciones gráficas grabadas tanto en la entrada de la cueva como en su interior. Las primeras muestras, y más representativas, se encuentran en el rellano del abrigo de acceso, sobre un bloque –casi a ras de suelo– de unos 83 cm por 62 cm (González Morales

1983). Su superficie muestra un fuerte desgaste, al igual que los grabados semiprofundos realizados sobre el mismo (se observan algunos más finos pero inconexos). Se trata de una serie de trazos (entre 15 a 20 cm) casi paralelos realizados de arriba hacia abajo y de manera ligeramente oblicua [Figura 11]. Algunos de ellos tienden a unirse bien en su parte superior o inferior intentando

cerrar una forma de tendencia ovalada. Otros, los menos, son simples líneas largas entre las formas anteriores. Todo el conjunto, a pesar de su simplicidad, parece expresar un ritmo compositivo desarrollado en un campo gráfico concreto. Encontramos fuertes similitudes en cuevas cercanas o de la misma comarca como El Tenis o La Viesca, Cuetu La Mina, El Covarón o Faló.

A pocos metros de este grupo se aprecian, en una de las paredes del lado derecho del abrigo, varios trazos o grabados sueltos similares a éstos. Ya dentro de la cueva se pueden observar varias manchas rojas alargadas o vírgulas, sobre todo en la pared del fondo contrario a la galería de acceso, zona donde se encuentra el yacimiento arqueológico. Recientemente se ha recogido un canto pintado que pudiera encuadrarse entre piezas de este tipo atribuidas al Aziliense. Se trata de un guijarro redondeado de arenisca (12,5 x 5 x 4 cm) que presenta en una de sus caras superiores y en los extremos dos puntuaciones de color rojo y restos de otra en el centro.

3.10. La cueva de La Viesca o del Tenis (Ardines, Ribadesella)

Esta cavidad se encuentra justo sobre la boca de La Cueva. Presenta dos accesos, uno al Este sobre la ría y otro al S-SO, de grandes dimensiones, hacia el pueblo de Ardines. Este yacimiento fue explorado en 1915 por Eduardo Hernández-Pacheco quién dedujo una ocupación Magdaleniense, sin precisar más. La cueva se creía totalmente arrasada por la incomprensible construcción de un depósito de abastecimiento de agua que nunca llegó a funcionar. Durante una visita a la misma, con el fin de recabar información para este trabajo, pudimos comprobar la existencia de varias áreas con restos de ocupación, así como varios testigos de concheros holocenos adosados a las paredes.

Entre los hallazgos se encuentran unos grabados profundos en la zona derecha de la boca oeste, con unas dimensiones de 15 x 20 cm [Figura 12]. Se ubican en una pequeña irregularidad de la pared que sufrió la erosión del agua afectando a los trazos que, en la actualidad, se encuentran muy perdidos. No obstante, se aprecian varias líneas largas de 20 cm, paralelas y ligeramente oblicuas. Como en el caso de La Cueva, dos de ellas tienden a cerrarse formando una figura ovalada o semiovalada. También se aprecian algunas líneas

más finas, algunas de las cuales parecen querer acabar de cerrar una de las formas descritas.

3.11. La cueva de La Lloseta (Ardines, Ribadesella)

Se sitúa unos 40 m por encima del valle de la Gorgocera y a unos 200 m de la primitiva entrada de Tito Bustillo. La boca de la cueva se orienta al suroeste, es de grandes dimensiones entre seis y siete metros de altura y unos doce metros de anchura. Un pequeño cono de derrubios de ladera y bloques caídos de la visera forman una pequeña rampa de acceso al vestíbulo, cono que desciende claramente desde la parte occidental de la boca hacia el interior. El vestíbulo da paso a un pasaje al fondo y a una estrecha gatera que desemboca en una sala (galería de tránsito) por la que se accede al nivel inferior del sistema. Esta galería desarrolla el sistema kárstico de La Lloseta. Se trata de una cavidad de grandes dimensiones, con unos 500 m de recorrido, que termina en un estrechamiento con una sima que comunica con el sistema de Tito Bustillo.

La cueva ha sido estudiada en diferentes momentos y con objetivos e intensidad muy desigual, nunca con un enfoque sistemático y dentro de un proyecto de investigación único que aborde de manera conjunta la ocupación humana de aquélla y sus manifestaciones artísticas. La Lloseta fue descubierta e investigada por primera vez, bajo el genérico nombre de cueva de Ardines o cueva del Río de Ardines (Mallo et al. 1980), por Eduardo Hernández-Pacheco en 1913 y excavada en 1915 ó 1916 con la colaboración de Paul Wernert (1959: 153-155) dentro del equipo de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas. Durante esos primeros trabajos, en la zona de la pared occidental de la cueva, se hace una somera pero significativa descripción del yacimiento donde se destacaban “*dos niveles faunísticos y arqueológicos*”. Ambos concrecionados. El primero o “*nivel inferior, con piedras, instrumentos líticos y de asta de ciervo; fauna cinegética y de malacología marina constituida por grandes lapas, Patella vulgata y Littorina littorea, moluscos indicadores...del clima frío de la época magdaleniense. El bloque de la parte superior...está formado casi exclusivamente por conchas de mejillones Mytilus edulis y pequeñas lapas, sin instrumental lítico ni de asta, correspondiente al cambio de clima...del mesolítico...*”.



La colección obtenida de estos trabajos fue trasladada al Museo Nacional de Ciencias Naturales en Madrid junto con unas muestras del conchero. Dicho conjunto no sería estudiado hasta 1976 por José Alfonso Moure y Mercedes Cano (1976). Ambos investigadores adscribieron al tecnocomplejo del Magdaleniense inferior cantábrico el conjunto de utillaje perteneciente al nivel inferior. Asignación que coincide con el resultado de las excavaciones llevadas a cabo por el profesor F. Jordá (1958) en la década de los años 50 del siglo pasado, aunque este autor también apuntaba un nivel Solutrense y otro correspondiente al Magdaleniense medio. El estudio de la estratigrafía de los testigos dejados por la excavación de E. Hernández-Pacheco, coincidente con la realizada por Jordá, muestra un posible resumen de los últimos estadios de ocupación en la cueva: un conchero holoceno, otro conchero con fauna más propia del Pleistoceno final (¿Magdaleniense superior?), un nivel de bloques y matriz arcillosa rojiza (Magdaleniense medio de Jordá) y una capa oscura que se correspondería con el Magdaleniense inferior.

En que respeta al arte parietal de la Lloseta, éste ha sido descrito en diversos trabajos por el profesor R. de Balbín y su equipo. La inmensa mayoría se localiza en la galería inferior y se puede resumir en una sucesión de figuras zoomorfas e ideomorfas de diferente tipo. La proliferación de signos cuadrangulares, puntiformes, vírgulas, entre otros, se combinan con la figura de un mamut, alguna cabeza de cabra, ciervas, bisontes, etc. Todos ellos realizados en trazo continuo rojo. Es igualmente destacable una gran colada estalagmítica decorada con discos rojos y algunas estalactitas destacadas con colorante igualmente rojo y a las que se le ha atribuido un carácter sexual masculino [Figura 13].

Los primeros grupos se encuentran en el comienzo de la galería, lugar donde se distinguen varias manchas rojas y la posible figura de un mamut. La siguiente zona, avanzando hacia el interior, ofrece tres signos rectangulares en rojo y varias manchas del mismo tono. El tercer grupo está formado por varias estalagmitas impregnadas en colorante, puntuaciones, una vulva, un posible *Megaloceros* y un bóvido. El techo

muestra una cabecita de cabra en rojo, un caballo y un bisonte en negro. Nuevamente, estalactitas pintadas y discos rojos. Estas puntuaciones se extienden por toda la cueva hasta llegar al final del ancho corredor central.

La galería inferior acaba en una colada por la que se asciende a una gatera que da paso a una sala especialmente interesante y donde destacan las figuras de caballos, bisontes y varios signos. Esta sala comunica, a través de una chimenea vertical, con la cueva de Tito Bustillo.

3.12. La cueva de Tito Bustillo (Ardines, Ribadesella)

La cueva de Tito Bustillo se localiza en el Macizo de Ardines. Su entrada primitiva cuelga sobre la zona donde el río San Miguel se sume y es conocida como La Gorgocera. Fue descubierta en 1968 por el grupo Torreblanca al descender por una sima conocida como Pozu La Cerezal o Pozu'l Ramu. Los primeros trabajos de reconocimiento de sus pinturas correspondieron a Magín Berenguer que cedió el testigo en 1972 a José Alfonso Moure y Rodrigo de Balbín. Entre ambos, otros autores como Manuel Mallo, Manuel Pérez, Antonio Beltrán y Francisco Jordá realizarían algunas publicaciones sobre el arte de esta importante cavidad.

El yacimiento también fue excavado por varios investigadores. Los primeros trabajos en 1970 fueron realizados por el entonces director del Museo Arqueológico de Santander, Miguel Ángel García Guinea. Aunque el proyecto más intensivo fue ejecutado por J. A. Moure desde los años 70 a 80 del siglo pasado y continuado posteriormente por Rodrigo de Balbín, Javier Alcolea y su equipo.

El arte de esta cueva se distribuye por varias zonas de su larga galería principal, de unos 800 m, y por varios pasajes laterales. Se ha recogido para su mejor sistematización y estudio en diez conjuntos (Balbín y Moure 1990a, 1980b y 1980c). Fueron definidos desde la entrada actual (artificial) hacia la boca natural, es decir desde el fondo de la caverna hacia su salida primitiva.

Conjunto I. Sobre una de las paredes de la sala donde acaba la cueva se pueden identificar una serie de figuras grabadas próximas al suelo y en dos bloques. El primero contiene un pequeño caballo al que se le superponen dos signos cuadrangulares; a su lado otro signo cuadrangular

Figura 13. Cueva de La Lloseta, espeleotema pintado en rojo (foto: R. de Balbín).

con divisiones internas y bajo éste una cabecita de cabra, un uro incompleto y otro bóvido de factura más elaborada. Sobre el otro bloque se aprecia un friso de tres cérvidos (dos hembras y un macho) que miran a otras dos figuras (una cabeza de cierva y un bóvido).

Conjunto II. Frente al anterior y sobre un bloque se pueden observar dos líneas largas en rojo acompañadas de puntuaciones y trazos en el mismo color. Cerca, un bloque con un perfil de bisonte cuya figura fue terminada con varios toques de color rojo.

Conjunto III. Se trata de un grupo muy homogéneo de signos vulvares en rojo, dentro de un camarín, a unos metros sobre la galería principal. Algunas de ellas se muestran dentro de formas algo más complejas, otras se representan de manera simple y una de ellas dentro de un perfil femenino. Estos signos se acompañan de puntos y otros trazos que reforzarían el mensaje simbólico de esta agrupación signica y abstracta [Figura 14].

Conjunto IV. Continuando por la galería principal, a la derecha se abre un divertículo que conduce a una pequeña sala que contiene, principalmente, otro grupo de ideomorfos rojos consistentes en dos laciformes y varios trazos lineales largos.

Conjunto de la “Sala de los Antropomorfos”. A unos cuarenta metros de la entrada del conjunto IV se abre una galería alta de acceso dificultoso y que se dirige después de sobrepasar algunas paredes y pozos a una sala que conserva un murete de cierre (posiblemente de época paleolítica). Sobre dos espeleotemas de tipo bandera se pueden apreciar dos figuras antropomorfos en rojo.



Figura 14. Cueva de Tito Bustillo, camarín de las vulvas (foto: P. Saura).





Figura 15. Cueva de Tito Bustillo, vista general del gran panel (foto: P. Saura).

Conjunto V. Se trata de una mano en negativo sobre la parte alta de una pared y sobre una hornacina.

Conjunto VI. Una vez pasado un estrechamiento en la galería principal, ésta vuelve a ensancharse. La pared derecha alberga una baja concavidad donde se grabaron cuatro signos rectangulares muy similares a otros del mismo tipo en el panel principal [Figuras 15 y 16].

Conjunto VII. Se trata de una cámara a unos metros sobre el nivel de suelo de la galería larga y abierta en el lado izquierdo. Contiene varios zoomorfos grabados entre los que destaca un cetáceo.

Conjunto VIII. Otro grupo interesante al que se accede por una estrecha gatera abierta en el lado derecho. Ésta da paso a una estrecha sala que alberga en sus paredes un gran bóvido, un posible úrsido y varios caballos grabados con una fina y detenida factura donde se cuidan los detalles, dotando a las figuras de un extraordinario naturalismo.

Conjunto IX. La galería confluye en una plazoleta de la que parten dos ramales. Uno se dirige hacia la salida primitiva y zona del yacimiento, y la otra hacia el panel central. Este punto de entronque está señalado con un gran caballo pintado en tonos rojo-violáceos y a pocos centímetros del suelo. A unos metros un signo cuadrangular rojo tipo parrilla.

Conjunto X. Aunque la decoración de este espacio se distribuye en cuatro sectores (A, B, C y D) el más destacado es el Gran Panel. El sector A, es el único que se encuentra en la parte izquierda de la sala, formado principalmente por cinco figuras realizadas en color negro (bisonte, caballo, uro, ciervo y zoomorfo indeterminado). El resto de sectores se despliegan en el lado derecho siendo, como se decía, el Gran Panel (Sectores B y C) el más destacado y espectacular. Se trata del conjunto más relevante de la cueva, for-

Figura 16. Cueva de Tito Bustillo, vista parcial del gran panel (foto: P. Saura).



mado por más de cien figuras entre zoomorfos e ideomorfos, de los cuales 43 están grabados, 37 pintados y en once se combina ambas técnicas. Se han documentado hasta la fecha 64 animales, que se reparten en 30 cérvidos, 13 caballos, 9 renos, 5 cabras, 4 bisontes, 1 uro, 2 indeterminados, 17 signos y 10 líneas sin interpretar. Se sitúa, de manera bien visible, en uno de los laterales de una sala de amplias dimensiones con forma de hemiciclo. Como ha indicado Moure, la arquitectura natural de la sala fue sin duda tenida en cuenta en la organización espacial de las diferentes representaciones. Se apreciaron resaltes y accidentes de la roca a la hora de plasmar algunos de los renos y caballos con el fin obtener una mayor plasticidad de las figuras. Además parece existir una cierta ordenación en las representaciones animalísticas pudiéndose distinguir algunas composiciones en un sentido descriptivo o narrativo, por ejemplo los dos renos policromos afrontados o los caballos en hilera (57 y 58) del panel XC. Finalmente, en el panel XD se observan varias figuras de cérvidos pintadas en negro y organizadas en frisos o hileras con trazos que podrían ser flechas o lanzas, pudiéndose interpretar como una posible escena de caza más que puras yuxtaposiciones.

Este gran palimpsesto se fue formando en varios momentos recogiendo todos los periodos artísticos de la cueva, desde hace más de 35.000 años hasta unos 9.000; es decir, desde el Auriñaciense hasta el final de Paleolítico. Todas estas fases muestran una superposición de figuras que se pueden resumir en al menos nueve momentos según técnicas y estilos que se resumen en seis fases principales (Moure 1984). Un panel de una intensidad, densidad y perduración que ha provocado una gran superposición de figuras y la alteración de otras muchas. Este panel ha sido el más estudiado de la cueva y el que más divergencias de interpretación sobre los distintos tipos de animales que lo configuran ha ofrecido. En nuestro caso vamos a seguir los estudios de Moure (1980) y Balbín y Moure (1982) que sintetizan perfectamente el desarrollo de este conjunto. Moure planteó la posibilidad que nos encontramos ante dos “santuarios”. Uno de figuras negras contorneadas y otro de grandes figuras bícromas. Este podría ser dividido en dos sectores (C-1 y C-2) separados por un ángulo de la roca. Aunque el estudio pormenorizado llevaría a situar otras dos grandes fases: pinturas ro-

jas en la base y capa de grabados entre las pinturas negras y policromos.

El panel comienza con una mancha roja de fondo (fases I y II) mediante la que se prepara de forma intencionada un lienzo donde se irán pintando algunas figuras del mismo color. Muy tapadas por las distintas superposiciones, pero sobre todo por el segundo lienzo rojo, previo a la fase de los policromos, se distinguen varios signos posiblemente vulvares, (10 y 17 XB), el caballo 38 del XV, y las figuras 79, 80 y 88-91 del XD, fase II, así como un posible antropomorfo, similar al del Camarín de las Vulvas, con un signo oval en su interior. En el otro extremo se observan dos posibles parrillas. La fase III se compone de figuras negras, presentes en el panel A, figura 12 del panel B y numerosos ejemplares del panel D (5, 6, 23 y 25). No presenta muchos paralelismos técnicos con las siguientes. Falta el uro, y el bisonte sólo aparece en dos casos (45 y 48). La fase IV la forman grabados en trazo simple – único y repetido –, estriado o raspado, algunas zonas con modelado interior o repasados con pintura negra (14). Sólo un caso se superpone (bisonte 3 XA y ciervo 7) el resto del panel se sitúa directamente sobre la mancha roja o pinturas rojas. La fase V consiste en una gran mancha roja de base, extendida por buena parte de la pared o el techo. Esta mancha recubre varias de las figuras anteriores y sirvió de base para la ejecución de la siguiente etapa con la ejecución de las figuras policromas.

La fase VI es más destacada por ser la última y estar formada, por tanto, por las figuras con más visibilidad como son los policromos o la emblemática cabeza de équido pintada en línea negra. Está constituido por siete caballos, tres renos y un ciervo. Técnicamente se realizaron por la combinación de un contorno en negro que siluetea la figura, con tintas planas en su interior. Los caballos muestran algunas diferencias en cuanto a técnicas, estilo y convencionalismos. La primera figura es un équido que mira hacia la izquierda realizada con trazo lineal negro. Muestra algunas características formales, observadas en otras cuevas como Ekain (País Vasco), tales como la representación de la crin recta o el despiece que delimita la boca y el maxilar inferior. El siguiente caballo –destacado sobre otras figuras– presenta como rasgo más interesante la ejecución de cebraduras en sus patas (se ha querido ver en él una variedad del *Equus*

caballus przewalsky). El número 3 es el de mayor tamaño. El número 4 presenta algunas diferencias con el resto en cuanto a técnica ya que la crienera y el despiece corporal se realizaron a base de rellenos de tinta ocre oscura. El número 5 es un caballo con perfil y modelado interior negro aprovechando el fondo rojo y el color de la roca para matizar su pelaje. Parece pararse frente a un reno. El número 6 se representa como otros y el número 7 es el único separado del conjunto. Con la misma técnica y cromatismo que los caballos se representaron los renos. Aunque el artista se recrea más en la ejecución de estas figuras buscando detalles de su anatomía pintando ojos y hocico. También se gana realismo en la ejecución de la figura al expresar matices del pelaje cargando tintas con diferentes intensidades o al expresar, por ejemplo, con varias líneas el pelaje del cuello. Dos de los renos aparecen afrontados entre sí y un tercero se representa frente a uno de los équidos. La aparición de renos y caballos de estepa ha tenido una interpretación de valor ecológico al mostrarnos una fauna de condiciones climáticas muy frías.

El Conjunto XI. Este conjunto se encuentra muy próximo a la zona que ocuparía la antigua boca de acceso a la cueva por el pueblo de Ardines, sobre el sumidero del río San Miguel. Es decir, el vestíbulo donde se realizaron las excavaciones en los años setenta y ochenta. El centro de la sala es un caos de bloques producto de un derrumbe anterior a la presencia humana. Entre éstos aparecen tanto representaciones de animales como zonas con abundante colorante. Algunos huecos muestran que fueron usados para diferentes actividades al hallarse en ellos restos óseos y líticos. Además de zonas decoradas con grabados y pinturas o tiznadas de colorante rojo. La parte más interesante contiene un espacio cuadrangular de unos 30 m² que fue denominada Plazuela de los Bisontes. El espacio está dominado por una piedra vertical de tres metros sobre la que aparece un bisonte bicromo. A los lados varios restos de pintura. Un hallazgo interesante en este punto fue una mandíbula humana encontrada en los años 70 por M. Mallo. Si se sigue ascendiendo por el derrumbe se llega a la denominada Piedra Cimera. Se trata de otra superficie horizontal precedida por un escalón con un mamut pintado. La Piedra Cimera se sitúa bajo un techo con abundantes pinturas entre las que destaca un cérvido y varios bisontes en tonos rojizos,

negros y violáceos. Algo más arriba se encuentra una zona con abundantes restos de colorante.

Las excavaciones de los años 70 y 80 sacaron a la luz una pequeña secuencia estratigráfica que ha sido atribuida al Magdaleniense medio y superior dentro de un rango de fechas entre 14.000 y 12.000 años antes del presente, aunque es posible que esta secuencia de la ocupación enlace con un Magdaleniense inferior. En cuanto a la cronología de las manifestaciones artísticas muestra una secuencia larga que alcanzaría toda la cronología del Paleolítico superior cantábrico. Tanto el estilo de las figuras como algunas dataciones absolutas realizadas por diferentes medios (C¹⁴, Uranio-Torio) corroboran ese ciclo largo artístico. Las figuras de la Galería de los Antropomorfos cuentan con dos referencias que nos llevarían a los orígenes del arte cantábrico en el Auriñaciense. Por un lado los restos arqueológicos procedentes de un sondeo en el suelo de la misma que arrojó una fecha en torno a 37.000 años antes del presente y, por otro, del soporte de carbonato cálcico donde se pintaron las figuras. Éste ofrece una horquilla comprendida entre 38.000 y 36.000 años antes del presente. Muchas de las imágenes pintadas en este momento corresponden a signos, algunos de tipo sexual como las vulvas. Finalmente, el Gran Panel nos muestra toda la secuencia gráfica de la cueva desde sus fases más antiguas hasta el momento final que eclosiona con la etapa de las figuras policromas, algunas de las cuales han sido datadas mediante C¹⁴ situando esta fase en el Magdaleniense medio y, por ello, emplazando las etapas anteriores de grabados estriados y simples o las figuras negras entre el Solutrense y el Magdaleniense inferior.

4. El Arte mueble en la cuenca del Sella

El llamado arte mueble paleolítico está constituido por una gran variedad de pequeños objetos que, ocasionalmente, reciben decoraciones artísticas o están concebidos como obras con un contenido simbólico específico, es decir, como obras de arte. Sin embargo, la mayoría tienen un carácter instrumental como útiles o herramientas con una función concreta ya que el concepto de “arte”, como lo entendemos en nuestra sociedad, es ajeno al mundo de los cazadores recolectores actuales y lo fue también a las sociedades paleolíticas. Por esta razón aparecen juntos en



Figura 17. El Buxu, colmillo de oso de las cavernas tallado con la figura de un ave.

los museos y en los libros de Prehistoria objetos “artísticos” paleolíticos ajenos entre sí, que fueron concebidos para fines muy diferentes. Desde los que pudieron estar cargados de contenidos simbólicos relacionados con la magia o la religión, hasta los meramente utilitarios. Pero, generalmente, la mayoría de objetos del arte mueble paleolítico siguen la pulsión natural humana de la búsqueda de la belleza y la representación de lo que más nos interesa o admiramos. Y en esto coincide, a grandes rasgos, con lo que se representa en las pinturas y grabados del arte rupestre: animales, alusiones al sexo, gran variedad de signos abstractos, etc.

Hasta la última década del siglo XX el inventario del arte mueble paleolítico asturiano era muy escaso respecto a los próximos yacimientos cántabros o a los más alejados europeos. Sin embargo, desde los años noventa del pasado siglo, yacimientos como El Buxu y La Güelga, en la cuenca del río Güeña (Cangas de Onís) y, sobre todo la cueva de Tito Bustillo (Ribadesella) han proporcionado una colección extraordinariamente importante. Junto a estos yacimientos, que nos interesan especialmente por estar ubicados en el valle del Sella, también merecen citarse La Viña y Las Caldas, en la cuenca del Nalón y Llonín, en el río Cares. Estos importantes sitios han puesto a Asturias en el mapa europeo de los grandes conjuntos de arte mueble paleolítico, especialmente el conjunto procedente de la cuenca del río Sella.

La cueva de El Buxu, próxima al pueblo de Cardes en el valle del Güeña poco antes de que rinda sus aguas al Sella junto al puente romano de Cangas de Onís, tuvo muy probablemente una larga ocupación, o fue objeto de numerosas visi-

tas a lo largo del paleolítico; pero solamente conserva en su zona de hábitat restos arqueológicos del Solutrense superior, datados hace unos dieciocho mil años. Entre los restos que dejaron los cazadores de ciervos, cabras y rebecos que ocupaban esta cueva durante breves estancias a principios del verano, cuando paren las ciervas, para cazar sus crías, aparecen un conjunto de plaquetas de piedra con signos y animales grabados que recuerdan algunas de las pinturas o grabados de las paredes que ya hemos visto. Por ello, como también hemos argumentado, nos ayudan a establecer una cronología más segura del arte rupestre de la cueva. Pero, sin duda, la pieza estelar de El Buxu es un colmillo de *Ursus spelaeus* tallado con la figura de un pájaro de perfil anseriforme, quizá un pato [Figura 17]. Los osos de las cavernas, desaparecidos a finales del Pleistoceno, tenían una extraordinaria envergadura por lo que debían ser animales temibles para los humanos en su competencia por ocupar las cuevas. El colmillo superior derecho de uno de ellos se talló en tres dimensiones, como una verdadera escultura, la más antigua de las conocidas hasta hoy en la Península Ibérica, y se le practicó una perforación en la raíz del diente para fabricar un colgante. El desgaste del colmillo, las ralladuras, golpes y roturas antiguas, incluyendo la del agujero del soporte, indican que fue utilizada habitualmente como adorno colgante hasta que quedó inhabilitada. Se trata de una pieza excepcional desde todo punto de vista.

En la ladera opuesta del valle del Güeña, frente a El Buxu, muy próxima al pueblo de Narciadi, se localiza la formación kárstica de La Güelga. Este topónimo se aplica en asturiano a los lugares húmedos, como el conjunto de bocas de

cueva que proporcionaron restos de ocupación ininterrumpida durante el Paleolítico medio y superior. En las ocupaciones del Magdaleniense inferior tardío, hacia catorce mil años antes del presente, se halló un conjunto de objetos fabricados sobre hueso y asta de ciervo de gran interés. Destacaremos solamente dos tipos de piezas decoradas. En primer lugar, unos colgantes fabricados sobre el hueso hioideos de ciervo, con una perforación en uno de sus extremos y decoraciones lineales. Este tipo de colgantes aparece también

en la cueva de Tito Bustillo y no se han hallado otros similares fuera del valle del Sella, por lo que les hemos atribuido un contenido territorial. Especialmente ilustrativa nos parece un fragmento de la tibia de un ciervo adulto sobre el que se grabaron tres bellas cabezas de cierva [Figura 18]. Una de ellas tiene un dibujo duro, de líneas rectas y diseño plano, características de las ciervas sombreadas del arte mueble y rupestre del Magdaleniense inferior, como la de la cueva de El Cierro en Ribadesella, pero también como las de Altamira o el Castillo en Cantabria. Las otras dos cabezas de cierva presentan dibujo blando, más artístico y modelante, con convenciones propias del Magdaleniense superior. Sin embargo, todas se hicieron con el hueso fresco hace catorce mil años; por tanto, las tres son contemporáneas y diferentes. Esta pieza es un magnífico ejemplo de la dificultad de establecer rígidamente una evolución estilística en el arte paleolítico.

Los yacimientos del complejo de Ardines, en Ribadesella, que conocemos bien por sus espléndidas manifestaciones artísticas rupestres, han sido poco excavados. No obstante, en este grupo y en el valle del Sella destaca de forma sobresaliente la cueva de Tito Bustillo. En la excavación de este yacimiento, que solamente se realizó de forma muy superficial sobre la ocupación humana durante el Magdaleniense, y de la prospección



Figura 18. La Güelga, fragmento de la tibia con tres cabezas de cierva grabadas.

general de las galerías de la cueva, proceden un conjunto de objetos artísticos excepcionales. Los niveles arqueológicos atribuidos Magdaleniense superior, excavados en una superficie reducida, proporcionaron plaquetas de piedra con dibujos animales paralelizables con las pinturas rupestres. Huesos grabados igualmente con figuras animales y signos. Arpones, colgantes, propulsores, bastones perforados, etc. muestran un conjunto decorado amplio y vistoso. En este conjunto merece destacarse la escultura de una cabeza de cabra tallada en asta de ciervo que presenta una perforación circular en el ojo, donde pudo engastarse una piedra u otro material de color llamativo, dándole un aspecto más original y sugestivo. También deben citarse un conjunto de contornos recortados en hueso fino, decorados con gran delicadeza como cabezas de caballo, que fueron hallados sobre una repisa de la pared de la cueva. Estaban próximos a una zona de la cueva que mostró un contenido simbólico especial por lo que pudiera tratarse de una ofrenda. En cualquier caso, estos contornos recortados son un magnífico ejemplo de la apertura hacia otros grupos muy alejados en el espacio y de los intercambios a larga distancia, en este caso con la zona transpirenaica francesa y Aquitania, durante el Magdaleniense medio. El ejemplo contrario de repliegue hacia la identidad regional lo muestran algunos colgantes, como los hioideos de

ciervo decorados con muescas y líneas, que aparecen en Tito Bustillo y en otros yacimientos del valle del Sella.

5. El valle del Sella: un territorio artístico durante el Paleolítico superior

Desde la arqueología prehistórica se suele afirmar que los grupos humanos cazadores recolectores del Paleolítico superior no vivían en un sitio, sino en un territorio. Un espacio bien delimitado geográficamente que agrupaba un conjunto de yacimientos situados a una distancia transitable cómodamente y proporcionada, que constituían su geografía anual de vida. Es decir, un campamento principal o base, donde vivía el grupo todo el año y desde el que se desplazaban estacionalmente algunos grupos más o menos numerosos a realizar labores de logística u otro tipo de actividades. Es decir, en torno a un yacimiento principal se creaba una red de yacimientos secundarios, con frecuencia especializados en una o más funciones. Algunos pueden ser cazaderos estacionales que se ocupan a comienzos del verano, cuando paren las ciervas y las cabras; o en otoño cuando los rebecos migran desde las alturas a los bajos roquedos de valle. También en primavera, para la pesca de salmones, o más tarde para la recolecta de vegetales, madera para fabricar herramientas durante el invierno o combustible para el fuego. O en cualquier época del año, para recolectar los más variados tipos de recursos estáticos que mejoraban su calidad de vida. La regla básica de este sistema para que sea eficiente es que no puede gastarse en el proceso más energía de la que se recolecta. Y así se ha desarrollado el ciclo económico anual de las sociedades no productoras desde el paleolítico superior hasta los escasos grupos actuales que los etnógrafos estudian en África, Australia, en algunas islas de extremo oriente o en las selvas amazónicas, por ejemplo. Y esta territorialidad adopta formas exclusivas o compartidas con otros grupos, que se reflejan no solamente en la cultura arqueológica, sino también en el mundo simbólico, expresándose en el arte rupestre y mobiliario de los grupos en su itinerancia anual. Además, desde el punto de vista económico, los antropólogos han señalado que para que la territorialidad sea efectiva deben darse otras condiciones como un alto volumen de población, dentro de los estándares

paleolíticos, que ocupan un territorio con abundantes recursos predecibles, al menos, durante alguna de las estaciones del año. También deben haber desarrollado la capacidad técnica de acopiar alimentos perecederos que deben transformarse previamente para ser consumidos de forma diferida, en épocas anuales de mayor escasez.

La cuenca de río Sella está formada por un conjunto de valles fluviales deudores del cauce principal. Los afluentes más importantes son el Güeña y el Piloña. En ambos valles existen yacimientos arqueológicos y santuarios artísticos que presentan numerosos elementos arqueológicos con similitudes o paralelos en el conjunto de asentamientos del Paleolítico superior que se conocen en torno a la desembocadura, en la bahía de Ribadesella. La distancia entre los posibles campamentos base ubicados en la costa, singularmente los del macizo de Ardines y la cueva de Tito Bustillo, supone un máximo de unas cuatro horas de desplazamiento a pie, hacia los yacimientos de los valles interiores o de montaña de Onís (Molín, Pruneda, Sopeña), Cangas de Onís (Azules, Buxu, Güelga), Amieva (Collubil) o Piloña (Sidrón). Se podría expresar diciendo que la complementariedad de recursos costa-montaña para los habitantes de las cuevas de la bahía de Ribadesella durante el Paleolítico superior estaba a medio día de camino. Como además de las condiciones geográficas, también se dan las condiciones demográficas y tecnológicas que hemos señalado, no es extraño que diferentes investigadores hayan remarcado la existencia de huellas arqueológicas de esta territorialidad que se manifestó durante el Paleolítico superior, a veces por encima de las tradicionales divisiones culturales, con una alta movilidad logística hacia el interior y una baja movilidad residencial en la costa. Esta circunstancia favoreció el mantenimiento durante cientos de generaciones de un amplio grupo de pobladores asentados en torno a la desembocadura del Sella, en los alrededores de la Ribadesella actual. El poderoso y numeroso clan al que antes aludíamos y organizaba su vida a lo largo del valle, ocupando alternativamente los yacimientos citados y, sin duda, otros muchos desconocidos aún o desaparecidos para siempre.

Las pruebas arqueológicas de esta territorialidad paleolítica son numerosas y se distribuyen a lo largo de todo el Paleolítico superior. En los inicios del arte, durante el Aurifiaciense, cuando se pintan en las paredes de las cuevas los sig-

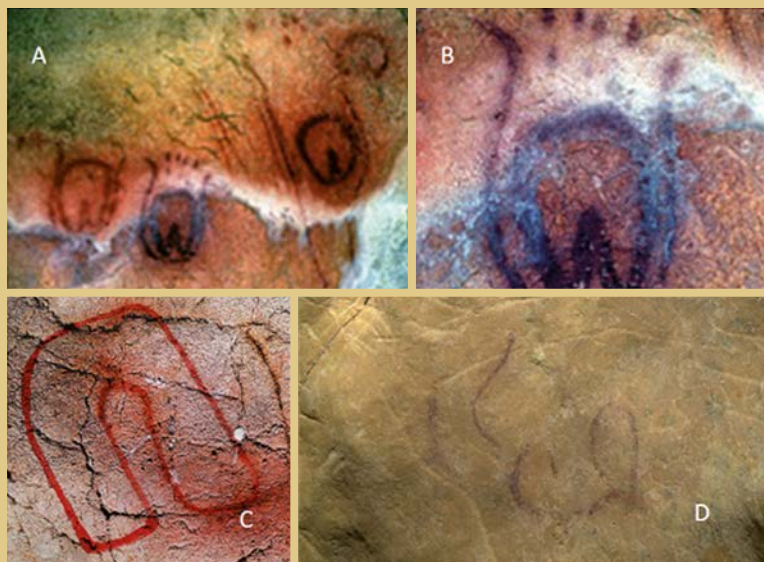


Figura 19. Vulvas pintadas de diseño circular en la cuenca del Sella: A y B, Tito Bustillo; C, El Buxu; D, El Sidrón (fotos: R. de Balbín, P. Saura y A. Martínez Villa).

nos sexuales femeninos en rojo definidos como vulvas, se representan de una forma muy personal en el valle del Sella y, aunque responda al mismo impulso simbólico, sigue modelos muy diferentes a otros territorios. Son las llamadas vulvas de contorno circular [Figura 19]. Así las encontramos en las cuevas de El Sidrón, El Buxu y, sobre todo, en Tito Bustillo. Los análisis de espectroscopía Raman realizados sobre los pigmentos rojos de estas vulvas muestran que fueron realizadas con componentes y técnicas muy similares, reforzando aún más la correspondencia territorial entre ambos yacimientos. Más tarde, durante el Solutrense superior, se grabaron sobre las paredes de las cuevas unos característicos signos cerrados de forma cuadrangular, con divisiones interiores en forma de retícula. Son los “tectiformes” que ya hemos visto. Pues bien, este diseño y su forma de ejecución es una personalísima representación, nuevamente, del valle del Sella. Es cierto que existen signos de diseño si-

milar en Cantabria y en cuevas francesas, pero cada uno tiene su propia personalidad y resultan evidentemente diferentes. Por ello, el prehistoriador francés André Leroi-Gourhan los definió en 1980 como “marcadores étnicos”, o emblemas que representan la esencia o identidad de un grupo o de un territorio, por lo que se representan en la profundidad de la cueva al abrigo de miradas ajenas. Así los encontramos en numerosas ocasiones realizados en las paredes de El Buxu y de Tito Bustillo, y no se han documentado en este personalísimo diseño fuera de la cuenca del Sella.

Finalmente, durante el Magdaleniense, se utilizaron un tipo de colgantes fabricados sobre el hueso hioides de los ciervos, muy característicos y exclusivos de esta zona, que debemos citar. El hueso hioides, que se emplaza en la garganta de los mamíferos, bajo la lengua, tiene una forma muy peculiar en los ciervos. Es subtriangular y fino; muy adecuado para ser grabado en sus bordes y perforado en su base. Por lo

tanto, como ocurre con los colmillos atróficos del ciervo, resulta muy llamativo como colgante. Se han documentado hioides perforados en otros yacimientos paleolíticos, pero son de caballo (Abauntz, Navarra) o de reno (La Marche, Francia). Naturalmente, no solo importa la forma del hueso o la decoración que recibe, sino que la naturaleza del animal del que procede es algo muy relevante para una sociedad de cazadores. Por lo tanto, esta exclusividad en los colgantes del valle, y el hallazgo de varios ejemplares de los mismos en la costa (Tito Bustillo) y en el interior (La Güelga) muestra, nuevamente, un elemento o marcador de territorialidad [Figura 20]. El adorno personal es una muestra de sentimiento de individualidad pues envía a quien lo ve un mensaje de diferenciación frente a los que no lo portan. Pero cuando este adorno es compartido, el mensaje cambia y se configura como la expresión

orgullosa de pertenencia al grupo. Tal vez este era el mensaje de quienes así se adornaron durante el Magdaleniense en la cuenca del río Sella.

Existen otros muchos elementos comparativos entre los yacimientos de la costa y los del interior de la cuenca del Sella como son las industrias líticas y óseas o las representaciones naturalistas y abstractas del arte mobiliario y parietal, que sería reiterativo traer aquí. Pero lo importante, la idea que queremos transmitir, es que las comunidades o bandas de cazadores recolectores que poblaron la cuenca del Sella durante el Paleolítico superior ocuparon y explotaron el territorio globalmente, con un sentimiento de pertenencia e identidad. Y que, por tanto, para su comprensión deben ser abordados en esa misma escala territorial; no mediante la observación parcial de un único yacimiento, por importante y espectacular que éste sea.

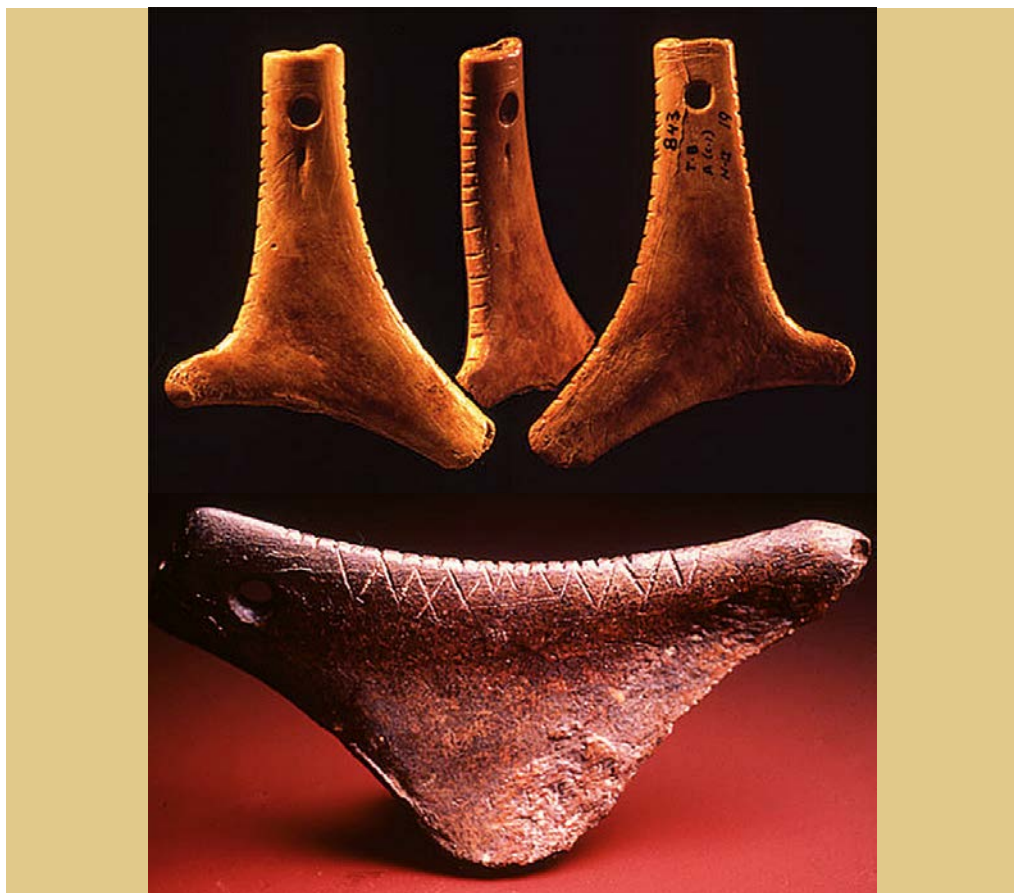


Figura 20. Hioides decorados de la cuenca del Sella, el superior procede de Tito Bustillo y el inferior de La Güelga.

Bibliografía

- Adán, G. E. 1997. De la caza al útil: La industria ósea del Tardiglaciario en Asturias. Consejería de Cultura, Principado de Asturias. Oviedo.
- Adán, G.E. 2001. El Servicio de Investigaciones Arqueológicas de Asturias (S.I.A.): F. Jordá Cerdá (1952-1964). *Trabalhos de Antropología e Etnología* 41 (1-2), 207-224.
- Aller, J. L. 2007. Torrecerredo, la historia de un club: Historia de la Agrupación Montañera Astur Torrecerredo. En: Grupo de montaña Torrecerredo: 75 años. Torrecerredo, Oviedo, pp. 5-83.
- Almagro Basch, M. y García Guinea, M. A. (dir.) 1972. Santander Symposium: Actas del Symposium Internacional de Arte Rupestre (1970). Dirección General de Bellas Artes. Patronato de las Cuevas Prehistóricas de Santander, Santander.
- Almagro Basch, M., García Guinea, M. Á. y Berenguer Alonso, M. 1972. La época de las pinturas y esculturas policromas cuaternarias en relación con los yacimientos de las cuevas: revalorización del Magdaleniense III. En: Almagro Basch, M. y García Guinea, M.A. (dir.), Santander Symposium: Actas del Symposium Internacional de Arte Rupestre (1970). Dirección General de Bellas Artes. Patronato de las Cuevas Prehistóricas de Santander, Santander, pp. 467-473.
- Altuna, J. 1976. Los mamíferos del yacimiento prehistórico de Tito Bustillo (Asturias). En: Moure, J. A. y Cano, M. (eds.), Excavaciones en la cueva de "Tito Bustillo" (Asturias): trabajos de 1975. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, pp. 149-194.
- Altuna, J. 1995. Faunas de mamíferos y cambios ambientales durante el Tardiglaciario Cantábrico. En: Moure, A. y González, C. (eds.), El final del Paleolítico Cantábrico. Universidad de Cantabria, Santander, pp. 77-117.
- Álvarez, B. 2017. El último día de Tito Bustillo. *La Voz de Trubia*, 12 de marzo. Disponible en: <http://lavozdeltrubia.es/2017/03/12/el-ultimo-dia-de-tito-bustillo/>
- Álvarez-Alonso, D. 2010. Las Primeras Ocupaciones Cantábricas: La evolución del hábitat humano en el medio cantábrico durante el Paleolítico antiguo. Tesis Doctoral, UNED, Madrid.
- Álvarez-Alonso, D. 2014a. First Neanderthal settlements in northern Iberia: the Acheulean and the emergence of Mousterian technology in the Cantabrian region. *Quaternary International* 326-327: 288-306.

- Álvarez-Alonso, D., 2014b. La labor arqueológica de F. Jordá Cerdá en Asturias: del Paleolítico inferior al Tardiglacial. En: Álvarez-Alonso, D., Fernández de Córdoba, J. (eds.), Francisco Jordá Cerdá (1914-2014), Maestro de Prehistoriadores. APIAA (Anejos de NAILOS 2, Estudios interdisciplinarios de Arqueología), Oviedo, pp. 33-71.
- Álvarez-Alonso, D. 2017a. La industria ósea de la zona B de la cueva de Coímbre (Asturias, España). En: Álvarez-Alonso, D. e Yravedra, J. (dir.), La cueva de Coímbre (Peñamellera Alta, Asturias). Ocupaciones humanas en el valle del Cares durante el Paleolítico superior. Fundación M^a Cristina Masaveu Peterson, Madrid, pp. 428-457.
- Álvarez-Alonso, D. 2017b. Las cadenas operativas líticas de El Barandiallu (Asturias, norte de Iberia): adaptación y variabilidad tecnológica en el contexto del Musteriense cantábrico. *Munibe (Anthropologia-Arkeologia)* 68: 49-72.
- Álvarez-Alonso, D. y Andrés Herrero, M. de 2012. La transición Solutrense-Magdalenense en la Cueva de El Cierro (Ribadesella, Asturias, España). En: Ripoll, S., Avezuela, B., Jordá, J.F. y Muñoz, F.J. (eds.), De punta a punta. El Solutrense en los albores del siglo XXI. Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología 5, Madrid, pp. 399-412.
- Álvarez-Alonso, D. y Rodríguez Asensio, J. A. 2014. Las primeras ocupaciones humanas en el occidente cantábrico: El Paleolítico inferior y medio en Asturias. In Álvarez-Alonso, D. (ed.): Los grupos cazadores-recolectores paleolíticos del occidente cantábrico. UNED (Entemu XVIII), Gijón, pp. 103-132.
- Álvarez-Fernández, E. 2002. Perforated *Homalopoma sanguineum* from Tito Bustillo (Asturias): Mobility of Magdalenian groups in northern Spain. *Antiquity* 76: 641-646.
- Álvarez-Fernández, E. 2006. Los objetos de adorno-colgantes del Paleolítico Superior y del Mesolítico en la Cornisa Cantábrica y en el Valle del Ebro: Una visión europea. Universidad de Salamanca (Colección Vitor 195), Salamanca.
- Álvarez-Fernández, E. 2013. La cueillette des coquillages dans la région Cantabrique au Magdalénien: la grotte de "Tito Bustillo" (Asturies, Espagne). *L'Anthropologie* 117 (1): 62-93.
- Álvarez-Fernández, E. 2014. Un siglo de hallazgos: evidencias arqueozoológicas de origen marino en el Paleolítico superior asturiano. En: Álvarez-Alonso, D. (ed.), Los grupos de cazadores-recolectores paleolíticos del occidente cantábrico, UNED (Entemu XVIII), Gijón, pp. 265-282.
- Álvarez-Fernández, E., Álvarez-Alonso, D., Bécares, J., Carral, P., Carriol, R.-P., Chauvin, A., Cubas, M., Cueto, M., Domingo, R., Douka, K., Elorza, M., Jorda, J. F., Murelaga, X., Portero, R., Rivero, O., Tapia, J., Tarriño, A. y Teira, L. C. 2016. Nouvelles données sur le Magdalénien inférieur de la Région Cantabrique: le Niveau F de la grotte de El Cierro (Ribadesella, Asturias, Espagne). *L'Anthropologie* 120 (5): 537-567.
- Álvarez-Fernández, E., Andrés, M., Aparicio, M^a. T., Elorza, M., Gabriel, S., García-Ibaibarriaga, N., Murelaga, X., Portero, R., Sensburg, M., Suárez-Bilbao, A., Tapia, J., Uzquiano, P., Bécares, J., Cubas, M. y Jordá Pardo, J. F. Biotic Resources in the Lower Magdalenian at Cova Rosa (Sardeu, Asturias, Northern Spain). *Quaternary International*, en prensa a.

- Álvarez-Fernández, E., Barrera, I. y Fernández, M. J. Living among Personal Ornaments during the Magdalenian: some Reflections about Perforated Marine Shells in Cantabrian Spain. *PaleoAnthropology* 2018, en prensa b.
- Álvarez-Fernández, E., Bécarea, J., Cueto, M., Uzquiano, P., Jordá Pardo, J. F. y Arias, P. 2015. Nuevos datos sobre el final del Paleolítico superior en el curso bajo del río Sella (Asturias, España). En: Ramil, E. (ed.), 3er Congreso Internacional de Arqueología de Vilalba. Fervedes 8, Museo de Prehistoria e Arqueología de Vilalba, Vilalba, pp. 123-132.
- Álvarez-Fernández, E., Bécarea, J., Jordá Pardo, J. F., Agirre, A., Álvarez-Alonso, D., Andrés-Herrero, M. de, Aparicio, M^a. T.; Barrera-Mellado, I., Carral, P., Carriol, R.-P., Chauvin, A., Cubas, M., Cueto, M.; Domingo, R., Douka, K., Duarte, C., Elorza, M., Gabriel, S., Gómez-Hernández, M^a. J., Haber, M^a, Iriarte, M^a. J., Julien. A.-M., Lepage, J., Llave, C., Martín-Jarque, S., Murelaga, X., Osete, M^a. L., Palencia, A., Portero, R., Rivero, M., Rivero, O., Tapia, J., Tarriño, A., Teira, L. C., Uzquiano, P. y Arias, P. 2018. La cueva de El Cierro (Fresnu, Ribadesella): campañas de excavación e investigación 1977-1979, 2014 y 2016. Excavaciones arqueológicas en Asturias 2013-2016 (VIII). Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias, Oviedo, pp. 93-106.
- Álvarez-Fernández, E., Bécarea, J. y Portero, R., 2014. Excavaciones arqueológicas en Cova Rosa y en El Cierro (Ribadesella, Asturias): Pasado, Presente y Futuro. En: Álvarez-Alonso, D., Fernández de Córdoba, J. (eds.), Francisco Jordá Cerdá (1914-2014), Maestro de Prehistoriadores. APIAA (Anejos de NAILOS 2, Estudios interdisciplinarios de Arqueología), Oviedo, pp. 73-97.
- Aramburu, C. y Bastida, C. (eds.) 1995. Geología de Asturias. Ediciones Trea, Gijón.
- Arias, P. 1991. De cazadores a campesinos la transición al neolítico en la región cantábrica. Universidad de Cantabria, Santander.
- Arias, P. 1997. Marisqueros y agricultores: los orígenes del Neolítico en la fachada atlántica europea. Universidad de Cantabria, Santander.
- Arias, P. 1999. Antes de los cántabros. Panorama del Neolítico y las Edades de los Metales en Cantabria. En: I Encuentro de Historia de Cantabria. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria-Consejería de Cultura y Deporte del Gobierno de Cantabria, Santander, pp. 209-254.
- Arias, P. 2007. Neighbours but diverse: social change in north-west Iberia during the transition from the Mesolithic to the Neolithic (5500-4000 cal BC). En: Whittle, A. y Cummings, V. (eds.), Going over: the Mesolithic-Neolithic transition in North-West Europe. Oxford University Press (Proceedings of the British Academy 144), Oxford, pp. 53-72.
- Arias, P. 2012. Funerary practices in Cantabrian Spain (9000-3000 cal BC). En: Gibaja, J. F., Carvalho, A.F., Chambon, P. (eds.), Funerary Practices in the Iberian Peninsula from the Mesolithic to the Chalcolithic. BAR International Series 2417, Oxford, pp. 7-20.
- Arias, P., Álvarez-Fernández, E., Cubas, M., Teira, L.C., Tapia, J., Cueto, M., Fernández-Sánchez, P. y López-Doriga I.L. 2013. Intervención arqueológica en el sistema kárstico de Arangas (Cabrales). Campaña de 2007. En: Excavaciones arqueológicas en Asturias 2007-2012 (VII). Consejería de Cultura. Principado de Oviedo, Oviedo, pp. 121-133.

- Arias, P., Cubas, M., Fano, M. A., Álvarez-Fernández, E., Araújo, A. C., Cueto, M., Duarte, C., Fernández, P., Iriarte, E., Jordá Pardo, J. F., L. López-Dóriga, I., Núñez, S., Salzmann, Ch., Tapia, J., Teichner, F., Teira, L. C., Uzquiano, P. y Vallejo, J. 2016. Une nouvelle approche pour l'étude de l'habitat méso-lithique dans le nord de la Péninsule Ibérique: Recherches dans le site de plein air d'El Alloru (Asturies, Espagne). En: Dupont, C. y Marchand, G. (eds.), *Archéologie des chasseurs-cueilleurs maritimes: de la fonction des habitats à l'organisation de l'espace litoral = Archaeology of maritime hunter-gatherers: From settlement function to the organization of the coastal zone*. Société préhistorique française (Séances de la Société Préhistorique Française 6), Paris, pp. 159-190.
- Arias, P., Martínez Villa, A. y Pérez Suárez, C. 1986. La cueva sepulcral de Trespando (Corao, Cangas de Onís, Asturias). *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 40: 1259-1289.
- Arias, P. y Ontañón, R., 1999. Excavaciones arqueológicas en la cueva de Arangas (1995-1998): Las ocupaciones de la Edad del Bronce. En: *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1995-1998 (IV)*, Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias, Oviedo, pp. 75-88.
- Arias, P., Pérez Suárez, C. y Teira, L. C. 1995. Nuevas evidencias acerca del megalitismo de la región de los Picos de Europa. *Férvedes* 2: 35-58.
- Arias, P., Pérez Suárez, C. y Trevín, A. 1986. Las cerámicas de la cueva de la Zurra (Purón, Llanes). *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 120: 235-242.
- Arias, P. y Teira, L. C. 1997. El megalitismo en la vertiente leonesa de los Picos de Europa. En: *Historia de León. La Crónica de León*, León, pp. 89-90.
- Armendariz, Á. 1990. Las cuevas sepulcrales en el País Vasco. *Munibe (Antropología-Arkeologia)* 42: 153-160.
- Ayala, F.J. (dir.) 1986. Mapa del Karst de España a escala 1:1.000.000. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid.
- Balbín, R. de 1989. L'art de la grotte de Tito Bustillo (Ribadesella, Espagne). Une vision de synthese. *L'Anthropologie* 93 (2): 435-462.
- Balbín, R. de, 2014. Los caminos más antiguos de la imagen: El Sella. En: Blas, M. A. de (ed.), *Expresión simbólica y territorial: los cursos fluviales y el arte paleolítico en Asturias*. RIDEA, Oviedo, pp. 65-91.
- Balbín, R. de y Alcolea, J. J. 2009. El arte mueble en Tito Bustillo: los último trabajos. *Veleia* 24-25: 131-159.
- Balbín, R. de y Alcolea, J. J. 2012. Documentación arqueológica de Tito Bustillo: Los últimos hallazgos. En: Arias, P., Corchón, M. S., Menéndez, M. y Rodríguez, J. A. (eds.), *El paleolítico Superior Cantábrico*. Punlican, Universidad de Cantabria, Santander, pp. 129-136.
- Balbín, R. de y Alcolea, J. J. 2014. Tito Bustillo en fechas. *Excavaciones arqueológicas en Asturias 2007-2014 (VII)*. Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias, Oviedo, pp. 555-569.
- Balbín, R. de, Alcolea, J. J., González Pereda, M. A. y Moure, J. A. 2002. Recherches dans le massif d'Árdines: nouvelles galeries ornées de la grotte de Tito Bustillo. *L'Anthropologie* 106 (4): 565-602.

- Balbín, R. de, Alcolea, J. J. y González Pereda, M. A. 2003. El macizo de Ardines, Ribadesella, España. Un lugar mayor del arte paleolítico europeo. En: Balbín, R. de y Bueno, P. (eds.), *El arte prehistórico desde los inicios del siglo XXI*. Asociación cultural de Amigos de Ribadesella, Oviedo, pp. 91-151.
- Balbín, R. de, Alcolea, J. J. y González Pereda, M. A. 2005. La Lloseta: une grotte importante et presque méconnu dans l'ensemble de Ardines, Ribadesella. *L'Anthropologie* 106: 565-602.
- Balbín, R. de, Alcolea, J. J. y González Pereda, M. A. 2009. Documentación arqueológica en la cueva de Tito Bustillo, Ardines (Ribadesella): campañas de 2003 a 2007. *Excavaciones Arqueológicas en Asturias 2007-2014 (VII)*, Gobierno del Principado de Asturias, Oviedo, pp. 411-420.
- Balbín, R. de, Alcolea, J. J., Moure, J. A. y González Pereda, M. A. 2000. Le massif de Ardines (Ribadesella, Asturias). *Nouveaux travaux de prospection archéologique et de documentation artistique. L'Anthropologie* 104: 384-414.
- Balbín, R. de y Moure, J. A. 1980a. Pinturas y grabados de la cueva de Tito Bustillo (Asturias): El Conjunto I. *Trabajos de Prehistoria* 37: 365-382.
- Balbín, R. de y Moure, J. A. 1980b. La galería de los caballos de la cueva de Tito Bustillo. En: Almagro Basch, M. y García Guinea, M.A. (dir.), *Santander Symposium: Actas del Symposium Internacional de Arte Rupestre (1970)*. Dirección General de Bellas Artes, Patronato de las Cuevas Prehistóricas de Santander, Santander, pp. 85-117.
- Balbín, R. de y Moure, J. A. 1980c. Las pinturas y grabados de la cueva de Tito Bustillo. Significado cronológico de las representaciones de animales. *Universidad de Valladolid, Studia Archaeologica* 61: 5-28.
- Balbín, R. de y Moure, J. A. 1981a. Las pinturas y grabados de la cueva de Tito Bustillo: EL Sector Oriental. *Universidad de Valladolid, Studia Archaeologica* 66, Valladolid.
- Balbín, R. de y Moure, J. A. 1981b. Pinturas y grabados de la cueva de Tito Bustillo (Asturias). Conjunto II al VII. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología XLVII*: 5-49.
- Balbín, R. de y Moure, J. A. 1982a. EL panel principal de la cueva de Tito Bustillo. *Ars Praeistorica* 1: 47-96.
- Balbín, R. de y Moure, J. A. 1982b. Plan de investigación en la cueva de Tito Bustillo. *Revista de Arqueología* 15: 36-45.
- Balbín, R. de y Moure, J. A. 1983. Las superposiciones en el panel principal de la cueva de Tito Bustillo. En: *Homenaje al prof. Martín Almagro Basch* 1. Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 287-299.
- Barnolas, A. y Pujalte, V. 2004. La Cordillera Pirenaica. Definición, límites y división. En: Vera, J.A. (ed.), *Geología de España*. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid, pp. 233-241.
- Barroso, R., Camino, J., Bueno, P. y Balbín, R. de 2007. Fuentenegroso. Un enterramiento del I milenio a.C. en la sierra de Cuera, Asturias. Ediciones KRK y Gobierno del Principado de Asturias, Oviedo.
- Bastida, F. 2004. Zona Cantábrica. En: Vera, J.A. (ed.), *Geología de España*. Instituto Geológico y Minero de España, Madrid, pp. 25-26.

- Bastida, F. y Aller, J. 1995. Rasgos geológicos generales. En: Aramburu, C. y Bastida, F. (eds.), *Geología de Asturias*. Ediciones TREA, S.L., Gijón, pp. 27-33.
- Beltrán Lloris, A. 1972. Las Vulvas y Otros Signos Rojos de la Cueva de Tito Bustillo (Ardines, Ribadesella, Asturias). En: Almagro Basch, M. y García Guinea, M.A. (dir.), *Santander Symposium: Actas del Symposium Internacional de Arte Rupestre (1970)*. Dirección General de Bellas Artes, Patronato de las Cuevas Prehistóricas de Santander, Santander, pp. 117-136.
- Beltrán Lloris, A. y Berenguer, M. 1969. L'art parietal de la grotte de Tito Bustillo. *L'Anthropologie* 73: 579-586.
- Berenguer, M. 1967. *Rutas de Asturias: Guía turística y monumental*. Diputación Provincial, Oviedo.
- Berenguer, M. 1968a. Rasgos originales del arte en Asturias. *La Estafeta literaria* 402-404: pp. 8-11.
- Berenguer, M. 1968b. La caverna de Tito Bustillo. Fiestas de verano 1968: Ribadesella. Comisión Municipal de Festejos, Ribadesella.
- Berenguer, M. 1969a. Arte en Asturias: de la Cueva de Candamo al palacio ramiense del Naranco. Richard Grandio, Oviedo.
- Berenguer, M. 1969b. La Pintura prehistórica de la caverna de "Tito Bustillo" en Ardines (Ribadesella). *Boletín de la Real Academia de la Historia* 164 (1): 137-152.
- Berenguer, M. 1969c. La caverna de Tito Bustillo. *Ensidesa: revista de y para el personal de la factoría* 11: 15-19.
- Berenguer, M. 1969d. Rasgos originales del arte en Asturias. *Norte: revista hispano-americana, tercera época* 230: 48-54.
- Berenguer, M. 1970a. Die eiszzeitlichen mahlereien der höhle Tito Bustillo in Ardines, Asturien. *Madriider Mitteilungen* 11: 11-18.
- Berenguer, M. 1970b. La pintura prehistórica de la cueva Tito Bustillo. *Bellas artes: Revista editada por la Dirección General de Bellas Artes del Ministerio de Educación y Ciencia* 3: 46-49.
- Berenguer, M. 1969. La pintura prehistórica de la caverna de Tito Bustillo, en Ardines (Ribadesella, Asturias). *Boletín de la Real Academia de la Historia* 164: 139-152.
- Berenguer, M. 1972. La cueva "Tito Bustillo". Silverio Cañada (Tesoros de Asturias 7), Gijón, pp. 97-112.
- Berenguer, M. 1985. *El Arte Prehistórico en la "Cueva Tito Bustillo" (Ribadesella-Asturias)*. Everest (Colección Ibérica), León.
- Berenguer, M., 1991. *Arte en Asturias, tomo I*. Grandío Edit., Oviedo.
- Berenguer, M. 1994. *Prehistoric Cave Art in Northern Spain*. Asturias. Eujoa Artes Gráficas, Siero.
- Bernaldo de Quirós, F. 1982. Los inicios del Paleolítico Superior Cantábrico (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira 8). Ministerio de Cultura, Madrid.

- Blas, M. Á. de 1974. El ídolo de la cueva del Cuélebre (Asturias). En: Llongueras, M. y Ripoll, E. (eds.), *Miscelánea arqueológica. XXV aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología en Ampuras (1947-1971)*, Diputación de Barcelona, Barcelona, pp. 169-174.
- Blas, M. Á. de 1975. Un probable depósito del Bronce Final en Pruneda (Asturias). *Sautuola I*: 135-147.
- Blas, M. Á. de 1979. La decoración parietal del dolmen de la Santa Cruz (Cangas de Onís, Asturias). *Boletín de Estudios Asturianos* 98: 718-757.
- Blas, M. Á. de 1980. El depósito de la Edad del Bronce de Gamonedo. *Zephyrus XXX-XXXI*: 268-276.
- Blas, M. Á. de 1983. *La Prehistoria reciente en Asturias*, Fundación Pública de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos de Asturias, Oviedo.
- Blas, M. Á. de 2002. El primer esbozo de la geografía castreña de Asturias: El prof. J. M. González y su contribución fundamental entre 1948 y 1973. En: Blas, M. Á. de y Villa, Á. (eds.), *Los poblados fortificados del Noroeste de la Península Ibérica: formación y desarrollo de la cultura castreña: coloquios de Arqueología en la cuenca del Navia: homenaje al profesor José Manuel González y Fernández-Valles*. Ayuntamiento de Navia, Navia, pp. 19-37.
- Blas, M. Á. de 2003. Estelas con armas: arte rupestre y paleometalurgia en el norte de la Península Ibérica. En: Balbín, R. de. y Bueno, P. (eds.), *Arte prehistórico desde los inicios del s. XXI. Primer Symposium Internacional de Arte Prehistórico de Ribadesella*. Asociación Cultural Amigos de Ribadesella, Ribadesella, pp. 391-417.
- Blas, M. Á. de 2007. Minería prehistórica del cobre en el reborte septentrional de los Picos de Europa: las olvidadas labores de “El Milagro” (Onís, Asturias). *Veleia* 24-25: 723-753.
- Blas, M. Á. de y Rodríguez del Cueto, F. 2015. La cuestión campaniforme en el Cantábrico Central y las minas de cobre prehistóricas de la sierra del Aramo. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 41: 165-179.
- Blas, M. Á. de y Suárez, M. 2010. La minería subterránea del cobre en Asturias: un capítulo esencial en la prehistoria reciente del norte de España. En: Fernández-Tresguerres, J.A. (ed.), *Cobre y Oro: Minería y metalurgia en la Asturias prehistórica y antigua*. Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, pp. 43-82.
- Boule, M., Breuil, H. y Obermaier, H. 1914. *Institut de Paléontologie Humaine. Travaux d l'année 1913. L'Anthropologie* XXV: 235.
- Boyer-Klein, A. 1976. Análisis polínico de la cueva de Tito Bustillo. En: Moure, J. A. y Cano, M. (eds.), *Excavaciones en la cueva de “Tito Bustillo” (Asturias): trabajos de 1975*. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, pp. 201-206.
- Bradley, R. 1990. *The passage of arms. An Archaeological analysis of Prehistoric hoards and votive deposits*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Brandherm, D. 2007a. Sobre el fenómeno de los depósitos en la Península Ibérica: ocultaciones de objetos metálicos en los inicios de la Edad del Bronce. En: Celis, J., Delibes, G., Fernández Manzano, J. y Grau, L. (eds.), *El hallazgo leonés de Valdebimbre y los depósitos del Bronce Final Atlántico en la Península Ibérica*. Junta de Castilla y León, León, pp. 176-193.

- Brandherm, D. 2007b. Las espadas del Bronce Final en la Península Ibérica y Baleares. Franz Steiner, Stuttgart.
- Breuil, H. 1952. Quatre Cents Siècles d'Art Parietal. Les Cavernes Orneés de l'Age du Renne. Centre d'études et de documentation préhistoriques, Montignac.
- Bueno, P. y Fernández-Miranda, M. 1981. El Peñatu de Vidiago (Llanes, Asturias). En: Altamira Symposium. Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 451-467.
- Camino, J. y Viniegra, Y. 2002. Los castros de la fastera oriental d'Asturies. Asturias, memoria encesa d'un país 14: 20-35.
- Canella y Secades, F. 1900. Ribadesella. En: Bellmunt y Traver, O. y Canella y Secades, F. (eds.), Asturias: Su historia y monumentos, bellezas y recuerdos, costumbres y tradiciones, el bable, asturianos ilustres, agricultura e industria, estadística. Fototip. y Tip. O. Bellmunt, vol. 3, Gijón, pp. 467-473.
- Cano, M. 1977. Hueso trabajado en el Magdalenense superior de la región cantábrica: Nuevos tipos de arpón procedentes de la Cueva de Tito Bustillo. En: XIV Congreso Nacional de Arqueología (Vitoria, 1975). Universidad de Zaragoza, Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales, Zaragoza, pp. 201-214.
- Cañaveras, J.C., Sánchez-Moral, S., Cuezva, S., Fernández-Cortés, A., Muñoz, M.C., Lario, J., Silva, P.G., Santos-Delgado, G., Duarte, E., Santamaría, D. y Rasilla, M. de la. 2018. Estudio geoarqueológico de la cueva de El Sidrón (Piloña, Asturias). En: Jordá Pardo, F. J. y Borja Barrera, F. (eds.), Geoarqueología, entre las Ciencias de la Tierra y la Historia. Boletín Geológico y Minero, 129 (1-2): 107-128.
- Carbonell, E. (coord.) 2005. Homínidos: Las primeras ocupaciones de los continentes. Ed. Ariel, Barcelona.
- Cearreta, A. 2015. La definición geológica del Antropoceno según el Anthropocene Working Group (AWG). Enseñanza de las Ciencias de la Tierra 23: 263-271.
- Cearreta, A. 2016. El Antropoceno y los pasos necesarios para su posible formalización tras el 35º Congreso Geológico Internacional (2016). Cuaternario y Geomorfología 29 (3-4): 5-8.
- Cid, R. M^a, González Santana, M. y Adán, G. E. 2009. El castro de Caravia y la Edad del Hierro en la Asturias oriental: Caravia-Diadema de Moñes-Vadinienses. En: Marín, C. y Jordá Pardo, J.F. (eds.), Arqueología castreña en Asturias. UNED (Entemu XVI), Gijón, pp. 87-113.
- Clark, G. A. 1972. El Asturiense en Cantabria. Bases sustentadoras y evidencias de los cambios climáticos post-pleistocenos. Trabajos de Prehistoria 29: 17-30.
- Clark, G. A. 1976. El Asturiense cantábrico. Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Biblioteca Praehistórica Hispana XIII), Madrid.
- Clark, G. A. 1983. The Asturian of Cantabria. Early Holocene hunter-gatherers in Northern Spain. Anthropological papers of the University of Arizona 41, The University of Arizona press, Tucson.
- Creer, K. M. y Kopper, J. S. 1974. Paleomagnetic dating of cave paintings in Tito Bustillo Cave, Asturias, Spain. Science 186 (4161): 348-350.

- Cohen K.M. y Gibbard, P. 2011. Global chronostratigraphical correlation table for the last 2.7 million years v. 2011. Subcommission on Quaternary Stratigraphy (International Commission on Stratigraphy), Cambridge, England. <https://quaternary.stratigraphy.org/charts/>
- Corchón, M.S. 1986. El arte paleolítico cantábrico: contexto y análisis interno. Ministerio de Cultura (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira 16), Madrid.
- Cubas, M., Altuna, J., Álvarez-Fernández, E., Armendariz, A., Fano, M. A., López-Dóriga, I. L., Mariezkurrena, K., Tapia, J., Teira, L. C. y Arias, P. 2016. Re-evaluating the Neolithic: The Impact and the Consolidation of Farming Practices in the Cantabrian Region (Northern Spain). *Journal of World Prehistory* 29: 79-116.
- Cubas, M., Bolado del Castillo, R., Pereda, E. M. y Fernández Vega, P. A. 2013. La cerámica en Cantabria desde su aparición (5000 cal BC) hasta el final de la Prehistoria: técnicas de manufactura y características morfo-decorativas. *Munibe (Antropología- Arkeologia)* 64: 69-88.
- Cueva Prehistórica “Tito Bustillo”. Ribadesella-Asturias. (Oviedo) 1970. Diputación Provincial, Patronato de Cuevas y Yacimientos Prehistóricos y Protohistóricos de Asturias. Obra Social y Cultural de la Caja de Ahorros de Asturias, Oviedo.
- Díaz-Andreu, M. 2014. Turismo y arqueología. Una mirada histórica a una relación silenciada. *Anales de Antropología* 4 (2): 9-40.
- Díaz García, F. 2014. Bio-bibliografía de Francisco Jordá Cerdá (1914-2004). En: Álvarez-Alonso, D. y Fernández de Córdoba, J. (eds.), Francisco Jordá Cerdá (1914- 2014), Maestro de Prehistoriadores. APIAA, Anejos de NAILOS 2 (Estudios interdisciplinares de Arqueología), Oviedo, pp. 225-303.
- Díaz García, F. y Fernández de Córdoba, J. A. 2014. Las etapas de la investigación paleolítica en Asturias. En: Álvarez-Alonso, D. (ed.), Los grupos cazadores-recolectores paleolíticos del occidente Cantábrico: estudios en homenaje a Francisco Jordá Cerdá en el centenario de su nacimiento. 1914-2014. UNED, Centro Asociado de Asturias, Gijón, pp. 35-65.
- Díaz García, F. y Martínez Faedo, L. 2012. Juan Antonio Fernández-Tresguerres en Los Azules. La construcción de la nueva Prehistoria en la Asturias del último franquismo (1967-1975). En: Muñiz, J. R. (coord.), *Ad Orientem: Del final del Paleolítico en el norte de España a las primeras civilizaciones del Oriente Próximo: Estudios en homenaje al profesor Juan Antonio Fernández-Tresguerres Velasco*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Oviedo y Ménsula, Pola de Siero, pp. 57-90.
- Díaz García, F. y Polledo, M. 2014. De Eduardo Hernández Pacheco a Francisco Jordá Cerdá: crisis y revitalización de las investigaciones arqueológicas y prehistóricas en Ribadesella durante el siglo XX. *La Plaza Nueva* 37: 36-56.
- Diego Santos, F., Mallo Viesca, M. y Diego Somoano, C. 1967. Epigrafía romana de Asturias: nuevos hallazgos. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 61: 3-15.
- Diego Somoano, C. 1960. La colección “Soto Cortés” de Labra. Cangas de Onís. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* XL: 269-291.

- Díez Martín, F. 2006. El largo viaje. Arqueología de los orígenes humanos y las primeras migraciones. Ed. Bellaterra Arqueología, Barcelona.
- Domínguez-Cuesta, M.J., Jiménez-Sánchez, M., González-Fernández, J.A., Quintana, L., Flor, G. y Flor-Blanco, G. 2015. GIS as a tool to detect flat erosional surfaces in coastal áreas: a case study in North Spain. *Geologica Acta* 13 (2): 97-106.
- Escortell, M. 1982. Catálogo de las Edades de los Metales del Museo Arqueológico. Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias, Oviedo.
- Escortell, M., 1988. Museo Arqueológico de Oviedo. Prehistoria. Consejería de Educación y Cultura del Principado de Asturias, Oviedo.
- Fanjul, A. 2004. Los castros de Asturias. Una revisión territorial y funcional. Ayuntamiento de Teverga, Teverga.
- Fano, M. A. 1998. El hábitat mesolítico en el Cantábrico occidental. Transformaciones ambientales y medio físico durante el Holoceno antiguo. *British Archaeological Reports (International Series 732)*, Oxford.
- Fano, M. A. 2004. Un nuevo tiempo: El Mesolítico en la región cantábrica. En: Fano, M. A. (coord.), *Las sociedades del Paleolítico en la región cantábrica*. Diputación Foral de Bizkaia (Anejo de Kobie 8), Bilbao, pp. 337-402.
- Fano, M. A. 2018. The Mesolithic “Asturian” culture (North Iberia), one century on. *Quaternary International*, en prensa.
- Fano, M. Á. Cubas, M. y Wood, R. 2015. The first farmers in Cantabria Spain: contribution to numerical chronology to understand an historical process. *Quaternary International* 364: 153-161.
- Farías, P. y Marquínez, J. 1995. El relieve. En: Aramburu, C. y Bastida, F. (eds.), *Geología de Asturias*. Ediciones TREA, S.L., Gijón, 163-172.
- Fernández Buelta, J. M. 1962. Hace veintitrés años surgió la idea de un Museo Prehistórico en “La Cueva”. *La Nueva España*, 31 de enero de 1962: 7.
- Fernández-Irigoyen, J. 2007. El Paleolítico inferior y medio en el valle del Sella. Prospección arqueológica de las terrazas fluviales del río Sella. *Amigos de Ribadesella*, Ribadesella.
- Fernández-Irigoyen, J. y Ruiz-Fernández, J. 2008. Prospección geoarqueológica de las terrazas fluviales del río Sella (Oriente de Asturias): el yacimiento de El Caxili. *Cuaternario y Geomorfología* 22 (3-4): 173-187.
- Fernández-Irigoyen, J. 2012. Los moluscos marinos del yacimiento de la cueva de Los azules. Recurso bromatológico y elemento ornamental y simbólico. En: Muñiz, J. R. (coord.), *Ad Orientem*. Del final del Paleolítico en el Norte de España a las primeras civilizaciones del Oriente Próximo. Universidad de Oviedo & Ediciones Ménsula, Oviedo, pp. 91-107.
- Fernández Málvarez, J. M. 1968. Descubrimiento de la cueva de Ardines, en Ribadesella. *Valdediós*: 60-65.
- Fernández Rapado, R. y Mallo Viesca, M. 1965. Primera cata sondeo en Cueva Oscura”. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 54: 65-72.
- Fernández-Tresguerres, J. A. 1980. El Aziliense en las Provincias de Asturias y Santander (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira 2). Ministerio de Cultura. Santander.

- Fernández-Tresguerres, J. A. 2004. El final del Paleolítico en los espacios cantábricos. En: Fano, M.A. (ed.), *Las Sociedades del Paleolítico en la Región Cantábrica*. Diputación Foral de Bizkaia (Anejo de Kobie 8), Bilbao, pp. 337-402.
- Fernández-Tresguerres, J. A., Rasilla, M. de la y Carrocera, E. 1994. *Aula Didáctica de Tito Bustillo*. En: *Guía de los Museos de Asturias*. La Voz de Asturias, fascículo 13, Oviedo, pp. 7-11.
- Flor, G. 1983. Las rasas asturianas: ensayos de correlación y emplazamiento. *Trabajos de Geología* 13: 63-85.
- Flor, G. 2000. El entorno geológico del río y la playa de Bedón. *Bedoniana* 2: 55-74.
- Flor, G. y Flor-Blanco, G. 2014. Raised Beaches in the Cantabrian Coast. En: Gutiérrez, F. y Gutiérrez, M. (eds.), *Landscapes and Landforms of Spain, World Geomorphological Landscapes*. Springer Science+Business Media, Dordrecht, pp. 239-248.
- Flor, G. y Peón, A. 2004. Rasas y superficies de erosión continental en el relieve alpídico del noroeste peninsular y los depósitos terciarios. En: *Geomorfología do Noroeste da Península Ibérica*. Facultade de Letras da Universidade do Porto, Porto, pp. 13-32.
- Fortea, J. 2007. Apuntes sobre el Arte paleolítico del Oriente de Asturias. En: Ríos, S., García de Castro, C., Rasilla, M. de la y Fortea, J. (eds.), *El Arte rupestre prehistórico del oriente de Asturias*. Consorcio para el desarrollo Rural del Oriente de Asturias, Llanera, pp. 218-219.
- Freeman, L., González Echeagaray, J., Klein, R. G. y Crowe, W. 1988. Dimensions of Reserch at El Juyo, an Earlier Magdalenian Site in Cantabrian Spain. En: Dibble, H. L. y Montet-White (eds.), *Upper Pleistocene Prehistory of Western Eurasia I*. University Museum Monograph, 54. University of Pennsylvania, Pennsylvania, pp. 3-39.
- Fuentes, C. y Meijide, M. 1975. Sobre la fauna fósil encontrada en la cata de la Cueva de Tito Bustillo (Asturias). En: García Guinea, M. Á. (ed.), *Primeros sondeos estratigráficos en la Cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias): excavaciones de 1970*. Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander 12, Santander, pp. 59-70.
- Funes, J. 2018. 1963-1969. En: 1967-2017: 50 años G.M. Torreblanca. Grupo de Montaña Torreblanca, Oviedo, pp. 19-29.
- Garate, D. 2006. Análisis y caracterización de los conjuntos parietales con grafías zoomorfas punteadas. Una expresión pictórica propia del paleolítico superior cantábrico. Tesis Doctoral. Universidad de Cantabria, Santander.
- Garate, D. 2008. Las pinturas zoomorfas punteadas del Paleolítico Superior Cantábrico: hacia una cronología dilatada de una tradición gráfica homogénea. *Trabajos de Prehistoria* 52: 29-47.
- García, E. 2008. ¡Venid, que aquí hay pinturas! Fernando Marcos y Tito Bustillo, la avanzadilla que se encontró con el gran panel. *La Nueva España*, Oviedo, 12 de abril.
- García Guinea, M. Á. 1975. Primeros Sondeos Estratigráficos en la Cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias) (Excavaciones de 1970). *Publicaciones del Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander XII*, Santander.

- García-Ramos, J.C. y Gutiérrez Claverol, M. 1995. La cobertera mesozoico-terciaria. En: Aramburu, C. y Bastida, F. (eds.), *Geología de Asturias*. Ediciones TREA, S.L., Gijón, 81-94.
- García Vuelta, O. 2001. El conjunto de Cangas de Onís: arqueología del oro castreño asturiano. *Trabajos de Prehistoria* 58 (2): 109-127.
- García Vuelta, O. y Perea, A. 2001. Las diademas-cinturón castreñas: el conjunto con decoración figurada de Moñes (Villamayor, Piloña, Asturias). *Archivo Español de Arqueología* 74: 3-23.
- Garralda, J. 1870. Algunas líneas sobre la cueva de Rivadesella. *Revista Minera* 21: 53-56.
- Garralda, M. D. 1976. Dientes humanos del Magdaleniense de Tito Bustillo (Asturias). En: Moure, J. A. y Cano, M. (eds.), *Excavaciones en la cueva de "Tito Bustillo" (Asturias): trabajos de 1975*. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, pp. 195-199.
- Garralda, M. D. 1978. Datación absoluta y restos humanos en la Península Ibérica. En: C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica. Fundación Juan March, Serie universitaria 77, Madrid, pp. 7-15.
- Garralda, M. D. 1986. The Azilian Man from Los Azules Cave (Cangas de Onís, Oviedo, Spain). *Human Evolution* 1: 431-448.
- GEODE (en línea). Cartografía geológica digital continua de España a escala 1/50.000. Instituto Geológico y Minero de España. <http://info.igme.es/cartografiadigital/geologica/geode.aspx> [fecha de consulta: 29/05/2018].
- Gibbard, P.L. y Head, M. J. 2009. IUGS ratification of the Quaternary system/period and the Pleistocene series/Epoch with a base at 2.58 M.a. *Quaternaire* 20 (4): 411-412.
- Gibbons, W. y Moreno, T. (eds.) 2002. *The Geology of Spain*. The Geological Society, London.
- Gómez Fuentes, A. 1983. *Formas económicas del Paleolítico Superior cantábrico*. Vol 1: Tito Bustillo. Universidad de Salamanca, Salamanca.
- Gómez Fuentes, A. y Bécáres Pérez, J. 1979. Un hueso grabado de la cueva de El Cierro (Ribadesella, Asturias). XV Congreso Nacional de Arqueología. Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales, Zaragoza, pp. 83-94.
- González, J. M. 1971. Temas de toponimia asturiana. *Archivum: Revista de la Facultad de Filología* 21: 123-140.
- González Álvarez, D., Álvarez Martínez, V., Jiménez Chaparro, J.I., Menéndez Blanco, A. y Colloto Montero, J. 2011. ¿Un nuevo establecimiento militar romano en la Asturia Transmontana? El Picu Viyao (Piloña, Asturias). *Férvedes* 7: 225-234.
- González Morales, M. 1982. *El Asturiense y otras culturas locales*. Ministerio de Cultura (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira 7), Santander.

- González Morales, M. R. y Estévez, J. 2007. De los pioneros a los albores del s. XXI. Más de un siglo de investigación sobre el paleolítico cantábrico. En: Fano, M. (coord.), Las sociedades del Paleolítico en la región cantábrica. De los orígenes del poblamiento en el Pleistoceno Medio al inicio del Neolítico en el V milenio. Diputación Foral de Bizkaia (Anejo de Kobie 8), Bilbao, pp. 29-50.
- González Morales, M. R. y Márquez Uría, M. C. 1983. Grabados lineales exteriores de La Cuevaona (Ribadesella, Asturias). *Ars Praehistórica* 2: 185-190.
- González Sainz, C. 1989. El Magdaleniense superior-final de la región cantábrica. Ed. Tantín y Universidad de Cantabria, Santander.
- González Sainz, C. 2012: Una introducción al arte parietal paleolítico de la región cantábrica. En: Escobar, I. y Rodríguez, B. (coord.), Arte sin artistas. Una mirada al paleolítico. Museo Arqueológico de Madrid, Madrid, pp. 69-170.
- Grootes, P. M., Stuiver, M., White, J. W. C., Johnsen, S. y Jouzel, J. 1993. Comparison of Oxygen Isotope Records from the GISP2 and GRIP Greenland Ice Core. *Nature* 366: 552-554.
- Gutiérrez-Zugasti, F. I., González Morales, M. R., Cuenca, D., Fuertes, N., García, A., Ortiz, J. E., Risetto, J. y Torres, T., 2014. La ocupación de la costa durante el Mesolítico en el Oriente de Asturias: primeros resultados de las excavaciones en la cueva de El Mazo (Andrín, Llanes). *Archaeofauna* 23: 25-38.
- Hernández-Pacheco, E. 1915. Estado actual de las investigaciones en España respecto a Paleontología y Prehistoria. Discurso inaugural. En: Quinto congreso de Valladolid (17 al 22 de octubre de 1915). Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, 1915-1917, vol. 1. Discursos de apertura, Madrid, pp. 117-176.
- Hernández-Pacheco, E. 1919. La Caverna de la Peña de Candamo (Asturias). *CIPP*, 26. Madrid.
- Hernández-Pacheco, E. 1923. La geotectónica en relación con las obras hidráulicas. *Ingeniería y Construcción* 1 (5): 212-216.
- Hernández-Pacheco, E. 1959. Prehistoria del Solar Hispano. Orígenes del arte pictórico. Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Madrid.
- Hernández-Pacheco, E., Cabré, J. y Vega del Sella, Conde de la, 1914. Las pinturas prehistóricas de Peña Tú, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid.
- Hernández-Pacheco, F., Llopis Llado, N., Jordá Cerdá, F. y Martínez, J.A. 1957. Guía de la excursión nº. 2. El Cuaternario de la región cantábrica. En: INQUA, V Congreso Internacional. Diputación Provincial de Asturias, Oviedo.
- Hierro, J. A., Gutiérrez Cuenca, E. y Bolado del Castillo, R. 2014. Nuevos escenarios del *Bellum Cantabricum*: aportaciones a la geografía de la conquista romana en Cantabria. *Sautuola XIX*: 249-260.
- Hoffmann, D. L., Standish, C. D., García-Diez, M., Pettitt, P. B., Milton, J. A., Zilhão, J., Alcolea-González, J. J., P. Cantalejo-Duarte, P., Collado, H., Balbín, R. de., Lorblanchet, M., Ramos-Muñoz, J., Weniger, G.-Ch., Pike, A., 2018. U-Th dating of carbonate crusts reveals Neandertal origin of Iberian cave art. *Science* 359: 912-915.
- Hoyos, M. 1972-1973. Brecha y corteza estalagmítica de la Cueva de Sofoxo. *Zephyrus XXXIII-XXIV*: 40-42.

- Hoyos, M. 1979. El karst de Asturias en el Pleistoceno superior y Holoceno. Estudio morfológico, sedimentológico y paleoclimático. Tesis doctoral inédita. Universidad Complutense de Madrid. Madrid (inédita).
- Hoyos, M. 1980. Estudio geológico y sedimentológico de la Cueva de la Paloma (Soto de las Regueras, Asturias). En: Hoyos, Gómez, M., Martínez Navarrete, M. I., Chapa Brunet, T., Castaños, P. and Sanchiz, F. B. (eds.), La Cueva de la Paloma (Soto de las Regueras, Asturias). Excavaciones Arqueológicas en España 116, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 23-63.
- Hoyos, M. 1981a. Estudio geológico de la cueva de Las Caldas. En: Corchón, S. (ed.), Cueva de Las Caldas, San Juan de Priorio (Oviedo). Excavaciones Arqueológicas en España 115, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 11-55.
- Hoyos, M. 1981b. La cronología paleoclimática del Würm reciente en Asturias. Diferencias entre los resultados sedimentológicos y palinológicos. Programa Internacional de Correlación Geológica. I Curso de conferencias celebrado en el mes de mayo de 1979. Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, Madrid, pp. 63-75.
- Hoyos, M. 1987. Upper Pleistocene and Holocene marine levels on the Cornisa Cantábrica (Asturias, Cantabria and Basque Country) Spain. En: Zazo, C. (ed.), Late Quaternary sea-level changes in Spain. Trabajos sobre Neogeno-Cuaternario, 10, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid, pp. 251-258.
- Hoyos, M. 1989. La cornisa cantábrica. Mapa del Cuaternario. Instituto Tecnológico Geominero de España, Madrid, pp. 105-118.
- Hoyos, M. y Herrero, N. 1989. El karst en la Cornisa Cantábrica. En: Durán, J. J. y López-Martínez, J. (eds.), El karst en España. Monografía, 4, Sociedad Española de Geomorfología, Madrid, pp. 109-120.
- Huelga-Suarez, G., Moldovan, M., Suárez, M., Blas, M. de y García, I. 2014. Defining the Lead Isotopic Fingerprint of Copper Ores from North-West Spain: The El Milagro Mine (Asturias). *Archaeometry* 56: 88-101.
- Iriarte, E., Foyo, A., Sánchez, M. A., Tomillo, C. y Setién, J. 2009. The origin and geochemical characterization of red ochres from the Tito Bustillo and Monte Castillo Caves (Northern Spain). *Archaeometry* 51 (2): 231-251.
- Jordá Cerdá, F. 1955. Notas sobre el Musteriense en Asturias. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 25: 209-230.
- Jordá Cerdá, F. 1958. Avance al Estudio de la Cueva de la Lloseta (Ardines, Ribadesella, Asturias). *Memorias del Servicio de Investigaciones Arqueológicas* 3. Diputación Provincial de Asturias, Oviedo.
- Jordá Cerdá, F. 1959. Revisión de la cronología del Asturiense. En: V Congreso Nacional de Arqueología. Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales, Zaragoza, pp. 63-66.
- Jordá Cerdá, F. 1960. El complejo cultural Solutrense-Magdalenense en la región cantábrica. En: I Symposium de Prehistoria Peninsular. Diputación Foral de Navarra, Institución Príncipe de Viana, Pamplona, pp. 1-22.
- Jordá Cerdá, F. 1962. Notas sobre la Cultura Dolménica en Asturias. *Archivum: revista de la Facultad de Filosofía* 12: 15-38.
- Jordá Cerdá, F. 1963. El Paleolítico Superior Cantábrico y sus industrias. *Saitabi* 13: 3-22.

- Jordá Cerdá, F. 1970. Pozo del Ramu, Cueva del. En: Gran Enciclopedia Asturiana. Silverio Cañada 12, Gijón, pp. 16.
- Jordá Cerdá, F. 1973. Pedroses, Cueva de Les. En: Gran Enciclopedia Asturiana 11. Silverio Canada Editor, Gijón, pp. 162.
- Jordá Cerdá, F. 1975. Sobre ideomorfos de líneas y animales sin cabeza. En: Anati, E. (ed.), Symposium Internacional sur les Religions de la Prehistoire (Valcamónica 1972), Centro Camuno di Studi Preistorici, Capo di Ponte, pp. 73-80.
- Jordá Cerdá, F. 1976. Guía de las cuevas prehistóricas asturianas. Colección Popular Asturiana 12. Ayalga Ediciones, Salinas.
- Jordá Cerdá, F. 1977. Prehistoria. Historia de Asturias 1. Ayalga Ediciones, Vitoria-Oviedo.
- Jordá Cerdá, F. 1978. El Arte de la Edad de Piedra. Historia del Arte Hispánico I, La Antigüedad. Ed. Alhambra, Madrid.
- Jordá Cerdá, F. 1979-1980. Altamira 1879-1979: Un siglo de arte rupestre. Zephyrus XXX-XXXI: 5-8.
- Jordá Cerdá, F. 1992. Pedroses (Les). En: La Naissance de l'Art en Europe. El Nacimiento del Arte en Europa. Union Latine/Union Latina, Paris, pp. 241-242.
- Jordá Cerdá, F. y Gómez Fuentes, A. 1982. Cova Rosa-A. Universidad de Salamanca, Salamanca.
- Jordá Cerdá, F. y Mallo, M. 1972. Las pinturas de la cueva de Las Herrerías (Llanes, Asturias). Biblioteca Zephyrus del Seminario de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Salamanca 2, Salamanca.
- Jordá Cerdá, F. y Mallo, M. 2014. La cueva de Les Pedroses (El Carmen, Ribadesella, Asturias). Nailos 1: 131-162.
- Jordá Cerdá, F., Mallo, M. y Pérez, M. 1970. Les Grottes du Pozo del Ramu et de La Lloseta (Asturies, Espagne), et ses représentations rupestres paleolithiques. Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariege 25: 95-139.
- Jordá Pardo, J.F. 2012. El marco paleoambiental de la Prehistoria en la Península Ibérica: el Pleistoceno. En: Menéndez, M. (coord.), Prehistoria Antigua de la Península Ibérica. UNED, Madrid, pp. 43-120.
- Jordá Pardo, J.F. 2013. El marco paleoambiental de la Prehistoria Reciente en la Península Ibérica: el Holoceno. En: Menéndez, M. (coord.), Prehistoria Antigua de la Península Ibérica. UNED, Madrid, pp. 41-108.
- Jordá Pardo, J.F. 2014a. El Cuaternario: marco cronológico y paleoambiental de la Prehistoria. En: Ripoll López, S. (coord.), Prehistoria I. Las primeras etapas de la Humanidad. Editorial Universitaria Ramón Areces. Madrid, pp. 21-75.
- Jordá Pardo, J.F. 2014b. El tiempo en Prehistoria: registro y cuantificación. En: Ripoll López, S. (coord.), Prehistoria I. Las primeras etapas de la Humanidad. Editorial Universitaria Ramón Areces. Madrid, pp. 91-137.
- Jordá Pardo, J.F. 2014c. La cueva de Les Pedroses (El Carmen, Ribadesella, Asturias). Recuperación de unos manuscritos inéditos. Nailos 1: 121-130.

- Jordá Pardo, J.F. 2016. La Geología de cueva del Buxu y de su entorno. En: Menéndez, M. (dir.), *La Cueva del Buxu (Cangas de Onís, Asturias) en el centenario de su descubrimiento. Excavaciones Arqueológicas en Asturias Monografías IV. Gobierno del Principado de Asturias, Consejería de Educación y Cultura y Gran Enciclopedia Asturiana, Oviedo*, pp. 25-34.
- Jordá Pardo, J.F., Álvarez-Alonso, D. e Iriarte, M.J. 2014. Una aproximación geoarqueológica al hábitat humano pleistoceno del occidente cantábrico (Asturias, norte de España). En: Álvarez-Alonso, D. (ed.), *Los grupos cazadores-recolectores paleolíticos del occidente cantábrico. Estudios en Homenaje a Francisco Jordá Cerdá en el centenario de su nacimiento. 1914-2014. (Entemu XVIII)*, Oviedo, pp. 67-102.
- Jordá Pardo, J.F., Menéndez Fernández, M., Carral González, P., Quesada López, J.M. y Wood, R. 2013. Geoaerchaeology and Chronostratigraphy of the Middle-Upper Palaeolithic transition at the cave of La Güelga (Cangas de Onis, Asturias, Spain). En: Pastoors, A. y Auffermann, B. (eds.), *Pleistocene foragers on the Iberian Peninsula: Their culture and environment. Festschrift in honour of Gerd - Christian Weniger for his sixtieth birthday. Wissenschaftliche Schriften des Neanderthal Museums*, 7. Mettmann, pp. 85-106.
- Jordá Pardo, J. F., Carral, P., Álvarez-Alonso, D., Arias, P., Bécares, J., Cubas, M.; Martín-Jarque, S., Portero, R., Teira, L. y Álvarez-Fernández, E. 2018. Al oeste del Sella. Geoarqueología y cronoestratigrafía del registro del Pleistoceno superior de la cueva de El Cierro (Fresnu, Ribadesella, Asturias, España). En: Jordá Pardo, F. J. y Borja Barrera, F. (eds.), *Geoarqueología, entre las Ciencias de la Tierra y la Historia. Boletín Geológico y Minero* 129 (1-2): 207-250.
- Julivert, M. 1971. Décollement tectonics in the hercynian Cordillera of NW Spain. *American Journal of Science* 270: 1-29.
- Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. 1914. Memoria correspondiente a los años 1912 y 1913. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid.
- Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas. 1915. Memoria correspondiente a los años 1914 y 1915. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Madrid.
- Kehl, M., Álvarez-Alonso, D., Andrés-Herrero, M. de, Carral González, P., García, E., Jordá Pardo, J.F., Menéndez, M., Quesada, J.M., Rethemeyer, J., Rojo, J., Tafelmaier, Y. y Weniger, G.C. 2018. Towards a revised stratigraphy for the Middle to Upper Palaeolithic boundary at La Güelga (Narciandi, Asturias, Spain). Soil micromorphology and new radiocarbon data. En: Jordá Pardo, F. J. y Borja Barrera, F. (eds.), *Geoarqueología, entre las Ciencias de la Tierra y la Historia. Boletín Geológico y Minero* 129 (1-2): 183-206.
- Kopper, J. S. 1973. Datación paleomagnética de las pinturas del paleolítico superior de la cueva de Tito Bustillo, Asturias (España). *Trabajos de Prehistoria* 30: 319-323.
- Lalueza-Fox, C., Rosas, A., Estalrich, A., Gigli, A., Campos, P. F., García-Taberner, A., García-Vargas, S. Sánchez-Quinto, F., Ramírez, O., Civit, S., Bastir, M., Huguet, R., Santamaría, D., Gilbert, M. T. P., Willerslev, E. y Rasilla, M. de la. 2011. Genetic evidence for patrilocality among Neandertal groups. *PNAS* 108 (1): 250-253.

- Ling, J., Stos-Gale, Z., Grandin, L., Billström, K., Hjærtner-Holdar, E., Persson, P.O. 2014. Moving metals II: provenancing Scandinavian Bronze Age artefacts by lead isotope and elemental analyses. *Journal of Archaeological Science* 41: 106-132.
- Llano, A. del. 1919. El libro de Caravia. Imprenta Gutenberg, Oviedo.
- Llano, R. 1959. Descripción de diversos hallazgos en la cueva de Ardines, de Ribadesella. Región, 19 de junio.
- Llongueras Campaña, M. 1969-1970. Simposio Internacional de Arte Cuaternario celebrado en Santander y Asturias. *Ampurias* 31-32: 353-357.
- Llopis, N. 1953a. Sección de Exploraciones. Asturias. *Speleon* IV (2): 105.
- Llopis, N. 1953b. Estudios hidrogeológicos y prehistóricos en Posada (Llanes). *Speleon* IV (3-4): 266.
- Llopis, N. y Jordá Cerdá, F. 1957. Mapa del Cuaternario de Asturias. INQUA V Congreso Internacional. Diputación Provincial de Asturias, Oviedo.
- López-García P. 1981. Análisis polínico del yacimiento de Los Azules (Cangas de Onis, Oviedo). *Botanica Macaronésica* 8-9: 243-248.
- López Merino, L., Martínez Cortizas, A. y López Sáez, J. A. 2010. Early agriculture and palaeoenvironmental history in the North of the Iberian Peninsula: a multi-proxy analysis of the Monte Areo mire (Asturias, Spain). *Journal of Archaeological Science* 37: 1978-1988.
- Lotze, F. 1945. Zur gliederung der Varisziden der Iberischen Meseta. *Geotekt. Forsch.*, 6, 78-92, Berlin (traducido por J. M^a Ríos): Observaciones respecto a la división de los variscides de la Meseta Ibérica. *Publicaciones Extranjeras: Geología de España* V, pp. 149-166.
- Lubbock, J. 1865. Pre-Historic times, as illustrated by ancient remains, and the manners and customs of modern savages. Williams and Norgate, Londres.
- Lumley, H. de. 2010. La gran aventura de los primeros hombre europeos. Ed. Tusquets, Madrid.
- Madariaga de la Campa, B. 1975a. Representación malacológica de la cueva de Tito Bustillo o de El Ramu (Oviedo). En: García Guinea, M. A. (ed.), *Primeros sondeos estratigráficos en la Cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias): excavaciones de 1970*. Patronato de las Cuevas Prehistóricas de la Provincia de Santander 12. Santander, pp. 71-74.
- Madariaga de la Campa, B. 1975b. Estudio de la fauna marina de la cueva de Tito Bustillo (Oviedo). En: Moure, J. A. (ed.), *Excavaciones en la cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias): campañas de 1972 y 1974*. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, pp. 89-107.
- Madariaga de la Campa, B. 1976. Estudio de la fauna marina de la cueva de Tito Bustillo (Oviedo). Campaña de 1975. En: Moure, J. A. y Cano, M. (eds.), *Excavaciones en la cueva de "Tito Bustillo" (Asturias): trabajos de 1975*. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, pp. 207-227.
- Magín Berenguer, Pintor asturiano 1970. Norte: revista hispano-americana, tercera época 234: 30-36.
- Mallo, M. 1962. Aportación al conocimiento del ara romana de Laspra. *Archivum* 12: 69-72.

- Mallo, M. 1971. Sensacional descubrimiento en la cueva de Tito Bustillo. *Asturias Semanal*, 13 de marzo de 1971, pp. 4-7.
- Mallo, M. 1976-1977. Las representaciones prehistóricas del alce en España: un nuevo caso sujeto a discusión. *Sautuola* 2: 59-66.
- Mallo, M., Chapa, T. y Hoyos, M. 1980. Identificación y estudio de la Cueva del Río (Ribadesella, Asturias). *Zephyrus* XXX-XXXI: 231-243.
- Mallo, M. y Pérez, M. 1968-1969. Primeras notas al estudio de la cueva «El Ramu» y su comunicación con «La Lloseta». *Zephyrus* XIX-XX: 7-26.
- Mallo, M. y Pérez, M. 1969. Los hallazgos de pinturas rupestres en las cuevas de Ribadesella: Primeras notas al estudio de la cueva El Ramu y su comunicación con La Lloseta. *Geo y Bio Karst: revista de espeleología* XIX: 480-491.
- Mallo, M. y Pérez, M. 1971. Pinturas rupestres esquemáticas en Fresnedo, Teverga (Asturias). *Avance a su estudio. Zephyrus* XXI-XII: 105-141.
- Marín, C. 2011. De nómadas a castreños: el primer milenio antes de la era en el sector centro-occidental de la cordillera cantábrica. Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid (inédita).
- Martín Serrano, A. (1994): Macizo Hespérico Septentrional. En: Gutiérrez Elorza, M. (Coord.). *Geomorfología de España*. Editorial Rueda, Alcorcón, pp. 25-62.
- Martínez, P. 2013. Tito Bustillo, una historia viva de 45 años. La Nueva España, Oviedo, 11 de abril.
- Martínez Álvarez, J. A. 1962. Anteproyecto del Parque y Museo del Cuaternario en Asturias. *Speleon* 13 (1-4): 29-35.
- Martínez García, E. 1981. La geología y el relieve de Asturias. En: Cueto J. (dir.), *Enciclopedia Temática de Asturias* 10. Silverio Cañada Editor, Gijón, pp. 57-136.
- Martínez García, E. 2014. Evolución geológica de la zona de El Sidrón y sus áreas limítrofes. En: Rasilla, M. de la, Rosas, A., Cañaveras, J.C. y Lalueza-Fox, C. (eds.), *La cueva de El Sidrón (Borines, Piloña, Asturias). Investigación interdisciplinar de un grupo neandertal (2ª edición)*. Excavaciones Arqueológicas en Asturias, Monografías I, Consejería de Cultura y Turismo y TRABE SLU. Oviedo, pp. 27-33.
- Martínez Villa, A. 1986. La Carta Arqueológica de los concejos de Cangas de Onís y Onís. Memoria de licenciatura. Universidad de Oviedo.
- Martínez Villa, A. 2014. Nuevas evidencias de arte rupestre en el paleolítico del valle del Sella-Güeña. Contexto y territorio. En: Corchón, M. S. y Menéndez, M. (eds.), *Cien Años de Arte Rupestre*. Universidad de Salamanca (Acta Salmanticensis 160), Salamanca, pp. 301-318.
- Martínez Villa, A. 2017. El arte paleolítico de la Cueva de Les Pedroses (El Carme, Ribadesella/Ribesella, Asturias. España). *Avance sobre nuevos hallazgos*. *Revista Cuaderno de Arte Prehistórico* 5: 40-87.
- Martínez Villa, A., Solares, P. y Álvarez, A. 2016. Nuevos descubrimientos de arte paleolítico en cueva de la comarca de Picos de Europa en Asturias (Benia de Onís). Recursos patrimoniales y geológicos para un turismo cultural y sostenible desde el Ecomuseo Centro de la Fauna Glacial de Avín (Onís, Asturias, España). En: *El karst y el hombre: las cuevas como patrimonio mundial*. Cuvatur, Nerja, pp. 515-526.

- Martínez Villa, A. y Requejo, O. 1986. Aproximación cronológica de una serie de hallazgos cerámicos medievales en Asturias. En: I Congreso de Arqueología Medieval Española V. Diputación General de Aragón, Huesca, pp. 333-346.
- Maya, J. L. 1988. La cultura material de los castros asturianos. Universidad Autónoma de Madrid (Estudios de la Antigüedad 4-5), Madrid.
- Meese D., Alley R., Gow T., Grootes P.M., Mayewski P., Ram M., Taylor K., Waddington E. y Zielinski, G. 1994. Preliminary depth-age scale of the GISP2 ice core. CRREL Special Report 94-1. Cold Regions Research and Engineering Laboratory, Hanover - New Hampshire.
- Menéndez, M. 1984. La Cueva del Buxu. Arte Parietal. Boletín del Instituto de Estudios Asturianos 112: 755-801.
- Menéndez, M. 1990. Cueva del Buxu. Excavaciones, campaña 1986. Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-1986 (I). Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias, Oviedo, pp. 87-91.
- Menéndez, M. 1992. Excavaciones arqueológicas en la Cueva del Buxu (Cardes. Cangas de Onís). Excavaciones arqueológicas en Asturias 1987-1990 (II). Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias, Oviedo, pp. 69-74.
- Menéndez, M. 1999. Tectiformes y otros signos parietales de la Cueva del Buxu. En: De Oriente a occidente. Homenaje a Emilio Olavarri. Universidad Pontificia de Salamanca. Salamanca.
- Menéndez, M. 2008. Arte prehistórico y territorialidad en la cuenca media del Sella. En: Balbín, R. de y Bueno, P. (eds.), El Arte Prehistórico desde los inicios del siglo XXI. I Symposium Internacional de Arte Prehistórico de Ribadesella. Asociación Cultural de Amigos de Ribadesella, Ribadesella, pp. 185-199.
- Menéndez, M. 2014. Desde Candamo hasta la cueva de El Pindal: un siglo de estudios del arte paleolítico en Asturias. En: Álvarez-Alonso, D. (ed.), Los grupos cazadores-recolectores paleolíticos del occidente cantábrico. UNED (Entemu XVIII), Gijón, pp. 205-226.
- Menéndez, M., Álvarez-Alonso, D., Andrés Herrero, M. de, Carral, P., García Sánchez, E., Jordá Pardo, J. F., Quesada y J. M., Rojo, R. 2018. The Middle to Upper Paleolithic transition in La Güelga cave (Asturias, Northern Spain). Quaternary International, en prensa.
- Menéndez, M., García, E. y Quesada, J. 2004. Magdaleniense inferior y territorialidad en la Cueva de La Güelga (Asturias). En: Corchón, M. S. (coord.), El Magdaleniense cantábrico: nuevas perspectivas. In: Bicho, N. (ed.), O Paleolítico. Actas do IV Congresso de Arqueologia Peninsular. ADECAP, Universidade do Algarve. Promotoria Monográfica 02, Faro, pp. 63-75.
- Menéndez, M., Quesada, J. M., Jordá, J. F., Carral, P., Trancho, G. J., García, E., Álvarez-Alonso, D., Rojo, J. y Wood, R. 2009. Excavaciones arqueológicas en la Cueva de La Güelga (Cangas de Onís. Asturias). Excavaciones arqueológicas en Asturias 2003-2006 (VI). Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias, Oviedo, pp. 209-221.

- Menéndez, M. (dir.), Jordá, J., Quesada, J.M., Rojo, J. y Saura, P. 2016. La Cueva del Buxu (Cangas de Onís, Asturias) en el centenario de su descubrimiento. Excavaciones Arqueológicas en Asturias (Momografías IV). Gobierno del Principado de Asturias, Consejería de Educación y Cultura y Gran Enciclopedia Asturiana, Oviedo.
- Menéndez, M., Weninger, G-C., Álvarez-Alonso, D., Andrés Herrero, M. de, García, E., Jordá Pardo, J. F., Kehl, M., Rojo, J., Quesada, J. M. y Schmidt, I. 2014. La cueva de La Güelga (Cangas de Onís, Asturias). En: Sala, R. (ed.), Los Cazadores recolectores del Pleistoceno y del Holoceno en Iberia y el Estrecho de Gibraltar. Universidad de Burgos & Fundación Atapuerca, Burgos, pp. 60-63.
- Montero, I., 2018. Minería y circulación del cobre en la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica. En: IX International Symposium on the Historical Mining and Metallurgy in SW Europe: Our mining roots, Sociedad Española para la Defensa del Patrimonio Geológico y Minero, Madrid, en prensa.
- Morales, A. 1984. Primer informe sobre la ictiofauna magdaleniense de Tito Bustillo (Provincia de Asturias). Boletín del Instituto de Estudios Asturianos 113: 904-929.
- Moreno, A., López Merino, L., Leira, M., Marco-Barba, J., González Sampérez, P., Valero Garcés, B., López Sáez, J.A., Santos, L., Mata, P. e Ito, E. 2011. Revealing the last 13,500 years of environmental history from the multiproxy record of a mountain lake (Lago Enol, northern Iberian Peninsula). *Journal of Paleolimnology* 46: 327-349.
- Moreno Garrido, A. 2007. Historia del turismo en España en el siglo XX. Síntesis (Gestión turística), Madrid.
- Moure, J. A. 1974a. Magdaleniense superior y Aziliense en la región cantábrica española. Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Departamento de Prehistoria y Etnología. Madrid (inédita).
- Moure, J. A. 1974b. Bastón de mando descubierto en el Magdaleniense superior de la cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias). Boletín del Instituto de Estudios Asturianos 83: 843-853.
- Moure, J. A. 1975a. Excavaciones en la Cueva de “Tito Bustillo” (Ribadesella, Asturias): Campañas de 1972 y 1974. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo.
- Moure, J. A. 1975b. Datación arqueológica de las pinturas de Tito Bustillo (Ardines, Ribadesella, Asturias). *Trabajos de Prehistoria* 32: 176-181.
- Moure, J. A. 1976a. Excavaciones realizadas en la cueva de Tito Bustillo. Ribadesella (Asturias). *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria* 5: 65-71.
- Moure, J. A. 1976b. El santuario paleolítico de Tito Bustillo. *Periplo* 7: 48-53.
- Moure, J. A. 1976c. El santuario paleolítico de Tito Bustillo. *Ronda Ibérica*: 65-71.
- Moure, J. A. 1977. Cronología de la cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias). En: XIV Congreso Nacional de Arqueología (Vitoria, 1975). Universidad de Zaragoza, Secretaría General de los Congresos Arqueológicos Nacionales, Zaragoza, pp. 215-226.
- Moure, J. A. (coord.) 1979a. 100 años del descubrimiento de Altamira. Ministerio de Cultura, Dirección General de Patrimonio Artístico, Archivos y Museos, Subdirección General de Arqueología. Madrid.

- Moure, J. A. 1979b. Una plaqueta grabada del Magdaleniense superior de Tito Bustillo (Asturias). *Caesaraugusta* 49-50: 43-55.
- Moure, J. A. 1979c. Le Magdalénien Supérieur de la Grotte de Tito Bustillo (Asturies, Espagne). En: Sonnevile-Bordes, D. de (ed.), *La fin des Temps glaciaires en Europe. Chronostratigraphie et écologie des cultures du Paléolithique final*. CNRS (Colloques internationaux 271), París, pp. 737-743.
- Moure, J. A. 1980a. Significado cronológico de las representaciones de animales en las pinturas y grabados de la cueva de Tito Bustillo. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 46: 5-32.
- Moure, J. A. 1980b. El refugio cuaternario de Tito Bustillo. *Ibérica: actualidad científica* 215: 330-333.
- Moure, J. A. 1982a. Placas grabadas de la cueva de Tito Bustillo. Universidad de Valladolid, Departamento de Prehistoria y Arqueología. (*Studia Archaeologica* 69), Valladolid.
- Moure, J. A. 1982b. Nuevas placas con representaciones de animales en el Magdaleniense cantábrico. *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología* 48: 5-24.
- Moure, J. A. 1982c. Espátula decorada procedente del magdaleniense de la cueva de Tito Bustillo. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 107: 667-689.
- Moure, J. A. 1983. Escultura magdaleniense descubierta en la cueva de Tito Bustillo. *Ars Praehistorica* 2: 169-176.
- Moure, J. A. 1984a. El arte paleolítico: consideraciones a un siglo de su descubrimiento. *Revista de Occidente* 35: 121-143.
- Moure, J. A. 1984b. Representaciones femeninas en el arte mueble de la cueva de Tito Bustillo. *Boletín del Museo Arqueológico Nacional* 2 (1): 69-76.
- Moure, J. A. 1984c. La cueva de Tito Bustillo. Servicio de Publicaciones del Principado de Asturias. *Guías de Arqueología Asturiana* 2. Oviedo.
- Moure, J. A. 1985. Nouveautés dans l'art mobilier figuratif du Paléolithique cantabrique. *Préhistoire Ariégeoise, Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège* 40: 99-130.
- Moure, J. A. 1987. Introducción al arte rupestre paleolítico cantábrico. En: *Arte rupestre en España (Revista de Arqueología)*. Zugarto, Madrid, pp. 30-37.
- Moure, J. A. 1989a. La caverne de Tito Bustillo (Asturies, Espagne). *Le gisement paléolithique. L'Anthropologie* 93 (2): 407-434.
- Moure, J. A. 1989b. La Cueva de Tito Bustillo. *Historia* 16 163: 103-112.
- Moure, J. A. 1990. La Cueva de Tito Bustillo (Ribadesella, Asturias): el Yacimiento Paleolítico. *Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-1986 (I)*. Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias, Oviedo, pp. 107-127.
- Moure, J. A., 1997. Dataciones AMS de la Cueva de Tito Bustillo (Asturias). *Trabajos de Prehistoria* 54 (2): 135-142.
- Moure, J. A. y Cano, M. 1976a. Excavaciones en la Cueva de "Tito Bustillo" (Ribadesella, Asturias): Trabajos de 1975. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo.
- Moure, J. A. y Cano, M. 1976b. La cueva del Río Ardines (Ribadesella, Asturias). *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 87: 259-271.

- Moure, J. A. y Cano, M. 1976c. Excavaciones en la cueva de Tito Bustillo: trabajos de 1975 (Estudio arqueológico). En: Moure, J. A. y Cano, M. (eds.), *Excavaciones en la cueva de "Tito Bustillo" (Asturias): trabajos de 1975*. Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, pp. 7-147.
- Moure, J. A. y Cano, M. 1977. Yacimientos prehistóricos de Ribadesella. *Boletín Informativo de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 7: 11-18.
- Moure, J. A. y Cano, M. 1978. Magdalenian Habitation Structure at Tito Bustillo Cave (Asturias, Spain). *Current Anthropology* 19 (2): 392-394.
- Moure, J. A. y Cano, M. 1979. Tito Bustillo Cave (Asturias, Spain) and the Magdalenian of Cantabria. *World Archaeology* 10 (3): 280-289.
- Moure, J. A. y Santonja, M. 1991. La renovación de los estudios sobre Paleolítico en los últimos veinte años. *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 30-31: 13-25.
- Navarro, D., Leyva, F., Villa, E. y Granados, L. 1986. Mapa Geológico de España, E. 1:50.000. Ribadesella (31). Instituto Geológico de España, Madrid.
- Obermaier, H. 1925. El hombre fósil. Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, Memoria 9. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid.
- Obermaier, H. y Conde de la Vega del Sella 1918. La Cueva del Buxu (Asturias). Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas 20. Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, Museo Nacional de Ciencias Naturales, Madrid.
- Ontañón, R. 2003. Peña Tu. En: Arias, P., González Sainz, C. y Teira, L.C. (eds.), *Hugo Obermaier-Gesellschaft. 45th Annual Congress. Santander April 22nd-26th 2003. Field trips guidebook*. Universidad de Cantabria, Santander, pp. 129-135.
- Ontañón, R. y Armendariz, Á. 2005/2006. Cuevas y megalitos: los contextos sepulcrales colectivos en la Prehistoria reciente cantábrica. En: *Homenaje a Jesús Altuna 2: Arqueología*. Sociedad de Ciencias Aranzadi, San Sebastián, pp. 275-286.
- Ortiz, J. E., Torres, T., González, M. R., Abad, J., Arribas, I., Fortea, J. F., García, F. y Gutiérrez, F. I. 2009. The amino-chronology of man-induced shell middens in caves in Northern Spain. *Archaeometry* 51 (1): 123-139.
- Pérez-González, A., Cabra Gil, P. y Martín-Serrano, A. 1989. Mapa del Cuaternario de España escala 1:1.000.000. Instituto tecnológico Geominero de España, Madrid.
- Peralta, E. 2003. Los Cántabros antes de Roma. Real Academia de la Historia, Madrid.
- Pétrequin, P., Errera, M., Martín, A., Fábregas, R. y Vaquer, J. 2012. Les haches en jades alpins pendant les Ve et IVe millénaires: l'exemple de l'Espagne et Portugal dans une perspective européenne. En: *Actes Xarxes al Neolític. Circulació i intercanvi de matèries, productes i idees a la Mediterrània occidental (VII-III mil·lenni aC)*, Rubricatum 5, Barcelona, pp. 213-22.
- Pétrequin, P., Gauthier, E. y Pétrequin, A. 2017. Jade: Objets-signes et interprétations sociales des jades alpins dans l'Europe néolithique. Tome 3, Anonymous Presses Universitaires de Franche-Comté-Centre de Recherche Archéologique de la Vallée de l'Ain, Besançon.

- Pinto-Llona, A. 2014. Sopeña. En: Sala, R. (ed.), Los cazadores recolectores del Pleistoceno y del Holoceno en Iberia y el Estrecho de Gibraltar: estudio actual del conocimiento del registro arqueológico. Universidad de Burgos y Fundación Atapuerca, Burgos, pp. 129-132.
- Pinto-Llona, A., Clark, G., Karnakas, P., Blackwell, B., Skinner, A. R., Andrews, P., Reed, K., Miller, A., Macías-Rosado, R. y Vakiparta, J. 2012. The Sopeña Rockshelter, a new site in Asturias (Spain) bearing evidence on the Middle and Early Upper Palaeolithic in Northern Iberia. *Munibe (Antropología-Arkeologia)* 63: 45-79.
- Polledo, M. A. 2011. El Arte Paleolítico de Tito Bustillo, Cazadores y Artistas de la cueva del Pozu 'I Ramu. Mensula, Oviedo.
- Polledo, M. 2012. Cuevas prehistóricas de Ribadesella: Descubrimiento y primeras investigaciones (1845-1917). *La Plaza Nueva* 33: 53-65.
- Quesada, J. M. 2013. El Proyecto Collubil: cazadores de alta montaña en el Sella. Primeros resultados estratigráficos. Excavaciones arqueológicas en Asturias 2007-2014 (VII). Consejería de Educación, Cultura y Deporte, Principado de Asturias, Oviedo, pp. 135-145.
- Quesada, J. M. 2016. El yacimiento de El Buxu y su excavación. En: Menéndez, M. (ed.), La cueva del Buxu (Cangas de Onís, Asturias) en el centenario de su descubrimiento. Consejería de Educación y Cultura, Gobierno del Principado de Asturias, Oviedo, pp. 39-52.
- Quesada, J. M. y Menéndez, M. 2009. Revisión cronoestratigráfica de la cueva de La Güelga (Narciandi, Asturias). Del Musteriense al Paleolítico superior inicial. *Espacio, Tiempo y Forma. Serie I, Nueva época. Prehistoria y Arqueología* 2: 39-74.
- Quintanal, J. M. 1991. Nuevos lugares prehistóricos de Asturias: descubiertos por los grupos de espeleología "Polifemo" y "Oviedo. J. M. Quintanal, Oviedo.
- Rasilla, M. de la. 1991. El Conde de la Vega del Sella y la Arqueología Prehistórica en Asturias (1870-1941). Museo Arqueológico de Asturias. Consejería de Educación, Cultura y Deportes, Principado de Asturias, Oviedo.
- Rasilla, M. de la y Sánchez-Moral, S. 2003. Presentación. Homenaje a Manuel Hoyos. *Estudios Geológicos* 59 (1-4): 3-4.
- Rasilla, M. de la y Santamaría, D. 2007. Asturias y la Prehistoria en el primer tercio del siglo XX: su contribución a la práctica de campo y a la institucionalización de la disciplina. En: I Congreso de Estudios Asturianos: (Oviedo 2006) 2. Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, pp. 3-31.
- Rasilla, M. de la, Rosas, A., Cañaveras, J.C. y Lalueza-Fox, C. 2011. La cueva de El Sidrón (Borines, Piloña, Asturias). Investigación interdisciplinar de un grupo neandertal, Excavaciones Arqueológicas en Asturias, (Monografías 1), Consejería de Cultura y Turismo y TRABE SLU, Oviedo.
- Rasilla, M. de la, Rosas, A., Cañaveras, J.C. y Lalueza-Fox, C. 2014. La cueva de El Sidrón (Borines, Piloña, Asturias). Investigación interdisciplinar de un grupo neandertal, 2ª edición, Excavaciones Arqueológicas en Asturias, (Monografías 1), Consejería de Cultura y Turismo y TRABE SLU, Oviedo.
- Rat, P. 1988. The Basque-Cantabrian Basin between the Iberian and European plates: some facts but still many problems. *Revista de la Sociedad Geológica de España* 1: 327-337.

- Requejo, O. y Álvarez, V. 2010. Materiales cerámicos de la Edad del Hierro procedentes de la Vega de Corao, Cangas de Onís (Principado de Asturias). En: Girón, L., Lazarich, M. y Concenção, M. (coords.), I Congreso Internacional sobre Estudios Cerámicos. Homenaje a la Dra. Mercedes Vegas, Universidad de Cádiz, Cádiz, pp. 1659-1692.
- Rivera, A. y Menéndez, M. 2011. Las conductas simbólicas en el Paleolítico. Un intento de comprensión y análisis desde el estructuralismo funcional. *Espacio, Tiempo y Forma* 4: 11-41.
- Rodríguez Asensio, J. A. 2001. Yacimiento de Cabo Busto. Los orígenes prehistóricos de Asturias. Ed. GEA, Oviedo.
- Rojo, J. 2016. La fauna cazada, consumida y representada en la cueva del Buxu. En: Menéndez, M. (ed.), La cueva del Buxu (Cangas de Onís, Asturias) en el centenario de su descubrimiento. Consejería de Educación y Cultura, Gobierno del Principado de Asturias, Oviedo, pp. 53-58.
- Rosas, A. 2006. Paleantropología de la Península Ibérica: el Paleolítico. En: Menéndez, M. (coord.), Prehistoria antigua de la Península Ibérica, Editorial UNED, Madrid, pp. 121-160.
- Rosas, A. 2010. Los Neandertales. Ed. CSIC, Madrid.
- Ruíz Zapata, B. 2012. Brañagallones. En: Carrión, J. S. (ed.), Paleoflora y Paleovegetación de la Península Ibérica e Islas Baleares: Plioceno-Cuaternario. Ministerio de Economía y Competitividad y Universidad de Murcia, Murcia, pp. 66-67.
- Sánchez-Goñi M. F. 1991. Analyses palynologiques des remplissages de grotte de Lezetxiki, Labeko et Urtiaga (Pays Basque espagnol). Leur place dans le cadre des sequences polliniques de la cote cantabrique et des Pyrénées occidentales. De la taphonomie pollinique á la reconstitution de l'environnement. Tesis doctoral. Museum National d'Histoire Naturelle á l'Institut de Paleontologie Humaine, Paris.
- Schattner, T.G. 2012. Sobre la interpretación de la decoración de las diademas de Moñes. *Palaeohispanica* 13: 717-752.
- Shee-Twohig, E. 1981. The megalithic art of Western Europe, Clarendon Press, Oxford.
- Siete Villas 1968. Siete Villas: Costa Verde. Mancomunidad turística de Ayuntamientos 7 Villas, Gijón.
- Silva, P.G., Bardají, T., Roquero, E., Baena-Preysler, J., Cearreta, A., Rodríguez-Pascua, M.A., Rosas, A., Zazo, C., y Goy, J.L. 2017. El Periodo Cuaternario: La Historia Geológica de la Prehistoria. *Cuaternario y Geomorfología* 31 (3-4): 113-154.
- Soria, F. 1969. Análisis estético de las pinturas prehistóricas de "El Ramu" (Ribadesella). *Archivum* 19: 59-91.
- Straus, L. G. 1983. El Solutrense vasco-cantábrico. Una nueva perspectiva. Ministerio de Cultura (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira 10), Madrid.
- Straus, L. G. y Clark, G. A. (eds.), 1986. La Riera cave. Stone Age hunter-gatherers adaptations in northern Spain. Arizona State University, Tempe.

- Suárez, O. 1995. Las rocas ígneas y el metamorfismo. En: Aramburu, C. y Bastida, F. (eds.), *Geología de Asturias*. Ediciones TREA, S.L., Gijón, pp. 123-138.
- Tapia, J., Álvarez-Fernández, E., Cueto, M., Portero, R., Bécades, J. y Jordá-Pardo, J. 2018. Bone industry in the Lower Magdalenian in Cantabrian Spain: the square-section antler points of El Cierro Cave. *Quaternary International* 472: 13-22.
- Universidad de Salamanca. 1969. Memoria del Año Académico 1968-1969. Universidad de Salamanca. Salamanca.
- Utrilla, P. 1976. La región asturiana durante los inicios del Magdaleniense. *Boletín del Instituto de Estudios Asturianos* 88-89: 801-853.
- Utrilla, P. 1981. El Magdaleniense Inferior y Medio en la costa cantábrica. Ministerio de Cultura (Monografías del Centro de Investigación y Museo de Altamira 4), Madrid.
- Uzquiano, P. 1992. Recherches anthracologiques dans le secteur Pyrénéo-cantabrique (Pays Basque, Cantabria et Asturias): environnements et relations homme-milieu au Pléistocène supérieur et début de l'Holocène. Environnements et Archéologie, Université de Montpellier II, Montpellier (inédita).
- Uzquiano, P. 2012. Abrigo de Sopeña. En: Carrión, J. S. (ed.), *Paleoflora y Paleovegetación de la Península Ibérica e Islas Baleares: Plioceno-Cuaternario*. Ministerio de Economía y Competitividad y Universidad de Murcia, Murcia, pp. 66-67.
- Uzquiano, P. Vegetal landscape and firewood supply strategies in N Spain at the Greenland Stadial 2. *Quaternary International*. En prensa.
- Vallejo, R. 2002. Economía e historia del turismo español del siglo XX. *Historia Contemporánea* 25: 203-232.
- Vega del Sella, Conde de la 1919. El Dolmen de la Capilla de Santa Cruz (Asturias). Museo Nacional de Ciencias Naturales (Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas 22), Madrid.
- Vega del Sella, Conde de la 1923. El Asturiense, nueva industria preneolítica. Museo Nacional de Ciencias Naturales (Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas 32), Madrid.
- Vera, J.A. (ed.) 2004. *Geología de España*. Sociedad Geológica de España e Instituto Geológico y Minero de España. Madrid.
- Vilanova, J., Rada Delgado, J. de D. de la, 1890. *Geología y Protohistoria ibéricas*. El Progreso Editorial, Madrid.
- Wang, Y.J., Cheng, H., Edwards, R.L., An, Z.S., Wu, J.Y., Shen, C.C. y Dorale, J.A. 2001. A High-Resolution Absolute-Dated Late Pleistocene Monsoon Record from Hulu Cave, China. *Science* 294 (5550): 2345-2348.
- Zapata, L., Milner, N. y Roselló, E. 2007. Pico Ramos cave shell midden: the Mesolithic-Neolithic transition by the Bay of Biscay. In: Milner, N., Craig, O. E. y Bailey, G. N. (eds), *Shell middens in Atlantic Europe*. Oxbow Books, Oxford, pp. 150-157.
- Zazo, C. 2008. La posición del Cuaternario en la Escala de Tiempo Geológica. *Cuaternario y Geomorfología* 22: 3-4.

